

LEYENDAS DEL BOSQUE AZUL

LA MALDICIÓN DE TONR



LESLIE G.



LA MALDICION DE TONR

LEYENDAS DEL BOSQUE AZUL

Leslie González Alfonso



La maldición de Tonr

Leyendas del Bosque Azul

Primera edición: 2020

ISBN: 9788418500404

ISBN eBook: 9788418500923

© del texto:

Leslie González Alfonso

© del diseño de esta edición:

Penguin Random House Grupo Editorial

(Caligrama, 2020

www.caligramaeditorial.com

info@caligramaeditorial.com)

Impreso en España — Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prólogo

El gran bosque dormía sumergido en una densa niebla que lo cubría por completo como si intentara esconderlo del mundo.

En el suelo, una triste criatura se arrastraba sobre la hierba mojada; el olor a tierra invadía su nariz y sus uñas se enterraban en el lodo. La luz de la luna atravesaba la niebla y llegaba hasta ella transformada en sombras. Y, mientras su cuerpo maltrecho reptaba entre penumbras, la criatura se preguntaba si sobreviviría un día más.

Sus piernas se habían convertido en dos pesos muertos que no hacían sino retrasarla en su viaje. Las piedras del camino habían abierto varios cortes en su abdomen, algunos bastante profundos, y la sangre que brotaba de su cuerpo dejaba charcos de plata escondidos entre las hojas.

El cansancio iba venciendo a sus brazos, que batallaban duro para arrastrar aquel cuerpo inútil. Estaba exhausta, las lágrimas le nublaban la vista y su piel había comenzado a agrietarse como una fruta seca. Pero no se detenía, porque llevaba el peso del mundo en su vientre desnudo, porque, si lo hacía, estaría condenándolos a todos.

Cuando llegó a la caverna, apenas conseguía mantenerse despierta, tenía la barriga lacerada y el rostro desfigurado por las heridas. Estaba muriendo, y el simple movimiento de estirar un brazo para impulsarse hacia el frente le parecía una tortura.

Aun así, logró colocar una mano en el agua, dejando que el frío penetrara en su piel y avivara sus sentidos. Poco a poco se arrastró hacia adentro de aquellas aguas negras con olor a muerte, cerró los ojos y se dejó llevar por la corriente hasta las entrañas de la tierra.

El primer sol se le perdió detrás de una estalactita gigante cuya punta se hundía toscamente en el lago subterráneo. Y, cuando aquella agua congelada se llevó sus lágrimas, ella hizo un juramento.

Capítulo 1:

La caverna

1

Sylha soltó un chiflido nada apropiado para una exprincesa de veinte años, pero lo que tenía delante valía eso y mucho más.

Había llegado a la isla justo cuando el primer sol comenzaba a aparecer en el horizonte, aprovechando la marea baja y las aguas calmas de la madrugada. Ahora, después de pasarse la mitad del día atravesando bosques y escalando el enorme morro de piedras que la separaba del extremo este, entendía por qué le habían advertido que no podría rodear la isla con el bote.

Delante de ella se extendía un precipicio hasta la playa, donde olas de más de quince metros arremetían con tanta furia contra las rocas que el agua le llegaba a salpicar los pies. Cada vez que las olas se alejaban, era posible ver la arena blanca esperando para ser cubierta nuevamente. Parecía que el mar había perdido la cordura.

—Bonito, ¿verdad? —sonó una voz a su lado que le hizo dar un salto y desenvainar la espada—. Existe una belleza rara en todo lo salvaje —completó el anciano con una sonrisa en los labios.

El hombre era rechoncho y un poco más alto que ella. Llevaba una barba blanca que le llegaba al pecho y vestía un overol azul claro por encima de una camisa de cuadros con mangas largas. En contraste con la barba, su cabeza no ostentaba ni un solo cabello y brillaba bajo la luz del sol, cubierta de sudor. Tenía unos ojos pequeños que la miraban como ella siempre pensó que lo hubiera hecho su abuelo de haberla conocido.

—¿Tú eres el guardián? —preguntó la chica guardando nuevamente su espada en el cinto.

—Puedes llamarme así si lo deseas, ¿y tú eres la invasora?

—Puedes llamarme así.

El viejo asintió, luego miró al mar:

—No eres la primera que lo intenta.

—Lo sé.

La ola que llegaba en ese momento les dio un baño de agua fría y le arrebató una carcajada al anciano.

—¿Vas a tratar de impedírmelo? —preguntó Sylha lamentando no haber resguardado sus pertenencias fuera del alcance de las olas.

—Yo no, ese no es mi trabajo.

Ella quería preguntarle cuál era su trabajo; si el guardián no estaba allí para cuidar del prisionero, entonces, ¿para qué estaba? Se mordió la lengua, los dos soles ya habían recorrido la cuarta parte del camino y no tenía mucho tiempo si quería marcharse antes de que anocheciera.

La única entrada de la caverna se encontraba allá abajo. Sylha se preguntó de qué forma el guardián le haría llegar las provisiones al prisionero, luego recordó que aquel recluso en particular no necesitaba provisiones y un escalofrío recorrió la piel de sus brazos.

Sin perder más tiempo, ató un extremo de su soga a la roca más firme que encontró y se pasó el otro por entre las piernas en forma de arnés. Contó los latidos de su corazón entre una ola y otra, y decidió que, si lograba alcanzar la entrada antes de llegar a treinta, estaría segura. Se colgó del precipicio y, cuando la próxima ola llegó, el miedo la congeló en el lugar.

—No tienes que hacerlo, mi niña —le dijo el anciano—. No vale la pena.

Eso era todo lo que necesitaba escuchar.

Sylha llenó sus pulmones de aire y esperó una nueva ola. Lo último que vio antes de lanzarse al vacío fue una sonrisa triste en el rostro del guardián.

«Puede que yo no sea la primera que lo intenta, pero voy a ser la última», pensó y comenzó a contar.

Cayó en la arena mojada con un golpe tan fuerte que abrió un hueco a su alrededor. A su espalda podía escuchar al mar preparándose para una nueva embestida; adelante, la entrada de la caverna la sorprendió por su tamaño.

—Es demasiado grande, no me protegerá de la fuerza de la ola.

Pero no había otro lugar para donde correr, ni mucho menos tiempo de subir por la soga nuevamente.

Así que entró en la cueva, que se abría hacia el interior de la montaña como una boca gigante. El enorme túnel se perdía en la oscuridad, pero continuaba siendo demasiado ancho para frenar la fuerza del mar.

La chica aceleró el paso, buscando entre las paredes algún refugio donde pudiera ponerse a salvo. Entonces, un instante antes de que el agua tapara por completo la luz del día, un tímido rayo de sol iluminó la grieta.

2

Cuando Sylha terminó de pasar el cuerpo por la grieta, llegó el agua, entrando en la caverna con un sonido estruendoso y llevándose la poca iluminación que restaba. La chica sabía que la cámara donde se encontraba ahora también se inundaría, pero el delgado espacio de la ranura frenaría la fuerza del mar y la salvaría de morir aplastada contra una roca.

El nivel del agua comenzó a subir. Ella se sujetó de una estalagmita y contuvo la respiración, contando los segundos en espera de que el agua se retirara de nuevo.

Llegó a treinta y aún no podía respirar.

Algunas burbujas de aire escaparon por su boca, y la joven se vio obligada a luchar con fuerza para calmar los latidos de su corazón, era la única forma de lograr que el poco aire que le

quedaba en los pulmones le rindiera un tiempo más. Estar rodeada de rocas no ayudaba en nada, tampoco el hecho de que ya iba por cuarenta y el agua no parecía querer salir de allí.

«No voy a morir aquí —se dijo aferrándose a la roca—. No así».

Y el agua salió.

Lentamente, mucho más despacio que como había entrado, el agua abandonó la cueva. Entonces la joven pudo ver dónde se encontraba.

Todo era como lo recordaba: un intrincado conjunto de grutas y rocas que se entrelazaban con la montaña en caminos que ascendían a la oscuridad.

Aquella era la verdadera entrada de la caverna; de haber seguido por el túnel principal, probablemente ya estaría muerta. No le fue difícil encontrar la ruta que debía seguir, ella ya había estado allí demasiadas veces como para perderse.

Sylha comenzó a subir, contemplando admirada cómo la oscuridad se intercalaba con los rayos de sol que atravesaban esporádicas ranuras entre las rocas que formaban la montaña, manteniendo el ambiente envuelto en penumbras que a duras penas le permitían distinguir los toscos escalones.

Las próximas olas también llegaron hasta ella, pero el agua poco a poco fue perdiendo terreno y, conforme la chica se adentraba en las entrañas de aquella fortaleza escondida, el mundo en el exterior se le fue haciendo lejano.

Había muchos pasajes dentro de la montaña, ninguno parecía hecho por los hombres.

Las paredes de las grutas eran ásperas y húmedas. El techo estaba cubierto de estalactitas, algunas de las cuales se unían a las rocas en forma de columnas que la chica necesitaba rodear para seguir su camino. El suelo estaba mayormente seco, salvo por algunas pozas de agua que aparecían en medio del trayecto. Después de un tiempo, Sylha comprendió que los «escalones» no eran más que irregularidades en las rocas que formaban la pendiente.

Estaba tan ensimismada en su camino que no percibió cuando el aire se volvió mohoso y, solo cuando vio la enorme sombra pasar de un lado para otro a algunos metros de ella, Sylha se dio cuenta de que había llegado a los dominios de la Raposa.

3

El corazón se le disparó en el pecho y su cuerpo entero se inmovilizó. Sylha se obligó a respirar, ella conocía al animal, podría identificar aquel olor con los ojos cerrados y sabía lo que tenía que hacer.

—Espero no estar equivocada —se dijo—, no sería un buen momento para descubrirlo.

Si alguien le hubiera dicho cinco años atrás a la princesa de Tonr que un día se encontraría dentro de una caverna, jugando a los escondidos con un animal demoniaco, se hubiera echado a reír; no por causa de la caverna ni por lo siniestro del asunto, sino simplemente porque Sylha siempre odió esconderse. No lo hacía bien y odiaba todas las cosas que no se le daban bien.

Aquella era otra época, tan distante que parecía la vida de una persona diferente.

La joven se apretujó contra una estalagmita que, por su tamaño, podía esconderla perfectamente. No necesitaba mucho espacio para eso, pues su cuerpo continuaba siendo tan delgado como siempre, demasiado esculpido para el gusto de la mayoría de las personas.

No tuvo que esperar mucho para que el animal apareciera y, aunque ella recordaba con exactitud cada detalle de su apariencia, la sangre abandonó su cuerpo en el momento en que la enorme cabeza asomó por detrás de las rocas.

También recordaba otras cosas.

Sylha estiró el brazo con los ojos cerrados, intentando no pensar en las mandíbulas de la Raposa, ignorando el olor a pescado descompuesto y las gotas de saliva que cayeron sobre su piel cuando la bestia acercó el hocico.

Así era el juego, la Raposa olfatearía su alma y decidiría si era digna, o al menos era eso lo que ella había entendido después de tantos encuentros desafortunados. Tal vez nada tenía sentido y la Raposa reaccionaba según estuviera de humor ese día, pero Sylha no quería ni imaginar qué sucedería ahora si el animal decidiese atacarla.

Mientras esperaba el veredicto, la chica se permitió un vistazo rápido e inmediatamente se arrepintió de haberlo hecho.

La cabeza del animal era tan grande que el puño de la chica cabría enteramente dentro de uno de los orificios de su hocico grotesco. Su cuerpo tapaba la gruta por completo —Sylha llegó a pensar que si la bestia no crecía más era porque el limitado espacio donde vivía no se lo permitía—, y su aspecto era tal y como ella recordaba: desprovista de piel, la enorme Raposa ostentaba músculos y tendones que brillaban bañados en una sangre hedionda; el rostro era una máscara de terror donde podían verse colmillos amarillentos enterrados en el hueso, como si hubieran sido implantados por la fuerza.

Si algo había aprendido la joven en sus tantos encuentros con la bestia, era que el miedo la traicionaría. Sylha mantenía el brazo firme, soportando el escrutinio de la Raposa, quien lanzaba ondas de aire caliente al olfatearle la mano. Pero no podía evitar que la chispa de temor que había activado cuando la observó se encendiera cada vez más. Sabía que el animal lo sentiría y sabía que aquel sería su fin.

La bestia le dedicó un gruñido de advertencia, era una escena extraña considerando que el animal no tenía labios; aun así, aterradora. Ella respiró con fuerza y cerró los ojos, concentrándose en el motivo que la había impulsado a realizar aquel viaje, tenía que lograrlo.

Un momento después, la Raposa giró su cabeza y se fue.

Sylha suspiró, había pasado la primera prueba, pero no terminaría ahí. Sabía que el animal la dejaría deambular por las cavernas, pero, cuando descubriera hacia dónde realmente ella se dirigía, la cazaría.

4

A partir de ese punto, los caminos por dentro de la montaña se volvieron oscuros. Cuanto más se adentraba en aquel laberinto de cuevas, más desagradable se le hacía el viaje. Por las paredes de

pedras comenzaron a aparecer rastros de sangre seca, espinas de pescados y huesos.

En una de las cámaras, Sylha se encontró un amontonado de armas oxidadas y viejas, entre las cuales se podían ver restos de personas. Virándose de espalda, la chica se ató un pañuelo sobre la nariz y la boca, intentando filtrar el aire pútrido y enfocar sus pensamientos en cualquier otra cosa fuera de aquel lugar. No podía permitirse vomitar, pues eso atraería la atención de la Raposa.

Ella sabía lo que encontraría allá dentro, no era la primera vez que estaba allí. Sin embargo, no podía evitar que el estómago se le retorciera al recordar que, si el animal la tomaba desprevenida, acabaría uniéndose a la colección macabra.

De una cosa estaba segura: aquel era el camino correcto.

Cuando se fue acercando a su destino, la luz la fue abandonando. Sylha continuaba encontrando algún que otro agujero entre las piedras; eran demasiado pequeños para poder mirar a través de ellos, pero lo bastante grandes como para notar que allá afuera aún era de día. Sin embargo, la luz no entraba en la caverna, sino que se limitaba a formar pequeñas esferas alrededor de los huecos y el efecto óptico era perturbador.

La chica escuchaba los pasos de la Raposa alrededor de ella. La bestia la había dejado ir, pero la mantenía vigilada desde los cientos de túneles que se entrelazaban en la montaña. Sylha sabía que no faltaba mucho para que el animal descubriera hacia dónde se estaba dirigiendo y, disimuladamente, puso una mano sobre la empuñadura de su espada. Ella era consciente de que no la podría matar, la Raposa era un animal mágico que ni siquiera estaba vivo, pero se sentía más segura de esa forma.

Estaba tan oscuro que Sylha ya no veía dónde colocaba los pies y tenía que pasar las manos por las paredes de las grutas para guiarse. Se encontraba cerca.

Entonces, llegó el silencio.

Sylha detuvo sus pasos, sintiendo cómo el miedo formaba una bola fría en su garganta, y aguzó el oído. Las estalactitas habían dejado de gotear, la Raposa había dejado de moverse...

«La Raposa», pensó mientras se dejaba llevar por el terror.

Y corrió.

La exprincesa de Tonr salió en disparada atravesando túneles con el sudor mojándole la frente y una bestia milenaria siguiéndole los pasos. La mayoría de las veces que había visitado aquel lugar terminaban de la misma forma: ese era el momento en que moría.

—Hoy no.

Cada vez que doblaba una esquina sentía a la Raposa más cerca. Después de un tiempo perdió totalmente el sentido de sus pasos y temió estar dando vueltas en círculo.

El hedor del animal llegaba cada vez más fuerte, y casi podía sentir su odio. La Raposa le había permitido pasar con una sola condición, y ella la había traicionado.

—Lo siento —susurró como si sirviera de algo.

Sylha corría con unas piernas que ya no parecían suyas, sin detenerse a buscar el camino correcto, volando sobre los charcos del suelo y girando entre túneles oscuros. Estaba tan

aterrorizada que no se dio cuenta de cuando la oscuridad la envolvió por completo, un detalle importante considerando lo que significaba: había llegado.

Sylha paró, intentando inútilmente mirarse las manos, con el corazón estallando dentro de su pecho.

A pesar de no haber rejas ni cerraduras, ella sabía dónde estaba; había soñado demasiadas veces con aquel lugar, con aquella cámara dentro de la montaña donde, con solo colocar un pie, era invadida por una oscuridad perfecta.

Llevaba exactamente cinco años teniendo el mismo sueño, con finales diferentes. Cinco años que había dedicado a prepararse para el día en que lo enfrentaría de verdad. Y allí estaba, arañada y cansada, destruida por la vida, cumpliendo su sueño; por algún motivo, aquello no parecía alegrarla.

«¿Por qué no pude soñar con un príncipe encantado como todas mis amigas?», pensó.

Entonces, unos ojos rojos aparecieron frente a ella:

—Hola, Sylha, bienvenida a mi hogar.

Capítulo 2:

Cinco años atrás

1

El joven que estaba bailando con ella era hijo de uno de los generales más importantes de su padre. Se llamaba Gunter, había heredado el cabello rubio y los ojos verdes de su familia, y tenía a todas las chicas de su edad babeando como idiotas cada vez que les pasaban por delante, pero no sabía bailar. La torpeza del chico era exasperante, y Sylha no veía la hora en que la música terminara para cambiar de pareja.

A la princesa le gustaban las fiestas. Adoraba las comidas exóticas, los vestidos pomposos y la forma en que el palacio se llenaba de brillo como si hubieran bajado un cielo con estrellas tan solo para ella. Le gustaba, sobre todo, que la corte entera le dirigiera su atención. No había momento que la complaciera más que el instante en que apagaban las luces y aquellos viejos engreídos, que se pasaban la vida mirándola con caras feas, eran forzados a permanecer en círculo esperando a que ella, la heredera de Tonr, diera su primera danza.

Cuando la música paró, Sylha le agradeció educadamente y, como se debe esperar de una princesa decente, mintió sin remordimiento al elogiarle la forma de bailar. El muchacho era bonito, pero le faltaba el brillo que llevan en los ojos las personas inteligentes; y Sylha no pudo evitar sentir un poco de pena al pensar en todas las formas en que su futura esposa lo atormentaría cuando se cansara de un carácter tan débil.

El siguiente baile fue para Thomas, el heredero más joven de una de las familias más ricas de Tonr: los Yhonwitch. Si al pobre Gunter le faltaba brillo en la mirada, Thomas lo tenía de sobra. Era un joven delgado, de estatura mediana y comentarios sagaces, que siempre lograba arrancarle una carcajada en los momentos más inoportunos.

—Después de la fiesta, vamos a jugar —le dijo mientras pasaba una mano sobre su cintura—. Vivian y Rattern también vienen. ¿Te nos unes?

—¿Dónde se van a encontrar?

—En el jardín, como siempre.

Thomas era el alma de los juegos. Habían crecido juntos dentro de una corte donde las conspiraciones estaban a la orden del día. Sus padres se llevaban bien, o no tan bien —en Tonr eso nunca se sabía con seguridad—, pero los chicos habían buscado su forma de escapar un poco del ambiente de intrigas que los rodeaba.

Vivian y Rattern lo amaban en secreto y ella no las culpaba, Thomas era en la corte como una antorcha en un túnel muy oscuro y se notaba bien consciente de ello.

Los días de fiesta, a las familias más privilegiadas de Tonr se les preparaban cuartos de huéspedes dentro del palacio para que los adultos no tuvieran que preocuparse por regresar a sus casas borrachos. En esos días Sylha no tenía que irse a la cama en el horario establecido; en realidad, sus padres terminaban demasiado cansados para preocuparse por vigilar a qué hora ella regresaba a sus aposentos ni con quién.

Las ventajas de ser una princesa mimada no le durarían para siempre. Dentro de algunos años crecería y tendría que casarse con cualquier mojigato que sus padres encontraran adecuado, esperaba que no fuera Gunter, pero sabía que tampoco sería Thomas; aquello no era importante. Probablemente, la casarían con algún príncipe vecino. El matrimonio no era un problema para Sylha Cabellos de Plata. El problema principal era que se convertiría en reina y tendría que cargar con el peso de una corona de intrigas y conspiraciones, perdería sus amigos, y su vida se secaría como un pedazo de cemento al sol.

Todo eso sucedería un día y los chicos los sabían, pero ahora podían divertirse. Podían pretender que no habría un mañana; si lo fingían bastante, tal vez se convertiría en realidad.

—Sí, claro que voy a jugar con ustedes —respondió ganando una sonrisa del soltero más codiciado de Tonr.

2

Unas horas después, cinco adolescentes risueños salían a hurtadillas del palacio real, armados con lámparas de aceite y vestidos de una forma nada consecuente con el bosque que los esperaba. Gunter se les había unido en el último momento, y Sylha imaginó que, mientras ellos se habían escapado de palacio, a Gunter lo había mandado su padre para que vigilara a la heredera real.

«¿Quién sabe? Tal vez bese mejor de lo que baila», pensó la princesa mientras le guiñaba un ojo al chico y lo dejaba rojo como una manzana.

Vivian y Rattern andaban de la mano, ellas tres se habían conocido desde pequeñas, y Sylha esperaba que, llegado el momento, las chicas aceptaran convertirse en sus damas de compañía. Ambas muchachas provenían de familias importantes en Tonr y pasaban más tiempo dentro del palacio que en sus propias casas. Vivian tenía el cabello ondulado y naranja como una puesta de sol, el rostro arredondeado y las mejillas llenas de pecas, mientras que Rattern ostentaba una larga cabellera dorada que era la envidia de no pocas muchachas en la corte.

Sylha había nacido con un defecto: su cabello plateado delataba alguna influencia no humana entre sus antecesores. Cuando lo trenzaba, resultaba difícil descubrir dónde terminaba la tiara de plata y dónde comenzaba su pelo, tal era el color metálico del mismo. Sin embargo, llevar magia en la sangre nunca había sido un impedimento para ocupar un trono humano, aunque la de ella no se había manifestado aún y, probablemente, nunca lo hiciera. La joven había decidido que cuando fuera reina usaría coronas de oro.

En cuanto estuvieron bastante lejos del palacio, Thomas dio la orden, y todos salieron corriendo. Las chicas tenían veinte segundos de ventaja, luego de los cuales los muchachos

tratarían de alcanzarlas.

—Cuatro, cinco, seis —sonaba la voz de Thomas atravesando el silencio del bosque.

Las jóvenes depositaron sus lámparas en el suelo y se separaron. Sylha se quitó los zapatos y se arremangó el vestido de una forma que le hubiera valido un mes de castigo si su madre la estuviera viendo. Aun así, resultaba difícil correr con todas las sayas y lazos enredándosele entre los pies.

Después de algunos pasos, Sylha escuchó a Thomas llegar al final de su conteo:

—¡Diecinueve... y veinte! ¡Vamos, Gunter!

Ella sintió sus pisadas sobre la hierba y se escondió detrás de un árbol, enroscándose la saya del vestido entre las piernas y lamentando no haber tenido tiempo para cambiarse de ropa antes de salir.

Aquel juego no le gustaba, era pésima escondiéndose y no corría tan rápido como los muchachos. Pero jugar en el bosque era preferible a quedarse en su cuarto, y la compañía de Thomas siempre le resultaba divertida.

Claro que hubiera preferido continuar en el salón, con sus pies descalzos sobre el piso de mármol, comiendo todos los dulces que seguramente habrían sobrado de la fiesta. Hubiera sido mejor que los chicos, en vez de inventar aquel juego ridículo en el bosque, hubieran robado un poco de vino para beber a escondidas de sus padres mientras hacían historias de fantasmas. Si hubiera sido así, su vestido estaría limpio y ella no tendría los pies llenos de tierra.

Sylha sintió los pasos acercarse y apretó la espalda contra el tronco al tiempo que se tapaba la boca con una mano para que su respiración no la delatara. La silueta de un muchacho pasó junto a ella y la joven tuvo que aguantar la respiración para que la risa no se le escapara. No la habían visto, pero, en ese momento, su pelo se movió con una ráfaga de viento, brillando bajo la luz de la luna como un maldito collar de diamantes.

—¡Sylha Cabellos de Plata! —gritó Thomas—. Te vi, puedes salir de atrás del árbol.

Sí, ella odiaba aquel juego.

—Fuiste la primera que descubrí, ahora tienes que cumplir un castigo —rio el chico.

—No es justo, siempre vas a por mí primero.

—Yo voy a donde me guía el corazón —respondió Thomas llevándose una mano al pecho en un gesto teatral que le arrebató una sonrisa.

—Bueno, ¿y qué me vas a pedir? —preguntó ella con una pizca de picardía en la voz, esperando que el heredero de la familia Yhonwitch fuera lo bastante atrevido como para pedirle un beso.

—Sabes que eres la única que falta por hacerlo —dijo Thomas con la misma picardía, aunque con un significado muy diferente.

La sangre de Sylha se heló al instante.

Todos lo habían intentado. Cada uno de los chicos de Tonr había ido, al menos una vez en su vida, al encuentro del bosque prohibido, ya fuera para probar valor o simplemente para cumplir un castigo de juegos —de la misma forma que Sylha estaba haciendo ahora—. El hecho era que absolutamente todos, inclusive sus amigas Rattern y Vivian, habían tocado la niebla maldita en alguna ocasión, y el resultado siempre había sido catastrófico. Todos menos Sylha Cabellos de Plata, a quien aquella broma no le hacía ninguna gracia.

El bosque prohibido quedaba en el corazón del reino, desentonando tanto con su paisaje que parecía una macha de pintura azul dentro de un jardín de helechos. Si no fuera por su tamaño, hubiera pasado desapercibido, como una pequeña malformación que todos preferirían ignorar. Pero era enorme: una gran extensión de árboles que doblaban en altura a sus hermanos del bosque y ocupaban la cuarta parte de todo el territorio de Tonr.

Sin embargo, lo más extraño de todo no era su altura, sino el color de sus hojas, las cuales ostentaban varias tonalidades de azul haciendo que, desde lejos, pareciera que una parte del propio cielo se abría camino hacia la tierra. Y hubiera sido hermoso, si no fuera porque era impenetrable.

Durante toda su vida Sylha había escuchado historias sobre el Bosque Azul; algunas eran tan ingeniosas que le sacaban las lágrimas de tanto reír; otras, demasiado tenebrosas para repetir las. Pero la verdad era que nadie sabía qué habitaba en su interior. Aquellos árboles eran más antiguos que el reino, y nadie nunca había logrado tocarlos.

Alrededor del Bosque Azul, y en forma de anillo protector, se extendía una niebla blanca como la espuma del mar. La niebla no alcanzaba las copas de los árboles, pero era lo bastante espesa como para cubrir el bosque de una forma que hacía imposible distinguir cualquier cosa a través de ella.

Y era precisamente allí hacia donde Sylha y sus amigos se estaban dirigiendo, porque el desafío consistía en mantener una mano dentro de la niebla durante diez latidos del corazón.

Cada chico que lo intentaba recibía un castigo diferente: Thomas había volado por los aires dando alaridos como si lo hubiera quemado un rayo; la mano de Vivian se le había hinchado tanto que tuvieron que llevarla corriendo hasta el médico del palacio para que le drenara la sangre; y Rattern, por su vez, había caído en un sueño profundo que duró una semana. Sylha no estaba presente el día que Gunter lo intentó, pero le contaron que el muchacho gritó tan alto que las aves levantaron vuelo y retiró una mano ensangrentada que parecía haber recibido miles de mordidas a la vez.

No en vano la llamaban «niebla maldita» y no en vano aquel lugar estaba prohibido para los habitantes de Tonr, pero era exactamente aquello lo que lo hacía irresistible a los ojos de los chicos.

Y ahora sería su turno.

Las piernas de Sylha temblaban tanto que la chica creyó que nunca llegaría, tenía la saya del vestido entre sus puños, apretándola con fuerza como si fuera la única cosa que la mantenía en pie.

A medida que se iban acercando el bosque iba quedando en silencio, y el corazón de Sylha se

fue poniendo pequeño hasta casi desaparecer.

Entonces la vio y, contra toda lógica, no le pareció tan terrible.

4

Sintiendo las miradas de los otros en su espalda, Sylha introdujo una mano temblorosa en la niebla. Tenía el cuerpo rígido, en una postura que pudiera resultar graciosa si no fuera porque se encontraba en el lugar más peligroso de Tonr. Entrecerró los ojos y se preparó para recibir un latigazo de dolor, una descarga de energía que la hiciera volar por los aires o un frío atroz que dejara su brazo congelado.

No hubo nada de eso.

Cuando su mano desapareció de su vista rodeada por aquella espesa nube blanca, fue como tocar una esencia de sí misma. La niebla era húmeda y fría, de un frío refrescante que parecía acariciar su piel, y Sylha la sentía atravesar sus poros desordenadamente, como si millones de criaturas diminutas estuvieran jugueteando con ella e invitándola a pasar.

Lo primero que hizo fue expulsar el aire que había estado guardando inconscientemente y relajar los hombros: al contrario de todas las expectativas, la niebla no la estaba rechazando. Lo segundo fue asustarse: aquel acontecimiento la convertiría en la primera persona de la historia que podía entrar en el Bosque Azul; a los ojos de los otros, la convertiría en una aberración.

La princesa de cabellos plateados decidió que no diría la verdad, contó diez latidos de su corazón, borró la sonrisa de su rostro y retiró la mano gritando:

—¡Me está quemando!

Las chicas corrieron a su encuentro y comenzaron a frotarle ungüentos que habían llevado por precaución mientras Sylha gritaba y lloraba como si el dolor fuera insoportable. Gunter la cargó en sus brazos, claro que él tenía que ser el héroe que llevara a la princesa a casa, para eso lo habían enviado, ¿no?

Solo Thomas, con el ceño fruncido y la boca contraída, la miraba con recelo. Sylha acomodó el rostro en el pecho de Gunter y fingió llorar mientras se tapaba la cara, haciendo más fácil su actuación. Y al final Thomas pareció convencerse de que ella no estaba fingiendo; después de todo, cualquier otra explicación sería tan ilógica que no podría ni pasarle por la cabeza.

El grupo atravesó el bosque a toda prisa, con los rostros preocupados y los corazones satisfechos con su dosis de adrenalina. Gunter encabezaba la procesión dedicándole esporádicas miradas a la princesa que llevaba en los brazos, y Sylha descubrió que el orgullo le había dado a sus ojos todo el brillo que faltaba.

«Genial —pensó la princesa—, me acabo de ganar una semana de castigo».

5

Aquella noche le pareció infinita.

Después de que los muchachos llegaran al palacio, despertaran a todo el mundo y dejaran a una princesa asustada —esta vez de verdad— en brazos de su madre, se marcharon satisfechos. Pero Sylha tuvo que soportar un escrutinio minucioso, durante el cual llegaron al extremo de abrirle un pequeño corte en la palma de la mano para ver si la sangre brotaba de un color «normal».

Más tarde sus padres, que sabían que eso iría a suceder algún día, le dieron una reprimenda ensayada y dictaminaron cinco días de castigo. Era menos de lo que ella había esperado, pero continuaba siendo injusto.

Cuando los reyes se fueron, Sylha se recostó en la cama, jugando con los vendajes que habían colocado en su nueva herida e intentando comprender por qué la niebla no la había afectado.

Fue cuando comenzó.

Al principio no parecía más que una sensación extraña, un fuerte deseo de asomarse a la ventana y sentir el roce de la noche en su rostro. Sylha enterró la cara entre las sábanas y se tapó la cabeza con la almohada.

—Necesito dormir.

Entonces lo escuchó, era el sonido de mil insectos invisibles revoloteando contra el cristal. Y su mano se sintió vacía, como si le hubieran abierto un enorme agujero.

La princesa de cabellos de plata corrió hacia la ventana, abriéndola de par en par al tiempo que dejaba entrar un viento con olor a bosque.

La niebla la estaba llamando o, mejor dicho, le estaba implorando.

El cuarto de Sylha quedaba en el segundo piso, justo encima del jardín, y no era la primera vez que la joven bajaba por la ventana, pero esa noche todo parecía diferente, como si el paisaje se estuviera borrando poco a poco y solo restara el llamado de la niebla.

La princesa atravesó en puntillas el jardín que, al igual que ella, lucía todavía su vestido de fiesta: pequeñas lamparillas escondidas entre las flores que intentaban competir con las estrellas.

Más allá, la esperaba el bosque de Tonr.

Sylha corrió a través de la noche como si su vida dependiera de ello. Como si del mundo no quedara más que aquella niebla prohibida que había acariciado su piel. Corrió sin pensar en consecuencias, sin parar cuando los gajos de los árboles rasgaron su vestido y sin mirar para atrás. Si lo hubiera hecho, hubiera regresado al castillo.

Así la heredera de Tonr fue pasando su cuerpo a través de la niebla, con una sonrisa en los labios y un corazón dormido. Sin notar las cicatrices que iban apareciendo en su piel conforme atravesaba la nube prohibida, ignorando los mensajes que su propia conciencia iba escribiendo con sangre.

Esa noche cambiaría su vida para siempre.

Capítulo 3:

El prisionero

1

Hacia algunas horas que el primer sol se había escondido en el horizonte, manchando el campo de batalla de una luz enrojecida como la sangre. Las aves de rapiña revoloteaban en el cielo y el olor a muerte atravesaba las nubes. Aquel era el segundo combate del día, y el joven esperaba que fuera el último.

Thomas les dedicó una última mirada a sus tropas antes de lanzarse hacia la lucha. Aquellos eran hombres que conocía de toda la vida, tenían los rostros cansados y llenos de hollín, algunos, inclusive, llevaban cicatrices que sangraban por debajo de las armaduras. Eran sus amigos, y la mayoría no sobreviviría hasta el final del día. Él mismo no sabía cuánto más resistiría, los enemigos habían identificado su armadura y ahora enviaban a sus mejores guerreros contra él. Pero ya no importaba, si tenía que morir, moriría con honra.

Todo había sucedido demasiado rápido, en tan solo cinco años había dejado de ser un chico travieso para convertirse en soldado de una guerra sin sentido. Y el joven no podía dejar de pensar que todo hubiera sido diferente si no hubiera obligado a la princesa a tocar la niebla aquella noche.

«Éramos tan solo niños», se dijo.

Aquella noche el reino de Tonr perdió a su princesa de cabellos de plata, y Thomas perdió a la única mujer que había amado jamás, aunque en aquel entonces aún no lo supiera. Cuando la patrulla encontró el sendero de retazos de vestido junto al bosque prohibido, supieron que la niebla se la había llevado.

Los hechos que se sucedieron a la desgracia se le atropellaban en la mente: los reyes se culpaban entre ellos, Gunter fue degradado por su propia familia, a Vivian la casaron con el primer postor y Rattern se convirtió en sacerdotisa del templo de alguna diosa sin importancia.

A nadie se le ocurrió culparlo a él, al pequeño Thomas, el miembro más joven de los Yhonwitch. Nadie lo puso de castigo ni le preguntó cómo se estaba sintiendo con todo aquello. Y él se tragó en silencio su culpa como quien se traga un pedazo de cristal, sabiendo que cualquier día le desgarraría las entrañas.

Después de la muerte de la reina, el rey de Tonr enloqueció, y una serie de malas decisiones lo fue llevando cada vez más por el camino de la guerra, en un reino dividido donde amigos se volvieron enemigos y la justicia quedó del lado de los más fuertes.

Ya no había vuelta atrás, a Thomas no se le daban bien las políticas internas y, a pesar de no tener del todo claro por qué una mitad del reino estaba combatiendo contra la otra, la vida de soldado le gustaba. En la guerra no había tiempo para pensar mucho, los problemas se resolvían a puño y el mañana sonaba lejano.

Sin embargo, cuando tenía que enfrentar soldados que habían crecido junto a él se preguntaba en qué momento la vida se le había salido de control. Entonces volvía a ella, cada vez que entraba al campo de batalla veía su sonrisa y el brillo de la luna en sus cabellos de plata.

No, él no entendía los motivos de la guerra, pero sí sabía una cosa: luchaba por ella, porque aquel reino en pedazos le pertenecía a su princesa perdida; luchaba, sobre todo, para que Sylha tuviera un hogar cuando la niebla la devolviera.

2

Sylha no sabría decir si su mirada se había acostumbrado a la oscuridad o si, de alguna forma misteriosa, algún trazo de luz había logrado entrar a la cueva. Pero detrás de los ojos rojos había aparecido la silueta de un hombre joven, con una camisa impecablemente blanca desabotonada por debajo de un traje negro.

El hombre —que no era un hombre en verdad— la miró, inclinó la cabeza y cambió el color de sus ojos a un naranja claro. Había algo en aquel rostro bonito que la incomodaba profundamente, aunque ella no sabría decir con exactitud de qué se trataba; el hecho era que aquel era el rostro menos humano que Sylha había visto en su vida.

Ella le sostuvo la mirada, no había llegado hasta allí para arrepentirse en el último momento, la exprincesa de Tonr no sabía exactamente qué encontraría en la cueva —nunca había llegado tan lejos en los sueños—, pero tenía la seguridad de que no sería humano.

—¿Toda esa elegancia es para mí o es solo el uniforme que les dan a los presos en esta zona?

De todas las cosas que imaginó que diría cuando por fin lo encontrara, aquella había sido la más tonta. Y Sylha se mordió la lengua de inmediato, rezando para que el recluso no pudiera ver sus mejillas sonrosándose en la oscuridad. Pero no lo pudo evitar, el contraste del lugar con el vestuario del preso pedía a gritos un comentario como aquel.

Los ojos del preso se colorearon de rojo nuevamente, solo que esta vez era un tono mucho más intenso que el anterior.

—Gracias por el cumplido —respondió—. Como verás, no soy un preso común. Respondiendo a tu pregunta, pensé que sería mejor presentarme ante ti de esta forma.

—¿Y cuál es tu «otra forma»? —Sylha volvió a arrepentirse en cuanto terminó de hablar, aquella conversación no servía para nada, necesitaba ir directo al asunto.

Le pareció ver que el rojo se volvía más oscuro.

—Tengo varios cuerpos, Sylha Cabellos de Plata, pero mi forma verdadera no cabría en esta caverna.

El preso dio un paso en su dirección, lo cual hizo que Sylha, a su vez, diera un paso hacia atrás, sintiendo un escalofrío que recorría su columna. No sin esfuerzo, la chica enderezó la postura y

levantó la cabeza:

—Ya nadie me dice así, ahora es Sylha y punto.

La exprincesa de Tonr llevaba años planificando aquel encuentro, recreando en su mente cómo debería ser la conversación si lograba llegar hasta él, si sobrevivía. Había tantas preguntas que podría hacerle, tantas cosas que quería saber, que las frases se le ahogaban en los labios. En esos cinco años Sylha había sufrido mucho, llorado mucho y perdido mucho.

La joven desenvainó su espada, abrió las piernas buscando apoyo entre las rocas del suelo y apuntó al prisionero al tiempo que exigía con el tono de voz más fuerte que fue capaz de extraer de su garganta asustada:

—Te ordeno que me libres de la maldición.

3

El combate había comenzado. Con un grito, Thomas bajó la visera de su casco y rezó a dioses que él mismo había inventado. En aquellos tiempos daba igual. A su lado, el choque de las espadas contra los escudos tocaba la melodía más antigua de todas: la música de la guerra.

Se encontraban a las afueras del condado de Wert, uno de los últimos resguardos de la mitad del reino que, como él, esperaba por el regreso de la princesa. En los últimos meses sus enemigos habían ganado terreno y se estaban acercando peligrosamente a Ciudad del Rey. De continuar así perderían el castillo y con él todo lo que este significaba: la esperanza de un reino unido de nuevo y, lo más importante, la esperanza de volverla a ver.

En la guerra, Thomas Yhonwitch luchaba contra buenos y malos; matando jóvenes que tenían su misma edad mientras trataba de no mirarlos a las caras. Porque defender al castillo y al rey loco era lo único que le daba sentido a su vida. Peleaba sin preocuparse demasiado por quién tuviera la razón, en ese momento pesaban más los motivos.

Thomas abría un círculo de muerte a su alrededor, deseando desde el fondo de su ser que aquel día terminara rápido para ir a emborracharse como siempre hacía, cuando el abanderado del ejército enemigo pasó por su lado y le arrancó una carcajada llena de reproche.

«Es increíble ver cómo se las han ingeniado para construirse una nueva bandera, como si fuéramos dos reinos en vez de uno», se dijo, contemplando aquel pedazo de tela donde un león de montaña destrozaba un castillo en miniatura.

En ese momento sintió un dolor punzante en la pierna derecha y, cuando miró al frente, se encontró con que un soldado enemigo le había abierto una herida. No se le veía el rostro; llevaba un uniforme que Thomas nunca había visto, cubierto por una armadura negra reluciente con un único símbolo en el pecho que a él le parecía vagamente familiar: una estrella roja; y se movía con tal agilidad que el chico tuvo que concentrar todos sus esfuerzos en escapar de sus golpes.

Thomas demoró para recuperarse de su asombro, pero cuando lo hizo arremetió contra su nuevo enemigo como si el resto del campo hubiera quedado desierto. El soldado utilizaba guantes de cuero y la empuñadura de su espada lucía un pequeño rubí del tamaño de un grano de

arroz. Las espadas chocaron con fuerza. A pesar de que su contrincante era de menor tamaño y más delgado que él, el joven rápidamente se descubrió cansándose más de lo acostumbrado.

«¿Quién eres?», se preguntó mientras bloqueaba con dificultad un nuevo ataque.

Thomas giró el cuerpo y contraatacó, pero su espada no logró abrirse camino hasta el soldado, quien parecía prever cada uno de sus movimientos. A su lado, las personas gritaban y la sangre corría sobre el lodo.

Un nuevo golpe de espada lo lanzó al suelo, dejándolo vulnerable por el tiempo suficiente para que el soldado de negro le apoyara la lámina en la garganta.

Thomas lo miró, a través de la armadura podía distinguir su respiración agitada, y la mano que sostenía la espada comenzó a temblar. Él le sonrió, reconocía los síntomas: el soldado de negro tendría una formación excelente en el arte del combate, pero a todas vistas nunca había matado a nadie, lo más probable era que aquella fuese su primera batalla.

—Está bien —le dijo recordando su primera vez—, puedes matarme. Yo también quiero que esto acabe.

En vez de eso, el soldado le dio una patada en el pecho y salió corriendo, al tiempo que el ejército enemigo comenzaba los gritos de retirada. Había terminado el día y, cuando lo levantaron del suelo, el joven no podía pensar en otra cosa que no fuera el brillo del pequeño rubí.

4

La risa que inundó la cueva no era natural, y su sonido no parecía venir del prisionero, sino de todas partes, como si cada agujero en la pared, cada piedra sobre el suelo se estuviera burlando de ella.

Sylha apretó la mano sobre la empuñadura de su espada mientras luchaba con todas sus fuerzas por mantenerse firme y no salir huyendo de allí. El miedo se había abierto camino lentamente por su cuerpo, apropiándose de tal forma que la chica ya no podía controlar el temblor en sus piernas.

Cuando la risa paró, fue como si la cueva regresara a la vida. Sylha podía escuchar el gotear de las estalactitas contra el suelo de piedra, el aleteo de los murciélagos despertándose y los pasos de la Raposa que, al menos hasta ahora, no parecían dirigirse en su dirección.

Era una sensación extraña, pues, a pesar de que el día debería estar llegando al ocaso, la oscuridad parecía haber retrocedido.

Y el rostro que la contemplaba se le hizo más visible.

El ser era mucho más alto que ella, y tenía un cabello oscuro demasiado corto para alguien que llevaba siglos prisionero. Eso sin hablar del traje, que parecía salido del ropero del mejor sastre de Tonr.

Cada uno de los arañazos que Sylha tenía sobre la piel pareció despertar al mismo tiempo, y la chica sintió que el cansancio de los cinco años que llevaba buscando su maldito sueño se le echaba encima con la misma fuerza del mar que rodeaba la isla.

Los ojos que la miraban adquirieron el color de la sangre y, cuando sus labios pronunciaron la siguiente frase casi sin moverse, Sylha se dio cuenta del motivo por el cual mirarlo la incomodaba tanto: aquel rostro no tenía un solo musculo que se moviera, solo los ojos cambiaban de color, como si hubieran colocado una máscara de piel alrededor del fuego:

—Al contrario de lo que piensas, yo no provoqué tu maldición y por tanto no puedo retirarla.

—¡Mientes!

—¿Acaso sabes quién soy?

—Sé que comencé a soñar contigo la misma noche en que apareció la maldición. Con eso me basta.

Ella sabía más, sabía que los habitantes de la aldea costera más cercana a la isla lo adoraban como a un dios. Se lo habían contado un tiempo atrás, como también le habían contado que el Dios de la Caverna había despertado hacía cinco años gracias a sus constantes plegarias, pero que no le gustaban las visitas. Sylha también sabía que para el resto del mundo era tan solo una leyenda, donde dios y demonio se confundían en fábulas que llevaban el color del reino donde fueran contadas.

Nada de eso interesaba.

El prisionero se acercó más, levantó una mano y, ante la mirada atónita de la chica, estrujó la lámina de la espada como si fuera una simple hoja de papel. Sylha temblaba de pies a cabeza, pero no apartó la mirada.

—Yo soy más antiguo que este mundo —dijo el prisionero con una voz que le caló los huesos— y que todos los mundos. Cuando tu raza no exista más, yo seguiré aquí, esperando que todo rastro de vida se acabe para hacer mi trabajo.

La garganta de Sylha se secó y la chica sintió cómo las fuerzas abandonaban su cuerpo de vez. El prisionero continuó:

—Los problemas de los mortales no me interesan, y no gano nada maldiciendo humanos.

Ella quería responder, pero las palabras la habían abandonado.

—Por algún motivo que aún no comprendo —continuó él—, hace cinco años desperté de mi sueño y créeme cuando te digo que lo que más deseo es volver a dormir hasta que tu mundo se destruya a sí mismo. Sin embargo, cuando cierro los ojos, solo te veo a ti. Pues sí, yo también llevo cinco años soñando contigo, Sylha Cabellos de Plata.

Al decir esto, los ojos del prisionero brillaron con tal intensidad que la joven hubiera jurado que era aquello lo que estaba iluminando la cueva.

—Hasta donde sé, pequeña humana, yo también fui maldecido y tú tienes la culpa.

5

La taberna estaba repleta, como siempre. Al mismo tiempo que el paso de la guerra dejaba tras de sí a un reino en decadencia, los negocios más oscuros parecían florecer.

El humo de las hierbas de la noche impregnaba el local con tal fuerza que Thomas necesitó restregarse los ojos y su nariz dejó escapar un estornudo. No podía culparlos, eran tiempos de

olvidar y cada una de las personas que estaban allá dentro tenía varios motivos para hacerlo: mujeres que habían perdido a sus esposos e hijos, guerreros que habían perdido a sus amigos, soldados con miembros amputados y ancianos que soñaban con una época mejor.

No era solo por causa de la guerra. El rey Esketon, o el rey loco como algunos lo llamaban, llevaba años sin atender los asuntos del reino y gastaba sus días entre botellas de vino y charcos de vómito. El consejo real estaba compuesto por un selecto grupo de nobles que habían dedicado sus vidas a las críticas y al ocio, y ahora se esforzaban más por mantener sus puestos dentro del palacio que por resolver los problemas de Tonr.

Con todo eso, la economía del reino se había venido abajo hacía años, y no pasó mucho tiempo antes de que la Guardia Real se volviera impotente frente a la corrupción y el desorden que surgieron en la capital.

Su esperanza, la única esperanza, era que la princesa volviera y se encargara de todo. Thomas sabía que le estaba pidiendo demasiado a una chica que había desaparecido en la niebla con tan solo quince años, pero Sylha no era cualquier chica.

La princesa que él recordaba era hermosa y desafiante; una chica con un corazón de oro que, al contrario de lo que ella misma pensaba, sabía hacerse dueña del lugar donde se encontrara. Sylha conocía a las personas, miraba en sus ojos y veía sus almas de una forma que Thomas nunca más vio a nadie hacer y, como toda mujer, utilizaba eso a su favor. Donde ella estuviera, el resto del mundo se hacía pequeño, y el joven sabía que el pueblo de Tonr la hubiera seguido ciegamente si hubiera tenido la oportunidad.

Sylha regresaría y sería una reina perfecta, de eso no le quedaba duda, pero el chico no sabía cuándo.

Mientras tanto, debían mantener al rey Esketon vivo, porque la mitad del reino había elegido a otro sucesor, un noble sin sangre real que se hacía llamar Brand el Magnífico y que Thomas recordaba como un chiquillo endeble que nunca miraba de frente cuando conversaba.

«Cualquier rey es mejor que el rey loco», se decía el propio Thomas a veces.

Pero cualquier rey no permitiría que Sylha ocupase el lugar que le correspondía por derecho. Y él se lo debía. Nadie más lo sabía, pero los dioses eran testigos de que la culpa de todo había sido suya cinco años atrás. Tenían que resistir, costara lo que costara.

Thomas se acercó al mostrador y pidió una cerveza. Cuando pasó la pierna por encima de la banqueta, la herida de la batalla le lanzó un latigazo de dolor y le manchó de sangre el pantalón. No es que fuera importante, el joven ni siquiera se había molestado en darse un baño antes de salir para beber. Los horrores del cuartel habían dejado su cabeza dando vueltas y, además, tenía una deuda.

Era una costumbre que el chico se había impuesto desde que comenzó la guerra: toda vez que terminaba una batalla salía a beber y brindaba por las almas de los muertos, ya fueran amigos o enemigos. Porque todos, como él, no eran más que tonranos defendiendo a su reino, aunque tuvieran diferentes opiniones sobre la mejor forma de hacerlo.

El tabernero le sirvió sin mirarlo a los ojos, era un hombretón grande y gordo con pocos pelos en la cabeza que emanaba olor a rancio. Thomas sabía que no era bienvenido allí y que muchos

de los familiares muertos de aquellas pobres personas habían sido obra de la espada que llevaba enfundada en el cinto.

Pero si existía una regla que los tonranos respetaban era aquella: las tabernas eran territorio neutro, todos eran recibidos y nadie tenía permitido pelear, quien lo hiciera quedaba expulsado para siempre de todas las tabernas de Tonr.

Thomas levantó la cabeza, sus ojos se habían adaptado al humo y ahora podía distinguir con claridad cada detalle de los rostros de las personas. La mayoría de ellos estaban bajo la influencia de la droga, con la cabeza apoyada sobre las manos y la respiración pausada. Unos pocos conversaban en voz baja y otros jugaban a los dados. Todos, sin distinción, evitaban su mirada.

Al cabo de un rato, las puertas de la taberna se abrieron de nuevo, dejando pasar a una figura encapuchada que entró sonando las botas en el suelo y se sentó a su lado.

Thomas apenas podía verle la parte inferior del rostro, pero los labios carmesí que asomaron por debajo de la capucha le sonrieron al tabernero de tal forma que el pobre hombre casi se derrama la cerveza encima.

El joven hizo un esfuerzo por contener la risa, pero no tuvo mucho éxito. La encapuchada lo miró, se destapó la cabeza y le dijo:

—Thomas Yhonwitch, estás luchando del lado equivocado. Tu princesa no volverá.

6

Sylha se había dejado caer en el suelo de la cueva, ignorando el paso del tiempo, la oscuridad tenebrosa, y a su anfitrión. Este último se había retirado a una esquina y la observaba con unos ojos azules que no llegaban a iluminar el lugar.

¡Cinco años! Llevaba cinco años buscando la caverna de sus pesadillas porque estaba convencida de que sería allí donde encontraría todas las respuestas. Cinco malditos años de aislamiento durante los cuales se había convertido en un espectro sin pasado, aprendiendo a sobrevivir en las sombras y cargando con el peso de una maldición que, con toda seguridad, no le correspondía a ella.

Como el preso había dicho, era una simple humana, una criatura insignificante en un mundo dominado por la magia. ¿Por qué ella? Ahora nunca lo sabría, saldría de la caverna con las manos vacías y la esperanza por el suelo.

Sylha levantó la cabeza, calculando que allá afuera probablemente habría anochecido. No, tal vez ella no debería salir de la caverna.

—Escúchame, humana —le dijo el preso acercándosele y una luz que no formaba sombras inundó la cueva—, yo no puedo retirarte la maldición, pero puedo ayudarte a descubrir cómo hacerlo.

—¿Lo harás?

El color en sus ojos cambió a naranja claro:

—Digamos que yo también quiero que esto acabe. Tantas noches sin dormir me están envejeciendo.

Ella asintió sin levantarse del suelo, el preso continuó:

—La buena noticia es que existen pocas fuerzas en este mundo capaces de despertarme de mi sueño —dijo agachándose frente a ella— y, que yo sepa, solo mis hermanos y yo las conocemos.

Sylha dejó que las palabras entraran por sus oídos y se establecieran dentro de ella como si fueran invitadas de honor. Levantó la cabeza lentamente y escogió su respuesta con calma, amarrando sus emociones con una cuerda invisible mientras intentaba mantener la cordura.

—¿Cuál es la mala noticia?

Para ese entonces, los ojos del prisionero ya estaban rojos de nuevo:

—Que no somos una familia muy unida, por así decirlo. Pero, bueno, ahí es donde entras tú.

Nuevamente Sylha sopesó las palabras, comprendiendo que estaba entrando en un juego mucho más peligroso de lo que ella había esperado y que no tenía forma de saber si él le estaba diciendo la verdad.

—Quieres que yo vaya a ver a tus hermanos.

No recibió respuesta.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Tengo muchos hermanos, Sylha, pero solo dos viven en este mundo y sí, espero que puedas ir a verlos. Por el bien de todos, espero que estén de ánimos para recibirte.

Entonces era eso. La chica lo miró, estaban muy cerca y aquel rostro continuaba impassible, pero los ojos encendidos escudriñaban su cuerpo de una forma que la hizo sonrojar. Sí, estaba a punto de colocarse dentro de una artimaña que definitivamente la superaba con creces, pero no tenía más remedio. Había llegado hasta allí, ahora era todo o nada.

—Está bien —respondió—. Mañana por la mañana me explicarás el plan. Ahora necesito encontrar un lugar para dormir. Mientras sea de noche, no puedo salir de la cueva.

Y no era precisamente por causa de la Raposa, pero eso no se lo dijo.

—Como desee, su alteza —respondió el preso poniéndose de pie y tendiéndole una mano para ayudarla a levantarse—. Ya que va a dormir en uno de los aposentos de mi humilde morada, permítame realizar una presentación formal.

Ella lo miró intrigada. Él continuó, sin soltarle la mano:

—Sylha Cabellos de Plata, heredera del trono de Tonr, uno de los últimos reinos humanos que restan en este mundo; yo soy Dhyem y es un placer, al fin, conocerla.

Capítulo 4:

Juegos de dioses

1

Sylha despertó porque su cuerpo lo hizo, porque sus ojos se abrieron y el sueño se negó a regresar, no porque quisiera. Después de la presentación a medias de la noche anterior, pues Dhyem le había dicho su nombre, pero no había explicado quién era, el preso se había marchado asegurándole que la Raposa nunca entraba en «sus habitaciones» y que la joven podría descansar allí sin correr ningún tipo de peligro.

Decir que se había marchado era una descripción a medias. En realidad, Dhyem se había esfumado gradualmente, dejando de último unos ojos rojos que brillaron un rato antes de desaparecer. Sylha se había alegrado de que, en su condición de exprincesa maldecida, ya no necesitara alimentarse como el resto de las personas; y se había acomodado en el suelo frío y húmedo de la cueva.

No era un lugar agradable, estaba bien lejos de serlo, pero la joven no tenía opción. Desde aquel día en la niebla, Sylha le temía a la noche, en un sentido completamente diferente a como le temía el resto de las chicas. Había aprendido a base de errores que, si la maldición llamaba, era mejor estar sola.

De esa forma, se había quedado dormida sobre aquel suelo de piedra, sin preocuparse realmente por los peligros de la cueva. Sin darse cuenta de que la luz no la había abandonado del todo y el olor a podrido hacía rato que había dado lugar a un aroma de rocío.

Había soñado con el Bosque Azul, con un sendero que ya conocía y con una niebla juguetona que no pretendía hacerle daño. Había soñado con la propia caverna, con el animal endemoniado que la custodiaba y, por primera vez, con el preso de ojos de arcoíris.

Así que despertó sin querer hacerlo y, cuando miró alrededor, la cueva se veía diferente.

La joven se sentó en el suelo y recorrió con la vista la impresionante cámara donde se encontraba, descubriendo detalles que la noche anterior le habían pasado desapercibidos. Como una pequeña laguna con piedrecillas violetas en el fondo; una estalagmita terminada en forma de concha sobre la cual goteaba agua procedente del techo; y los cientos de cristales que, incrustados en las paredes de piedra, reflejaban la tenue luz que entraba por las rendijas.

—Lo sé —dijo una voz a su espalda provocándole un escalofrío—, tengo que trabajar un poco en la decoración.

La joven se levantó, sacudiéndose la ropa y mirando con pesar el pedazo de metal torcido en que se había convertido su espada y que ahora yacía, abandonado, en el suelo. Dhyem se había

cambiado de traje, llevaba el cabello peinado y no parecía para nada un prisionero.

«En realidad —pensó Sylha al notar el estado de su ropa—, ahora mismo yo encajo más con la caverna que él».

—¿Durmió bien su majestad? —preguntó el prisionero con los ojos rojos.

—Dormí bien, gracias por preguntar —respondió la chica mientras se acercaba a la estalagmita y bebía un poco de agua.

—En ese caso, supongo que podemos prepararnos para el viaje —dijo Dhyem extendiéndole una bolsa que la joven reconoció enseguida—, me he tomado el atrevimiento de ir a buscar tus pertenencias.

Sylha habría jurado que a esas aturas de la vida ya nada podría sorprenderla, pero ¿podía saberse cómo demonios Dhyem había buscado su morral?

—El guardián te manda saludos. Te hubiera traído un panecillo, pero creo que ahora te alimentas de otras cosas.

La chica seguía sin comprender:

—¿El guardián vino hasta aquí?

—Bueno, la verdad es que no le gusta mucho esta parte de la casa, él prefiere quedarse sobre la colina.

Sylha estrechó los ojos y recogió el morral, conteniendo los deseos de seguir haciendo preguntas. El preso señaló hacia la salida del pabellón:

—Vamos, te voy a llevar a la sala de armas, supongo que te estoy debiendo una espada nueva.

Ella asintió, sintiendo que todo aquello no podía sorprenderla más. Salió caminando detrás de Dhyem, con su morral al hombro, y la mirada extasiada por lo diferente que lucía la caverna en comparación con la noche anterior. Cada vez que pasaban por una galería, esta se iluminaba sin que Sylha descubriera de dónde salía la luz. El olor a cuerpos en descomposición había desaparecido totalmente, así como los cadáveres, la sangre y...

—¿Y la Raposa?

—Anda por ahí. Es un animal encantador, ¿no crees?, excelente para mantener a los intrusos alejados.

Aquello era demasiado.

—Todo es mentira —dijo en tono de reproche sin saber qué era exactamente lo que la molestaba tanto—. No estás preso.

—¡Ah, sí! Estoy preso en este mundo —respondió Dhyem girando por una esquina e iluminando el interior de la «sala de armas»—. Y hace cinco años que no puedo dormir, mi situación es muy triste.

2

Thomas tenía un dolor de cabeza terrible, al parecer aquel sería uno de esos días en que su cabeza lo castigaría hasta el anochecer. Ahora para rematar también estaba cojeando.

«Bien merecido que me lo tengo», pensó, recordando la noche anterior.

Después de aquel audaz saludo, considerando que él era uno de los mejores guerreros de Tonr, la mujer misteriosa no había conversado más; limitándose a beber un par de cervezas antes de salir de la taberna de la misma forma que entró, no sin antes señalar hacia la pierna de Thomas y decirle:

—Deberías limpiar esa herida antes de que se te infecte.

Él no había respondido, en vez de eso, se había bebido de un trago toda la cerveza que le quedaba en la jarra mientras se rompía la cabeza pensando por qué aquella joven de cabellos castaños le parecía familiar. Tenía la completa seguridad de que no era su rostro, pues un hombre difícilmente olvidaría a una mujer tan bonita; sin embargo, algo dentro de él le decía que aquella no era la primera vez que la encontraba.

Ella tenía razón. Thomas se había ido a la cama con la misma ropa manchada de sangre y la herida en la pierna le había estado doliendo la noche entera. Si bien al despertar se había dado un buen baño, tanto tiempo sin tratarla había dejado su herida en un estado de infección que, si no fuera por los ungüentos del médico del ejército, pudiera haberle provocado que le amputaran la pierna.

Ahora estaba sentado junto al consejo real en la mesa de reuniones de guerra y, mientras contemplaba a los tres ancianos discutir acaloradamente, el joven se preguntaba a cuál de ellos odiaba más.

El asiento a su derecha estaba ocupado por lord Faustus, tesorero real; un hombrecillo flacucho y demacrado con una mirada penetrante y movimientos nerviosos. Faustus era el culpable de que los ejércitos se estuvieran muriendo de hambre y la economía de Tonr se hubiera debilitado tanto. Mientras el pueblo exprimía hasta la última gota de sudor para pagar los impuestos, él derrochaba el dinero en prostíbulos y lujos. No le interesaban los asuntos de la guerra, a no ser que afectasen directamente a su bolsillo.

Del otro lado tenía al conde Rufus, dueño del condado de Wert, donde había tenido lugar la batalla del día anterior. Desde el comienzo de la guerra el conde Rufus se había mudado con su familia para el palacio real, dejando sus tierras abandonadas. El viejo astuto confiaba en que los soldados de Tonr defenderían su propiedad por causa de la importancia que la misma tenía para el reino. Pero ahora, después de que casi perdieran la batalla de ayer, gritaba nerviosamente como si acabara de descubrir que la guerra no era un juego de tablero.

Y delante de Thomas, intentando como siempre gobernar la situación, estaba su padre. Thion Yhonwitch era, probablemente, la persona más inteligente dentro de aquella sala, pero hacía años que Thomas había comprendido que la astucia de su padre solo trabajaba para a él mismo. Hubo una época en que el joven lo respetaba y hasta lo miraba con orgullo, pero eso había sido muchos años atrás, cuando aún era un chiquillo inocente que no comprendía del todo los motivos de su padre.

El hermano mayor de Thomas, sabiendo de antemano que heredaría las propiedades de la familia, había aprendido a administrarlas; y con eso se había ganado la aprobación de Thion. Por el momento la guerra no había llegado hasta aquella zona y las manipulaciones de su padre habían convertido el desastre de la guerra en lucros para su familia.

Thion era un hombre inteligente y sin escrúpulos, combinación letal para el reino de Tonr; y esperaba que Thomas le siguiera los pasos.

Por supuesto, el rey no estaba allí.

El viejo Rufus daba golpes en la mesa y lo señalaba a él:

—Me contaron que ayer casi perdemos la batalla porque te acobardaste en el campo.

—Le contaron mal, señor —respondió Thomas con aire de aburrimiento, había descubierto que esa era la mejor forma de enfrentarse al consejo—. Los traidores tienen un nuevo soldado y he de admitir que me venció en el combate.

«Los traidores», la palabra quemaba en los labios de Thomas. No eran más que ciudadanos de Tonr que habían escogido un nuevo rey con la esperanza de rescatar al reino de la miseria, pero llamarlos de esa forma hacía que resultara más fácil matarlos.

—¡Eso! ¡Eso mismo! —se exasperó Rufus—. Se supone que eres el mejor. ¿En qué estabas pensando, joven?

—No puedo ni imaginar qué será de nuestro pobre rey si perdemos Wert —se quejó Faustus.

—¡Basta! —gritó su padre—. Todavía no hemos perdido Wert.

Entonces miró a Thomas, y el joven se resistió al impulso de encogerse en el asiento como hacía desde que era pequeño:

—Chico —le dijo—, ¿quién es ese nuevo soldado?

—No lo sé, no le vi la cara, pero, por la estatura, no parece ser nadie que conozca.

—Pues, si es tan bueno como dices, tenemos que investigar; si es tonrano, alguien debe conocerlo. —Los otros asintieron—. Una vez que sepamos de quién se trata y qué tabernas frecuenta, quiero que le pongas veneno en la maldita cerveza.

Los rostros de Rufus y Faustus sonrieron mostrando unos dientes amarillos. Su padre tenía el don de terminar las discusiones de esa forma y el joven sabía que, a partir de ahora, hiciera lo que hiciera, el mérito sería para Thion. El estómago se le revolvió. Aquel soldado debía haberlo matado cuando pudo.

3

La sala de armas no era más que una gruta en la caverna con una montaña de armas en el centro. Y lo más asombroso de todo era que Sylha había pasado por allí el día anterior solo que, en aquel momento, la joven había encontrado cuerpos en descomposición, miembros amputados, cráneos humanos y sangre, mucha sangre.

La princesa de Tonr se acercó al conglomerado de armas sin atreverse a confiar en sus sentidos. ¡Demonios! Ella no solo había visto los huesos, los había tocado, había sentido su hedor. Y ahora todo había desaparecido por completo, dando lugar a un conjunto de metales relucientes que parecían salidos de la armería real.

Ante ella, espadas con diamantes se escondían entre escudos de diferentes formas, y cuchillos enfundados en cintos de cuero sobresalían por debajo de arcos de madera preciosa y armaduras plateadas.

Sylha no lograba discernir entre qué era real y qué no. Y cada vez que extendía el brazo para coger una espada la invadía la sospecha de que, tal vez, estuviera cogiendo un pedazo de carne podrida.

Dhyem parecía muy divertido con todo aquello. La chica había descubierto que, cuando eso sucedía, el rojo en sus ojos se volvía más intenso.

—Pasaste la noche en mi casa y ahora resulta que desconfías de mí —le dijo—. Eres una chica un tanto extraña, podría sentirme ofendido. No tenemos todo el día. Si no confías en mí, tendrás que arreglártelas sin la espada.

La joven ignoró el frío en la barriga que aparecía cada vez que tocaba un arma y comenzó a probarlas. Él continuó:

—La verdad es que te entiendo, a mí tampoco me gustaría descubrir en medio de una pelea que la espada que estoy sosteniendo es, en realidad, la pierna de algún muerto.

Sylha se decidió por una espada de tamaño medio que se adaptó bien a su brazo. Tenía la empuñadura plateada y una pequeña inscripción en un lenguaje que ella no conocía. Miró a Dhyem y le dijo:

—Si quieres que te ayude a acabar con la maldición, vas a tener que evitar ese tipo de comentarios.

—Hasta donde yo recuerdo, eras tú la que querías que yo te ayudase con la maldición. Además, si quieres tener éxito con mis hermanos, es mejor que te acostumbres a nuestros juegos, yo soy el más inofensivo de los tres.

Diciendo eso, el dios-demonio la guio de vuelta al lugar donde la joven había pasado la noche y señaló la laguna violeta:

—Voy a abrirte un portal hasta el Bosque Negro, a partir de allí tendrás que continuar sola, no soy bienvenido en ese lugar. En realidad, nadie lo es, pero espero que por una humana tan bonita mi querido hermano haga una excepción.

Ella suspiró, sabiendo de antemano que después de ese punto no habría retorno. Había escuchado hablar del Bosque Negro, era el escenario favorito de los cuentos de terror que los muchachos compartían durante las noches de vino. A pesar del miedo, la joven sintió una pizca de nostalgia.

«Pues bien, Thomas —pensó—, voy a conocer el Bosque Negro, veremos si es tan interesante como lo hacías parecer».

—¿Cómo encuentro a tu hermano? —quiso saber Sylha.

—De eso no tienes que preocuparte. Si no mueres antes, él te encontrará. Solo mantente alejada de la niebla, a ver si esta vez lo logras. —Cuando terminó la frase, los ojos le brillaron—. Su nombre es Untheron y su apariencia es un poco diferente a la de las personas que conoces.

Ella lo miró, no esperaba menos.

—¡Ah! —respondió él—. Es más diferente que la mía, si es lo que estás pensando, pero no te dejes intimidar. Si no le haces daño a las criaturas del bosque, no debes tener problemas.

Sylha entró en el agua percibiendo que no estaba tan fría como había imaginado, tomó una de las piedrecillas del fondo y le dio vueltas en la mano.

—Claro está —rio Dhyem— que las criaturas del bosque sí tratarán de hacerte daño a ti. Si no, sería demasiado fácil, ¿no crees?

—Entonces, ¿qué se supone que haga? —preguntó ella.

—Eso tendrás que descubrirlo tú, a mí no me fue muy bien la última vez que estuve allá. Sería irresponsable de mi parte darte cualquier tipo de consejos.

—Genial.

La joven cerró los ojos por un momento y respiró profundo, luchando contra el instinto de salir corriendo mientras se preguntaba si lo que encontraría en el camino no sería peor que su maldición.

«No —pensó con amargura—, nada es peor que la maldición».

Entonces, el dios-demonio cambió el color de sus ojos para verde, comenzó a recitar en un idioma extraño, y el agua empezó a burbujear. Todo a su alrededor se volvió borroso. Ella colocó la mano en la empuñadura de su nueva espada y se preparó para partir al tiempo que escuchaba la voz de Dhyem flotando en el aire:

—¡Mándale saludos de mi parte! ¡Y recuerda, no toques la niebla gris!

Capítulo 5:

Cuatro años atrás

1

Sylha se levantó sin hacer ruido, intentando no despertar a los otros marineros que dormían en sus hamacas junto a ella; subió descalza hasta la proa y dejó que el viento le borrara las pesadillas.

Al igual que todas las noches, había soñado que corría dentro de una caverna oscura repleta de sangre y muerte. El sueño de esa noche había sido de los que terminaban mal; en él, había tropezado con el cadáver de un soldado desmembrado y había sido alcanzada por la Raposa.

La joven se pasó las manos por los brazos recordando el dolor y, a pesar de saber que se trataba de un sueño, se levantó la camisa para revisarse el vientre mientras las imágenes de sus entrañas desgarradas aún le provocaban fuertes deseos de vomitar.

Había pasado ya un año desde el día de la niebla, cuando despertó en un bosque extraño cubierta de heridas y con su vestido hecho andrajos.

Sylha recordaba aquel día como si hubiera sido ayer: el olor a muerte; el sudor corriéndole por las cicatrices que se le habían abierto en la piel; los dos soles contemplándola desde un cielo desprovisto de vida; y el vacío en su pecho, como si su corazón simplemente se hubiera olvidado de latir.

Recordaba lo que sucedió y lo que vino después, cuando, con solo quince años, se dio cuenta de que no podría regresar a su hogar; no era más princesa y, tal vez, no era más humana.

Al principio había intentado resguardarse en el Bosque Azul, ya que podía salir y entrar en la niebla a su antojo sin que esta volviera a herirla. Era un lugar hermoso y, por las noches, el reflejo de la luna en las plantas azules dibujaba un paisaje que parecía salido de un sueño. Además, los soldados de Tonr no podían atravesar la niebla, convirtiéndola en un escondite perfecto.

Desde allí, Sylha había visto a las patrullas ir y venir durante varias noches, a sus padres gritar su nombre y a su madre llorar. Algunos días, había visto a Thomas asomarse a la niebla cuando nadie lo veía y pedirle disculpas al aire. Y todo lo que había visto le había abierto un agujero en el corazón.

Pero no podía permitir que la vieran, pues la maldición la había convertido en una amenaza para el reino.

La joven había pasado las noches llorando, mirando desde lejos el rostro de sus padres y viendo la desesperación hacer mella en ellos sin poder evitarlo. Había pensado que, si se quedaba allí, tal

vez la maldición pasaría. Tal vez un día despertaría y descubriría que, en realidad, todo no pasaba de una pesadilla gigante.

Hasta una noche, en que la maldición llamó con tal fuerza que, a pesar de estar resguardada en el Bosque Azul, el reino entero se estremeció. Y fue esa noche que la princesa de Tonr comprendió que debía marcharse.

Con el tiempo las heridas se curaron y la única forma que Sylha encontró de soportar su fardo fue olvidándose de todo. Poco a poco fue aprendiendo a no pensar demasiado y el nombre de Tonr se le fue convirtiendo en el pasado de otra persona.

2

Un sonido de pasos trajo a Sylha de regreso al presente, el barco se balanceaba con suavidad, y casi todos los marineros dormían. La joven volteó la cabeza y se encontró con un chico delgado, de cabello rojo, que venía caminando en su dirección.

—¿Qué haces despierta? —le preguntó el chico.

Su nombre era Iván y era dos años menor que ella, ambos se habían unido a la tripulación del SaintAna el mismo día, pero, al contrario de Sylha, Iván sí tenía experiencia como marinero. Por lo que le había contado, había trabajado por lo menos en tres embarcaciones más.

—Lo mismo que tú —respondió la joven con una sonrisa.

Iván era frenviano y, al igual que ella, se encontraba muy lejos de su hogar. Tenía las orejas puntiagudas y la piel curtida por el sol. Como el resto de su especie, su magia le daba poder sobre los granos de arena, lo cual no tenía mucha utilidad si te encontrabas en un barco mercante en medio del mar.

—Yo voy a pilotear el barco —le dijo el chico con orgullo—. Jordan me prometió que me dejaría un rato al timón.

Jordan debía ser el marinero que estaba haciendo el turno de la noche. La chica pensó que no podía ser tan complicado eso de manejar un barco, por no decir sumamente aburrido.

—Me alegra que me lo hayas dicho —rio—, de esa forma me puedo poner a salvo.

—¡Bah! No confías en mis habilidades —respondió el muchacho dándose por ofendido.

—Puedes verlo como una simple precaución.

Llevaban dos semanas viajando, y se esperaba que tocaran tierra en los próximos tres días. En realidad, Sylha necesitaba que lo hicieran. En ese año había aprendido que la maldición la llamaba cada tres o cuatro meses y había pasado solo un mes desde la última vez; pero no quería correr riesgos. Optar por trabajar en un barco había sido una decisión difícil, que le había costado no pocas noches en vela.

Después de vender la última joya que le quedaba encima, la joven se había visto en una situación complicada, pues los viajes del rincón donde se había escondido después de abandonar el bosque hasta la villa más cercana demoraban un día entero. Si buscaba trabajo en la villa, tendría que dormir allá, lo cual expondría a todos sus habitantes a la maldición.

Los marineros ganaban bien y eran pocos. En un barco, la joven estaría aislada del resto del mundo, y los lazos de amistad que forjaría se esfumarían como pétalos de dientes de león en el momento en que terminara la misión. Por otro lado, viajar a otros lugares le daría la oportunidad de conocer personas que tal vez la ayudaran a descubrir una forma de acabar con la maldición o que al menos le dieran alguna pista sobre la caverna misteriosa que la acechaba en los sueños. Aquella era su única esperanza de volver a llevar una vida normal.

—Te has quedado pálida —dijo Iván—. ¿De verdad tienes tanto miedo de que yo asuma el timón del barco?

Ella suspiró, un viento fresco con olor a mar le secó las pequeñas lágrimas que se habían escapado por el borde de sus ojos:

—Claro que no —respondió—. Vamos, que no me quiero perder tu debut.

3

Unas horas más tarde, las historias de Iván aferrado al timón ya habían recorrido el barco entero, y Sylha lloraba de la risa mientras lavaba los platos del desayuno al tiempo que escuchaba al cocinero contar cómo el muchacho se había balanceado de un lado para el otro cuando el primer vientecillo azotó la embarcación.

—Parecía que era el timón el que lo estaba agarrando a él y no lo contrario —reía—, ese niño tiene que comer más frijoles si quiere convertirse en timonel.

Ella había acompañado al chico por un tiempo, pero se había marchado cuando salió el primer sol para ayudar en la cocina y se había perdido la mejor parte.

El cocinero era humano también, pero no provenía de Tonr, sino de un reino distante llamado Palterah, que quedaba del otro lado del continente. El hombre, cuyo nombre era Iony, era tan alto y obeso que necesitaba dos sillas para sentarse, pero tenía un corazón de oro, y una mano especial para los condimentos.

Cuando Sylha subió al SaintAna por primera vez, sabía que el trabajo sería duro, principalmente para una princesa adolescente que ni siquiera lograba cepillar su propio cabello. No demoró tres días para que sus manos se llenaran de ampollas y los brazos comenzaran a dolerle.

Su falta de condición física no era lo único que la delataba, la chica había resultado ser extremadamente torpe cuando se trataba de labores domésticas, y actividades tan simples como pelar una papa se le hacían tan difíciles que le daba vergüenza.

Pero nadie la reprendía. Iony se limitaba a mostrarle una y otra vez la forma correcta de hacer las cosas que le pedía, sin preguntarle cómo era posible que una aldeana de dieciséis años no supiera cocinar. Tampoco nadie le preguntó por el color de su cabello y, por suerte, parecía que nunca hubieran escuchado hablar de la princesa de cabellos de plata de Tonr.

Sylha había descubierto que desempeñar las tareas en el barco mantenía su mente ocupada y alejaba los pensamientos tristes. Todos los días, a la hora de la cena, se escabullía y tiraba su

comida al mar. Hasta el momento nadie había notado que la pequeña Mariana, como se había hecho llamar, no necesitaba alimentarse.

—Es falta de práctica —se quejó Iván, quien venía bajando las escaleras cuando escuchó la conversación—. Pueden reírse todo lo que quieran, un día me convertiré en un gran timonel. Es más, un día compraré mi propio barco y seré capitán.

—Nadie lo duda, Iván —rió el cocinero—. Solo sírvete un poco más de comida la próxima vez antes de practicar, a ver si logramos que mantengas el timón en posición.

Sylha rompió en carcajadas y vio las mejillas del chico ponerse más coloradas que el tomate que estaba pelando Iony.

En eso, un fuerte estruendo sacudió la embarcación y la cocina se llenó de humo negro.

—¡Nos están atacando! —gritó alguien desde fuera—. ¡Todos a cubierta!

El cocinero se levantó de una sacudida tumbando las dos sillas en el suelo, cogió un cuchillo grande de cortar carne y subió las escaleras en disparada mientras les gritaba:

—¡Iván y Mariana, escóndanse! ¡No quiero que asomen sus cabezas por nada en este mundo!

El chico y ella se miraron y negaron al unísono, Iván recogió un atizador y Sylha salió corriendo, con un cuchillo de cocina en la mano, hacia el cuarto del capitán; recordaba haber visto varias espadas allí.

El pasillo interno del barco era un caos total, los marineros agarraban lo que podían y corrían a cubierta desesperados. Por los gritos que llegaban desde afuera, quedaba claro que los piratas ya estaban atracando el barco.

Sylha se tropezó de cara con el capitán.

—Niña, ¿qué haces aquí? Escóndete inmediatamente en la bodega —gruñó.

Era un hombre fuerte, con edad suficiente para ser su padre, llevaba los brazos cubiertos de tatuajes y le faltaba la mitad de la ceja derecha.

—Yo puedo luchar, mi capitán. Deme una espada.

—Tú no aguantas el peso de una espada, chiquilla.

No había tiempo de discutir, Sylha miró a los lados y se cercioró de que no hubiera nadie cerca. Afuera comenzaban las muertes.

—No soy una chiquilla, soy Sylha Cabellos de Plata, heredera del trono de Tonr, y sé manejar una espada desde que tengo cinco años. Yo puedo serle útil, capitán.

El hombre frunció el ceño y le colocó una mano en la barbilla, levantándole la cabeza y examinando su rostro bajo la luz que entraba por una de las ventanas redondas.

—No sé cómo eran las cosas en tu palacio —resopló—, pero, princesa o no, no voy a colocar a una niña en peligro.

Ella respiró hondo y respondió utilizando el mismo tono de voz que recordaba haber escuchado de su madre cuando hablaba con el resto de la corte:

—Permítame entonces aguardar en su habitación, capitán. Sería sumamente indigno que me encuentren escondida en una bodega.

—Me parece justo —respondió el hombre y le pasó las llaves para luego desprenderse a correr hacia la pelea.

Cuando Sylha llegó al cuarto del capitán, la adrenalina ya le estaba haciendo efecto. No le fue difícil hallar una espada y, unos segundos después, la joven se encontró corriendo en dirección a los gritos.

4

Ella estaba acostumbrada a pelear con soldados. A diferencia de los otros reinos que lo rodeaban, Tonr no contaba con magia para defenderse; por eso el entrenamiento de sus tropas era más riguroso de lo normal y, por decirlo de alguna forma, bastante realista. Desde que era una niña, la princesa había convivido con el olor a sudor, las manchas de sangre, los gritos y las heridas. Nada de eso la espantaba y, además, se consideraba una buena espadachina.

Pero cuando la joven salió a la cubierta del barco, la escena que encontró la impresionó de tal forma que sus pies se clavaron en el suelo. Aquellos hombres no estaban combatiendo, se estaban masacrando entre sí.

Las espadas caían con tanta fuerza que su sonido rechinaba por toda la embarcación. Los hombres se empujaban y golpeaban en medio de aullidos que parecían provenir de animales salvajes.

Y la magia... Sylha nunca había visto un combate con magia, su experiencia en ese ramo se reducía a escasas presentaciones de artistas extranjeros en la corte de Tonr y libros de historias. Sobre todo, la joven nunca había visto utilizar la magia para pelear, aunque en su entrenamiento en palacio la habían preparado para responder a los distintos tipos que se conocían.

Delante de ella, un pirata enorme de orejas puntiagudas y piel grisácea desaparecía por momentos para aparecer luego detrás de algún infeliz y cercenarle la garganta. Más atrás, un marinero con el que ella había hablado poco parecía congelar los charcos de agua de la cubierta, causando que sus oponentes perdieran el equilibrio. Y el joven Iván corría con el cuerpo incendiado de una esquina a otra quemando piratas con sus manos. Sylha recordó que la magia frenviana también servía para protegerlo del fuego, pero no se le hubiera ocurrido semejante utilidad en una batalla.

Inclusive el capitán, cuyo origen nadie conocía, creaba enredaderas de la nada y atrapaba a sus enemigos con ellas.

—Elsseriano —susurró la joven—. ¿Quién lo iba a decir?

Y en medio de todo aquel alboroto, tapando el horizonte como una gigantesca mano negra, se alzaba el barco más grande que ella hubiera visto jamás. El barco pirata estaba atado al de ellos por varias sogas que también servían de puentes, era todo negro, y tenía tres mástiles enormes con las velas recogidas.

Sylha estaba tan ensimismada en lo que estaba viendo que no notó cuando una mano ensangrentada le tapó la boca y la tumbó al suelo. La chica rodó hasta atrapar la espada que se había escapado de su mano y se incorporó de un salto.

El sujeto que tenía delante era tan feo que costaba trabajo mirarlo de frente, tenía la cara llena de cicatrices y una enorme verruga sobre la mejilla izquierda. Su piel desprendía un hedor a

podredumbre y pescado echado a perder, vestía una camiseta corta por debajo de la cual se veía un cuerpo escuálido y arrugado, y unos pantalones anchos como los del resto de sus compinches. Tenía las orejas puntiagudas, lo cual significaba que no era humano y, por consiguiente, debía poseer algún tipo de magia.

Ella se puso en posición de combate y le hizo resistencia mientras intentaba adivinar su raza antes de que la atacara con magia, pero el pirata parecía disfrutar de la pelea:

—Al fin —dijo con una boca repleta de dientes afilados que ayudó a Sylha a resolver el enigma—, un contrincante de mi nivel.

Era un narthim, pertenecía a una tribu alejada de la civilización que se alimentaba de cadáveres y absorbía sus recuerdos cuando los comía. El lado bueno era que el sujeto no tenía magia para usar como ventaja; el malo, que ahora menos que nunca la chica podía permitirse morir.

Ella no respondió, blandió su espada y retomó la lucha con fuerza mientras aguantaba firmemente las embestidas del pirata.

A su lado, los marineros caían como moscas.

Luego de algunas maniobras logró acorralar al sujeto contra un barril de cerveza y, para asombro de este, le atravesó el pecho con la punta de su espada.

Después del narthim vinieron tres combates más, pero, aun usando magia, los piratas eran demasiado primitivos para representar una amenaza real y la joven no demoraba en derrotarlos.

Sin embargo, el número de piratas no parecía disminuir. Y pasado un tiempo sobraban solo unos cinco marineros de pie, incluyéndola a ella, mientras que quedaban más de veinte piratas atacando. Incluso para la princesa de Tonr, era demasiado.

5

Cuando la rindieron, la joven fue llevada al barco negro con las manos atadas. Tenía algunas heridas superficiales y la ropa manchada de sangre. Mientras pasaba sobre la tabla que unía los barcos, Sylha miró a su lado y vio que Iván también se había rendido y estaba siendo transportado junto al capitán, a quien tuvieron que sujetar entre cuatro piratas porque, aun con una herida abierta en la barriga, continuaba luchando.

Los acomodaron en el suelo, con las espaldas recostadas a los mástiles de la embarcación, y los amarraron por la cintura. Ella fue colocada entre dos marineros hertanos, un pueblo cuya magia controlaba la temperatura, y uno humano, de un reino que Sylha no conocía. A Iván y al capitán los amarraron al otro mástil. Y los dejaron a todos allí, viendo cómo saqueaban su pequeño barco.

Mientras el día pasaba, y los dos soles recorrían el cielo sin preocuparse por ellos, Sylha vio cómo los piratas transportaban cargas de un lugar para otro, se emborrachaban y peleaban entre sí por el botín.

Cada vez que llegaba un nuevo grupo la joven levantaba la cabeza y escudriñaba con la mirada en busca de sobrevivientes. Pero conforme el día iba llegando a su fin se fue convenciendo de que solo habían sobrado ellos seis.

Para empeorar las cosas, el capitán se había desmayado sobre el hombro de Iván, quien le lanzaba miradas derrotadas a la chica.

Los piratas no hablaban con ellos y, cuando terminaron de robarse hasta el último grano de arroz, le prendieron fuego al SaintAna. Para entonces, ya estaba anocheciendo.

Fue en ese momento que Sylha lo sintió.

Al principio fue un pequeño temblor en las manos, luego un frío en la nuca que comenzó a extenderse hacia su cabeza como si le estuvieran pasando un bloque de hielo por la piel, seguido por el cansancio, cuando todas las fuerzas de su cuerpo comenzaron a abandonarla poco a poco.

«No puede ser —pensó—, es demasiado pronto, la última vez fue hace solo un mes».

Pero los síntomas eran inconfundibles, y ella sabía lo que pasaría a continuación. Miró a los rostros de los hombres en el suelo y no pudo contener el miedo:

—¡Hey! —gritó—. ¡Aquí!

Uno de los piratas se acercó, traía una jarra de cerveza en la mano derecha y un pequeño cuchillo en la otra que usaba para limpiarse los dientes. Por el vaivén de su caminar, era evidente que llevaba borracho un buen tiempo.

El hombre se paró frente a ella y le dijo:

—No te desespere, preciosa, dentro de un rato comenzaremos contigo.

Sylha trató de ocultar las náuseas que le habían provocado esas palabras y respondió:

—Lánzame al mar.

—¿Qué estás diciendo? —rio el hombre—. ¿Y perdernos la recompensa que pagarán por ti en el mercado de esclavos?

Las piernas de la joven habían empezado a temblar también, y el frío ya cubría su cabeza completa, forzándola a entrecerrar los ojos.

Estaba empeorando.

—Por favor —suplicó casi sin fuerzas—, mátame. Si no lo haces ahora, morirán todos antes del amanecer.

Una desagradable carcajada salió de la garganta del pirata:

—Nos ha salido valiente la chiquilla. —Se agachó y la miró a los ojos—. Así me gustan más.

Sylha se desmayó.

6

Cuando Sylha abrió los ojos, continuaba amarrada. La soga había dejado pequeñas marcas en algunos lugares de su piel, probablemente producto de la posición que su cuerpo había asumido mientras estaba inconsciente. El primer sol se asomaba por detrás de unas nubes oscuras que indicaban que iría a llover dentro de poco tiempo y el segundo aún no había salido.

A su lado, los cuerpos sin vida de los marineros que habían estado compartiendo la soga con ella colgaban como títeres de un teatro grotesco.

La chica gritó tan fuerte que le dolió la garganta, pero nadie la escuchó. Porque aquella embarcación repleta de piratas borrachos se había convertido en un cementerio errante. A su

frente, el cuerpo de Iván yacía inerte sobre el cadáver del capitán; quien, por el color de la piel, era el único que no parecía haber muerto por su culpa.

«Iván —pensó Sylha sintiendo como los ojos se le llenaban de lágrimas—. Iván iba a comprarse un barco, iba a ser capitán».

El cadáver del pirata que había estado amenazándola se extendía en el suelo delante de ella.

Como sucedía siempre que despertaba de la maldición, el cielo estaba vacío, y algunas aves muertas adornaban la cubierta del gigante barco negro.

—Perdón —susurró ahogada en llanto mientras intentaba, en vano, soltarse de la soga.

Estaba presa y viajaba a la deriva en alta mar, atada al mástil de un barco pirata repleto de cadáveres.

Capítulo 6:

El Bosque Negro

1

Todo lo que Sylha sabía sobre el Bosque Negro lo había escuchado de los labios de otras personas. Eran leyendas que habían pasado por tantas fases que ya nadie podía separar la realidad de los mitos. Desde los chicos del palacio de Tonr hasta los marineros del SaintAna, el mundo entero contaba historias sobre el Bosque Negro.

Y todo lo que contaban era poco.

La joven llevaba un día entero deambulando por un lugar que parecía que iría a morir en cualquier momento. Y es que Sylha no encontraba otra palabra para describir aquel paisaje enfermo. El bosque, que a todas vistas había sido verde alguna vez, estaba cubierto por una especie de musgo negro que se le pegaba en la piel cuando ella lo tocaba.

En los troncos de los árboles crecían unos bultos oscuros que se hinchaban y deshinchaban como si estuvieran respirando y destilaban gruesas gotas de musgo que se regaban por la tierra; sus ramas no crecían hacia el cielo, sino que se enredaban en formas extrañas y la mayoría de las veces volvían a enterrarse en el suelo.

A pesar de las deformaciones, el bosque era tupido; y los rayos de los soles casi no lograban atravesarlo, haciendo que el ambiente se mantuviera tan húmedo que las hojas en el suelo permanecían mojadas.

El musgo parecía un parásito gigante; y sus ramificaciones recorrían la tierra, las piedras y los árboles, como si formaran parte de un solo ser. Incluso los animales, porque Sylha ya había visto algunos, lucían cuerpos infestados.

En algunos lugares, el camino estaba obstaculizado por telarañas tan grandes que la joven no podía sino imaginar el tamaño de sus dueñas.

¡Ah! Había un camino: un delgado sendero por donde la hierba no crecía y que Sylha había estado siguiendo desde el momento en que llegó.

Viajar por el portal mágico no había sido para nada como Sylha había esperado. Después de pasar lo que pareció ser una eternidad rodando en el vacío, la joven había caído al suelo hecha una bola y había vomitado hasta que su estómago comenzó a doler. La maldición se había llevado su capacidad de comer, pero eso no le impedía vomitar.

«Menudo consuelo», se había dicho cuando lo descubrió.

Después de ponerse en pie y restregarse casi hasta sangrar para desprender el musgo que se le había pegado en la piel, Sylha había emprendido camino por el único lugar posible; esperando

que «las criaturas» de las que había hablado Dhyem no aparecieran demasiado rápido.

Hasta ahora, la joven tan solo se había tropezado con pequeños roedores y un cervatillo con la mitad del lomo manchada de musgo que dio un salto cuando la vio y salió huyendo por entre los árboles.

La noche fue cayendo lentamente y, cuando el último de los soles por fin se fue a dormir, la oscuridad entró al bosque de puntillas.

Entonces, Sylha se vio rodeada de una niebla gris.

La exprincesa de Tonr se quedó paralizada cuando la niebla comenzó a girar alrededor de ella. Dhyem le había advertido que no la tocara, pero no le había explicado que la niebla se le acercaría tanto.

La chica tenía los brazos pegados al cuerpo, las piernas juntas y las manos cerradas. Y casi no se atrevía a respirar mientras la nube gris pasaba delante de sus ojos y rozaba sus mejillas para luego enroscarse alrededor de sus piernas sin llegar a tocarlas.

Después de un tiempo la niebla se agrupó frente a ella en forma de esfera y se marchó, dejando un rastro de luces brillantes que se encendían sobre el musgo.

Entonces, el bosque entero se iluminó. Y aquellos árboles deformes, que le habían parecido monstruos durante el día, se cubrieron de luces de colores.

Era el musgo, que brillaba con colores diferentes haciendo que cada piedra, cada árbol y cada pedazo de tierra por donde pasaba pareciera un estrella caída del cielo.

«Vaya. —Sonrió ella—. Esto sí que no me lo hubiera imaginado».

En ese momento vio una sombra saltar de un árbol para otro.

2

Thomas intentaba organizar las ideas mientras se dirigía a su habitación. No era tan tarde, pero la mayoría de los ocupantes del castillo se habían ido a dormir hacía un tiempo ya. En realidad, desde que Sylha desapareció la vida había ido abandonando poco a poco aquellas paredes de piedra y lo que una vez fuera un lugar lleno de risas y colores ahora no pasaba de un conjunto de pasillos grises. A pesar de que a veces le parecía que él era el único que la echaba de menos, la verdad era que el reino entero había llorado a su princesa. La diferencia estaba en que algunos querían hacer algo más con sus vidas que tan solo «esperar» y el joven no podía culparlos por eso.

Las noticias del día no habían sido buenas y en la mañana tendría que marchar para el frente de batalla en Wert, pues las tropas enemigas se habían agrupado de nuevo. Por suerte o no, el condado quedaba a pocas horas del palacio.

Después de salir de la reunión del consejo, le había dado la orden a dos de sus mejores hombres para que se infiltraran en las ciudades cercanas e indagaran sobre el soldado de negro. No pretendía darle al asunto más importancia de la que llevaba, pero no podía darse el lujo de incumplir una orden de su padre.

Thomas lo había pensado bastante y había llegado a la conclusión de que el soldado probablemente no era nadie especial. Él había tenido un mal día en la batalla, todos los soldados pasan por eso alguna vez en su vida.

«Y, bueno, solo una vez —se dijo—, porque esa es la vez en que los matan».

El resto del día lo había dedicado a preparar el próximo enfrentamiento. El pueblo estaba desesperado y cada vez eran más los nobles que secretamente se unían a la causa de los traidores. Si Rufus no estuviera viviendo en el castillo, seguramente ya lo habría hecho también. El viejo hipócrita no dudaría ni un segundo en entregar el condado de Wert si con eso pudiera garantizar una vida cómoda para él y su familia.

Incluso sus hombres luchaban contra la tentación de cambiar de bando, Thomas sabía que, si no lo habían hecho ya, era por respeto a él. El día en que el joven no estuviera allí la guerra acabaría rápido.

«Tengo que ser más cuidadoso —se dijo—. Si vuelvo a caer en el campo de batalla, puede que Sylha no encuentre un hogar cuando regrese».

El pasillo por donde andaba estaba repleto de cuadros con retratos de la familia real. Todos los antepasados de Sylha habían sido representados en aquella galería, que era una de las más grandes del palacio.

A Thomas siempre le había llamado la atención la exactitud de detalles que los pintores habían plasmado en los lienzos. En los rostros de los monarcas podían verse desde pequeños lunares hasta las arrugas de la comisura de los ojos. Los reyes y reinas representados en los cuadros siempre miraban hacia el frente, lo cual hacía que el espectador tuviera la sensación de que, se pusiera donde se pusiera, estaba siendo observado.

Cada vez que el joven caminaba por ese pasillo se sentía juzgado y, para ser sincero, la mayoría de las veces no estaba tan seguro de salirse bien. Después de todo, estaba manteniendo una guerra sin sentido en Tonr tan solo para redimirse de su culpa personal. Él sabía que, si negociaba bien, podría lograr que le perdonaran la vida al rey Esketon; y ningún nuevo monarca podría ser peor que la situación actual del reino.

«Sylha —pensó—, por favor, date prisa».

Observando los cuadros recordó otro detalle que lo había incomodado desde que era un niño: ninguna de las personas en ellos tenía el cabello plateado como Sylha. En la corte no se hablaba de eso y a la joven nunca pareció importarle, pero Thomas sabía que todos se preguntaban lo mismo: «¿De quién había heredado la princesa aquel rasgo tan aparatosamente no humano?».

Sus ojos se detuvieron en el cuadro de una reina anciana cuyo rostro, a diferencia de los otros, estaba sonriendo. Thomas le devolvió la sonrisa y paró para leer su nombre: Rina de Arlan.

—Hum, tiene cara de haber sido una buena persona.

Entonces, un pequeño detalle atrajo su mirada: en la corona de Rina, como si se hubiera estado burlando de él durante todo ese tiempo, brillaba una estrella roja.

El rubí tenía la forma exacta del dibujo que el joven había visto en el uniforme del soldado de negro. Una estrella de seis puntas, cada una de diferente tamaño, siendo que la mayor era la punta de encima. El dibujo era demasiado extraño para dejarlo pasar por simple coincidencia.

—¿Por qué nunca vi ese dibujo en las coronas antes?

Thomas se movió hacia el retrato siguiente, que representaba al rey Sebastián, y no vio la estrella. De hecho, no vio la estrella en ninguno de los otros cuadros. Pero no por eso dejaba de representar una amenaza. Si sus enemigos habían encontrado algún heredero legítimo al trono, podría estar en un aprieto. En ese mismo instante podría estar formándose un movimiento con el símbolo de la estrella roja bien debajo de sus narices.

«Me estoy volviendo paranoico —pensó—, pero no está de más investigar un poco».

En la galería no había mucha información, los nombres de los monarcas estaban grabados en pequeñas placas de metal debajo de los cuadros y no había nada que indicara si habían sido organizados cronológicamente.

Thomas nunca había escuchado hablar de la reina Rina. En la situación que estaban, ser visto en la biblioteca realizando una investigación sobre la historia y descendencia de una reina antigua podría muy bien ser considerado traición, pero él conocía un lugar donde podría encontrar ayuda. Se trataba, tal vez, del lugar más solitario del palacio.

El joven dio media vuelta y salió casi corriendo con la esperanza de que todo no pasara de mera coincidencia.

3

Sylha desenfundó la espada y enseguida se arrepintió. Si las palabras de Dhyem eran ciertas, no le vendría bien enfrentarse a lo que fuera que estaba parado delante de ella, pero, ¡diablos!, se necesitaba mucha calma para no hacerlo.

La «cosa» era de su tamaño, tenía una cabeza, un tronco, dos brazos y dos piernas, pero definitivamente no era una persona. Su piel era tan delgada y transparente que al principio la joven había pensado que carecía de ella; y no cubría su cuerpo por completo, sino que pendía hecha jirones en algunos lugares y en otros se amontonaba como si hubieran utilizado algún tipo de pegamento para adherirla. El rostro no tenía ojos, en su lugar había dos huecos cubiertos de un líquido amarillento; lo mismo pasaba con la nariz y las orejas, pero no con la boca, que se abría repleta de dientes y goteaba una baba gris.

Podría pensarse que la criatura pertenecía a una de las tantas razas que habitaban el mundo, si no fuera por su falta total de humanidad y porque... ¿cómo explicarlo? A veces parecía que no estuviera allí del todo: la imagen vibraba y, cada cierto tiempo, desaparecía por pedazos. Solo que, cuando volvía a aparecer, tenía algún detalle diferente.

Sylha comprendió tarde que aquella era su forma de moverse, pues las visiones eran estáticas. Y, cuando se vino a dar cuenta, ya lo tenía encima.

«¡Corre!», gritó una voz dentro de su cabeza que ella no identificó como propia.

Sylha se mandó a correr por el sendero a toda la velocidad que sus piernas permitían; detrás de ella, la criatura desaparecía y aparecía cada vez más cerca.

—¿De qué sirve correr si la «cosa» puede aparecer delante de mí cuando quiera? —preguntó en voz alta para nadie en particular.

«Es un espectro —respondió la voz en su cabeza—. No puede aparecer donde quiera, se mueve de la misma forma que tú, pero no pertenece a este mundo y tu cerebro no logra interpretar completamente lo que estás viendo. Si te atrapa, no tendrás una muerte agradable, ¡corre!».

Sylha reconoció la voz.

—¿Dhyem? —preguntó sin detenerse.

El espectro la estaba alcanzando.

«Hola, Sylha —respondió el dios-demonio en su cabeza—, sigue huyendo, los espectros no acostumbran a salir de su territorio. Si te alejas bastante del lugar donde lo viste por primera vez, deberás estar a salvo».

El sendero no era recto y, a pesar de sus esfuerzos por no pisar sobre el musgo, cada vez que doblaba en una curva sus pies le resbalaban haciéndole perder ventaja.

Sylha escuchó un grito a su espalda y luego sintió que unas manos frías la tiraban al suelo. Cuando se giró, encontró al espectro sentado sobre su abdomen.

Sacó una daga con la mano que tenía libre.

«No hagas eso», advirtió Dhyem.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó entre dientes.

«Intenta escapar».

Era imposible, la criatura la mantenía presa al suelo con una fuerza descomunal. Sylha ya no sentía sus piernas. El espectro chilló de nuevo y le dio un zarpazo en un hombro que le arrancó la piel.

Sylha gritó.

El veneno, o lo que fuera, se regó por sus venas como si tuviera un ácido mezclándosele en la sangre. Cada parte de su cuerpo se fue paralizando hasta que la joven no fue capaz ni tan siquiera de cerrar los ojos. El dolor era insoportable. Iba a morir.

«Sylha, concéntrate —dijo Dhyem con un tono de urgencia en la voz—. Tienes que combatir el veneno, su efecto es temporal».

Haciendo un esfuerzo enorme, la joven logró mover una de sus manos y la usó para sujetar la daga nuevamente. El espectro estaba ocupado relamiéndose las sangre que tenía en las garras y no se dio cuenta de que Sylha había recuperado levemente sus movimientos.

Ella le clavó la daga en un costado del abdomen y la criatura chilló, solo que, junto con ella, gritó el bosque completo.

«¡Demonios! —gritó también Dhyem—. Esperemos que no le hayas hecho mucho daño, aprovecha y vete ahora».

Sylha recuperó su daga y se arrastró para fuera del alcance del espectro. Todavía era incapaz de ponerse de pie, pero no necesitó apartarse mucho, ya que la criatura salió huyendo.

Entonces, las luces en el musgo comenzaron a apagarse una por una.

«¡Corre!», urgió la voz de Dhyem en su cabeza.

Poco a poco, Sylha pudo levantarse. Ella sabía que, en algún lugar, brillaba la luna; pero su luz no lograba atravesar las copas de los árboles y, sin las luces del musgo, la joven no era capaz de

ver más allá de sus propias manos. El sendero había desaparecido en la oscuridad y el bosque continuaba chillando como un animal herido.

Sylha corrió, soportando el dolor de la herida en el hombro que seguía quemándola por dentro. Mantenía las manos estiradas para evitar chocar contra los árboles que se interponían a su paso y trataba de no prestar atención al chillido del bosque, que se hacía cada vez más fuerte.

«Se está acercando —dijo Dhyem—, voy a sacarte de ahí».

Ella negó con la cabeza. Estaba allí, por primera vez en su vida tenía una esperanza. No la perdería.

—No —respondió jadeando—. No hasta que hable con tu maldito hermano.

Detrás de ella, el bosque había parado de llorar y ahora rugía con furia. Sylha escuchó también un sonido de plantas moviéndose y desenvainó la espada.

Lo siguiente que sintió fue que alguna cosa se le enredaba en el pie y la hacía caer al suelo. En un instante, decenas de enredaderas se enroscaron en sus piernas halándola más y más hacia la tierra.

Con el brazo libre, Sylha cortó las enredaderas. Luego se levantó y continuó corriendo al tiempo que el suelo comenzaba a temblar.

«Las plantas también son criaturas del bosque, Sylha —rugió Dhyem—. Lo estás enfureciendo».

—No voy a dejar que me mate.

«Te matará. No puedo sacarte si él te está tocando. Intenta escapar y quédate parada lejos de las plantas. Suceda lo que suceda, no lastimes más al bosque».

Pero ella no se quería ir. Aquella era su única oportunidad.

Una nueva enredadera le atrapó la pantorrilla y la tiró contra el tronco de un árbol. Antes de que pudiera utilizar la espada, las plantas se le enroscaron en los brazos. Luego comenzaron a apretarle el abdomen y le subieron por el rostro.

Sylha gritó.

Justo antes de que le taparan la cara por completo, la chica vio un destello de luz que iluminó el bosque como si fuera de día.

4

Las catacumbas recorrían el subsuelo del castillo en una intrincada red de túneles cuya extensión llegaba a ser mayor que la de la construcción que se erguía encima de ellos. Eran pasadizos oscuros y llenos de telarañas, que albergaban los cuerpos de los antiguos monarcas mientras descansaban en su sueño eterno.

La mayoría de las personas evitaba visitar aquel lugar ya fuera por superstición o por temor a perderse. No Thomas, quien había corrido por aquellos túneles desde que era un chiquillo, jugando con los otros niños de la corte y persiguiendo a la princesa de cabellos de plata.

—Siempre detrás de ti, alteza —rio con nostalgia—. Siempre a donde me empujaba el corazón.

En las catacumbas, las tumbas de la familia real se agrupaban por grado de parentesco, siendo que en una sala normalmente se enterraban a los miembros de un matrimonio junto con los hijos que hubieran muerto sin casarse. También era tradición construir estatuas de los difuntos y colocarlas en la misma cámara. Por suerte las estatuas de bebés eran pocas; aun así, era lo único en ese lugar que le ponía los pelos de punta al joven.

—Un día voy a estar aquí —solía bromear Sylha.

A lo que él respondía a carcajadas:

—Y yo vendré a esconderme detrás de tu estatua.

La verdad era que, en secreto, el pequeño Thomas siempre les pedía a los dioses que le permitieran morir primero que su princesa para que aquello nunca se hiciera realidad.

El detalle de las catacumbas era que, junto a las tumbas, se dejaba escrito sobre piedra una breve descripción de las vidas de los difuntos. Era muy poco, seguramente mucho menos que lo que encontraría en la biblioteca si pudiera buscar allá, pero al menos era mejor que los nombres debajo de los cuadros.

Thomas no conocía la localización exacta de la tumba de Rina, pero sabía que los monarcas más antiguos tenían sus salas reservadas en el centro. Pues las catacumbas se habían ido llenando de adentro para fuera, para que resultara más fácil transportar las estatuas.

El joven llevaba una antorcha encendida en la mano izquierda y otra de repuesto amarrada al cinto; a pesar de conocer los caminos, quedarse sin iluminación allí dentro no sería una experiencia agradable. Además del acceso por la puerta principal, las únicas entradas a los túneles estaban ubicadas en los cuatro extremos del castillo y caminar desde cualquiera de ellas hasta el centro demoraba un tiempo considerable, teniendo en cuenta que los túneles no eran del todo rectos.

Los cuerpos eran tratados antes de sus entierros para que no destilasen olores desagradables, nadie quería pensar que los cadáveres de sus reyes y reinas se pudrían en las catacumbas. Sin embargo, al irse acercando a su destino Thomas comenzó a sentir un hedor extraño, muy diferente del olor a humedad que siempre había inundado aquellos túneles. Conforme siguió caminando, el hedor se hizo tan fuerte que el joven se vio obligado a taparse la nariz.

Como soldado, Thomas conocía muy bien el olor de la muerte, por eso supo de antemano que aquello no provenía de un cuerpo en descomposición. Era una mezcla de azufre con tierra mojada, como si estuviera entrando en algún pantano incendiado.

Thomas apresó sus pasos lanzando una imprecación y aproximó la antorcha al suelo para ver mejor dónde estaba pisando.

No pudo llegar al centro.

Cuando la vio, se restregó los ojos y llevó la mano libre a la espada. No que sirviera de mucho. Delante de él, ocupando todo el ancho de la primera de las galerías antiguas, estaba la misma niebla blanca que rodeaba el Bosque Azul.

Por sus cálculos, le faltaban todavía unos cincuenta metros para llegar, pero desde el desaparecimiento de Sylha la niebla había dejado de ser un juego para convertirse en la desgracia del reino entero, y el joven le tenía pavor.

—¿Qué diablos hace esto aquí? —se preguntó.

Thomas depositó en el suelo la antorcha de repuesto, contó hasta cinco, controlando la respiración, soltó la empuñadura de la espada sabiendo que no sería de ninguna ayuda y acercó una mano temblorosa a la niebla.

Capítulo 7:

Untheron

1

Cuando Sylha abrió los ojos, no estaba en el Bosque Negro. Se encontraba parada en un salón enorme desprovisto de muebles, con las paredes, el techo y hasta el piso blancos. Instintivamente, se llevó una mano a la garganta recordando la sensación de asfixia que la había invadido en el bosque cuando las enredaderas comenzaron a apretar.

No conocía aquel lugar, pero sí a la figura de traje negro que vino caminando hacia ella con los ojos del color del cielo en un día de otoño.

—No estás muerta todavía —dijo Dhyem por todo saludo.

—¿Dónde estoy?

—Infelizmente no he podido sacarte del bosque, así que, técnicamente, sigues allá. En este momento las enredaderas te están asfixiando y mi hermano parece disfrutarlo.

Ella tosió.

—Ah, no te preocupes —respondió el dios-demonio mirando alrededor—. He creado un vacío temporal para tratar de salvarte. Adelante, puedes decirlo, las decoraciones se me dan supermal.

—¿Decoraciones? —Sylha sacudió la cabeza.

—Escúchame. Tenemos poco tiempo, voy a enseñarte un hechizo simple.

—Soy humana, ¿recuerdas? —reclamó Sylha—. No tengo magia.

Los ojos de Dhyem brillaron con un destello rojo y luego volvieron a ser azules, esta vez con un tono medio violáceo.

—Permíteme que te explique algunas cosas, Sylha Cabellos de Plata. Los humanos también tienen magia, solo que es un poco más difícil de utilizar. Tú no eres del todo humana. Y, para finalizar, precisamente porque tu herencia aún no ha despertado es que estoy hablando de hechizos. Las razas que nacen con magia la usan naturalmente, como si estuvieran moviendo el dedo meñique. Los humanos necesitan un empujoncito más.

Era mucha información para una chica que estaba siendo estrangulada por un dios antiguo. Sylha no sabía por dónde comenzar las preguntas. Si el hecho de que su herencia, como él la había llamado, podría despertar en cualquier momento o el conocimiento de que cualquier humano con el entrenamiento correcto podría lanzar un hechizo.

En Tonr le habían enseñado que la magia era una característica biológica de las razas no humanas, como decir que algunos animales tenían cola y otros no. Las palabras de Dhyem lo cambiaban todo.

—Te recuerdo que no tienes mucho tiempo —dijo él—. En cualquier momento, regresarás allá y descubrirás que no puedes respirar.

Ella lo miró. Había una pregunta que no podía esperar:

—¿Por qué no me dejas morir? ¿Eso no pondría fin a tu maldición?

Dhyem se rio o, al menos, eso entendió Sylha cuando el rojo vivo cubrió sus ojos.

—Probablemente, sí, pero la curiosidad por descubrir a dónde lleva todo esto me atormentaría durante el resto de mi vida. Y, como comprenderás, para un ser inmortal eso es mucho tiempo.

Si por un momento Sylha había pensado que al dios-demonio le importaba su vida, la respuesta ya estaba clara. La joven estaba consciente de que los motivos de Dhyem no debían preocuparla con tal de que la ayudara. Sin embargo, saberse tan insignificante a sus ojos la afectó más de lo que le hubiera gustado admitir.

—Ahora atiéndeme —continuó él—. Cuando despiertes, no podrás hablar. Necesitas pensar en el hechizo, llamarlo con tu mente y desear con fuerza que se cumpla.

—Eso suena infantil. ¿Solo desearlo?

—Ya te dije que la magia humana es complicada —respondió exasperado—. Sí, desearlo, pero debes desearlo con todas las fuerzas de tu corazón. Si piensas en cualquier otra cosa, estarás muerta.

Ella tragó en seco. Dhyem, definitivamente, sabía cómo motivar a una chica.

—¿El hechizo que me enseñarás va a salvarme de tu hermano?

—No. No existe nada que te salve de mi hermano. —Sonrió, a su forma, el dios-demonio—. O de mí. Pero llamarás su atención por tiempo suficiente para que te deje hablar. El resto es por tu cuenta.

2

Thomas se sentó en el suelo apoyándose sobre su mano izquierda luego de que la niebla lo lanzara contra una de las paredes del túnel y llenara su otra mano de quemaduras. La antorcha también había caído, pero continuaba encendida gracias a la gran cantidad de aceite que el joven había utilizado para prepararla.

El olor a azufre impregnaba el lugar, y el acceso a la galería de las tumbas antiguas permanecía bloqueado por la niebla. Desde donde estaba, el joven pudo ver otro detalle que se le había escapado hasta el momento y era que debajo de la niebla el suelo estaba cubierto por una especie de lodo negro con burbujas que crecían hasta romperse liberando un gas parecía ser la fuente del hedor.

—Es muy tarde —dijo—, tendré que regresar mañana después de la batalla.

Arrancó un pedazo de su camisa y se lo enroscó en la mano quemada, luego recogió la antorcha encendida y se levantó del suelo. Pero, cuando fue a buscar la antorcha de repuesto que había dejado de lado antes de tocar la niebla, se la encontró cubierta hasta la mitad por el lodo pestilente.

Thomas revisó las paredes y el suelo, la antorcha apagada estaba en el mismo lugar que él la había dejado. Aquello solo podía significar una cosa:

—¡Se está expandiendo!

Entonces se acercó lo más que pudo a la niebla, arañó la pared en forma de cruz y se dispuso a esperar mientras ideaba una justificación para robar un poco de ungüento sin mostrar la mano.

La espera no duró mucho tiempo, en tan solo unos segundos la niebla había alcanzado la marca de la pared obligando al mismo Thomas a dar un paso para atrás.

—¡Demonios!

El joven no lograba ni imaginarse un motivo para todo aquello. La última vez que recorrió aquellos túneles había sido años atrás después del fallecimiento de la madre de Sylha y en aquel entonces las catacumbas brillaban de limpias.

Había sido un funeral hermoso, la reina había muerto en plena juventud y la forma en que prepararon su cadáver borró todo rastro de la enfermedad que la mató. A Thomas no le gustaba pasar cerca de la tumba de la reina, pues la estatua le recordaba demasiado a cómo él se imaginaba que debería ser el aspecto de Sylha en ese momento. Pero aquel día, después del entierro de la reina, el joven había bajado a las catacumbas; y había recorrido en silencio cada cámara mortuoria.

Hasta el momento nadie se había atrevido a sugerir que le hicieran un funeral a Sylha, pero Thomas sabía que esa idea no estaba del todo ausente en las cabezas de los cortesanos.

—Sylha está viva —susurró.

El joven recogió sus pertenencias del suelo y se fue a su habitación, consciente del poco tiempo que tenía para dormir antes de marchar hacia el combate que lo esperaba al amanecer. Tendría que dejar las investigaciones para otro día, hasta entonces la invasión de la niebla en el castillo de Tonr debía permanecer en secreto.

3

Después de escuchar el hechizo de Dhyem, y de que este le pidiera que lo repitiera hasta quedar satisfecho, Sylha regresó al Bosque Negro. Despertar en un cuerpo a punto de morir asfixiado no fue una sensación agradable. Las enredaderas habían tapado su rostro por completo y la joven se vio incapaz de tan siquiera abrir los ojos.

No podía respirar. Y la bocanada de aire que había tomado antes de que Dhyem la enviara de vuelta resultó totalmente inútil cuando despertó.

«Voy a morir».

«Ignigon», susurró Dhyem en su cabeza.

«Ignigon», pensó ella al tiempo que luchaba por alejar sus pensamientos de la muerte inminente.

No funcionó. La enredadera en su cuello la apretó aún más y sus miembros perdieron totalmente la fuerza. Estaba a un paso del desmayo. Sylha se preguntó cómo podría lanzar un hechizo desmayada.

«No —se respondió—, no podría».

«¡Ignigon!», gritó Dhyem trayéndola de vuelta.

«Ignigon —repitió Sylha—. Ignigon, Ignigon».

Ya no sentía sus manos. El mundo se le fue borrando como si se hubiera terminado el tiempo que le habían prestado. Y, mientras la vida de Sylha se escapaba, la joven vio su mente vaciarse como un enorme campo de trigo después de la cosecha. En el vacío, una pequeña palabra cambiaba de color:

«Ignigon».

No había más nada.

«Ignigon».

La enredadera que rodeaba su cuello aflojó el abrazo y un torrente de aire entró hasta sus pulmones.

—¡Ignigon! —gritó con la boca llena de plantas que comenzaban a separarse de ella—. ¡Ignigon!

Entonces sintió el roce de una brisa fresca contra su piel y, cuando abrió los ojos, vio su cuerpo bañado en una luz blanquecina que provenía del cielo.

La joven se permitió respirar mientras las enredaderas se retiraban de su cuerpo y una figura de niebla gris se formaba frente a ella. Buscó a Dhyem en su mente, pero este se había marchado.

La niebla formó una silueta humanoide y encendió dos luces azules donde deberían estar los ojos si hubiera tenido un rostro.

—¿Quién eres? —preguntó la figura de niebla—. ¿Y cómo es que conoces a mi hermano?

Ella se levantó del suelo con toda la dignidad que le fue posible dado el hecho de que unos instantes atrás estaba siendo estrangulada, miró a Untheron a los ojos y respondió:

—Soy Sylha Cabellos de Plata —le pareció una ocasión apropiada para presentarse como correspondía—, heredera del trono de Tonr. ¿Cómo sabes que conozco a tu hermano?

—Ese hechizo es una reliquia de familia, me sorprende que te lo haya ofrecido.

—Tampoco es que sirva para tanto.

—¿Luz de luna? —preguntó él y sus ojos se volvieron rojos.

Sylha se dio cuenta de que aquello era lo único que el dios tenía en común con Dhyem.

—Verás, princesa —siguió Untheron—, si te dejo con vida, un día descubrirás que existen pocas luces con más fuerza que el reflejo de la luna. Si la sabes utilizar, te será de mucha ayuda.

La figura se desintegró y la niebla comenzó a girar en torno de ella. Aquellos ojos rojos flotando en el medio resultaban bastante intimidantes.

—¿Y entonces? ¿Vas a decirme o necesito entrar en tu cabeza? No creas que me incomoda, es una cabeza bonita.

Sylha sintió un escalofrío.

—Tu hermano y yo hemos sido maldecidos por la misma persona. Esperaba que tú supieras algo sobre eso.

—¿Vienes a pedirme ayuda y te atreves a atacar a mis amigos? —rugió una voz que provenía de todo el bosque.

—Lo siento, pero tu amigo me quería matar.

—A veces, pequeña, es mejor dejarse morir. Existen cosas peores.

En ese momento la niebla desapareció y las enredaderas comenzaron a enroscarse nuevamente por sus piernas. Sylha recordó algo que le había dicho Dhyem.

—No son tus amigos, ¿verdad? Eres tú.

Las enredaderas pararon a mitad de camino.

—¿Qué dices?

—Tú eres el bosque y el espectro y el musgo. No tienes un cuerpo de niebla, ni siquiera tienes un cuerpo. Eres el maldito Bosque Negro con todo lo que lleva dentro. Y estás enfermo.

Dhyem le había advertido que su aspecto era diferente, luego le había pedido que se alejara de las plantas porque no podía llevársela si «él» la estaba tocando. Y Sylha había visto al musgo respirar, había sentido al bosque reaccionar como si fuera una misma cosa a cada gesto que ella hacía. Y lo había visto agonizar.

Los ojos brillantes volvieron a aparecer frente a ella, ahora estaban de color anaranjado.

—Eres una joven inteligente, Sylha Cabellos de Plata. Al contrario de mi querido hermano, que espera durmiendo hasta que el mundo se destruya para iniciar su trabajo, yo me destruyo con él. Es mi fardo. Pero luego vuelvo a renacer en un lugar nuevo, y ese pequeño momento hace que todo valga la pena.

—¿Mi mundo se está destruyendo?

—No podría explicarte ni aunque quisiera. Pero hay una amenaza que se extiende por el mundo desde hace algunos años y acabará por matarlo.

—¿Cuántos años?

—No estoy seguro, tal vez cinco.

Un nuevo tipo de miedo comenzó a crecer en el pecho de Sylha. Uno que iba más allá de su vida o la vida de los otros. Era un miedo a perderse para siempre, a que todo lo que conocía desapareciera como si nunca hubiera existido. Era el miedo al vacío.

—La maldición comenzó hace cinco años —susurró.

Las luces del musgo se encendieron de nuevo y los ojos de Untheron se perdieron entre ellas.

—Dime una cosa, ¿qué le hace exactamente la maldición a mi hermano?

«¡Demonios!», pensó Sylha.

Miró al musgo y respondió:

—Lo mantiene despierto.

El bosque quedó en silencio. No un silencio natural, como cuando los animales se asustan, ni como cuando su padre carraspeaba la garganta en el salón real y dejaba a todos expectantes. Este silencio era seco, frío, desprovisto de vida; era como si Untheron le hubiera prohibido al mismo aire de circular. Y ella sabía que era para ella, para darle tiempo de ahogarse en sus pensamientos y dejar que las ideas se enredaran en su cabeza de la misma forma que las enredaderas lo habían hecho sobre sus piernas hacía solo unos instantes.

Era un silencio cruel. Porque una chica de veinte años, princesa o no, no está preparada para escuchar que su mundo está a punto de morir y que los dioses antiguos se preparan para ello como si estuvieran recibiendo un contrato de trabajo. Porque, ahora que lo pensaba bien, Sylha no sabía si Dhyem había despertado por la maldición o porque su hora de despertar se le había adelantado. La verdad, no sabía nada, tal vez fuese el propio Dhyem quien, aburrido de dormir tanto, hubiera acelerado el proceso.

Los ojos de Untheron flotaron frente a ella como dos estrellas rojas. Se estaba riendo, y la chica se sintió incapaz de discernir entre el juego y la verdad.

—No puedo ayudarte, princesa —dijo por fin el bosque—, pero te voy a dar un consejo: vuelve a tu hogar, los mortales pierden demasiado tiempo buscando respuestas que la mayoría de las veces están debajo de sus narices.

—Mientras lleve la maldición, no puedo regresar.

—¿Eso de maldición te lo dijo alguien o te lo inventaste? ¿Ya pensaste alguna vez que puede ser un don?

—¿Cómo lo llamarías? ¿El don de la muerte durmiente?

Los ojos de Untheron centellaron:

—Vuelve a Tonr, niña, y tal vez no sea demasiado tarde.

Entonces todo se esfumó, y Sylha se encontró de nuevo en el salón blanco. Delante de ella, Dhyem, con unos ojos azules tan claros que parecían borrados, le tendió la mano.

Capítulo 8:

Tonr

1

Thomas llegó a Wert antes del nacimiento del primer sol. Había dormido pocas horas esa noche, pero confiaba en que la adrenalina del combate lo mantendría con los sentidos despiertos.

A la luz del día, el recuerdo de la niebla en las catacumbas le parecía cosa de su imaginación. Si no fuera por las heridas en su mano, el joven pensaría que lo había soñado todo. Pero ahí estaban, debajo de la venda que se había entrelazado él mismo: un conjunto de quemaduras que probablemente dejarían cicatrices. Por suerte, hasta ahora nadie le había preguntado por qué llevaba la mano vendada; de cualquier forma, aquello era una costumbre común entre algunos soldados para protegerse de las ampollas que provocaban los guantes de las armaduras. Así que, si alguien se acercaba a preguntar, Thomas ya tenía su respuesta preparada.

Del otro lado del campo de batalla se podían ver las filas enemigas. Según le habían reportado, estaban allí desde bien temprano, pero no habían iniciado el ataque. Otro dato curioso era que aparentemente se encontraban en menor número que la última vez. Eso no le preocupó demasiado. Analizando el lugar Thomas no podía imaginarse de qué forma podrían montarles una emboscada, pero, aun así, debían estar atentos a cualquiera que fuera la jugarreta que estaban tramando.

Él había enviado dos soldados de confianza a confirmar la cantidad de personas que integraban el ejército enemigo y en ese momento les estaba pidiendo a los generales que le avisaran si veían al soldado de negro con la estrella en el pecho.

—Si lo ven, no lo dejen escapar y no lo maten —les dijo—. Necesitamos interrogarlo.

Los hombres asintieron sin preguntar mucho. A pesar de haberse ganado su posición de líder con sangre y esfuerzo, ser el hijo de Thion Yhonwitch le daba ciertas ventajas. Las personas siempre esperaban que detrás de cada orden que no comprendían hubiera una razón importante y no solían hacer preguntas.

En ese momento, alguien avisó que los soldados enemigos se estaban moviendo. El combate había comenzado.

Thomas se colocó lo que faltaba de la armadura y asumió su posición al frente de las tropas. Como siempre, esperaba que la batalla fuera rápida y, más que todo, esperaba no encontrarse muchos rostros conocidos entre sus adversarios.

Había olor a lluvia, y el cielo comenzaba a cubrirse de gruesas nubes negras que amenazaban con encharcar la tierra dentro de poco tiempo. Los cuernos de guerra tocaron y los dos ejércitos

corrieron a enfrentarse, pero, un instante antes de que el joven soldado desenvainara su espada, uno de los hombres que había enviado a investigar llegó corriendo a su lado. Su nombre era Esteban, era un chico valiente, de convicciones fuertes y cabello castaño claro. Thomas lo conocía desde que eran niños:

—Son pocos, Thomas —dijo Esteban haciendo un esfuerzo por recuperar el aliento mientras se unía a la lucha—. No llegan ni a la mitad de la cantidad que había la última vez.

—¿Revisaron los alrededores?

—Está todo vacío, no encontramos a nadie, es muy extraño.

El lado bueno era que, si el resto del ejército enemigo no aparecía, habrían terminado antes del mediodía, pero él no podía dejar de pensar que algo olía muy mal en todo aquello.

—¿Qué demonios les habrá pasado a los otros? —se preguntó mientras se preparaba para enfrentarse a su primer adversario.

Cuando las armas chocaron, Thomas se vio arrastrado por el calor del combate y no tuvo espacio para más preocupación que no fuera derrotar uno tras otro a los soldados enemigos. A pesar de encontrarse en menor número, los adversarios le caían como moscas y el joven se vio obligado a combatir sin tregua, tal parecía que se hubieran puesto de acuerdo para atacarlo solo a él.

El soldado de negro no apareció por ningún lugar, y Thomas ya comenzaba a sospechar que había sido todo mera coincidencia. Junto a él, los hombres peleaban ferozmente y él mismo no tardó en abrir un rastro de cadáveres a su alrededor.

Después de un tiempo el cielo se cubrió por completo de nubes, y una enorme sombra se apoderó la tierra como si a los soles se les hubiera olvidado que allá abajo estaban entablado una guerra. Luego comenzó a llover y, cuando los charcos se llenaron de sangre, el combate se volvió más salvaje de lo que ya era.

El resto del ejército enemigo continuaba sin llegar.

Aquel combate era una locura. Y todos querían terminar rápido; todos, incluyendo a Thomas, tenían la cabeza en otro lugar.

—¡Demonios! —escupió, dejando que la semilla de la duda se enterrara tan hondo que casi pierde el equilibrio—. ¡No es una emboscada, es un maldito cebo!

Después de retirar una espada ensangrentada del pecho de su oponente, Thomas llamó a Esteban. Para cuando el amigo llegó ya tenían varios soldados enemigos encima.

—¡Tenemos que marcharnos! —le gritó.

—No entiendo, Thomas. ¿Abandonaremos el combate?

—Después te explico, reúne a diez hombres de confianza y ven conmigo lo más rápido que puedas.

El otro joven asintió. Quitarse de encima a los soldados no fue tarea fácil y, lamentablemente, Thomas no lo logró hasta que no los hubo matado a todos. Antes de que llegaran más se lanzó a correr hacia el campamento, pidiéndoles a sus tropas que cerraran un cerco detrás de él y mantuvieran la lucha hasta el final. Con los pocos enemigos que tenían, eso no demoraría mucho.

Llegó al campamento y recogió una docena de caballos. Esteban se le unió en el último

momento con un grupo de soldados que lo miraron confundidos, pero tomaron las riendas sin preguntar. Thomas temblaba, darle la espalda a la lucha iba contra todos sus instintos, pero estaba convencido de que tenían un problema peor en palacio.

«Ojalá no sea demasiado tarde», se dijo antes de salir galopando.

2

Sylha había dormido en una cama por primera vez en mucho tiempo. La noche anterior, ella y Dhyem no habían intercambiado palabras. El dios-demonio se limitó a tomarla de la mano, cerrar los ojos y transportarla hasta una casa que ella reconoció como el hogar del guardián anciano sobre la caverna. Ante su mirada de espanto Dhyem había negado con la cabeza y, con unos ojos tan claros como nubes, le había dicho:

—No te preocupes, tu maldición no nos afecta a ninguno de los que habitamos en esta isla.

Ella no había respondido, se había dejado conducir hasta una pequeña habitación con olor a limpio y había cerrado la puerta tras de sí. Luego, había tomado un vaso de agua que encontró sobre una mesita de madera y se había acostado a dormir con la conciencia cargada por tener que entrar en aquellas sábanas blancas con una ropa tan sucia.

«El mundo se está acabando —se dijo—. ¿Qué más da la ropa sucia?».

Estaba tan cansada que el sueño la venció sin darle tiempo a pensar demasiado y solo vino a abrir los ojos después de que el primer sol hubo terminado su recorrido por el cielo.

La exprincesa de Tonr se despertó con pereza, dio unas cuantas vueltas en la cama y pasó la vista por la habitación. Era una estancia modesta, tenía una pequeña mesa de madera donde reposaba el vaso que ella había vaciado antes de dormir, un taburete rústico recostado a la pared y una ventana sin cortinas por donde podía verse la puesta de los soles.

Sylha se levantó después de trabar un serio combate con su cuerpo que le pedía lo contrario, caminó hasta la ventana y observó el horizonte, donde un mundo ingenuo se despedía del día.

—¿Y ahora qué hago? —susurró.

—Yo creo que podrías comenzar por darte un buen baño —dijo la voz de Dhyem a sus espaldas—. Creo que hasta la Raposa huele mejor que tú en este momento.

Ella se viró. El dios-demonio vestía una camisa azul clara desabotonada hasta la mitad del pecho, unos pantalones blancos y...

—¿Pantufas? —preguntó Sylha—. ¿Mi mundo se muere y tú andas de pantufas?

Los ojos de Dhyem habían regresado a su tonalidad anaranjada y a la chica le pareció ver un ligero destello de luz cuando este le respondió:

—Estoy en mi casa, al menos mientras viva en este mundo. Además, no creo que estés en condiciones de criticar la ropa de nadie.

Sylha se miró y no pudo evitar sonrojarse. Él tenía razón, la ropa de la chica estaba hecha trizas y cubierta de manchas de sangre y lodo; además, sus pies estaban tan sucios que las uñas no se le veían. Luego llevó la vista a la cama y contempló avergonzada el nuevo estado de las sábanas.

—No te preocupes por eso —dijo Dhyem mientras sonaba los dedos y hacía desaparecer las sábanas usadas—. En el otro cuarto encontrarás una bañera con agua caliente y ropa limpia. Cuando termines, me gustaría que te nos unieras en la cocina. Sé que no necesitas comer como el resto de los humanos, pero un té caliente no te vendría mal. Entonces podremos discutir los próximos pasos.

Terminando de hablar, el dios-demonio dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Ella lo vio marcharse y suspiró. Aquel juego entre dioses le estaba quedando grande.

Sylha no conocía muchos detalles sobre el interior de la casa. La noche anterior había estado tan sumida en sus pensamientos que apenas si recordaba haber subido unas escaleras de madera pulida para llegar al cuarto.

Después de que Dhyem se marchara, la joven se asomó al pasillo. Se trataba de un corredor en formato de herradura, con dos puertas a cada lado y la escalera en medio. Debajo podía verse una modesta sala de estar con pocos muebles.

Como Dhyem le había dicho, la puerta que quedaba al lado de su cuarto daba para una habitación vacía con una bañera blanca en el centro y una percha donde colgaban un conjunto de ropas y una toalla. La ventana estaba cerrada y el lugar completo se había llenado del humo que destilaba el agua en la bañera.

En otras circunstancias la joven se hubiera dado un baño demorado, pero no quería perder tiempo. Así que se lavó de prisa, se secó solo un poco y se metió dentro del vestido que le habían dejado en la percha.

Antes de salir se permitió un minuto frente al espejo y decidió que prefería mil veces sus ropas sucias. El vestido era de un diseño sencillo, color hueso, con mangas largas en forma de campana y un escote discreto, tenía una trenza bordada alrededor de la cintura y una saya doble con pliegues que la recorrían en vertical. No estaba feo, pero la joven llevaba tanto tiempo usando pantalones que se sentía extremadamente vulnerable vestida de esa forma.

Para completar, el cabello mojado brillaba sobre sus hombros como si la hubieran tapado con una capa de plata y su rostro llevaba oscuras marcas de los días sin dormir.

—Pareces un maldito fantasma —le dijo a su imagen en el espejo—. Bueno, nadie puede decir que no estoy acorde con la situación.

Entonces salió del cuarto de baño, bajó las escaleras y siguió el olor a té.

3

Thomas llegó a Ciudad del Rey tres horas más tarde acompañado del grupo de soldados. Lo primero que notó fue que los portones de la ciudad estaban abiertos y no había sombra de los guardias que deberían estar cuidándolos. El joven detuvo su caballo y buscó señales de lucha, pero no encontró nada que le indicara que la muralla había sido violada a la fuerza.

Las calles estaban desiertas y por las ventanas cerradas de las casas se podían divisar algunos ojos curiosos que los acompañaban con la mirada. No vieron sangre en las calles ni humo ni

rastros de pelea. Parecía que las personas simplemente se hubieran encerrado en sus hogares a esperar el desenlace de lo que fuera que había pasado por allí.

—Entregaron la ciudad —escupió Esteban colocándose a su lado—. ¡Cobardes!

Thomas asintió. A todas vistas los habitantes del lugar se habían refugiado en sus casas dejándole el camino abierto a quienes hubieran entrado para invadir la ciudad. Sin embargo, el joven pensó que no podía culpar a las personas por tomar esa decisión, en ese momento probablemente les temían más a sus hombres y a él que a los invasores.

—Son solo aldeanos —respondió—. No podemos pedirles demasiado.

—¿Y los guardias de los portones? ¿Y la patrulla de la ciudad? —preguntó Esteban—. ¿No te das cuenta? Aquí no hay la menor señal de pelea, Thomas, hemos sido traicionados.

Tenía razón, pero Thomas no quiso reconocerlo hasta llegar al palacio y descubrir por sí mismo qué era lo que había sucedido allí.

Nadie les bloqueó el camino. Cuando llegaron a su destino, encontraron las puertas abiertas y la misma ausencia de soldados que habían visto en la ciudad.

—¿Y ahora qué hacemos? —quiso saber su amigo.

—Ahora entramos y rezamos por que estén dispuestos a dialogar.

El pasillo principal también estaba sin custodiar y el silencio reinaba en cada rincón del palacio, que continuaba sin mostrar señales de lucha.

Los jóvenes decidieron separarse. Thomas envió a sus hombres por caminos secundarios y acordaron encontrarse una hora más tarde en el salón real, pero no anduvo mucho, ya que, poco tiempo después de quedarse solo, una figura familiar le apareció delante.

El soldado estaba vestido exactamente igual a la última vez que lo viera: con una armadura negra reluciente que lo tapaba de los pies a la cabeza y el dibujo de la estrella roja en el pecho. Caminó hacia él arañando el suelo con la espada y, cuando estuvo cerca, abrió las piernas en posición de combate.

Thomas sonrió al tiempo que desenvainaba su propia espada y corría hacia el soldado de negro, quien, para mérito suyo, no se movió del lugar.

El sonido de las espadas se hizo eco en el pasillo desierto, y Thomas se dio cuenta de que lo sucedido aquel día en el campo de batalla no había sido casualidad. El soldado de negro realmente tenía una técnica excelente y parecía anticiparse a cada uno de sus movimientos.

Al igual que la vez anterior, al joven lo sorprendió la habilidad del soldado y el combate se le hizo bastante difícil, pero no podría decir que no lo estaba disfrutando. Thomas tenía pocas oportunidades de pelear con alguien que lo igualara en destreza. Lógico que no quería terminar muerto, pero siempre había pensado que, si un día sucedía, lo mejor era que fuera de aquella forma.

Un giro de la espada de su enemigo le abrió una herida en el brazo, y Thomas contraatacó con fuerza obligándolo a retroceder algunos pasos, pero el soldado de negro no parecía cansarse y enfrentaba cada ataque con una agilidad extraordinaria. Cada vez que Thomas pensaba que había ganado terreno, su oponente lo volvía a presionar.

Después de un tiempo peleando, las gotas de sudor comenzaron a nublarse la vista y las

quemaduras de su mano derecha le empezaron a incomodar. Y llegó un momento en que, sin saber cómo, la punta de la espada enemiga estaba presionada contra su pecho.

—Suelta tu arma —dijo una voz femenina por debajo de la armadura negra—. Vas a conocer a mi señora.

«Una chica —pensó Thomas para sus adentros mientras hacía lo que le pedía—, debí habérmelo imaginado».

A pesar de haber perdido el combate, el joven había logrado su objetivo y estaba a punto de descubrir qué era lo que había sucedido en el palacio, aunque, por supuesto, no había planificado hacerlo como rehén.

La «señora» se encontraba en el salón real, y Thomas imaginó que pronto se reuniría con sus hombres allí. Si estaban de suerte, alguno de ellos llegaría en condiciones mejores para luchar.

La chica-soldado caminó con él hasta el centro del salón. Desde allí, el joven fue capaz de distinguir el rostro de la persona sentada en el trono del rey. Era una mujer hermosa, vestida con un pantalón de cuero y una blusa negra que caía sobre su silueta generosamente. Tenía una larga cabellera negra y los labios carmesí. Y sí, era la misma mujer que había entrado en la taberna aquella noche.

—Thomas Yhonwitch —dijo levantándose del asiento y caminando hacia él—, estoy feliz de que hayas decidido venir a verme, espero que el combate de Wert no haya sido demasiado duro.

—Para nosotros, no —respondió él sintiendo la espada de la chica-soldado presionando contra su nuca—, pero al dejar a tu ejército por la mitad los condenaste a muerte.

En el rostro de la mujer apareció una expresión de falsa tristeza. Levantó una mano para secar una lágrima que no existía y suspiró:

—Esa nunca fue mi intención. Odio las guerras, pero fue necesario. Si continuábamos como estábamos, iban a morir muchos más.

Él no respondió.

—Thomas —continuó—, eres un soldado respetado. No te voy a negar que me gustaría mucho tenerte como aliado. Además, Rattern me ha hablado muy bien de ti.

«¿Rattern?», se preguntó él mirando hacia los lados. En la sala solo había cuatro soldados más recostados en las paredes. Él no pudo dejar de notar que exhibían la misma estrella roja en sus uniformes.

—Si te unes a mí y me juras lealtad, te perdonaré la vida —terminó la mujer.

—Ni siquiera me has dicho tu nombre.

Ella sonrió.

—Tienes razón. Soy Rebecca Stonhy, sacerdotisa del templo de la diosa Phena y heredera directa de la reina Rina. Este trono es mi derecho legítimo y nunca me interesó hasta que ustedes comenzaron a matar al pueblo de hambre.

Eso ya era demasiado:

—Tendrás que perdonarme, pero no conozco ni a tu diosa ni a tu reina —mintió—. El trono de Tonr le pertenece a la princesa Sylha y yo no pienso jurarle lealtad a nadie más.

—Tu princesa está muerta. Y, si no lo está, es evidente que no le interesáis ni el trono ni tú.

Aquellas palabras le hicieron más daño de lo que él esperaba. Thomas cerró la boca y miró al suelo. La conversación había terminado.

—Como desees —dijo Rebecca—. Espero que unos días en el calabozo te hagan cambiar de opinión.

Acto seguido, dos de los soldados que estaban en el salón se acercaron a él y lo custodiaron hasta una de las celdas del castillo. Luego cerraron la reja con un candado de hierro y se marcharon.

Thomas se recostó a una pared y se sentó en el suelo, no había tiempo para lamentos. Estaba dentro del castillo, estaba vivo, y la nueva gobernante de Tonr no parecía tener intenciones de matarlo. Debía investigar sobre el paradero de su padre y del rey Esketon; luego, debía elaborar un plan para escapar y poner fin a aquella locura.

—Espera un poco, Sylha —susurró—. No vengas ahora. Déjame limpiar este desastre primero.

4

—¡Guau! —exclamó Dhyem desde el extremo de una mesa de ocho lugares—. Ahora sí te pareces a ti.

El dios-demonio tenía una taza de té en la mano y estaba sentado con una pierna cruzada sobre la otra. A su lado, el guardián que Sylha había conocido cuando llegó a la isla también estaba sentado bebiendo té. El anciano llevaba unos pantalones con tirantes parecidos a los que ella le había visto la vez anterior y una boina gris que le tapaba la cabeza.

—Te equivocas —respondió ella acercándose—. Hace mucho tiempo que esta no soy yo.

Dhyem se levantó y se acercó a la alacena, cogió una taza vacía y la sirvió con una tetera humeante.

—Bueno, si de algo sirve, te ves mejor de vestido, aunque los pantalones tampoco te quedaban mal —le dijo ofreciéndole la taza.

Luego se giró hacia el anciano:

—Sé que ya se conocieron, pero ya sabes que me gustan las presentaciones formales, digamos que soy algo anticuado. Permíteme que te presente a Phylo, encargado de cuidar de mi hogar y mi amigo. Phylo, esta chica no es ninguna intrusa, como te hizo creer hace unos días, es Sylha Cabellos de Plata, heredera de Tonr y mi invitada de honor.

El anciano se puso de pie y le tendió la mano a Sylha:

—Es un placer, alteza —dijo—. De haberlo sabido, le hubiera abierto la puerta principal.

Dhyem estalló en carcajadas. Lo cual, para un hombre que no movía los músculos del rostro, era un evento perturbador. Sus ojos brillaban como dos estrellas rojas y el sonido de su risa no parecía salir de su garganta, sino de la casa entera.

Sin embargo, por increíble que fuera, a Sylha ya no le parecía tan extraño. En realidad, vestido de esa forma y con aquellos ojos encendidos que la miraban fijamente, podría decirse incluso que se veía atractivo.

—Gracias, Phylo —le respondió ella al anciano—. No se preocupe, la entrada de los fondos no estuvo del todo mal. —Obviando el hecho de que había estado a punto de morir, ya fuera empujada por las olas o desmembrada por la Raposa—. Para mí también es un placer conocerlo.

El té le supo delicioso, tenía un sabor a hierbas frescas mezcladas con limón que su cuerpo recibió de buen grado. Después de beber un poco, Sylha se sentó en el extremo opuesto de la mesa, miró a Dhyem y disparó:

—¿Por qué despertaste realmente?

Inmediatamente, los ojos del dios-demonio cambiaron para un tono anaranjado que, a los pocos segundos, se fue convirtiendo en azul. En vez de responderle la pregunta, le dijo:

—A mi hermano le gustan los juegos. Si quieres sobrevivir a este, te recomiendo que te concentres en la información que te pasó y no en las dudas que sembró en tu cabeza.

Phylo asintió sonriendo para sí y la joven tuvo la impresión de que estaba recordando algún hecho en su pasado.

—El mundo se está muriendo —cortó Sylha—, esa es la información que me pasó. ¿Qué esperas que haga?

No pudo evitarlo, las lágrimas llegaron a sus ojos como el agua enfurecida de un dique colapsado. Agarró la taza caliente con las dos manos y se la llevó a los labios esperando que la bebida le calmara los temblores.

Dhyem se acercó a ella:

—También te dijo otra cosa.

—Al final, ¿dónde estabas tú? —disparó ella sin comprender realmente por qué la emprendía contra el dios-demonio, pero, diablos, todo había comenzado con él—. Desde el momento en que empecé a hablar con Untheron, te desapareciste de mi cabeza. ¿Se te acabaron los consejos?

—Mis hermanos y yo no nos llevamos bien, ya te lo expliqué. Si entraba en tu cabeza y él me descubría, acabaría matándote.

—¿Qué sucedió entre ustedes?

Como siempre, ella ni sabía por qué estaba preguntando esas cosas.

—Son cosas del pasado, nada importante. El problema es que nos tomamos nuestro tiempo para resolver los conflictos familiares. Ya sabes, por aquello de que somos eternos.

El té había hecho su efecto, y Sylha se sentía mejor:

—Me dijo que regresara a Tonr.

Dhyem no respondió, se limitó a sentarse al lado de ella y mirarla con sus ojos color del cielo.

—Pero todavía me falta visitar a tu otro hermano —dijo ella.

—Oltrehm es el más peligroso de los tres. Estuviste a punto de morir en el Bosque Negro, no creo que valga la pena arriesgarnos más si podemos probar primero el consejo de Untheron. Además, es poco probable que esté dispuesto a conversar contigo, mucho menos ayudarte. Recuerda una cosa, Sylha: a pesar de lo que podamos aparentar, nosotros estamos presos aquí. Si el mundo se acaba, quedaremos libres.

Ella dejó la taza de té en la mesa y levantó la vista hacia él sin saber cómo debía interpretar lo que acababa de escuchar.

—No —respondió Dhyem como si hubiera leído su pensamiento—. No somos nosotros, Sylha. Existen reglas que no podemos violar.

Ella suspiró, no tenía muchas opciones:

—En ese caso, supongo que volveré a Tonr.

—Sí, princesa. Vamos a Tonr —dijo él y en sus ojos apareció un brillo rojo—. Va a ser un regreso interesante.

Phylo rio de nuevo, y Sylha volvió a tener la sensación de que el anciano sabía algo que no le estaba diciendo.

Capítulo 9:

Tres años atrás

1

Sylha atravesó los portones de la ciudad intentando mezclarse entre la gente. Había aprendido a teñir su cabello con carbón y, si encogía los hombros y bajaba la mirada, podía confundirse con una campesina. El saco de trigo que llevaba en la espalda pesaba bastante, pero ayudaría a explicar su visita a PuertoKran en el caso de que algún guardia le preguntara.

PuertoKran no tenía puertos, no era una ciudad con salida al mar ni tampoco la atravesaba ningún río importante, y la joven siempre se había preguntado el porqué de su nombre. Tal vez estuviera relacionado con el hecho de que allí los monarcas favorecían las actividades comerciales cobrando bajos impuestos y flexibilizando la entrada de extranjeros, lo cual había convertido a la ciudad en el centro del comercio de la región.

Eso no significaba que sus portones no fueran vigilados. La ciudad estaba rodeada de un grueso muro de diez metros de altura, lo bastante ancho como para soportar a tres personas caminando lado a lado. Y los visitantes recibían una especie de salvoconducto donde se acuñaba la fecha de llegada.

Si un oficial le pedía el documento a alguien y descubría que había permanecido más tiempo en la ciudad de lo que justificaba su visita, esa persona iría a parar a los calabozos, donde pasaría algunas noches antes de ser expulsada para siempre.

Claro está que en una ciudad de comerciantes siempre había visitantes que decidían echar raíces y quedarse a vivir. Ese era un derecho que se obtenía con el simple acto de comprar una propiedad en PuertoKran. En ese caso, la persona se convertía en puertokranense y pasaba a pagar un valor más alto de impuestos.

La ciudad también era famosa por su mixtura de razas, escenario poco común en otros lugares del mundo. Desde el momento en que Sylha escuchó hablar de ella supo que, si existía una posibilidad de descubrir algo más sobre la caverna de sus pesadillas, sería allí.

Por lo que le habían contado, un saco de trigo le daría un pase de tres días en la ciudad, aunque en realidad solo planeaba quedarse hasta el atardecer. No volvería a cometer el error del SaintAna.

Después de lo sucedido en el barco, Sylha se había mantenido huyendo de cualquier tipo de civilización durante casi un año. El día de la tragedia la joven había permanecido atada una mañana entera hasta decidirse a estirar la pierna y atraer el cadáver del pirata que había caído

frente a ella, el cual para ese entonces ya se había comenzado a descomponer. El hombre había muerto con el cuchillo en la mano, y ella necesitó mucha fuerza de voluntad para quitárselo.

Esa noche, la exprincesa de Tonr había dormido en un rincón de la bodega del barco pirata, el único lugar que había encontrado sin olor a muerte. Al día siguiente, se había dado a la tarea de echar los cuerpos al mar. Fue un trabajo duro, pero no se detuvo del todo hasta que hubo terminado.

Al día siguiente Sylha se había dado cuenta de que viajar a la deriva no era una mala idea. La mantendría alejada del resto de las personas y, lo más importante, mantendría a las personas lejos del peligro que ella representaba. Y así estuvo durante un largo tiempo hasta que, un día, la maldición volvió.

Mientras pasaba por los portones de PuertoKran sin contratiempos, fingía una sonrisa tímida a los guardias y guardaba su salvoconducto, Sylha recordaba aquella mañana; cuando despertó en un barco cubierto de aves muertas y decidió que estaba preparada para continuar su camino.

2

Hasta ese momento, Sylha solo había visto PuertoKran desde afuera. Había imaginado que detrás de aquellos enormes portones se escondía un enmarañado de calles con viviendas amontonadas y una gran plaza en el centro donde seguramente radicaría el mercado. Pero lo que encontró después de atravesar la entrada de la ciudad fue un poco diferente, pues PuertoKran en sí ya era un mercado gigante.

Delante de ella se abría una multitud de construcciones de diferentes colores, donde gritos y pregones se fundían en un bullicio casi incomprensible. Había banderas, olores, comidas, y risas, muchas risas por donde quiera que pasaba. Lo mismo le ofrecían un trozo de tejido para hacerse un vestido que un pescado seco sin cabeza. Las personas andaban como locas, intercambiando monedas y mercancías desesperadamente como si aquel fuera el último día de sus vidas.

Era un caos total y era encantador.

Las tabernas anunciaban bebidas de las que ella nunca había escuchado hablar. Las calles estaban abarrotadas de personas de todos los tipos de razas, y Sylha decidió que en un lugar como aquel no hubiera necesitado disfrazar su cabello. Los animales también andaban libremente y nadie parecía fijarse demasiado en los demás.

La joven se acercó a una panadería que no parecía tener muchos clientes. Dejando de lado su papel de campesina humilde, levantó la cabeza, enderezó los hombros y se acercó al mostrador.

—Te lo dejo por tres monedas de plata —le dijo al dependiente.

El hombre, un moreno alto de orejas puntiagudas que no pasaba de los cuarenta años, estrechó los ojos y respondió:

—Ese trigo vale mucho más. ¿Por qué quieres deshacerte de él tan rápido?

Ella lo miró, no parecía puertokranense, al menos no de nacimiento. Tenía el acento de las tribus del sur y los ojos redondos.

—Es grano del bueno. Puede probarlo si desea, yo tengo asuntos urgentes que atender en la ciudad y mi salvoconducto solo me da derecho a tres días.

—Una chica como tú no debería andar sola por esta ciudad —señaló él mientras negaba con la cabeza—, trata de resolver tu asunto rápido y vete antes de que caiga la noche.

El hombre depositó tres monedas de plata sobre el mostrador, cargó el saco sin revisar su contenido y se perdió detrás de una puerta de madera.

—¡Sé cuidarme sola! —gritó ella para que la escuchara. No creyó necesario explicarle que solo pensaba quedarse durante el día.

—No me cabe duda —respondió el dependiente desde adentro.

Sylha guardó las monedas y salió del lugar justo en el momento que un grupo de jóvenes entraba. Luego se dispuso a recorrer las calles en busca de alguien a quien pudiera hacerle algunas preguntas, aunque, en realidad, ni sabía por dónde comenzar.

Al lado de la panadería había una barbería abarrotada de clientes, una sastrería de poca monta y una tienda de bisuterías en cuyas vidrieras brillaban cristales de todos los tipos y colores que alguien pudiera imaginar. Otro detalle que llamó su atención fue que los negocios no solo se llevaban a cabo en los establecimientos, sino también en las calles, pero, al menos para ella, resultaba difícil diferenciar a los vendedores ambulantes de los ladrones.

Después de caminar durante un tiempo, Sylha decidió entrar en una zapatería y acercarse a una joven que en ese momento estaba acomodando un par de botas en la vidriera.

—No creo que tengas dinero para comprar aquí, niña —le disparó la mujer sin mirarla—. No vendemos fiado y no damos limosnas. En el bar de la esquina están contratando ayudantes de limpieza, a lo mejor tienes suerte por allá.

Ella miró con detenimiento a la dependiente, llevaba el uniforme de la tienda y unos zapatos que no parecían muy cómodos. Era humana y, probablemente, había luchado bastante para conseguir aquel empleo.

—Estoy buscando información sobre un lugar —dijo.

La mujer se levantó del suelo y fijó su vista en ella:

—¿Un lugar dentro de PuertoKran?

—No —respondió Sylha percatándose de lo tonta de debía parecer.

—En ese caso no entiendo cómo vas a obtenerla dentro de una tienda de zapatos.

Tenía razón. Sylha le dio las gracias y salió soportando su mirada de burla.

Sin saber a dónde ir, la joven comenzó a deambular por las calles de la ciudad. El incidente de la zapatería se repitió varias veces. Todos en PuertoKran estaban demasiado atareados para prestar atención a una campesina de diecisiete años.

Su plan, que había parecido tan perfecto la noche anterior, se había convertido en un fracaso.

Si ella hubiera tenido más dinero, podría haberlo usado para comprar el tiempo de la gente. Pero, aunque hubiera vendido el saco de trigo por un precio justo, no hubiera sido suficiente, había cientos de personas allí, y acabaría perdiendo todas sus monedas antes de dar con alguien que realmente la pudiera ayudar.

«¿Qué esperabas? —se dijo—. ¿Creías que ibas a encontrar un cartel con la frase: “Tenemos

todas las respuestas del universo”?».

En ese momento, un vendedor, que hacía solo unos segundos atrás se había acercado a ella ofreciéndole un frasco de perfume por diez monedas de cobre, arremetió contra un chico que le pasaba por al lado. En un instante la pelea adquirió tal magnitud que las personas comenzaron a salir de los locales para acompañar su desenlace. Por lo que ella pudo escuchar, uno de los dos había violado algún tipo de acuerdo que reservaba a cada vendedor una región de la ciudad. Sylha sabía que aquello no pasaría de algunos gritos y golpes, pues las armas estaban prohibidas dentro de PuertoKran; sin embargo, se las ingenió para escabullirse entre la multitud. Y, cuando logró salir a base de empujones, se topó de frente con un establecimiento de construcción antigua que ostentaba un anuncio peculiar: «Reviva su pasado y conozca su futuro. Marie Platt, adivinadora profesional».

—Bueno —dijo Sylha mientras entraba—, no serán todas las respuestas del universo, pero se le parece bastante.

3

Sylha no esperaba mucho de la adivinadora. Ninguna de las razas que había estudiado poseía una magia capaz de predecir el futuro. Aquello sonaba más a atracción de circo que a servicio profesional, como prometía el letrero. Pero imaginó que una persona que se ganaba la vida fingiendo leer el futuro de los otros debía conocer muchas historias. Por otro lado, era un buen lugar para escapar un tiempo de la aglomeración que se estaba formando en la calle por causa de la pelea.

Lo primero que llamó su atención al entrar fue la ausencia total de muebles; a no ser por una mesa cuadrada con dos sillas que se encontraba en el centro de la habitación, allí no existía ni un solo objeto. Las paredes del recinto estaban pintadas de violeta oscuro y el piso era de madera. Las ventanas no tenían cortinas y, por el tamaño de las telarañas que las cubrían, se notaba que llevaban tiempo sin abrirse.

—Buenos días, niña —saludó una anciana desde una puerta de madera blanca que daba para una sala oscura—. Espero que tengas con qué pagar.

—Le doy una moneda de plata si me ofrece la información que estoy buscando.

La mujer se acercó a pasos lentos y se sentó en una de las sillas. Tenía el rostro lleno de arrugas, las orejas puntiagudas y los ojos tan finos que casi no se le veían. Si lo que le habían contado era verdad, Sylha tenía delante a una puertokranense de pura cepa.

—Por favor, siéntate —pidió la anciana al tiempo que hacía aparecer de la nada unos espejuelos sobre su mano derecha—. Mi nombre es Marie Platt, no me digas el tuyo, por favor.

Según le habían dicho, la magia de los puertokranenses consistía en la capacidad de transportar objetos de un lugar a otro con la mente. Podían hacer desaparecer un objeto de un lugar para aparecerlo en otro sin importar cuán distantes estuvieran. La cantidad de magia que necesitaban para ello era proporcional al tamaño del objeto y no a la distancia en sí. De esa forma, muchos puertokranenses adquirirían la costumbre de almacenar sus cosas en lugares remotos y solo las

invocaban cuando las iban a utilizar. Los espejuelos de Marie Platt bien podrían haber venido de en medio del desierto, pero no podría traer un guardarropas de su cuarto.

De cualquier forma, era una magia poderosa si su dueño la utilizaba con inteligencia y especialmente peligrosa entre los bandidos.

Cuando Sylha se sentó, la anciana acercó su silla y la miró de cerca como si estuviera estudiando cada detalle de su piel. Luego abrió tanto los ojos que, por un momento, perdió completamente su rasgo afinado. Se rascó la cabeza y sonrió:

—Princesa Sylha Cabellos de Plata, estás lejos de tu hogar. ¿Cómo puedo ayudarte?

Ella se quedó atónita.

—No te preocupes, mi niña, todo lo que sucede dentro de este recinto es confidencial.

—¿Cómo?

—Pareces una chica inteligente, así que no te voy a engañar. En mi profesión aprendemos dos habilidades fundamentales. La primera es observar a las personas: una niña de alta cuna entra en mi tienda con el cabello teñido y no pide una poción de amor. La segunda habilidad trata sobre mantenerme al día en los chismes de las cortes: sé que hace dos años una princesa humana de cabellos de color de plata se perdió en la niebla de Tonr para no regresar nunca más. Verás, la niebla del Bosque Azul no es adepta a los mortales, pero no desaparece personas y, hasta ahora, no ha matado a nadie.

Sylha no sabía qué responder; por un lado, comenzaba a tener la esperanza de que la anciana supiera más de lo que estaba diciendo y pudiera ayudarla; por el otro, tenía miedo a que la delatase.

—He viajado por el mundo durante dos años, casi nadie conoce Tonr, mucho menos mi historia. ¿Cómo usted lo logra desde aquí?

La risa de la adivinadora llenó el local de mariposas, un buen truco para impresionar a quien no conociera su verdadera magia.

—Estás de suerte, hoy tengo un buen día, te mostraré.

La anciana hizo aparecer un cuaderno con hojas en blanco. Arrancó la primera y escribió algo en ella. Un segundo después la hoja ya no estaba en su mano y al siguiente había regresado con un párrafo nuevo.

—Intercambias cartas —observó Sylha impresionada. No se le había ocurrido esa utilidad de la magia puertokranense.

—También monedas, niña, por eso necesito que me pagues. Una anciana necesita comer.

Con razón los impuestos eran tan bajos. Los puertokranenses debían tener un sistema muy eficiente de comercio con otros reinos y podían darse el lujo de cobrar barato por los trámites.

Sylha agradeció que la anciana no hubiera intentado engañarla y preguntó:

—¿Puedes ayudarme?

—Esa no es la pregunta que viniste a hacer

Ella rio; tal vez la anciana no fuera adivina, pero interpretaba bien su papel.

—Voy a ir directo al asunto. Desde el día que entré en la niebla llevo una maldición que no pienso contarte, mucho menos ahora que sé lo fácil que puedes difundir mi secreto. El caso es

que desde ese día también sueño cada noche con el mismo lugar y creo que si lo encuentro pondré fin a mi problema.

Marie Platt asintió.

—Me parece justo. ¿Quieres describirme ese lugar?

Durante el transcurso de la siguiente hora Sylha se dedicó a contarle sus pesadillas a Marie Platt con la mayor cantidad de detalles que le fue posible y, mientras lo hacía, sentía que estaba reviviendo cada escena: los túneles oscuros, los cadáveres, la sangre en el suelo, los encuentros con la Raposa, los diferentes finales; aquellos en los que sobrevivía y aquellos en los que no, en todos despertaba sin descubrir qué buscaba ella dentro de la cueva. Mientras hablaba, la anciana iba llenando la mesa con todo tipo de objetos que hacía aparecer con su magia, desde galletas de avena hasta una jaula con canarios.

Marie Platt esperó pacientemente a que Sylha terminara. Luego desapareció todos los objetos que había traído, dejando la mesa vacía; se acomodó los espejuelos y comentó:

—Cuando era niña, mi padre me contaba historias sobre dioses antiguos que aún caminaban por nuestro mundo. Yo me los imaginaba disfrazados de personas, ¿sabes?, compartiendo nuestra vida como si estuvieran de vacaciones en una feria gigante. Pero no es tan simple. En realidad, los dioses antiguos están presos en nuestro mundo, y nosotros, los mortales, no les gustamos para nada.

Sylha no se atrevió a interrumpirla, la anciana continuó:

—Te digo esto porque, en las leyendas de mi padre, había una en particular que me daba tanto miedo que mi mamá le prohibió contármela por las noches. Se trataba de un dios preso dentro de un cuerpo humano, que a su vez estaba preso en una caverna llena de cadáveres, custodiada por un animal infernal.

La joven se enderezó en el asiento, a duras penas pudiendo controlar la ansiedad, pero Marie negó con la cabeza:

—Nadie que yo conozca sabe dónde queda ese lugar, pero la leyenda del Dios de la Caverna está representada en diferentes culturas alrededor del mundo. Existen pueblos que lo veneran y pueblos que le temen, como debe hacerse con cualquier dios. Lo único que puedo hacer por ti es darte los nombres de esos pueblos, el resto tendrás que investigarlo sola.

—¿Crees que fue él quien me lanzó la maldición?

—No lo sé, pero sé que para llegar a él enfrentarás cosas que no debería enfrentar una chica de tu edad. Vas a tener que ser fuerte, princesa, vas a tener que convertirte en alguien que todavía no eres.

Ella le agradeció. Tomó el papel que la anciana le tendió, contenía los nombres de las leyendas que hacían referencia al Dios de la Caverna y los pueblos que las contaban. Pasó una mirada rápida por la lista y vio que eran cinco en total, esperaba que no estuvieran demasiado lejos los unos de los otros. Le dio dos monedas de plata a Marie Platt y se levantó del asiento. Estaba satisfecha. El camino que tenía por delante era duro, pero era un camino.

Cuando estaba llegando a la puerta, la anciana la llamó:

—Todavía no te he dicho tu futuro, pequeña.

—¿Mi futuro?

—Sí, fue lo primero que vi cuando entraste por la puerta, tu aura lo está gritando.

—Con todo respeto, yo no creo en eso.

La anciana se rio.

—Vas a amar mucho, vas a amar tan fuerte que tu corazón querrá estallar en medio de tu pecho. Y vas a ser amada. Pero ese amor será peligroso, y no solo para ustedes dos. Ese amor podrá destruir al mundo.

Sylha sonrió, imaginó a la anciana disparándole la misma frase a cada niña inocente que entraba por su puerta.

«Gajes del oficio», pensó.

—¿Puedo pedirte un favor? —preguntó Marie—. Cuando todo esto termine, ¿puedo enviarte un papel en blanco para que me cuentes tu historia? Hasta allá, mantendré tu secreto.

—¿Cómo va a saber dónde estoy?

—Voy a saber, pequeña —dijo la anciana desapareciendo detrás de la puerta blanca—. Voy a saber.

Capítulo 10:

Regreso a casa

1

Sylha se levantó temprano, había pasado el día anterior preparándose para su regreso a Tonr y durante ese tiempo la casa había permanecido vacía, pues Dhyem y Phylo se habían retirado con la excusa de darle algo de privacidad antes del viaje.

Por más que ella tratara de no pensar en el asunto, las últimas palabras de Dhyem se habían establecido en su cabeza como un enjambre de avispas y saboteaban cualquier tipo de idea que se atreviera a entrar.

Las preguntas eran muchas más de las que ella tenía antes de conocer al dios-demonio y con cada paso que daba no hacían sino crecer. Si hasta ese momento su única preocupación consistía en encontrar la caverna de sus sueños y convencer al ser que vivía allí de retirarle la maldición, ahora parecía que tenía que salvar al mundo acompañada de un antiguo dios al que le convenía que no lo hiciera.

—¿Por qué me ayuda? —se preguntó en voz baja mientras volvía a ponerse su ropa desgastada después de haberla lavado la mañana anterior—. ¿Será que de verdad me quiere ayudar o todo no pasa de un juego morboso para entretenerse en lo que espera el fin del mundo?

La chica sabía que la realidad podía ser mucho peor, sabía que existía la posibilidad de que Dhyem la estuviese acompañando con el propósito de poder detenerla llegado el momento. Después de todo, según él mismo había dejado claro, si el mundo se destruía, quedaría libre.

Sylha sacudió la cabeza. Al final, ¿qué posibilidad tenía una joven de veinte años de comprender las intenciones de un ser inmortal?

—Por ahora me está ayudando, después veremos.

A pesar de las dudas, tenía que reconocer que, cuando él la miraba con los ojos azules, a ella no le parecía que estuviera mintiendo. Inclusive, a veces, parecía que se preocupaba por ella.

—Estás entrando en un terreno peligroso, Sylha —se dijo y trató de pensar en otra cosa.

Había pasado un año desde la última vez que supiera de Tonr. En aquella ocasión, le contaron que la reina había muerto, y Sylha había tenido que tragarse sus lágrimas en silencio para no delatarse. El solo hecho de recordarlo le daba náuseas.

Sí, el regreso a su reino sería difícil. Y, por más que la joven se rompiera la cabeza tratando de inventar las respuestas que daría cuando comenzara la lluvia de preguntas, todavía no había encontrado ninguna convincente.

Alguien tocó a la puerta de la habitación, y Sylha se apresuró para terminar de guardar las cosas en su morral. Calzó sus botas viejas y abrió la puerta.

—Hola, princesa, veo que estás lista —saludó Dhyem del otro lado.

—Todo lo lista que puedo. Podemos marcharnos.

El dios-demonio recorrió el cuerpo de Sylha con unos ojos naranja oscuro y dijo:

—Por más que deba reconocer que esa ropa te queda estupenda, no me parece una buena idea que te presentes a tus antiguos súbditos vestida con andrajos. ¿Me permites ayudarte?

—Estoy bien, gracias —cortó Sylha.

Los ojos de Dhyem comenzaron a volverse rojos:

—Sin ofensas, princesa, pero no te dejarán acercarte al castillo así.

—No pienso atravesar el bosque con un vestido.

Dos noches atrás, él le había explicado que el portal los dejaría en el Bosque Azul. Era lo más cerca que conseguirían llegar con magia. El resto del camino tendrían que recorrerlo a pie. El Bosque Azul se encontraba del lado opuesto a Ciudad del Rey y al menos la joven no se vería forzada a atravesar la ciudad para llegar al castillo; aun así, no pensaba entrar en aquel lugar con saya nunca más en su vida.

—No sería la primera vez —rio Dhyem—, pero puedo proporcionarte unos pantalones si lo deseas, inclusive puedo hacer que tu misma ropa quede como nueva.

Sylha sintió un escalofrío tan solo de pensar en la magia de Dhyem cambiándole la ropa que llevaba encima. Él se anticipó a su respuesta; movió ligeramente los dedos de su mano derecha y sobre la cama apareció un conjunto de pantalón, camisa y chaleco, exactamente iguales a los de ella cuando eran nuevos.

—Te espero abajo, princesa. No tenemos todo el día.

Ella se cambió a regañadientes, recogió su morral, se enfundó la espada en la cintura y se encontró con Dhyem en la escalera.

Esta vez, la joven sí prestó atención al pasadizo que unía la casa con la caverna. La noche en que regresó del encuentro con Untheron había estado demasiado agobiada para fijarse por dónde caminaba y casi ni recordaba cómo había llegado a la habitación. Pero ahora Sylha descubrió que existía una puerta escondida detrás de la alacena, a través de la cual se llegaba a una escalera de piedra iluminada tan solo por los pasos de Dhyem.

Después de bajar el último escalón, el dios-demonio la condujo por un túnel estrecho que terminaba en la cámara donde ella había pasado su primera noche.

—Así fue como desapareciste aquel día.

Él rio; en realidad, sus ojos brillaron en rojo y su boca no se movió:

—¿Qué puedo decirte? Soy adicto a las salidas teatrales.

—Me dejaste dormir en el suelo —reclamó ella ignorando por un momento que estaba conversando con un dios.

—No creo que hubieras aceptado otra cosa.

Tenía razón, en aquel entonces ella todavía no confiaba en él.

«¿Y ahora lo hago? —se preguntó—. ¿Será que alguna vez podré confiar del todo?».

Dhyem se paró dentro de la pequeña laguna y le tendió una mano para ayudarla a entrar al tiempo que sus ojos se coloreaban de verde:

—¿Preparada?

Sylha asintió, abrazándose a sí misma y aguantando la respiración, aunque sabía que no era necesario.

«Estoy en camino, Tonr», pensó.

2

Thomas llevaba dos días durmiendo en la celda. Hasta entonces solo había visto a los soldados de Rebecca en las raras ocasiones en las cuales lo visitaban para llevarle comida y agua. No conocía el paradero de Esteban ni de los diez hombres que había llevado con él, y no había escuchado señales de que hubiera más prisioneros cerca. El joven sabía que el palacio de Tonr constaba con varias galerías de celdas. Así que era muy probable que los tuvieran retenidos también, pero, aun así, las vidas de los soldados pesaban en su conciencia.

Fuera de eso su estancia en prisión no había sido tan desagradable, la comida no era muy diferente de la que servían en el campamento de guerra y sus carceleros, si bien no intercambiaban palabra con él, tampoco lo maltrataban. Pero, sobre todo, había tenido tiempo de pensar.

Para cuando el soldado de negro bajó las escaleras, él ya había adivinado su identidad:

—Hola, Rattern —saludó poniéndose de pie—. Hasta que al fin vienes a visitarme.

La chica había cambiado la armadura de batalla por un uniforme negro con la estrella roja en el lado izquierdo del pecho. Pero después de haber peleado con ella dos veces, y perdido, además, Thomas la reconocería inclusive con los ojos cerrados. Llevaba una trenza rubia que le llegaba a la cintura y sus ojos color miel no sonrieron al verlo:

—Debiste aceptar su oferta —le dijo sin saludar—. Me ha costado bastante mantenerte con vida.

—Y tú debiste matarme aquel día en la batalla.

Ella se acercó y la tenue luz del amanecer que entraba por la ventana la iluminó. Tenía una expresión dura en el rostro, pero era el mismo rostro que él recordaba, solo que con un cuerpo de mujer:

«De una mujer bonita», pensó.

—Rebecca tiene razón, Thomas. Sylha nos abandonó, de una forma o de otra ya no forma parte de nuestras vidas, y Tonr no podía continuar como estaba.

—Entonces tu sacerdotisa es la heroína dispuesta a sacrificar una vida tranquila por los problemas de la corte tan solo para salvar al pueblo. Podría creerte si no fuera por las muertes que vi en el campo de batalla, después de que ustedes enviaran a sus propias tropas a morir.

—Eso no nos lo esperábamos, pero son cosas que suceden en la guerra.

Él escupió:

—Sylha nunca sacrificaría a sus hombres de esa forma.

—Sylha no está, Thomas. Acaba de entenderlo. Y, aunque estuviera, Rebecca es la heredera legítima.

—¿Es la heredera porque se robó un dibujo del retrato de la reina Rina? No seas ingenua.

—No me digas que su rostro no te parece familiar. Ella tiene los documentos. Su abuela paterna fue la primogénita de la reina, la mandaron matar porque no nació humana; al parecer, no era hija del rey consorte.

—¿De quién era hija entonces?

—Ese secreto murió con Rina, pero lo que importa es que la niña tenía sangre real. De cualquier forma, la nodriza se apiadó de ella y la crio como si fuera su hija. Luego los reyes tuvieron otro hijo al que coronaron como si nada hubiera pasado.

—Y más nadie se acordó de la princesa bastarda.

Rattern asintió.

—¿Cómo sabes que todo no pasa de una manipulación de Rebecca para conseguir el trono?

—Ella me acogió cuando mi familia me abandonó. Por si no te acuerdas, mis padres buscaron el templo más lejano para no tener que mirarme a la cara y recordar que yo estaba allá el día en que se perdió la princesa. Ella me hizo quien soy, Thomas. Puede ser un poco dura veces, pero no es malvada.

Thomas la miró, consciente de que detrás de esa frase había muchas cosas que la joven no le estaba contando. «Poco dura» no parecía un adjetivo apropiado para la mujer que él había visto ocupando el trono, pero decidió que era mejor no insistir.

—¿Qué hicieron con el rey Esketon? ¿Dónde lo tienen?

El rostro de la chica se endureció aún más:

—El rey era una amenaza.

Thomas se lanzó contra los barrotes de la celda y los golpeó tan fuerte que el ruido se hizo eco por toda la estancia.

—¿Lo mataron? —preguntó sin estar seguro de querer escuchar la respuesta.

Rattern permaneció callada.

—¡Lo mataron! No era más que un anciano demente —gritó sintiendo la bilis subir por su garganta—. Era el padre de Sylha, Rattern. ¿En qué clase de persona te has convertido?

—Era la última persona con linaje real. Mientras estuviera vivo, nadie iba a reconocer a mi señora como la verdadera reina de Tonr.

Terminando de hablar, la joven se alejó de la celda con la cabeza baja y unas manos temblorosas que cerró en puños y sostuvo al lado del cuerpo.

3

Cuando llegaron al Bosque Azul, los primeros rayos del segundo sol comenzaban a asomarse por el horizonte de Tonr. En ese momento, cuando los dos soles aún no se encontraban despiertos del todo, el cielo se cubría de un hermoso color azul claro con matices en rojo que le recordó a Sylha los ojos de Dhyem cuando intentaba contener la risa.

El bosque continuaba de la misma forma que ella lo recordaba: enormes árboles de hojas azules que filtraban la luz de los soles y se alzaban sobre un césped del mismo color; insectos dorados que revoloteaban sobre extrañas flores; y un anillo de niebla blanca como la espuma rodeando todo de forma protectora.

A pesar de los dolorosos recuerdos que acudieron a su mente, Sylha no pudo apartar la profunda sensación de bienestar que le traía colocar los pies sobre aquel lugar y tuvo que esforzarse bastante para resistir al impulso de quitarse las botas tan solo para sentir el roce de la tierra en su piel.

«No —pensó—, el bosque no puede tener la culpa. Este lugar no conoce la maldad».

—Hacía tiempo que no visitaba este lugar —afirmó Dhyem interrumpiendo sus pensamientos—, me alegra ver que continúa igual que siempre.

Sylha lo miró, al contrario de ella, que literalmente había caído del portal mágico rodando sobre la hierba como una bola de cuero, el dios-demonio había llegado de pie.

—¿Y la niebla? —le preguntó—. ¿La niebla siempre estuvo aquí?

—No —respondió él colocando una mano dentro de la niebla y moviendo los dedos como si la pudiera tocar—, la niebla es un hechizo de protección.

—Fue aquí donde empezó la maldición. Los otros no pudieron entrar, la niebla los rechazó uno por uno y solo me dejó atravesar a mí.

—Es un escudo protector y te escogió por algún motivo, Sylha. Deberías estar orgullosa.

—¿Orgullosa? —disparó ella—. ¿De convertirme en una aberración?

Dhyem fijó sus ojos en ella, habían adquirido la misma tonalidad azul que las hojas de los árboles.

—Tú no eres una aberración.

Por increíble que fuera, esas palabras tuvieron un extraño impacto en Sylha.

Él no dijo nada más. Caminaron en silencio a través de la niebla. Salieron del Bosque Azul y, después de algunos minutos, divisaron el palacio de Tonr.

Sylha no podría describir el torrente de emociones que se abrió paso en su pecho al ver su antiguo hogar de cerca. Entonces se dio cuenta de que había estado tan preocupada tratando de anticiparse a las preguntas que le harían que no se había cuestionado en qué situación se encontraría Tonr. Había dado por sentado que todo seguiría igual que antes y su padre seguiría gobernando con la misma sabiduría de siempre a pesar del luto.

Pero, ahora que estaba allí, Sylha comprendió que cinco años era demasiado tiempo y, si ella misma se había convertido en una completa extraña, ¿qué podría esperar de su corte?

—Cuando me enviaste al Bosque Negro, entraste en mi cabeza —le dijo a Dhyem—, ¿ahora también puedes hacerlo?

Él asintió.

—Para que viajes por mi portal es necesario crear un vínculo, pero es temporal, no dura todo un día.

—Tampoco estaré un día entero aquí. Necesito hacer esto sola, pero también necesito que, si las cosas se salen de control, me ayudes a escapar antes de que la maldición acabe por asesinar a

todos dentro del castillo.

—Comprendo, ¿pero realmente quieres entrar sola? Digo, no sabes lo que vas a encontrar.

—Es mi familia.

—Como desees, princesa. Si me necesitas, estaré en tu cabeza, como bien dices.

Ella le agradeció y emprendió camino hacia el palacio.

Lo primero que notó fue que el muro del palacio tenía las puertas cerradas y había dos hombres custodiándolo. Ella no recordaba un solo día en que sus padres hubieran ordenado que cerraran las puertas del castillo. Claro que tenían soldados vigilando los pasillos y los alrededores de la ciudad, pero nunca hubo necesidad de trancar los portones ni de colocar guardias en el muro.

Los hombres llevaban un uniforme negro con algún sello rojo en el pecho que ella no logró distinguir a la distancia en que se encontraba.

—Parece que estamos en guerra —dijo—, pero ¿con quién?

«Ve con cuidado, Sylha», susurró Dhyem.

Se acercó a los guardias, convencida de que el color de su cabello sería presentación suficiente, pero, cuando estuvo cerca de su alcance, escuchó a Dhyem de nuevo:

«Algo está mal».

—Ya lo descubriré.

«Hay magia negra alrededor del castillo».

Ella siguió caminando, los hombres estaban conversando entre ellos y no la habían visto todavía.

«¡Detente, Sylha!», gritó Dhyem.

Pero ya era demasiado tarde. Los dos soldados habían desviado sus rostros hacia ella y ahora le apuntaban con sus espadas.

—¡Alto ahí! —gritó el de la derecha—. ¿Quién eres?

«¿Quién soy? —pensó ella—. ¿Acaso no es evidente?».

Confundida, la joven tomó la punta de su trenza y la miró, descubriendo que su pelo se había teñido de un color castaño oscuro.

«¿Dhyem?», preguntó con el pensamiento.

«Me tomé el atrevimiento de disfrazarte a última hora —respondió él—. No me parece que la heredera de Tonr sea bien recibida en palacio en este momento, mejor invéntate una excusa y regresa hasta que averigüemos qué sucede aquí».

—Te he preguntado quién eres, chica —repitió el guardia.

Sylha se llevó una mano al cinto y descubrió que el dios-demonio no solo había transformado la apariencia de su cabello, también se había llevado su espada.

«Era peligroso que te vieran armada», explicó Dhyem.

Ella suspiró:

—Discúlpeme, señor, me preguntaba si están aceptando nuevas empleadas en la cocina. A mi madre este año no le ha ido muy bien con la cosecha.

—¿De dónde vienes? ¿Acaso no sabes que a nuestra señora no le gustan los intrusos?

—Disculpe —repitió ella encogiendo los hombros como había aprendido a hacer años atrás—,

estoy desesperada.

El otro guardia se acercó y le lanzó una mirada al escote de su blusa:

—Si estás tan desesperada como dices, podemos arreglarlo, lindura.

«Vete de ahí», rugió Dhyem.

«Necesito descubrir qué está pasando».

«Buscaremos otra forma».

El hombre la tomó por el brazo y la empujó contra el muro de piedra. Tenía un olor repugnante y por el cuello de su camisa sobresalía un tatuaje oscuro. En esa posición ella pudo ver de cerca el sello rojo: se trataba de una estrella extraña con puntas de diferentes tamaños que le resultó vagamente familiar.

—Vamos a ver, preciosa, ¿cómo te llamas?

El segundo soldado se aproximó y le pasó una mano áspera por el rostro. Sylha hubiera jurado que sintió a Dhyem soltar un gruñido dentro de su cabeza.

—Podemos buscar un lugar más discreto si lo desean —dijo ella.

«¿Qué haces?».

«Voy a hacer que me abran los portones».

«Es muy arriesgado, todavía no logro descubrir qué tipo de magia es esa que rodea el castillo».

Los hombres se miraron y rieron, ella les devolvió la sonrisa.

Uno de ellos sacó un manajo de llaves del bolsillo y abrió la enorme puerta de madera, mientras que el otro la condujo hacia dentro sin soltarle el brazo.

Una vez del otro lado del muro, Sylha le dio una patada en la entrepierna al guardia que la tenía presa; luego giró y golpeó al otro en el estómago antes de desprenderse a correr.

«Lo descubrí —dijo Dhyem—. Se trata de un hechizo para detectar magia. No afectará el cambio que le hice a tu rostro, pero no puedo hacer nada nuevo. Por ejemplo, si te muevo de ahí, se levantarán las alarmas».

«No creo que haga falta», respondió ella.

El jardín del palacio formaba un pequeño laberinto atravesado por un camino recto. Los soldados, y todo aquel que no quisiera aventurarse en el juego, podían llegar al otro lado sin dificultad, ya fuera utilizando ese camino o los senderos laterales, pero quien se arriesgaba a entrar entre las plantas bien podría pasarse una mañana entera tratando de salir.

Por eso, cuando Sylha entró en el laberinto, le fue bastante fácil alejarse de los guardias. Nadie conocía aquel lugar como ella y en poco tiempo logró ponerse fuera de su alcance. Desde donde estaba, pudo ver a los hombres pararse para conversar e imaginó que estarían decidiendo si dar la voz de alarma.

«No se arriesgarán a un castigo por culpa de una pequeña ladronzuela —pensó, y eso le dio otra idea—. Tengo que llegar a la cocina».

Cuando Rattern regresó, ya habían pasado algunas horas. La joven se acercó a la celda sin mirar a Thomas, depositó en el suelo una bandeja de comida que traía en las manos y se dispuso a abrir el candado:

—¿Sabes que no necesitas abrir la puerta? —le disparó Thomas—. Puedes pasar la bandeja por la rendija de abajo

Ella no respondió. Abrió la puerta de la celda, se echó a un lado y se cortó el brazo con una daga que retiró de su cinto sin permitirse más señal de dolor que un pequeño gemido. Luego le dijo sin mirarlo a los ojos:

—Puedes marcharte.

Thomas quedó petrificado. El brazo de Rattern había comenzado a sangrar y estaba manchando la manga del uniforme, que también se había rasgado con la daga.

—¿Rattern? —preguntó él suavizando la voz—. ¿Quieres venir conmigo?

La chica levantó la vista y el joven no vio sombra de duda en su mirada cuando le dijo:

—Te equivocas. Te estoy salvando la vida porque alguna vez fuimos amigos y porque creo que eres una persona de bien. Pero eso no significa que tengas razón. Existen fuerzas superiores a nosotros en este mundo, Thomas; problemas mayores que un pequeño reino humano dividido por el luto. Y mi señora juega un papel importante en ellos, no la abandonaré.

Él suspiró, era evidente que los años en el templo la habían convertido en una fanática.

—¿Puedo llevarme a mis hombres?

—Estás por tu cuenta. Si te descubren huyendo del palacio, tendré que matarte, tú decides si vas a perder tiempo rescatando gente.

—¿Dónde los tienen?

—En el ala este, puedes llegar por el pasillo que queda a la derecha de esa puerta.

Él sabía dónde quedaban las celdas del ala este, había vivido bastante tiempo en el castillo y no existía un recodo que no se conociera. También sabía dónde se guardaban las copias de las llaves de las celdas y esperaba que ni Rattern ni los soldados de Rebecca lo hubieran descubierto. Antes de marchar, necesitaba hacerle otra pregunta:

—¿Mi padre está con ellos?

Rattern lo miró a los ojos y por un momento Thomas pensó que le contaría que su padre estaba muerto. A pesar de saber muy bien el tipo de persona que era, el chico le tenía aprecio y sabía que, en el fondo, Thion también lo quería a él. Un delgado hilo de tristeza comenzó a rodear su corazón.

Ella negó con la cabeza:

—Tu padre nos abrió las puertas de la ciudad, Thomas. Él y mi señora han estado intercambiando cartas desde hace varios meses.

Fue como si le hubieran dado un golpe en el estómago con la empuñadura de su propia espada. Thomas hubiera esperado cualquier cosa de su padre, menos la traición. Thion Yhonwitch era un viejo egoísta y prepotente y los dioses sabían que no era una buena persona. Pero, hasta ahora, no lo conocía por traidor. La mancha de la vergüenza marcaría su familia para siempre.

—Vete, te daré media hora de ventaja, es lo máximo que puedo —le dijo Rattern restregándose

la propia sangre por el rostro—. Olvídate de Tonr y de Sylha, empieza una vida nueva en algún lugar lejos de aquí. Siempre fuiste demasiado honesto para estas cosas.

Él no respondió, no sabía cómo. Salió de la celda y se mandó a correr por el pasillo que la joven le había indicado en dirección a las celdas del ala este.

Tampoco le dio las gracias.

Capítulo 11:

Traición

1

Sylha llegó a las catacumbas por la entrada del jardín. A continuación, tendría que atravesar el palacio y subir por la escalera que daba al patio de la lavandería. No era una distancia muy larga, pues la lavandería también se encontraba en la parte trasera del castillo, solo que en el otro extremo.

«Te estás arriesgando demasiado», dijo Dhyem en su cabeza.

—Dos mercenarios no son amenaza para mí —respondió ella en voz alta.

Los túneles de las catacumbas estaban tan oscuros como ella recordaba, pero no podían exponerse utilizando magia para iluminarlos. De todas formas, la joven conocía bien esos caminos y, aun en la oscuridad, no le fue difícil ubicarse.

«Si me mantengo por los túneles laterales, no tropezaré con ninguna tumba», se dijo, preguntándose si habrían erigido una estatua de su madre, o de ella misma, en algún lugar.

«Este lugar debería ser tenebroso —observó Dhyem—. Sin embargo, no siento nada más que mucha tristeza».

—Los muertos no hacen daño.

«Te sorprendería descubrir lo que pueden hacer algunos muertos».

—Espero no tener que descubrirlo —respondió ella recordándose a sí misma que era mejor no hablar de ciertos temas con Dhyem si quería mantener la cordura.

Después de andar un rato la joven llegó a su destino: una escalera cubierta de polvo y telarañas que la llevaría hasta la lavandería.

—Este acceso a las catacumbas no se usa nunca —explicó—. Los nobles prefieren las entradas del frente para sus escasas visitas; cuantas más personas los vean rindiendo tributo, mejor. Yo a veces me preguntaba si no fuera más práctico que dejaran una nota avisando: «Le llevé un ramo de flores a la difunta reina hoy en la mañana».

«Me suena a que no te gustaban mucho las costumbres de la corte».

—Ni un poco, aunque sí me gustaban los bailes.

«Si sales viva de esta, un día te llevaré a bailar», dijo Dhyem y ella casi pudo ver sus ojos brillando.

—Gracias, es muy alentador.

En la lavandería había pocas empleadas y a Sylha no le fue difícil escabullirse entre los bultos de ropa para salir al pasillo y caminar hasta la cocina.

«Espero que la nueva señora haya mantenido a los antiguos empleados», pensó.

En realidad, a ella le interesaba solo una: una mujer obesa y refunfuñona que debería haber pasado ya de los cincuenta años.

«¿Cómo vas a hacer para que te ayude? —preguntó el dios-demonio—. No podemos revelar tu identidad».

—Tengo un plan.

Tal como había esperado, las cosas no habían cambiado mucho en la cocina, y el olor a panecillos frescos le trajo una nostalgia que humedeció sus ojos. No era apetito, pues desde la maldición ella no sentía más deseos de comer, pero estaba lleno de recuerdos felices.

Sylha se acercó a la mesa, tomó algunos panes y los enroscó en la tela de su blusa, luego esperó a que la cocinera regresara y, tras cerciorarse de que era la persona que estaba buscando, se mandó a correr.

—¡Párate ahí! —gritó la mujer, que era menos alta de lo que ella recordaba, pero logró cortarle el paso con facilidad.

Sylha asumió su mejor papel de campesina torpe y se dejó caer al suelo, liberando los panecillos que salieron rodando hasta los pies de la cocinera.

—Estabas robando.

—Disculpe, señora —lloriqueó Sylha—, mis hermanos están muriendo de hambre, y mi madre yace enferma en una cama.

La mujer negó con la cabeza:

—Eres una joven saludable, puedes conseguir un empleo. No hay motivos para robar.

—Yo tenía un empleo, pero me acaban de echar.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso por qué?

—El señor quería que yo atendiera otras funciones, si es que me explico.

La cocinera dio un paso hacia atrás y la analizó de pies a cabeza. Luego chasqueó la lengua y le tendió la mano.

—Te daré algunos suministros para tus hermanos, pero debes marcharte de inmediato. No sé cómo habrás entrado al castillo, pero este es un lugar peligroso ahora.

Sylha no necesitó fingir la sonrisa. La cocinera continuaba siendo la mujer bondadosa que ella había conocido. Resistió los deseos de abrazarla y contarle toda la verdad.

—Yo no entiendo muy bien qué sucedió aquí —comentó mientras sostenía una cesta que la mujer le había colocado en los brazos y la cual iba llenando con todo tipo de alimentos—. ¿Quién es esa nueva señora?

La cocinera suspiró:

—Dicen que es heredera legítima de la difunta reina Rita, aunque tengo amigos que juran haberla visto haciendo magia. Si me preguntas a mí, ya da igual. Hace mucho tiempo que este reino empezó a decaer, y una reina u otra no va a hacer la diferencia.

Sylha conocía la historia de la reina Rita, su tatarabuela. Quien, después de perder a su primer hijo, se dejó marchitar hasta la muerte, no sin antes darle al reino otro heredero. Y ya sabía dónde había visto la estrella roja.

—A no ser que la princesa Sylha regrese —respondió.

—La princesa no va a regresar y, si lo hace, las órdenes son matarla. Se lo escuché decir a dos de los nuevos soldados esta mañana.

La joven asintió, intentando mantener la calma. Tenía muchas preguntas todavía, pero sabía que eso levantaría sospechas.

—Gracias —le dijo a la cocinera cuando esta terminó de llenarle la cesta—, usted es una buena persona.

—¡No me des las gracias y márchate ya, niña, que me vas a buscar un problema!

Sylha se rio de aquel falso arrebatado de furia y salió corriendo en dirección al establo. Si los portones continuaban abiertos, había una forma de salir sin magia.

2

Tal como le dijera Rattern, Thomas había encontrado a Esteban en el ala este del castillo, junto con seis de los soldados que habían entrado con ellos dos días atrás. Había encontrado la copia de las llaves de las celdas en el mismo lugar que él recordaba y no demoraron mucho para terminar de liberarlos a todos.

—Nos tendieron una trampa —reclamó Esteban—. Se infiltraron en el palacio cuando estábamos entretenidos con el combate y luego nos hicieron creer que lo habían dejado desprotegido para que bajáramos la guardia.

Él asintió, incapaz de confesar que su padre había tenido una buena dosis de culpa en todo aquello. Según le había contado su amigo, los cuatro soldados restantes no habían sobrevivido.

—Debemos regresar a Wert —dijo—. Con suerte todavía tendremos aliados allá. No creo que Ciudad del Rey sea un buen lugar para escondernos.

—En ese caso necesitamos caballos.

—Sí, este pasillo nos llevará directo a los establos; si andamos con cuidado, no nos descubrirán. Pero no debemos demorarnos, el tiempo que me dio Rattern se está acabando.

—La pequeña Rattern —dijo Esteban mientras caminaban por el pasillo—. ¿Quién lo iba a decir? Y, por lo que cuentas, te ha derrotado dos veces.

—Nunca supe combatir contra las chicas —reconoció él—. Es como si tuvieran un sexto sentido. No logro anticiparme a sus movimientos.

El amigo rio.

—Siempre has sido malo con las mujeres, Thomas. Aun disfrazadas de hombre, logran de ti lo que quieren.

Llegaron a los establos sin contratiempos. El chico que normalmente cuidaba de los caballos no estaba por allí, lo cual le extrañó, ya que la puerta estaba abierta.

—Los de la parte del frente son más dóciles —les explicó a los hombres—. Retiren las monturas del armario y prepárenlos lo más rápido que puedan, voy a buscar armas.

Para pasar por los portones tendrían que pelear. En el establo no se guardaban espadas, pero sí algunas herramientas de jardinería. Ir hasta la armería real estaba fuera de discusión, así que con

unos cuantos cuchillos y rastrillos debería bastar.

Cuando Thomas caminó hacia el fondo, donde estaba el pequeño almacén, escuchó un ruido.

Miró hacia atrás y vio a los otros atareados con la preparación de los caballos. Estaba atardeciendo ya, y la luz anaranjada que entraba por la puerta no llegaba a iluminar el lugar completo.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

Como no recibió respuesta, abrió las puertas del almacén y comenzó a recoger todo lo que encontró que pudiera serles útil si se veían obligados a luchar.

Entonces le pareció ver una sombra detrás del último caballo.

El joven colocó los instrumentos en el suelo y caminó en dirección al lugar donde había visto la sombra. A pesar de la poca iluminación, estaba seguro de que había una persona escondida allí.

—¿Hola? ¿Hay alguien aquí?

El caballo relinchó cuando se acercó; y pudo ver a la sombra moviéndose, pero, en ese momento, Esteban lo llamó:

—¡Vamos, Thomas! —gritó el amigo desde la entrada con las riendas de dos caballos en las manos—. ¡Estamos listos!

Él resopló, no tenía tiempo de vérselas con quien fuera que se hubiera escondido en el establo. Lo más probable era que se tratara de algún criado asustado con los soldados de la nueva señora del palacio que, para ser sinceros, más parecían piratas que tonranos.

Thomas dio media vuelta, recogió las armas improvisadas y fue al encuentro de los muchachos.

3

Cuando los soldados cerraron la puerta del establo, dejándola tan solo con los delgados rayos que entraban a través de las rendijas en la madera, Sylha salió de su escondite. Tenía el cuerpo cubierto de paja y temblaba de pies a cabeza como si hubiera visto un fantasma.

«Peor que un fantasma —se dijo—. Era Thomas y me ha traicionado».

Desde el momento en que había sentido a los hombres entrar, ella se había escondido detrás del mismo caballo que estaba ensillando. No había logrado escuchar sus voces con claridad, pero imaginó que estarían al servicio de la nueva señora de Tonr y no podía arriesgarse contra un grupo tan numeroso.

Luego lo había visto a él, el soldado que llegó caminando hasta el fondo del establo y la escuchó arrodillándose detrás de una loma de heno. A pesar de no haber podido identificar su rostro, pues la luz anaranjada que entraba por la puerta tan solo servía para convertir su cara en una mancha oscura, ella había sentido cómo el corazón se le aceleraba conforme comenzaba a reconocer aquella forma de caminar.

Y, entonces, alguien había gritado su nombre, y Sylha había tenido que controlar el impulso de correr a su encuentro.

Era Thomas, era Thomas Yhonwitch sin lugar a duda y, al parecer, tenía una nueva reina.

«Sylha —escuchó la voz de Dhyem. El dios-demonio había permanecido callado todo ese tiempo, como si le costara trabajo lidiar con el tornado de pensamientos que habían pasado por la cabeza de la chica en los últimos minutos—, debes salir, está oscureciendo».

—Sí —respondió—, ya el caballo está casi listo.

Si Thomas hubiera observado mejor al caballo en vez de buscar por el suelo, se hubiera dado cuenta de que tenía la montura encima y la hubiera descubierto. Y Sylha no sabía qué hubiera sucedido a continuación. Lo único que sabía era que el chico andaba con un grupo de soldados y que, según le había dicho la cocinera, en el palacio existía un precio sobre su cabeza.

Sylha suspiró, de nada serviría hacer conjeturas ahora, tampoco podía pedirle lealtad a un muchacho que no había tenido noticias de ella durante los últimos cinco años. Con cuidado, destrabó la portezuela y tomó al animal por las riendas, abrió las puertas del establo y huyó galopando hasta la salida del jardín.

Lo que encontró allí fue un tanto extraño, los dos guardias que la habían perseguido unas horas atrás yacían en el suelo con las gargantas cortadas y los portones del muro estaban abiertos de par en par.

«Parece que no soy la única intrusa», pensó mientras atravesaba las puertas a toda velocidad.

Llegó al Bosque Azul junto al crepúsculo. Dhyem la estaba esperando afuera de la niebla y le tendió una mano para ayudarla a desmontar. Para ese momento, ella había dejado de temblar, pero la tristeza comenzaba a echar anclas en su pecho.

Los ojos del dios-demonio se habían teñido de azul cuando preguntó:

—¿Quién era ese chico que te ha afectado tanto?

—Un antiguo amigo.

Él asintió.

—No lo juzgues hasta que no sepamos toda la verdad.

—Lo intentaré —respondió ella y se enjugó una lágrima.

A seguir, repasaron la información que había conseguido reunir: aparentemente, una mujer que se decía heredera de la reina Rita había reclamado el trono de Tonr y llenado el palacio con mercenarios.

En este punto, Sylha le explicó a Dhyem que, aunque había visto a varios de los antiguos empleados del palacio, además de Thomas, no se había encontrado con ningún guardia conocido; y que llevaba bastante tiempo andando por el mundo para reconocer a un mercenario cuando lo veía. El dios-demonio había sonreído a su forma y le había pedido que continuase enumerando los hechos.

La magia que sintió Dhyem rodeando el palacio no pertenecía a ninguna de las razas conocidas. Ellos no sabían si provenía de la actual señora de Tonr —Sylha se negaba a llamarla reina— o si guardaba relación con lo que fuera que Untheron esperaba que ella encontrase allá.

—Necesitamos más respuestas —se quejó ella.

Y dos estrellas rojas brillaron en los ojos de Dhyem cuando dijo:

—Conozco algunos lugares donde las personas son más propensas a soltar la lengua.

Llegaron a Wert de noche, envueltos en una nube de polvo y muertos del cansancio. Luego de la lucha contra los guardias a la salida del palacio, que en realidad estuvo más para asesinato que para lucha, Thomas y sus hombres habían agitado a sus caballos para salir lo más rápido posible de los alrededores de Ciudad del Rey.

Algunos de los soldados que iban con él habían sufrido heridas que nadie se había preocupado por limpiar y ahora se encontraban en un estado infeccioso bastante alarmante. Eso, sumado al polvo del camino y los días sin comer, pues Thomas supo después que los carceleros no habían sido igual de amables con sus hombres, había llevado a los muchachos casi al punto de desfallecer.

Sin embargo, no se atrevieron a parar durante el camino por temor a que estuvieran siendo perseguidos por los soldados de Rebecca y solo detuvieron sus caballos cuando entraron en los límites del condado de Wert después de comprobar que el campamento de guerra continuaba en pie.

Fueron recibidos por el soldado que hacía el primer turno de la noche: un joven de constitución esculpida con cabellos rojos y un rostro lleno de pecas que no tardó en reconocerlos.

—Bienvenido, señor —dijo el chico después de un impecable saludo militar—, pueden dejarme los caballos. ¿Desea que avise a alguien de su llegada?

—Gracias —respondió Thomas—. Por favor, manda a avisar a los generales que me reuniré con ellos dentro de una hora. Necesito un baño.

—Entendido, señor.

—Esteban —pidió Thomas al tiempo que desmontaba de su caballo—, lleva a los heridos a la enfermería y encuéntrate conmigo en mi tienda antes de la reunión.

—De acuerdo —respondió el amigo.

A pesar de que el joven no acostumbraba a dormir en el campamento por causa de la cercanía de Wert con el palacio, sí se había montado su propia tienda. Le servía de refugio antes de las batallas y también la usaba para algunas reuniones. Excepto por el soldado de guardia, el resto del campamento dormía y, mientras se dirigía a su tienda, al joven le pareció ver algunos espacios vacíos donde debería haber más dormitorios.

Como no tenía tiempo para calentar el agua, se bañó con agua fría, se cambió de ropa e intentó organizar las ideas en su cabeza. Justo cuando terminaba de abotonarse las botas, llegó Esteban. Faltaban pocos minutos para la reunión.

—Tuvimos que despertar al doctor —le dijo cuando entró—, pero ya los está atendiendo. Dice que las heridas no son tan graves como parecen.

—Me alegra escuchar eso. De cierta forma, me siento responsable por lo que les pasó; si yo no los hubiera arrastrado conmigo, estarían a salvo aquí. Perdimos buenos hombres para nada.

—Hiciste bien, Thomas. Si no hubiera sido por ti hoy, no sabríamos nada de lo que está sucediendo en palacio. Nadie podía prever lo que nos esperaba allá.

Él asintió. El amigo tenía razón, pero eso no aliviaba su culpa, que, desde que comenzó aquella guerra, era cada vez más grande.

—No sé si lo notaste —continuó Esteban—, pero han empezado a recoger el campamento.

—Entonces es eso.

Aquello explicaba la ausencia de tiendas y los espacios vacíos.

—Me huelo que tendremos una reunión difícil con los generales —se lamentó Thomas.

—Pienso lo mismo.

Poco tiempo después, los dos jóvenes salieron al encuentro de los generales. Ahora más que nunca Thomas necesitaba su apoyo y trataría de conseguirlo costara lo que costara. Pero, si no funcionaba, si los hombres se rendían ante la nueva reina de Tonr, él lucharía solo. Tenía una deuda con Sylha y la cumpliría, aunque le costara la vida.

Capítulo 12:

Cita con un dios

1

De todos los sitios que Sylha había pensado que visitaría ese día, una taberna a las afueras de Ciudad del Rey estaba en el último lugar de la lista. Cuando Dhyem le explicó el plan, le había parecido una locura. Pero el dios-demonio tenía razón, cuando se trataba de extraerle información a los humanos, el alcohol era un excelente aliado.

Dhyem también la había convencido de que la mejor estrategia sería hacerse pasar por un matrimonio de comerciantes. De esa forma, podrían conversar abiertamente con cualquier persona y nadie sospecharía de su falta de conocimiento sobre la situación actual del reino.

—¿Por qué no puedo ser tu hermana? —había preguntado ella mientras contemplaba el reflejo de su nuevo rostro en la espada.

—Porque nadie lleva a su hermana joven y bonita a una taberna a beber, ¿no te parece?

La primera taberna que encontraron estaba en una villa cercana a Ciudad del Rey, los dos habían acordado que adentrarse en la ciudad sería muy peligroso y aquel fue el mejor lugar al que pudieron llegar andando por el bosque. A pesar de ser de noche, era mejor evitar los caminos principales.

—¿No vas a disfrazarte? —le preguntó la chica a Dhyem antes de entrar.

—¿Por qué? ¿Crees que encuentre algún conocido por aquí? —respondió él con los ojos encendidos de rojo.

Sus ojos no habían parado de brillar desde que decidieron visitar la taberna, y Sylha pensó que todo aquello debía resultarle sumamente divertido.

—Bueno, si quieres hacerte pasar por un comerciante humano, creo que necesitas un rostro un tanto más expresivo, y ¿qué decir de unos ojos que cambian de color?

—¿No te gustan mis ojos?

—Yo no he dicho eso —respondió ella sin pensar e, inmediatamente, se mordió la lengua.

Él rio.

—No te preocupes —dijo al mismo tiempo que movía los labios como si fuera una persona común—. Puedo mover los músculos de mi boca perfectamente cuando quiero.

Sylha frunció el ceño, la voz de Dhyem continuaba saliendo de cualquier lugar menos de su garganta, pero ella dudaba que alguien en la taberna se fuera a percatar de ese pequeño detalle:

—Supongo que eso funcionará.

Los ojos del dios-demonio se pintaron de carmelita:

—¿Mejor?

Mientras hablaba, Dhyem abrió las puertas de la taberna, y Sylha sintió un fuerte olor a hierbas de la noche.

—¿Cuánto tiempo crees que debemos quedarnos? —quiso saber.

—Acaba de anochecer. Si quieres interrogar a los clientes de la taberna, yo diría que algunas horas. Tenemos que esperar hasta que la bebida les haga efecto.

Ella lo miró, no podía quedarse hasta tan tarde en un lugar repleto de personas.

—Ya te prometí que cuidaré de todo si llega la maldición —susurró él, las personas ya comenzaban a mirarlos—. Relájate un poco, princesa, voy a pensar que no te gusta mi compañía.

—El vínculo ya se perdió —respondió ella, que había dejado de sentir al dios-demonio en su cabeza—. ¿Cómo me sacarás de aquí?

—Si estoy cerca de ti, no necesito el vínculo, solo te tengo que tomar de la mano.

—En ese caso, por favor, no te alejes de mí.

—Eso no lo haría por nada en el mundo —le dijo Dhyem al oído, y Sylha sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Al entrar, el dios-demonio entrelazó su brazo al de ella y su boca se abrió en una sonrisa extraña, pues el resto de su rostro permanecía rígido.

Como no era tan tarde, el lugar no estaba lleno todavía y no les fue difícil encontrar una mesa vacía en una esquina apartada del ruido. No obstante, mientras caminaban hacia la mesa, Sylha sentía que todas las miradas los seguían; principalmente a Dhyem, a quien las pocas mujeres que había allí parecían dispuestas a echarse encima en cualquier momento.

No era de extrañar. El dios-demonio era más alto que la mayoría de las personas y, además de los ojos, no había cambiado ni un solo detalle de su fisonomía. Tenía un cuerpo bien torneado que, comparado con la delgadez de Sylha, lo hacía parecer su guardia personal. Fuera de eso, el negro de sus cabellos contrastaba con una piel perfecta y su rostro, que al principio a ella le había costado tanto trabajo asimilar, era en realidad un rostro muy atractivo.

«Concéntrate, Sylha —se dijo ella alegrándose de que Dhyem ya no pudiera escuchar sus pensamientos—, nada en él es real».

Dhyem pidió una botella de vino que sustituyó discretamente por otra utilizando su magia en cuanto el tabernero les dio la espalda. Sirvió dos copas de metal y le dijo:

—Brindemos, princesa, por nuestra primera cita.

Ella aceptó, brindó con él y dejó escapar una sonrisa. Después de todo, no todos los días una chica entraba en una taberna acompañada de un antiguo dios disfrazado de humano.

No tuvieron que esperar tanto tiempo. Antes de que la botella quedara por la mitad, ya se habían llenado todas las mesas de la taberna y el humo de las hierbas de la noche se hizo tan fuerte que Sylha pensó que aquellos que pagaban por la droga estaban desperdiciando su dinero, todo aquel que respiraba el aire de ese lugar ya recibía una dosis gratis.

—¿Cómo vamos a hacer para acercarnos a las personas? —le preguntó a Dhyem.

—No lo haremos, ellos vendrán a nosotros.

El dios-demonio levantó una mano y llamó al tabernero, quien en ese momento terminaba de

atender la mesa de al lado.

—Amigo —le dijo, colocando una moneda de oro sobre la mesa—, comparte una copa de vino con nosotros y cuéntanos cómo están las cosas en Tonr, mi esposa y yo llevamos dos años viajando.

El hombre, un fornido sujeto de barba rojiza que rondaba los cuarenta años, recogió la moneda y respondió:

—Me encantaría, pero no me gusta el vino.

Dhyem sacó otra moneda, le dio vueltas y la dejó girando sobre la mesa:

—Cómprate una cerveza. Es más —dijo alzando la voz y atrayendo la atención de los otros clientes—, llevo mucho tiempo fuera de Tonr, voy a pagar un barril de cerveza entero para compartir con mis coterráneos. ¡Todos están invitados! ¡Hoy estoy celebrando cinco años de casado con esta hermosa mujer!

Cuando terminó de hablar, la moneda paró.

2

Thomas se apoyó discretamente en la mesa mientras miraba a los ojos de cada uno de los presentes y terminaba de relatar lo sucedido en el palacio. El cansancio de las noches sin dormir y la carrera a caballo comenzaban a cobrarle cuentas a su cuerpo; pero, como soldado, él sabía muy bien que no debía permanecer sentado en una reunión de ese tipo, donde probablemente cualquier signo de debilidad le restaría valor a sus palabras.

Los dos generales que estaban con él lo habían acompañado en cada una de las contiendas por defender al rey Esketon. Eran hombres entrados en edad, veteranos de guerras pasadas que poseían una vasta experiencia en batalla y, lo más importante, el respeto de las tropas. Thomas sabía que sin ellos le sería difícil convencer a los hombres de seguirlo en su resistencia; y sí, era de esa forma que él mismo la llamaba ahora.

Antes de comenzar la reunión, el general Dalthe se había acercado a Thomas y le había dado un fuerte abrazo, se había preocupado por su estado de salud y le había pedido amablemente que contara los hechos sin prisa, con el mayor número de detalles posible.

—Nos alegra mucho que regresaras, muchacho —había dicho—. Yo siempre le dije a Salton que eras un hueso duro de roer, pero, honestamente, ya me tenías preocupado.

Salton era algunos años más joven que Dalthe, aunque en realidad no se notaba la diferencia. En los último cinco años, Thomas había pasado de ser un cadete indisciplinado a ganarse el respeto de sus superiores hasta el punto de participar, e inclusive liderar, en todas las decisiones de la guerra. Infelizmente, sabía que esta noche no sería igual.

Cuando terminó de hablar, bebió un poco de agua y se quedó esperando el veredicto con las manos en puños y la adrenalina a flor de piel. Esteban, quien había acompañado todo desde la otra esquina de la tienda, también permanecía de pie y alternaba su peso entre una pierna y la otra mientras miraba a los generales con recelo.

—La noticia de la caída de Ciudad del Rey nos llegó hace dos días —comenzó Dalthe—, algunas horas después de que ustedes se marcharan. Entonces nos reunimos en esta misma tienda y decidimos no intervenir. No creo que lo que nos has contado vaya a mudar esa situación. Debemos esperar a que las aguas se calmen, estos no son tiempos de tomar decisiones precipitadas.

—Están recogiendo el campamento —señaló Esteban que, hasta ese momento, había permanecido callado.

—Sí —reconoció el general—, pensamos en ocupar el palacete de Wert, no me parece probable que el viejo Rufus venga a reclamarlo ahora. La idea es esperar allí hasta descubrir qué planes tiene la nueva reina para nosotros. Es un buen lugar para defendernos si hiciera falta.

Thomas asintió, acababa de confirmar su sospecha:

—Entiendo su posición, señor —dijo reuniendo toda la calma que pudo—, pero creo que esperar sería un error. A mi ver debemos atacar ahora cuando Rebecca todavía está débil.

—¿Qué te hace pensar que está débil? —preguntó Salton dando un paso adelante.

—Está desesperada por hacer alianzas y eso le va a llevar un tiempo, los nobles van a negociar. Ha traído soldados nuevos que aún no conocen todos los pasajes del palacio y, por la forma en que me habló, me atrevería a afirmar que no se espera un enfrentamiento ahora. Se está presentando a todos como la salvadora del pueblo. Si nos demoramos, le estaremos dando el tiempo que necesita para organizarse y perderemos ventaja.

Salton no respondió, pero negó con la cabeza. Dalthe se acercó a él, tenía el cabello cubierto de canas, y Thomas hubiera jurado que le habían salido arrugas nuevas en los dos días que llevaba sin verlo:

—Mi querido Thomas —dijo, y él supo por el tono que le llevaría la contraria—, te conozco desde que eras un niño. Siempre has sido un joven valiente y carismático, además de inteligente; y esas cualidades son difíciles de reunir en una sola persona. Te pregunto una cosa: ¿te has dado cuenta de que somos el último frente en todo el reino que defiende a la princesa? Estamos solos en esta contienda, muchacho, y la verdad es que hemos provocado más muertes de las que me gustaría admitir. Dime algo, ¿qué hicieron los pobladores de Ciudad del Rey cuando entró esa tal Rebecca?

—Ellos no son soldados —respondió él entre dientes.

—¡Ah! Pero ellos saben. Nunca hubieran permitido una incursión a su palacio si no estuvieran cansados de la guerra. Yo digo que esperemos; si la nueva heredera demuestra ser corrupta, el propio pueblo se alzaría, y nosotros estaremos aquí para guiarlos. ¿Pero qué tal si no es tan mala? ¿Ya has pensado que, aunque nos duela creerlo, ella puede ser la solución para Tonr?

—Eso es traición.

—Nuestra lealtad es con el reino, muchacho, tal vez sea hora de irnos acostumbrando a que la princesa no volverá.

—Señores —interrumpió Esteban tomando a Thomas por el brazo e impidiendo que hiciese una estupidez—, con su permiso, creo que estamos todos muy cansados. Yo mismo no consigo

mantener mis ojos abiertos por medio segundo más. ¿Podemos continuar esta discusión por la mañana?

—Por mi parte todo bien —respondió el anciano volviendo a colocar una sonrisa en su rostro—. Mañana conversamos con calma, aquí estamos todos del mismo lado. Ahora pueden dormir tranquilos, hemos organizado una guardia permanente.

Esteban tenía razón, si seguían discutiendo, no llegarían a nada y, ¡diablos!, estaban muy cansados. Thomas necesitaba encontrar una forma de convencer a los generales; el problema era que, a esas alturas, ni él mismo se sentía convencido.

«Es una deuda solo mía —pensó, recordando nuevamente la noche en que le pidió a la princesa que colocara su mano en la niebla—, tal vez esté equivocado al querer arrastrarlos conmigo».

3

Decir que Sylha estaba odiando aquella farsa sería mentir. Desde que Dhyem terminara su discurso, rompiera un barril de cerveza, literalmente, y comenzara a hacer amigos, las historias de los supuestos viajes volaban de un lado para otro en la taberna como si fueran aves enjauladas. Inventar mentiras era un don que hasta ese momento ella había pensado que no tenía, pero resultó que la joven había viajado tanto y conocido tantas tierras lejanas que el verdadero motivo de sus viajes se convirtió en un detalle fácil de esconder.

A su lado, el dios-demonio reía de verdad; Sylha lo sabía no por las expresiones de sus labios, que todavía se le hacían extrañas, sino por el sonido de su risa que, sin que los otros se dieran cuenta, salía de cada esquina del lugar; y también por un ligero fulgor en sus ojos que tan solo ella parecía notar.

Cada vez que Sylha hablaba de una ciudad, Dhyem la complementaba con alguna anécdota graciosa que le sacaba lágrimas de risa. Y las preguntas venían una tras otra, aquellas personas estaban tan cansadas de sus propias vidas que devoraban las historias con más ansia que la bebida.

Cada cierto tiempo el dios-demonio le llenaba la jarra de cerveza, o al menos eso parecía, porque cuando ella bebía encontraba solo agua. La joven se preguntó si él estaría haciendo lo mismo con la suya, pero la verdad era que dudaba que el alcohol afectara los sentidos de los dioses de la misma forma que hacía con los mortales.

«Un día le tengo que preguntar», se dijo.

Para mantener la farsa, en algunas ocasiones él colocaba su mano sobre la de ella, le acomodaba el cabello o le besaba la mejilla. Y esos pequeños gestos ella los recibía como lo que eran: detalles en letra chica del guion de su teatro. Sin embargo, no podía evitar sonreír ante las miradas de envidia que le lanzaban las demás mujeres e, incluso, algunos de los hombres. Como tampoco podía ignorar lo que sucedía con su cuerpo cada vez que la tocaba.

—Y en ese momento —contaba el dios-demonio—, la reserva mágica de la tristana acabó, ¡y mi amigo descubrió que la chica a la que había estado besando era, en realidad, un gordo calvo!

Las carcajadas sonaron tan fuertes que hasta Sylha tuvo que reír. El reino de Trista había desaparecido hacía siglos, pero las historias de tristanos escondidos por el mundo no eran nuevas. Los tristanos habían sido un pueblo con el poder de alterar su apariencia y, aunque la chica dudaba que alguien fuera tan torpe de permitir que se le agotara la magia en medio de una cita, no podía negar que se trataba de un desenlace hilarante.

—Bueno —dijo entonces Dhyem mientras llenaba de cerveza falsa la jarra de su esposa falsa—, ¿y qué me cuentan de Tonr? He escuchado que tenemos una nueva reina. ¿La princesa regresó?

Por un momento, el silencio en la taberna fue tal que la joven colocó una mano en la empuñadura de su espada. El dios-demonio se llevó la jarra a los labios sin dejar de sonreír y cruzó las dos piernas sobre la mesa. Sylha se preparó, hubiera podido jurar que, si se movía una mosca allí dentro, sería capaz de escucharla.

—No —respondió el propio tabernero desde atrás del mostrador—, la princesa no ha regresado, pero tenemos una heredera legítima de la casa de Arlan ocupando el trono.

—La verdad es que a nosotros esas cosas de palacio nos importan muy poco —rio Dhyem sin limpiarse el rastro de espuma que había dejado la cerveza en su boca—, con tal de que no aumenten mucho los impuestos el resto me da lo mismo.

—La guerra acabó —señaló una mujer que estaba sentada en la mesa de al lado, llevaba una ropa humilde, y Sylha calculó que tendría suficiente edad para ser su madre—, eso es lo que importa ahora.

Ella asintió:

—Tienes razón, ya perdimos muchas vidas para esa guerra absurda.

Sylha no sabía nada de la guerra de Tonr, pero todas las guerras eran absurdas, y en todas se perdían vidas. Su comentario tuvo el efecto esperado: la mujer se relajó y el anciano que la acompañaba levantó su jarra.

—Propongo un brindis por el fin de la guerra.

—¡Brindemos! —gritó Dhyem, y el silencio se acabó.

En poco tiempo, Sylha y Dhyem lograron llevarse una buena idea de lo que había sucedido en Tonr. Resumiendo: después de la muerte de la reina, el rey había perdido la cordura; comenzando así un periodo de administración deplorable y decadencia económica que acabó dividiendo al reino en dos; la guerra entre quienes deseaban un cambio de sucesión y aquellos que defendían el regreso de la princesa no había hecho entonces sino empeorar la situación. Y por ese motivo, cuando llegó la tal Rebecca alegando ser heredera legítima de la reina Rita, a nadie se le ocurrió cuestionarlo, estaban cansados.

Después de que la primera persona comenzara a hablar, las otras se le fueron uniendo a coro y llegó un momento en que la taberna entera cantaba sus miserias como si se las hubieran guardado por demasiado tiempo. Y Sylha se encogía en el asiento más y más, luchando por esconder las lágrimas. Saberse culpable de tanta desgracia había calado hondo en ella, y cada palabra que escuchaba de aquellos tonranos devastados por el hambre y la pobreza la hundía un poco más.

Todo era su culpa, cada momento de dolor que su pueblo había vivido desde que ella se marchó era una consecuencia directa de su acto irresponsable el día de la niebla.

—Es una bruja —dijo entonces una delgada joven de tez pálida que estaba sentada frente a la barra.

Por extraño que fuera, su susurro se escuchó en medio del bullicio. Los otros callaron. La chica levantó la vista y la miró a ella cuando repitió:

—Nuestra nueva reina es una bruja, conozco gente que trabaja en el palacio y afirman haberla visto practicar magia.

—Practicar magia no te convierte en bruja, niña —cortó el tabernero—. La señora tiene sangre mágica, es nieta de la hija bastarda de la reina Rita con algún hombre de raza no humana.

Los otros asintieron.

—No tiene las orejas puntiagudas y la magia que practica no parece natural, es magia negra.

La magia negra era una leyenda. Las historias decían que era una forma de obtener poderes que no habían nacido con el individuo, siempre implicaba lastimar personas. Para Sylha, eran cuentos de niños, pero, ahora que lo recordaba bien, Dhyem había utilizado la misma frase cuando ella se acercó al palacio.

El dios-demonio había colocado nuevamente su mano sobre la de ella, pero esta vez no era un teatro, estaba intentando calmarla.

—Pues, bruja o no, es lo que tenemos. A la princesita no le interesa su pueblo. Además, si aún no está muerta, lo estará dentro de poco.

—¿Qué pasó con el rey? —preguntó Sylha—. ¿Está preso?

—Al rey fue al primero que mataron —respondió la misma chica de la barra.

Dhyem apretó su mano, y ella se lo agradeció en silencio, pero no fue suficiente. Las lágrimas rompieron de una vez cada una de las barreras que ella les había levantado y la jarra de falsa cerveza que sostenía en las manos cayó al suelo.

—¡Hey! —gritó un borracho que a duras penas lograba mantenerse en pie—. ¿Qué le pasa a tu mujer?

—Ha tomado demasiado —respondió Dhyem—, creo que me la llevaré a casa.

Sylha no paraba de llorar, sabía que la estaban mirando, pero todo aquello era mucho más fuerte que su voluntad.

Entonces, un sujeto vestido de negro que había permanecido sentado en una esquina de la taberna sin abrir la boca durante todo ese tiempo se levantó y caminó hacia ellos, desenvainó la espada y preguntó:

—¿Quiénes son ustedes?

—Ya te dije, amigo, solo una pareja de comerciantes borrachos.

El hombre colocó la punta de su espada en el cuello de Sylha, y Dhyem se levantó de un salto de la silla.

—¿Quiénes son ustedes? —repitió, y ella pudo ver el dibujo de la estrella roja en su ropa.

En ese momento, Sylha sintió el cosquilleo frío detrás de la nuca.

—Dhyem —susurró.

—No te preocupes, amor —respondió este derrumbando a su agresor de una patada.

—Dhyem. —El frío había cubierto la mitad de su cabeza y ella se sentía a punto de desmayar

—. No es eso. Está sucediendo. Tenemos que salir de...

Y en ese preciso instante Sylha perdió la conciencia.

Capítulo 13:

La maldición

1

Contra toda lógica, Thomas había dormido la noche entera. Después de pasar por la enfermería para cerciorarse de que los hombres que habían llegado con ellos estaban bien y separarse de Esteban, el joven se había encerrado en su tienda y se había metido a la cama esperando pasar una noche en vela, pero el cansancio acumulado le había ganado la batalla y no vino a abrir un ojo hasta que los primeros rayos de sol se infiltraron por debajo de la cortina.

—¡Demonios! —se dijo—. Parezco un maldito novato.

Desde afuera de la tienda llegaba un ajeteo que él imaginó pertenecer a los soldados que recogían el campamento. Todo lo que tuvo que hacer para vestirse fue calzar sus botas y abrocharse el cinto, pues no se había quitado la ropa para dormir. Cuando se lavó el rostro, notó una incipiente barba que le había comenzado a crecer, pero decidió que podría esperar hasta más tarde para afeitarse. Tenía asuntos más urgentes que tratar en ese momento.

Thomas se encontró con Esteban a la salida de la tienda; el joven había cambiado su uniforme por uno limpio y se notaba más nervioso de lo que él esperaba.

—¿Qué sucede? —preguntó Thomas sin preámbulos.

—Ha llegado un emisario del palacio, están reuniendo a todos para leer el mensaje. Deben saber que estamos aquí. ¿Crees que pedirán nuestras cabezas?

—Peor que eso, creo que van a ofrecernos un lugar en su ejército.

El emisario no era otro sino el propio Rufus, conde de Wert y dueño del palacete donde los generales planeaban resguardarse. A esas alturas, Thomas supuso que el viejo Faustus también estaría trabajando al servicio de la nueva soberana. Las tres alimañas se habían unido en contra del rey, y su padre, probablemente, era el cabecilla.

—Partida de traidores —susurró.

Esteban lo miró con vergüenza, y él le dijo:

—Adelante, puedes decirlo, yo sé que mi padre también está en eso, es el peor de todos.

—Lo siento.

Como era de esperar, Rufus no había venido solo; mientras el viejo mentiroso se acomodaba los espejuelos y estiraba un pergamino entre las manos, Thomas pudo ver a los dos guardias que había traído con él: uno de ellos era un soldado joven con músculos que parecían no caber dentro del uniforme negro y la otra no era más que Rattern, quien se había parado al lado de Rufus con

las piernas abiertas y se dedicaba a lanzar una mirada de aviso a cada uno de los soldados que estaban reunidos allí.

—Rufus, viejo amigo —saludó entonces el general Dalthe—, veo que tienes una nueva dueña apretando tu correa.

Thomas sonrió con orgullo. A pesar de tener ideas diferentes sobre cómo enfrentar la situación, el general no era el tipo de hombre que bajaba la cabeza con facilidad.

El conde no respondió, se subió sobre un banco con la ayuda de sus guardias y carraspeó la garganta antes de comenzar a leer:

Nobles soldados de Tonr:

Lamento que las actuales circunstancias me hayan impedido visitarlos en persona. Como imaginarán, existen varios asuntos que requieren mi presencia aquí en palacio y a los que no me puedo ausentar. Por favor, acepten mis más sinceras disculpas.

Los ojos de Rattern encontraron los de Thomas y al joven le pareció ver cierto alivio en ellos. Pero no se detuvieron, sino que continuaron su recorrido en busca de amenazas. La muchacha había llevado el cabello recogido en una cola de caballo y su hermoso rostro lucía cansado.

Rufus continuó:

Sé que durante los últimos años han sido víctimas de una guerra cruel y desgastante que no ha hecho sino partir nuestro reino en dos. Pero también sé que en sus corazones no existe más motivo para luchar que su lealtad al trono ni más ambición que la de tener un reino unido y próspero otra vez. Todo eso me lleva a deducir que, sin lugar a duda, ustedes son los hombres más honrados y nobles de Tonr. Y es por ese motivo que los quiero junto a mí.

Todos hemos sufrido demasiado por una princesa que, tristemente, murió hace cinco años. Es hora de que el reino brille de nuevo. Es hora de que la guerra acabe y el ejército de Tonr se dedique a defender a su pueblo en vez de pisotearlo con políticas corruptas. ¡Únanse a mí! Con su ayuda, yo guiaré a nuestro reino de regreso a su esplendor.

Aquellos que decidan jurarme lealtad tendrán las puertas abiertas. Quienes no lo deseen tendrán tres días para abandonar Tonr junto a sus familias, les prometo inmunidad durante ese tiempo. Espero, de todo corazón, que piensen con sabiduría. Firmado:

Rebecca de Arlan, heredera de la reina Rita

Thomas suspiró, aquel alarde de falsa generosidad le dejaría las cosas más difíciles de lo que ya estaban. Y no era solo por Sylha. A pesar de las palabras bonitas, el joven no creía ni una pizca en las buenas intenciones de la nueva reina.

Rufus recogió el pergamino y subió al caballo sin decir más nada. Rattern y el soldado que la acompañaba hicieron lo mismo. Él esperó hasta el último momento por una mirada de la chica que no llegó.

Y, cuando se fueron, el campamento entero entró en caos.

Cuando Sylha abrió los ojos, estaba sobre la arena. La despertó el grito de una gaviota, el hedor a pescado descompuesto y el calor. El paisaje que tenía delante era tan extraño que cualquier otra persona hubiera pensado que todavía soñaba, pero ella no era una persona normal.

Y era que, sobre las ruinas del mar, pues no existían otras palabras para describir el cuadro de muerte que la rodeaba, se extendía una enorme planicie de arena. Más que una isla, parecía que el agua había decidido alejarse de ella, abriendo un círculo tan grande que el reflejo de los dos soles se hacía insoportable.

En medio de todo: la muerte.

Eran cientos de animales muertos. Los cadáveres de aves y peces se mezclaban en la arena como si la muerte los hubiera sorprendido sin que tuvieran tiempo de huir.

Y toda esa vida perdida, cada trazo de energía que le había robado al mar, bullía dentro del pecho de Sylha.

—Lo siento —susurró la chica para nadie en particular. Se había convertido en una ladrona de vida.

—¡Guau! —exclamó una voz detrás de ella—. Debo decir que me has dejado impresionado en la primera cita, y mira que para alguien como yo eso no es nada fácil.

Era Dhyem, con los pies descalzos y el pantalón de la noche anterior arremangado hasta los tobillos, la camisa abierta, las mangas recogidas y los ojos del color del fuego.

Sylha no demoró en descubrir que se encontraban a algunos metros de la cueva. Las paredes de piedra del precipicio se alzaban de la misma forma que ella recordaba, solo que sin las olas del mar insistiendo en querer aplastar a quien pisara la arena.

Un enorme animal asomó la cabeza por la entrada de la caverna y vino corriendo hacia ellos.

—Disculpa por dejarte a la intemperie —dijo el dios-demonio mientras la Raposa se les acercaba y Sylha recogía su espada de la arena—. Estabas haciendo un alboroto y tanto en mi caverna. La pobre Raposa no podía dormir.

Ella se puso de pie, con la espada en la mano y la mirada fija en el animal, intentando decidir si debía salir corriendo. En sus pesadillas siempre que eso sucedía acababa con las tripas regadas por el suelo.

—Cálmate, Sylha —rio Dhyem—, solo viene a saludar. Además, si tuviera otra intención, tu espada no serviría para nada.

Cuando la Raposa llegó, lucía diferente. Continuaba siendo grande y, en sentido general, sus facciones eran las mismas, pero tenía piel. De hecho, estaba cubierta por un pelaje cobrizo que brillaba bajo los rayos de sol y, a pesar de su tamaño, no parecía feroz.

—No lo entiendo.

—Como te expliqué, no nos gustan los intrusos —rio Dhyem mientras acariciaba al animal—. Tú le caes bien. Acércate si quieres.

Ella obedeció con recelo, colocó una mano sobre el enorme lomo de la Raposa y sintió su aliento caliente sobre el cuello.

—¿Le hice daño anoche?

—Para nada, no podrías hacernos daño ni a ella ni a nosotros, pero las vibraciones de tu magia

la alteraron un poco. No tenemos muchas visitas por aquí, y la pobre no está acostumbrada a sentir magias diferentes a la mía.

—¿Ella «siente» la magia?

—Ah, sí, claro. Ya te lo he dicho, es un animal fenomenal.

Sylha miró al dios-demonio, por el color de sus ojos parecía muy divertido.

—¿Magia? —preguntó.

—Magia —confirmó él—. No es una maldición princesa, es tu herencia mágica.

—La magia no funciona de esa forma. Los individuos la pueden controlar, la usan cuando quieren y en la proporción que quieren. Lo único que necesitan es estar atentos a que su reserva no se agote, en cuyo caso, solo tienen que esperar hasta que se llene de nuevo.

Ella era humana, pero todo el mundo conocía la biología de las razas mágicas.

—Eso es lo que me tiene con dolor de cabeza desde anoche. Al parecer, la magia se despertó en ti el día de la niebla, lo que no es de extrañar, ya que el Bosque Azul es un catalizador, pero por algún motivo no puedes controlarla. Cuando se te llena la reserva, simplemente explota, hasta el punto de dejarte inconsciente.

Sylha negó con la cabeza:

—No conozco ninguna raza que pueda extraer vida de los otros.

—¡Ah, eso es más fácil de explicar! Las primeras especies que poblaron este mundo eran más poderosas. Poco a poco su magia se fue atenuando y algunas llegaron a desaparecer. Todavía existen razas antiguas por ahí, como los acatianos, que tienen un compromiso terrible con el mundo, pero eso es historia para otro día.

—Entonces —dijo ella—, ¿tu hipótesis es que soy defectuosa?

Dhyem rio, con aquella risa que venía de la montaña y del mar:

—Tú eres perfecta, Sylha. Solo necesitamos deshacernos de tu lado humano.

Antes de que ella pudiera responder, el dios-demonio soltó una carcajada:

—Disculpa, estaba bromeando. A veces no lo puedo evitar. Quise decir que te vamos a enseñar a controlarla. Tu lado humano es hermoso, nadie se va a deshacer de él.

—¿Todo es un juego para ti? —reclamó Sylha sin saber ya en qué creer.

—Cuando se ha vivido tanto, princesa, no existe nada más importante que los juegos.

La Raposa se sentó en la arena y ella hizo lo mismo. Tenía mucho que pensar, pero ahora que sabía por lo que estaba pasando su pueblo no podía abandonarlos de nuevo. Miró al mar y preguntó señalando el círculo de arena a su alrededor:

—¿Y cómo aparté al agua? Nunca había sucedido eso.

—Ese fui yo. No te iba a dejar flotando en el mar, ¿no crees?

3

—¡Es una víbora! —gruñó Thomas golpeando la mesa de reuniones.

Los dos generales asintieron al unísono, ellos tampoco se habían tragado la palabras de Rebecca. Alguno de los hombres se había marchado ya para aceptar la propuesta de la nueva

reina de Tonr o para buscar a sus familias y huir, pero la mayoría estaba esperando por ellos; eran hombres leales y valientes que confiaban ciegamente en sus superiores, lo cual colocaba una carga extra de responsabilidad sobre sus hombros.

—A mi ver no tenemos muchas opciones —ponderó Dalthe—, no creo que estemos en condiciones de atacar Ciudad del Rey.

—Ni el pueblo quiere que ataquemos —respondió Salton—. He recibido informes de festejos por toda la ciudad. Las personas celebran el fin de la guerra.

—Las personas no conocen a la mujer que llaman reina —dijo Thomas alejándose de la mesa y caminando en círculos.

—¿Acaso tú la conoces? —preguntó el general más viejo.

—No, pero miré en sus ojos y les puedo asegurar que miente.

—Toda esa historia está muy extraña —dijo Esteban; a quien, desde la huida del palacio, habían incorporado a las reuniones. El joven tenía poca experiencia en estrategias de guerra, pero era un excelente observador—. Para empezar, ¿cómo va a levantar al reino con el mismo equipo de viejos ineptos que lo llevaron a la ruina? Con tu perdón, Thomas.

—No necesitas disculparte. Tienes razón.

—Además, existen rumores de que la nueva reina practica magia negra; y les puedo asegurar que se ha rodeado de mercenarios. Por más que ella afirme que los soldados que combatían en contra de nosotros están a su servicio, yo no vi a ninguno en el palacio, no sé dónde los pueda tener.

Esas palabras de Esteban le trajeron a la memoria a Thomas su encuentro con Rattern y, ya fuera por el ritmo de acontecimientos o por pura torpeza, fue solo en ese momento que al joven se le ocurrió relacionarlo con el incidente en las mazmorras.

Thomas caminó hacia el centro de la estancia, retiró cuidadosamente las vendas de su mano derecha y se la mostró a los otros:

—Hay algo que tengo que contarles.

—¿Te torturaron en prisión, muchacho? —saltó Dalthe tomándole la mano entre las suyas y examinando las quemaduras.

—No —respondió él—. Esto me lo hice yo solo la noche antes de nuestro último combate, estaba recorriendo las catacumbas y me tropecé con la niebla.

No dijo más. Sabía que sus interlocutores serían lo bastante inteligentes para sacar conclusiones por sí mismos y cualquier explicación no solicitada podría resultar una ofensa.

Salton dio un paso hacia delante y se unió a su compañero de guerra. Cuando Thomas leyó en sus expresiones que habían comprendido, continuó:

—Rattern también me dijo algo extraño, a lo que en el momento no le di mucha importancia, pero ahora estoy pensando que puede estar relacionado con la historia de la magia y tal vez con el hecho de haber encontrado niebla tan lejos del Bosque Azul.

—¿Qué te dijo?

—Que existen fuerzas que desconocemos, problemas mayores que los de nuestro reino, y que su señora tiene un papel fundamental en ellos.

—Puede ser que no le interese realmente el trono de Tonr, sino ocupar el palacio para terminar algún tipo de brujería. Después de todo, la mujer era sacerdotisa —dijo Esteban.

—Eso nos deja dos posibles caminos —analizó el general Salton—, que use al trío feroz para mantener las cosas de la misma forma que estaban mientras ella se ocupa de sus problemas mágicos... —Le decían trío feroz al consejo real, pero hasta ese momento nadie se había atrevido a llamarlos así en su presencia. El joven pensó que lo mejor sería que comenzara a habituarse—. O que exprima más al pueblo de lo que está ahora.

—Ninguna de las dos es buena —se lamentó Dalthe.

—Tenemos que aceptar —afirmó Esteban y todos lo miraron como si fuera un muerto acabado de salir de su tumba.

—¿Quieres explicarte, joven? —preguntó Dalthe.

—Necesitamos descubrir cuáles son sus verdaderas intenciones con Tonr, no podemos abandonar a nuestro pueblo a manos de una bruja manipuladora. Y no veo otra solución que no sea aceptar su propuesta y unirnos a sus tropas, es la única forma de poder andar libremente por el palacio.

Todos callaron. La idea de Esteban no estaba del todo mal, pero ellos eran soldados, acostumbrados a enfrentar sus enemigos mirándolos a la cara y no infiltrándose como ratas en su guarida. Thomas arrastró una de las sillas de la mesa y se sentó con la cabeza entre las manos sin saber cómo responder.

—Yo no puedo —se adelantó Dalthe—. Tengo demasiadas canas en esta cabeza para convertir mi vida en una farsa. Por más que reconozca que es un excelente plan, no lo haría bien. Y acabaría poniéndonos a todos en riesgo. Lo siento.

Salton no dijo nada, pero movía la cabeza en señal de negación. Thomas tuvo una idea:

—La Villa de Quinfer queda en el extremo sur de Tonr —explicó—, tan alejada de cualquier otra ciudad que muchos piensan que ni siquiera pertenece al reino. Propongo que se escondan allá, pueden llevarse a los soldados que nos quedan y reclutar nuevos hombres por el camino. Suceda lo que suceda, creo que es importante tener un ejército dispuesto a luchar cuando llegue el momento. Esteban y yo entraremos al palacio.

—Tengo un primo allá —respondió Salton—, podría funcionar. Es un buen lugar para esperar hasta descubrir qué clase de persona es nuestra nueva reina. Tendríamos que mantener correspondencia con frecuencia.

—Yo iré con una condición —pidió Dalthe—, debes jurar que, si al final de todo la reina no es tan mala como pensamos, si logra traer a Tonr la paz y el progreso que promete...

—Abandonaré la causa —prometió Thomas— y abogaré en favor de ustedes para que puedan retornar.

El viejo general suspiró:

—Supongo que no nos veremos en un buen tiempo, muchacho. Te deseo la mejor de las suertes. Y, por el bien de todos, deseo que estemos equivocados.

Sylha estaba sentada con los pies colgando al borde del precipicio. Dhyem había liberado las olas y ahora volvían a romper con la misma fuerza de antes contra la roca, empapándola de la cabeza a los pies a cada nueva embestida.

Hacía un tiempo ya que el primer sol se había perdido por el horizonte, y su hermano lo seguía rodeado de un resplandor anaranjado que iba dejando al mundo lentamente entre tinieblas. Esa noche no habría luna y, si las nubes continuaban enfrascadas en tapar el cielo de la forma en que venían haciéndolo durante todo el día, tampoco se verían las estrellas.

—Va a ser una noche oscura —dijo ella—, como yo.

Dhyem se había pasado todo el día interrogándola. Él y Phylo se habían sentado pacientemente a escucharla contar cada una de sus experiencias con la maldición, interrumpiendo solo en algunos momentos donde parecía que la joven había dejado escapar algún detalle importante.

Al final, habían llegado a la conclusión de que sus poderes no solo estallaban porque se llenara la reserva de magia, sino que lo hacían cada vez que Sylha se sentía en peligro. Y esa sensación que disparaba la explosión de magia era extremadamente subjetiva, lo mismo podía suceder por un peligro real que por un ataque de tristeza.

—Cualquier cosa que le haga creer a tu cuerpo que necesita protección va a liberar tu magia —había dicho el anciano.

—Si fuera como dices, ¿no crees que ocurriría con mayor frecuencia? Por ejemplo, ¿por qué nunca pasa dos días seguidos?

Ante esa pregunta tanto Phylo como Dhyem habían reído como si estuvieran conversando con una niña:

—Por dos motivos, princesa —explicó el dios-demonio—: El primero es que tu magia prácticamente se roba la vida de todos los seres mortales que te rodean para dártela a ti. Es muy difícil que tu cuerpo se sienta amenazado después de eso.

—Y el segundo es más sencillo —completó Phylo—, porque al día siguiente tu reserva de magia está vacía, ni aunque quisieras la podrías utilizar.

Entender cómo funcionaba su supuesta magia hasta ahora no había ayudado en nada, pero sus nuevos amigos —si es que podía llamarlos así— estaban convencidos de que, ahora que conocía su naturaleza, la joven podría aprender a controlarla. Y así se había acabado el día sin que Sylha tuviera tiempo de parar para pensar en Tonr y en la nueva señora que caminaba libremente por los mismos salones donde ella había pasado su infancia.

—Me sentaría a tu lado, pero temo que pueda entrar agua salada en el vino y eso sería una tragedia colosal.

La voz de Dhyem la trajo de vuelta al presente. El dios-demonio se había sentado a salvo de las olas, en una banca que Sylha hubiera jurado no haber visto nunca. Traía una botella de vino y dos copas de metal en las manos, y sus ojos lucían el mismo color de los escasos rayos que le restaban al segundo sol.

—¿Quieres hacerme el honor de compartir esta delicia conmigo? Es una cosecha de hace más de cien años.

—¿Tragedia colosal? —preguntó la joven levantándose y caminando hacia él—. ¿En serio?

—Como te dije, esta botella lleva más de cien años esperando por mí. Existen pocas cosas más serias que el vino, princesa.

—¿Los juegos, tal vez?

Él rio y, a la luz del crepúsculo, aquel rostro sin expresión y con los ojos brillantes a Sylha le pareció perfecto:

—Sí, los juegos, el vino y el amor. Después de esas tres cosas, el mundo se puede ir al garete.

—¿Como está sucediendo ahora? —preguntó ella.

—No te preocupes, princesa, lo vamos a resolver. Ahora que sabemos cómo funciona tu magia, todo será más fácil.

Mientras anochece, Dhyem llenó las dos copas de vino y le ofreció una:

—¿Vas a decirme por qué te lamentabas cuando llegué?

—Tonterías. Está nublado y yo quería ver las estrellas.

En ese momento, un destello de luz verde iluminó los ojos del dios-demonio:

—Mira de nuevo.

La joven levantó la vista y dejó escapar un grito de sorpresa. Porque Dhyem no solo había desaparecido las nubes, sino que también parecía que hubiera bajado las estrellas. De hecho, era como si la isla entera, con mar y todo, se hubiera alzado en el cielo.

El dios-demonio acercó su copa a la de ella y preguntó:

—Entonces, ¿por qué brindamos?

Sylha sonrió. A pesar de no caberle un problema más encima, cuando estaba cerca de él, era imposible no hacerlo.

—Por el vino, por los juegos y el amor —respondió.

—Y por las humanas bonitas que sueñan con dioses presos.

Él tenía razón, era una cosecha excelente. Sylha cerró los ojos al beber y se permitió saborear cada gota que bajaba por su garganta. Cuando los abrió, descubrió un color totalmente nuevo en los ojos de Dhyem.

Capítulo 14:

Dos años atrás

1

Sylha miró las montañas de nuevo. El mapa que le habían vendido mostraba un dibujo con dos cumbres puntiagudas pintadas de blanco que definitivamente no se parecían a las dos elevaciones que tenía delante. Sin embargo, la montaña de la derecha terminaba en el mar de Ista y a su izquierda, aunque un poco más lejos, se encontraban las ruinas de Mardy.

Las montañas gemelas eran las únicas elevaciones dentro del gran valle. No lucían tan altas como ella se había imaginado y sus frondosas cumbres no parecían haber visto nunca la nieve, pero era la única opción.

—Es eso o perder algunos meses más buscando la siguiente tribu en mi lista —se dijo.

Desde que salió de PuertoKran la joven solo había conseguido visitar dos aldeas. Para ser justos, no era su culpa; cada vez que llegaba la noche Sylha se veía obligada a alejarse de cualquier tipo de civilización por temor a matarlos a todos si la maldición llamaba. Y eso, unido al hecho de que algunas de las tribus de la lista eran nómadas, dificultaba bastante las cosas.

Conforme avanzaba en su investigación, la leyenda del dios prisionero iba adquiriendo matices que se unían como piezas de un rompecabezas tridimensional; de aquellos que su padre le traía cuando era niña y cuyas figuras no solo crecían hacia los lados, sino también en vertical. Esto era porque cada persona contaba la leyenda a su forma y, por cada detalle que las historias tuvieran en común, aparecían otros diez totalmente nuevos.

En su cabeza, el extraño ser iba asumiendo tantas formas diferentes como personas con las que la chica conversaba. Y, mientras algunos le contaban fechorías, otros aseguraban que se trataba nada más y nada menos del Dios Supremo, quien después de construir nuestro mundo se había enamorado de él y se había quedado a vivir.

Lo cierto era que todos coincidían en que, de alguna forma, había caído preso. Y su cárcel se alojaba en una isla desierta que cambiaba de lugar con los ciclos de la luna. Por eso nadie lo podía encontrar; y, bueno, porque estaba custodiado por un animal traído del mismísimo infierno que devoraba en segundos a cualquiera que se acercara.

Sylha nunca había visto a la isla en sus pesadillas, pues estas siempre comenzaban con ella corriendo dentro de los túneles de la caverna, pero conocía muy bien al animal. La verdad era que del resto de la historia tenía sus dudas; aunque aquello no la desmotivaba; al final, le faltaban tres aldeas por conocer y cualquier información sería bienvenida.

La joven volvió a mirar el mapa:

—¿A quién se le habrá ocurrido pintar nieve con el calor que hace aquí?

Era casi mediodía, y los dos soles quemaban con tal fuerza que cualquiera diría que pretendían prenderle fuego al valle. Sylha caminó hacia las montañas; si los dos hertanos que le vendieron el mapa no la habían engañado, necesitaba llegar antes del ocaso.

«Cuando el segundo sol brille solo en el firmamento —decía el papel—, sus rayos iluminarán la entrada de Harbbe».

De todos los pueblos de su lista, los harbbeanos eran los más aislados de la civilización. Tenían fama de ser grandes guerreros, pero no se inmiscuían en ningún conflicto que no los amenazara directamente. Y la localización de su aldea era casi otra leyenda más. Si las personas conocían su raza, era porque en raras ocasiones se habían visto forzados a relacionarse con el mundo exterior, pero era un hecho conocido que no les gustaban los extraños y una visita a su aldea podía acabar siendo bastante peligrosa.

—Ellos deben saber más del Dios de la Caverna que ningún otro pueblo —pensaba Sylha, porque los harbbeanos eran una raza anfibia—. Si es verdad que el ser vive en una isla, nadie debe haber llegado más cerca que los harbbeanos.

Las otras tribus que había visitado se habían mostrado bastante amables con ella. Todas eran aldeas pequeñas de pocos habitantes que, a pesar de no estar acostumbrados a recibir visitas, la habían acogido gentilmente. Hasta ahora, Sylha no se había visto obligada a contar su historia. Simplemente, se escondía en algún lugar, esperaba a que viniera la maldición, y al día siguiente pasaba de noche por la aldea fingiendo encontrarse en medio de un viaje, lo cual no era del todo mentira.

Esta vez, la joven sabía que sería diferente. No se sentaría con los harbbeanos alrededor de una hoguera ni se quedaría a dormir en una de sus tiendas. En realidad, por lo que había escuchado de ellos, si la dejaban salir con vida, podría considerarse con suerte. Pero debía intentarlo. Habían pasado ya tres años desde que huyó de Tonr y su vida se había reducido a un manojito de pesadillas.

—No tengo nada que perder —dijo mientras llegaba a la base de las montañas y se sentaba a esperar que el primero de los soles se fuera a dormir.

2

Cuando cayó la tarde, Sylha comenzó a desesperarse. Había pagado caro por ese mapa y había tardado meses en llegar al lugar que le indicaron. Si todo resultaba una farsa, se le haría difícil encontrar fuerzas para empezar de nuevo.

Durante el tiempo en que estuvo esperando, se dedicó a revisar minuciosamente la zona del encuentro entre las dos montañas en busca de alguna ranura por donde pudiera atravesar, pero, aparte de un delgado riachuelo y un grupo de enredaderas con flores blancas, allí no había más nada que pudiera resultar interesante.

El primer sol se marchó, llevándose con él toda la paciencia que le quedaba. El segundo comenzó a esconderse y la joven se levantó de la hierba maldiciendo uno por uno a todos los

dioses cuyo nombre había escuchado alguna vez en su vida.

Sylha recogió su morral, llenó una botella de agua en el manantial y se dispuso a buscar algún lugar más resguardado para pasar la noche. Fue entonces cuando vio el pequeño arcoíris: un reflejo diminuto del último rayo de sol sobre una piedra de mármol.

El arcoíris flotaba delante de una enredadera que cubría al riachuelo y trepaba por las montañas hasta perderse en el follaje. Sylha se inclinó, levantó su espada y apartó la planta, revelando una especie de grieta en la montaña.

—Supongo que tendré que mojarme.

Como imaginó, el riachuelo no era muy profundo y el agua solo le llegó a la cintura. De todos modos, la joven tuvo que colocarse el morral sobre la cabeza por temor a que se le mojara la única muda de ropa que llevaba dentro. Se acercó a la grieta y entró.

El túnel era tan estrecho que ella se vio obligada a arrastrarse para atravesarlo. La roca era lisa y húmeda, y Sylha se preguntó si se trataría de algún tipo de conducto por el cual pasaba el agua en la época de lluvia.

«No creo que sea muy seguro estar aquí dentro si comienza a llover sobre la montaña», pensó.

El pasaje resultó menos largo de lo que ella esperaba y, cuando salió a la caverna, su cuerpo se paralizó.

—No es esta —se dijo intentando controlar el miedo—. La caverna de mis pesadillas es diferente.

A pesar de haber viajado tanto, era la primera vez que la joven entraba en una cueva y la similitud con el lugar que atormentaba sus sueños la había dejado aterrorizada. Sylha respiró con fuerza, ignoró la negativa de su cuerpo y caminó.

Lo que la ayudó a superar el miedo fueron los detalles: una roca por allá, algún charco en el camino y el olor a mar. Poco a poco la joven fue convenciéndose de que aquella no era la caverna de los sueños y ningún animal endemoniado le daría caza hasta matarla.

—Pero si encuentro lo que estoy buscando un día entraré allá y no puedo acobardarme. Tengo que prepararme mejor para la idea de que más tarde o más temprano me encontraré de frente con mi peor pesadilla.

Después de andar un rato Sylha salió al otro lado de la cueva y descubrió una enorme ensenada escondida por las montañas gemelas. A lo lejos, en medio de todo, se alzaba una villa de pescadores iluminada por luces de fogatas y, al parecer, algunas antorchas:

—Harbbe.

Como ya era de noche, la joven regresó a la caverna, buscó un escondrijo y se sentó.

«Espero estar lo suficientemente lejos —pensó—. Supongo que dormir en la cueva va a ser un buen entrenamiento».

3

En el sueño de esa noche la Raposa no la mató. Sylha despertó al llegar a la última cámara, donde, como siempre, la luz y el sonido desaparecían y ella no llegaba a ver lo que la esperaba

dentro. Despertar en una cueva después de haber soñado que corría por otra no fue nada agradable. Y al salir de su escondite la joven se permitió una gran bocanada de aire fresco mientras dejaba que los primeros rayos de sol acabaran por convencerla de que no estaba durmiendo.

A la luz del día la villa de pescadores que había visto de noche resultó un tanto mayor. Sylha guardó su espada en el morral, entrar portando un arma en la villa sería visto como una amenaza y acabaría por estropear su plan; además, si los harbbeanos decidían que no era bienvenida, el arma no le serviría de mucho.

La estrategia de llegar de noche y hacerse pasar por una simple viajera no serviría esta vez, ya que nadie «pasaba» por Harbbe. Tendría que llegar con la verdad, tendría que contar la historia de su maldición y esperar que alguien se apiadara de ella.

—Es un buen plan —se dijo—. Al menos, no es peor que ningún otro.

Sylha volvió a colocarse el morral en la espalda y salió hacia la villa, pero no llegó muy lejos. Desde el momento en que la joven colocó el primer pie afuera de la caverna, sintió la punta de un metal afilado presionando contra la parte de atrás de su cintura.

Por el tacto, ella no podía discernir si se trataba de una espada o una lanza, pero sabía que, si realizaba algún movimiento brusco, la enterrarían en su piel. Como tampoco podía ver al sujeto que sostenía el arma, imaginó que sería un guardián. Lentamente, la joven elevó los brazos y dijo:

—Vengo en paz.

Quien estuviera sosteniendo la punta de metal aumentó la presión contra su piel al punto de abrirla una pequeña herida y habló en un idioma que ella no comprendió.

«¡Demonios! —pensó Sylha—. Esto no me lo esperaba. Claro que tienen su propio dialecto».

—Por favor —pidió sabiendo que el sujeto no la entendería—. No vengo a haceros daño.

El guardián se paró delante de ella sin dejar de apuntarle con el arma, que resultó ser un cuchillo bastante grande, y volvió a decirle algo en su idioma. Se trataba de un muchacho joven, de orejas puntiagudas, piel curtida por el sol y un cabello negro que le llegaba a la cintura. Tenía el torso desnudo y vestía unos pantalones de tejido fino que le cubrían las piernas hasta las rodillas. A ambos lados de la cara, lucía unas delgadas incisiones que Sylha imaginó ser alguna especie branquias que le permitían respirar bajo el agua.

Ella intentó sonreír. No tenía dudas de que saldría bien si combatía contra el chico, pero eso atraería la atención de otros guerreros y podría convertirse en una condena a muerte. Sin decir que acabaría con sus posibilidades de obtener ayuda.

El muchacho señaló el morral, al parecer a esas alturas ya se había dado cuenta de que ella no entendía lo que hablaba.

—Ah, sí —dijo ella—. Espera.

Cuando movió las manos, el chico se alteró, gritó alguna cosa y le acercó el puñal. Sylha suspiró preguntándose si no habría sido un error visitar a aquella gente; aún con sus manos alzadas, colocó las rodillas en el suelo y le ofreció el morral, que el joven guardián se apresuró a retirarle de la espalda.

Luego, el chico le indicó que caminara en dirección a la villa mientras él la acompañaba refunfuñando en el extraño dialecto.

«Bueno, Sylha —se dijo—, al menos vas a entrar en la villa».

El poblado no estaba rodeado por ningún tipo de muro y se encontraba tan cerca del mar que la joven se preguntó qué sucedería si subiera la marea o viniera alguna tempestad. Las chozas eran de madera y, aunque había algunas mayores que otras, en su mayoría se trataba de construcciones bastante sencillas.

Cuando se acercaron, fueron recibidos por un grupo de niños de varias edades que llenaron de preguntas al guardián y lo dejaron visiblemente molesto. Sylha no comprendía nada de lo que decían, pero tenían la curiosidad pintada en sus rostros y varios de ellos se acercaban intentando tocar su cabello.

El círculo de niños rápidamente fue substituido por otro de adultos. Todos los habitantes en la villa parecían haber parado sus quehaceres para conocer a la extraña visitante de cabellos de plata y fueron necesarios tres guerreros más para ayudar a su guardián a mantener las manos de los harbbeanos lejos de ella.

Se dirigieron al centro de la villa y la amarraron a un poste de madera que quedaba delante de una enorme pira de carbón apagada. Por un momento la joven pensó que pretendían quemarla viva allí mismo y el pánico estuvo a punto de traicionarla. Sin embargo, por más que no lograra entender lo que gritaban, aquellas personas no le parecían agresivas.

De repente, todos se sentaron en el suelo al mismo tiempo; se hizo un silencio total, solo interrumpido por las olas; y de adentro de la choza que quedaba frente a Sylha salieron dos personas: una anciana bajita y encorvada, de cabello blanco, vestida con una bata del mismo material que ella había visto en los pantalones del guardián, acompañada por un muchacho bastante apuesto que llevaba un tatuaje en su pecho desnudo y pantalones blancos.

—¿Quién eres? —le preguntó el joven a Sylha en el mismo idioma de ella.

«Gracias a los dioses —pensó la chica—. Alguien con quien me puedo entender».

No era una buena hora para mentir.

—Mi nombre es Sylha Cabellos de Plata, soy la princesa heredera del trono humano de Tonr.

La anciana balbuceó algo y el joven tradujo:

—No pareces humana.

—Me apartaría el cabello de la oreja si no me tuvierais atada.

Ante una señal del muchacho, una de las chicas que estaba sentada en el suelo se levantó y le colocó a Sylha el pelo por detrás de las orejas. La anciana dio un paso hacia delante.

—Tu pelo es extraño —le dijo, y Sylha comprendió que ella también hablaba su idioma.

—Tengo sangre no humana, pero no sé de dónde viene y no tengo magia.

—¿Por qué has venido? —preguntó el muchacho.

—He venido porque estoy buscando un lugar y creo que ustedes pueden ayudarme.

El chico rio:

—Nosotros no salimos nunca de aquí. Has venido al peor lugar del mundo a buscar direcciones, princesa, invéntate una excusa mejor.

—Estoy buscando una caverna con un dios prisionero y un animal endemoniado dentro.
Cada uno de los habitantes de Harbbe, incluyendo a los niños, se tocó la frente con la mano mientras susurraba algo inentendible.
«Perfecto —se dijo—, ahora llamé su atención y me está pareciendo que aquí todo el mundo entiende de lo que hablo».
—¿Y se puede saber qué asuntos busca una princesa humana con el Demonio de la Caverna?
—Creo que me lanzó una maldición y pienso exigirle que la retire.
La anciana estalló en carcajadas y, con ella, todos los demás. Habló con uno de los guerreros en su dialecto y después le desató ella misma las manos a Sylha con un pequeño puñal:
—Siéntate, querida, cuéntanos más sobre esa maldición y luego, por favor, explícanos cómo piensas exigirle cualquier cosa al demonio.

4

Sylha les contó todo. A medida que avanzaba en su historia, notaba cómo el miedo iba abriéndose camino en las miradas de los harbbeanos y, para cuando terminó, la curiosidad se había esfumado por completo de sus ojos, substituida por pura desconfianza.

—¿En qué momento del día comienza la maldición? —preguntó el muchacho que acompañaba a la anciana—. ¿Y cuál dirías que es una distancia segura?

—Sucede por las noches, poco tiempo después de la puesta del segundo sol. Y creo que la caverna por donde vine es una distancia segura.

Ella había contado los pasos hasta la aldea, llegando a la conclusión de que estaba suficientemente lejos.

—¿Cómo sé que no me engañas?

—Podría haberte mentido desde el principio y no lo hice. Créeme, no pondría en riesgo a tu pueblo ni a ningún otro. Es precisamente por eso que quiero encontrar al Dios de la Caverna.

—Demonio —la corrigió la anciana—. Lo que habita esa caverna es un demonio más antiguo que este mundo. Un ser carroñero que se alimenta de muerte y sufrimiento. Su trabajo no es otro que devorar los restos del mundo cuando se haya destruido, de la misma forma que los gusanos hacen con nuestro cuerpo cuando nos morimos.

Sylha estaba acostumbrada a esa forma de hablar, cada pueblo había construido una leyenda diferente alrededor del Dios de la Caverna; aun así, las palabras de la anciana le pusieron los pelos de punta.

—No me importa cuál sea su trabajo —respondió aparentando más coraje del que realmente sentía—. Lo que quiero es que me libere de la maldición.

—¿Y cómo exactamente vas a lograr eso? —preguntó el muchacho.

—Bueno, voy a comenzar por pedírselo.

Ella esperaba que la anciana riera de nuevo, pero esta vez no lo hizo.

—Me temo que no podremos ayudarte mucho, querida. La última vez que la isla pasó por aquí fue hace más de un siglo. En aquella época el demonio aún dormía y el mar se enfureció tanto

que arrasó con la villa. Nuestros antepasados perdieron sus hogares y demoraron años para reconstruirlo todo.

Ella suspiró, estaba comenzando a pensar que la historia de la isla que viajaba no era solo una leyenda. Si aquello era verdad, le sería muy difícil encontrarlo. El destino se le estaba yendo de las manos.

—¿Alguien lo vio? —le preguntó a la anciana.

Las otras personas ya estaban regresando a sus labores y se levantaron del suelo por grupos, no sin antes lanzarle miradas de recelo. Solo quedaron los niños, que alternaban sus miradas entre Sylha y la mujer con los ojitos brillantes.

—Cuando el mar enfureció, algunas personas fueron a llevarle ofrendas al demonio. Como imaginarás, unas cuantas olas no representan problema para nuestro pueblo cuando estamos en el agua. Las pérdidas habían sido solo materiales y nuestros antepasado aún creían que podrían apaciguar su ira.

El joven que estaba sentado al lado de la anciana negó con la cabeza, y Sylha se preparó para lo que escucharía a continuación:

—Todos murieron. Los frutos de la isla estaban envenenados y quienes los probaron perecieron al instante.

—De aquellos que lograron acercarse a la caverna por la entrada que daba para el mar, la mayoría murieron aplastados por las olas contra las rocas y los restantes fueron devorados por la fiera que custodiaba al demonio —completó el joven.

Sylha quería preguntar cómo conocían tantos detalles si todos habían muerto en la isla, pero creyó mejor tragarse sus palabras.

—No sé si ese demonio tiene algo que ver con tu maldición —dijo la anciana—, pero no creo que sea buena idea que lo sigas buscando. Si sueñas con él cada noche, puede que él te esté esperando, y te puedo asegurar que no tiene nada bueno guardado para ti.

Ella asintió. Claro que ya había pensado eso, pero no veía otra forma de continuar con su vida que no fuera enfrentando el destino de una maldita vez. Era la heredera de uno de los reinos más grandes y prósperos que existían. Huir no estaba en su sangre.

—Gracias por la historia, señora. Ha sido de mucha ayuda.

—Tainva. Me llamo Tainva y soy responsable de cada una de las personas en esta villa. Por eso te voy a pedir que te marches ya y te alejes de nosotros para siempre. Antes de salir, por favor, entrégale a mi nieto el mapa que te trajo hasta aquí. Disculpa, mi niña. Por tu bien, te deseo de todo corazón que nunca encuentres lo que buscas y aprendas a vivir con tu lastre, a la larga todos tenemos que hacerlo.

Sylha se levantó de la arena y le dio las gracias de nuevo. Comprendía muy bien la preocupación de Tainva, ella misma quería salir de allí lo más rápido posible. Pensar que podría llegar la maldición y la cueva no estar lo bastante lejos le daba escalofríos.

—¿Podemos ofrecerte algo para el viaje, princesa? —preguntó el muchacho recogiendo el mapa—. ¿Un poco de comida tal vez?

Ella había omitido la parte del relato donde tendría que explicar que desde la maldición no

necesitaba comer. Aquellas personas ya estaban lo bastante asustadas como para tener que concluir por sí mismas que la princesa se robaría sus vidas.

—No, gracias —respondió con una sonrisa—. Está todo bien.

Capítulo 15:

La esencia de la vida

1

—No quiero hacer eso —dijo Sylha cruzándose de brazos.

—Como quieras —respondió Dhyem inclinando la silla para atrás y colocando las dos piernas sobre la mesa—. Tómame todo el tiempo que desees. Yo no tengo apuro; soy inmortal, ¿recuerdas? Tampoco es que el mundo se esté acabando.

Ella miró al pequeño insecto que revoloteaba dentro del frasco y tan solo de pensar en lo que le estaban pidiendo el estómago se le revolvió. El día anterior no habían adelantado mucho. El dios-demonio le había explicado que muy probablemente su reserva de magia todavía estaría vacía, así que no valía la pena desgastarse tratando de usarla.

Sylha no había vuelto a ver aquel nuevo color en los ojos de Dhyem y acabó por pensar que todo no pasaba de otro truco. Tampoco había querido preguntarle, para eso tendría que reconocer que le había dedicado demasiado tiempo a pensar en el asunto pero lo cierto era que desde esa noche no paraba de pensar en él. Y es que aquel color no se parecía a ninguno que ella hubiera visto jamás, definitivamente no podría lograrse con ninguna mezcla, no tenía un nombre y era hermoso.

Sin embargo, tenía problemas más urgentes:

—No entiendo por qué no puedo volver a Tonr, yo no necesito magia para acabar con esa impostora que se sienta en mi trono.

También estaba la cuestión de Thomas. Siguiendo la recomendación de Dhyem, la joven había hecho un gran esfuerzo para no sacar conclusiones prematuras; pero, ¡demonios!, era muy difícil recordar una y otra vez la imagen de su mejor amigo entrando en el establo con un grupo de soldados al servicio de una mujer que la quería muerta.

—Porque esa impostora, como dices, practica magia negra —respondió el dios-demonio—, y hasta que yo no descubra sus poderes debemos considerarla peligrosa. Si te atrapan y yo no te logro traer, acabarás matando a mucha gente. Así que tú eliges, princesa: las personas del palacio o este pobre grillo.

—La maldición nunca ha llegado en tan poco tiempo.

—La magia negra es poderosa, no sabemos lo que pueda provocar en ti.

Sylha resopló y miró al grillo, no quería hacerle daño, pero, como siempre, Dhyem tenía razón: era una carrera contra el tiempo. Phylo se acercó con una taza de té y se sentó en el otro extremo

de la mesa. Estaban en la cocina de la casa que, por lo que Sylha había visto hasta ahora, era el lugar preferido de sus nuevos amigos.

—No atormentes más a la chica —pidió el anciano—, dile la verdad, por favor.

—¿Qué verdad?

—Bueno, princesa, el grillo no va a morir. Yo puedo contrarrestar tu magia si se te pasa la dosis —respondió Dhyem—. Ya lo tienes, Phylo, gracias por arruinarme la diversión.

Sylha le lanzó una mirada de odio al dios-demonio y se sentó delante del grillo. Aquella inclinación por las bromas le estaba colmando la paciencia.

—¿Eso es cierto? —le preguntó al anciano, quien asintió con una sonrisa—. Bueno, allá vamos.

La joven repitió mentalmente todas las instrucciones que le habían dado. Se concentró en el pobre insecto y escuchó.

—No oigo nada.

—Presta atención, princesa.

Escuchó.

—Esto no tiene sentido. ¿Qué se supone que debo oír?

Los ojos de Dhyem se volvieron verdes y el anciano le preguntó:

—¿Qué haces?

—Una ayudita —respondió él—. Se lo voy a amplificar.

Phylo se levantó del asiento suspirando, tomó las manos de Sylha y se las colocó a los dos lados del frasco con el insecto.

—Escucha, princesa; libera tu magia.

Ella asintió. Pasado un rato comenzó a sentir algo, pero no creía que fuera lo que estaban esperando:

—Tengo hambre.

—¿Cómo? —preguntaron los dos al mismo tiempo.

—Por primera vez en cinco años, tengo hambre. ¿Qué significa eso?

Un resplandor color vino apareció en los ojos del dios-demonio, quien se sentó junto a ella y susurró:

—Sylha, ¿puedes señalar con un dedo el lugar exacto donde sientes el hambre?

La joven se llevó una mano al estómago por instinto y al momento se dio cuenta de que no era de allí que venía el vacío, miró confundida a Dhyem y vio otra vez el brillo rojo:

—Quiero que cierres los ojos y muevas tu mano hasta que lo encuentres.

—No estoy entendiendo —respondió ella haciendo lo que le pedían.

Cuando hubo terminado, Phylo comenzó a aplaudir.

—Felicidades, alteza —rio Dhyem—. Acabas de encontrar tu reserva de magia.

Los sujetos que estaban parados delante de Thomas no eran soldados. El joven no confiaba en ellos y sabía que ellos tampoco confiaban en él. Cuando le había preguntado a Rattern por los hombres que desertaron el día de la visita de Rufus, ella le había dicho que se encontraban sirviendo en otras ciudades junto a lo que sobró del ejército que había combatido en contra del rey Esketon.

Desde que la nueva monarca de Tonr lo colocó a cargo de la patrulla de Ciudad del Rey, él y Esteban habían dedicado tiempo a tratar de encontrar aliados dentro del palacio, pero Rebecca parecía determinada a reemplazar a todos los soldados por su ejército de mercenarios.

El joven sabía que ni ella ni Rattern confiaban en él y, si lo habían puesto al frente de la patrulla, se debía tan solo a dos motivos: mantenerlo alejado del palacio y mandarles un mensaje a los nobles del reino de que la familia Yhonwitch apoyaba su reivindicación al trono. No que eso lo ofendiera; al final él tampoco creía una palabra que saliera de la boca de la nueva señora, pero sembrar las calles de Tonr de mercenarios iba contra sus principios más sagrados y esconder la repulsión que sentía a cada momento que pasaba en compañía de aquellos sujetos era una prueba de fuego.

Tampoco sería fácil caminar por la ciudad. Los habitantes lo conocían, y el joven estaba seguro de que la mayoría de ellos preferiría mil veces confiar sus vidas a los mercenarios antes que a la persona que los había mantenido en guerra por tanto tiempo.

Hasta el momento no había visto a su padre ni a los dos viejos corruptos que lo acompañaban. Lo cual, vistas las actuales circunstancias, era un alivio; pues, si existía alguien que podía leer la mentira en su rostro, era Thion Yhonwitch. Él estaba consciente de que tarde o temprano se toparían por los pasillos del palacio, pero esperaba retardar ese encuentro el mayor tiempo posible.

Después de darles las instrucciones a los miembros de la patrulla y de dejar bien claro que no toleraría indisciplinas, Thomas liberó a los hombres. Tenía un asunto importante que tratar con Esteban.

—La taberna donde tuvo lugar el incidente no está en Ciudad del Rey —comentó el amigo cuando se quedaron solos—. No sé si sea prudente salirnos de nuestra jurisdicción tan rápido.

—No es común recibir visitantes de razas no humanas en Tonr —respondió él—. Si lo que se rumora es verdad, tenemos que investigar. A partir de ahora debemos asumir que cualquier acontecimiento con magia puede estar relacionado con nuestra nueva reina.

—Como quieras.

—Iremos a caballo, no quiero dejar mucho tiempo a esos mercenarios solos por la ciudad. Por ahora las personas están celebrando el fin de la guerra, pero, cuando se den cuenta de que Rebecca no ha disminuido los impuestos, las cosas pueden salirse de control.

—¿Y ella qué dice sobre eso? —preguntó Esteban mientras se dirigían al establo.

—Que por el momento no puede hacer nada al respecto. Yo creo que no le interesa ni una cosa ni la otra. Mi padre y el resto del consejo andan a sus anchas, como si lo único que hubiera cambiado fuera el color de la ropa del rey.

El chico del establo no demoró en recibirlos, y Thomas se preguntó si no habría sido él mismo

quien se había escondido aquel día. Tendría que preguntarle después.

—¿Todavía no lo has visto? —inquirió Esteban—. A tu padre, digo yo.

—No, y la verdad es que no quiero verlo. No sé si pudiera controlarme.

—Comprendo.

El viaje fue corto, la taberna que buscaban se encontraba a las afueras de Ciudad del Rey, lo bastante cerca del palacio como para llegar a pie en par de horas. En caballo fue un abrir y cerrar de ojos.

A esa hora de la mañana las puertas del establecimiento se encontraban cerradas, pero a los jóvenes no les fue difícil lograr que el encargado los recibiera. El hombre, un sujeto bajito y rechoncho con un delantal manchado de grasa, miró a Thomas de arriba para abajo y trancó la cara de una forma que el muchacho pensó que no lo dejaría pasar. Luego les abrió la puerta y les ofreció una cerveza.

—Es un poco temprano para visitar una taberna, señores, pero díganme, por favor, ¿en qué les puedo servir?

—¿Tú eres el dueño? —indagó Thomas.

—No. Yo soy John, el encargado. El tabernero fue al mercado a comprar provisiones, creo que va a demorar.

—Está bien, John. Si puedes respondernos algunas preguntas, te lo agradeceremos —dijo él colocando unas monedas sobre la mano del hombre.

—Como desee, señor.

—Hace tres noches pasó una pareja de comerciantes no humanos por aquí. ¿Puedes contarnos qué sucedió?

John se limpió las manos en el delantal dejándolo más sucio de lo que ya estaba, luego caminó hacia el fondo de la taberna y señaló una mesa:

—Aquí fue donde se sentaron, señor. Dijeron que eran tonranos, un matrimonio de comerciantes que llevaban mucho tiempo viajando. El hombre pagó cerveza para todo el mundo y tuvimos una fiesta y tanto.

—¿Nadie sospechó? —quiso saber Esteban.

—Tenían las orejas arredondeadas —respondió el encargado al tiempo que se tocaba sus propias orejas con la mano—, igual que nosotros.

—Por favor, continúa.

—Bueno, fue una noche divertida, como hacía tiempo que no teníamos. Estábamos celebrando el fin de la guerra.

Al decir esa frase el hombre le lanzó una mirada a Thomas con recelo y se apartó un poco.

«Perfecto —pensó él—, sabe quién soy yo».

—¿Qué sucedió luego? —preguntó Esteban.

—La señora se puso a llorar por gusto, uno de los nuevos soldados de la reina la amenazó con la espada y entonces se desaparecieron.

—¿Se desaparecieron?

—Sí, señor, en un momento estaban aquí y al instante siguiente no estaban más. Lo vi con mis

propios ojos.

Thomas no conocía ninguna raza que tuviera ese poder, pero, si como el hombre contó estaban todos borrachos, era difícil saber qué sucedió realmente.

—Antes de desaparecer, ¿dices que un soldado la amenazó con la espada? ¿Sabes por qué?

—Bueno, porque ella estaba rara, señor. Nosotros celebrando y ella arrancó a llorar. Ahora que recuerdo, fue cuando le contamos de la muerte del rey. ¿A quién puede importarle a estas alturas ese viejo loco?

«A Sylha —pensó Thomas y, por un momento, el corazón le dejó de latir—. No puede ser».

—Describeme a la mujer —pidió.

—Delgada, bonita, yo diría que demasiado joven para haber viajado tanto como contó.

—¿Y el cabello? ¿Recuerdas su color?

—Castaño, señor, castaño oscuro.

Claro que no era ella. Y claro que cualquiera hubiera reconocido a la princesa Sylha Cabellos de Plata si lo fuera. Todo en la historia era absurdo. Sylha no estaba allí y no podría haber adquirido poderes mágicos de la nada, mucho menos uno que ninguna raza tenía, pero el corazón de Thomas no dejaba de trotar dentro de su pecho, como si fuera un maldito caballo salvaje.

—Estaban casados, dices. ¿Cómo era él?

—Alto, de pelo negro; y mucho más guapo que ella, eso se lo puedo asegurar, dejó a las mujeres babeando cuando entró por esa puerta.

«¡Demonios! —pensó—. Contrólate, Thomas, piensa con la cabeza. No puede haber sido ella».

Pero ¿y si era? El joven le dio las gracias a John y se montó en el caballo sin decir media palabra más. Por la mirada de Esteban, sabía que el amigo sospechaba de algo. No estaba listo para esa conversación.

3

—No lo entiendo —dijo Sylha—, las otras razas se recuperan en algunas horas.

Después de varios intentos fallidos por escuchar lo que fuera que Dhyem y Phylo esperaban que escuchase, Sylha se había cansado y había salido en busca de aire fresco. Según le habían explicado, descubrir su reserva de magia la dejaba un paso más cerca de poder controlarla y el vacío que al principio había confundido con hambre no significaba otra cosa sino que tendría que esperar un día más para que su reserva se llenara un poco.

Aun así, habían tratado de enseñarle a escuchar «la esencia de la vida», como ellos le decían; que venía siendo algo así como la energía que ella se robaba cuando caía inconsciente en la maldición.

—Existe algo en ti que bloquea tu acceso a la magia —respondió el anciano, quien se le había unido poco tiempo después.

—¿Mi lado humano, tal vez? —preguntó la chica recordando las palabras de Dhyem.

—Tal vez. Pero tu magia es poderosa, yo no veía nada así desde hace siglos, cuando las razas antiguas aún dominaban estas tierras. Eso significa que tu lado humano no la está debilitando.

Sylha suspiró:

—No creo que tenga mucho tiempo para descubrirlo.

—Lo resolveremos, princesa —dijo Phylo deteniendo sus pasos—. Hoy hemos hecho un gran avance. La mayoría de las criaturas mágicas demoran bastante en aprender a identificar su reserva, tú lo has conseguido en el primer día.

Sylha se preguntó qué tipo de criatura era el anciano, no tenía las orejas puntiagudas y no parecía tener poderes, pero, evidentemente, si había vivido siglos, tampoco era humano. Involuntariamente, trató de «escuchar» su esencia.

—¿Qué estás haciendo, Sylha? —rio Dhyem a su espalda.

Ella no lo había visto llegar y, cuando sus ojos se encontraron, el corazón le dio un salto en medio del pecho.

—Solo estamos paseando —respondió.

—No vas a escuchar nada de Phylo —dijo el dios-demonio, y Sylha se sonrojó—. Mejor sigue tratando con el grillo.

El anciano la miró confundido y luego sonrió.

—Disculpa, Sylha, debí habértelo dicho el día en que fuimos presentados oficialmente. Yo no estoy vivo.

Ella ya no sabía cómo esconder la vergüenza, pero, aun así, preguntó:

—¿Qué quieres decir? ¿Eres como Dhyem?

El aludido soltó una carcajada que, esta vez, vino del patio de la casa.

—¿Por qué no se me ocurrió antes? Trata conmigo, Sylha. Mi esencia es más fuerte que la de los mortales y la puedo amplificar para ti de la misma forma que intenté hacer con el grillo.

—No contestaron a mi pregunta.

—Yo morí hace muchos años, princesa —explicó el anciano—, es por eso que no vas a detectar nada en mí.

Más que asombro, Sylha sintió sus mejillas quemar de la vergüenza. Dhyem parecía muy divertido, y ella se preguntó si él sería capaz de avergonzarse por algo y cuál sería el color de sus ojos en ese caso.

—Lo siento —le dijo al guardián.

—No necesitas disculparte. Sucedió hace mucho tiempo, y la verdad es que no extraño estar vivo.

Ella no quería ni saber cómo era posible todo aquello. Cuanto más se interesara por los asuntos de Dhyem, más se hundiría en aquel abismo del que cada vez le parecía estar más lejos de salir.

«Pero sí que te gustaría hundirte en sus ojos», pensó, y el corazón le dio otro latigazo.

Dhyem vino caminando y se paró frente a ella; en ese momento, una ola gigante rompió contra el precipicio trayendo un fuerte viento que le sacudió el cabello y pintó sus ojos de rojo. En el horizonte, un mar enfurecido se unía al cielo de un mundo a punto de morir. Entonces Sylha comprendió que ya no habría salvación, continuaría soñando con él para siempre; aunque, ahora, con sueños diferentes.

La joven sacudió la cabeza y se forzó a colocar de nuevo los pies sobre la tierra. Dhyem era un

dios, un maldito dios jugando con su mascota humana. Y, si ella no interpretaba su situación como realmente era, si no le sacaba provecho a aquellos momentos antes de que él se cansara, estaría condenando al mundo.

—De acuerdo —respondió—. Trataré contigo. ¿Ya lo estás amplificando?

—Para ti siempre, princesa —susurró él, y dentro del verde que aparecía en su mirada cada vez que utilizaba magia la joven pudo ver diminutos puntos del nuevo color.

«¡Concéntrate!», se dijo.

Y se concentró.

Por primera vez la chica se permitió fijar su vista en aquellos ojos brillantes que parecían esconder un universo entero dentro. Sin desviar la mirada, Sylha fue calmando poco a poco los latidos de su corazón, apartando de su mente el sonido de las olas, y alejándose de todo lo que los rodeaba hasta que casa, caverna y guardián se fueron esfumando para ella. Y, cuando se hubo quedado a solas con Dhyem, se adentró en sus ojos.

Entonces lo escuchó: un sonido como de cigarras, de agua y de viento; un sonido que no podría describir con palabras y que su cuerpo le rogaba que hiciera suyo. Sin decir una palabra, él asintió; y Sylha supo que se lo estaba ofreciendo. Los ojos del dios-demonio brillaron como nunca; pero no de verde, sino de aquel nuevo color tan extraño como intenso. Y ella bebió su esencia de vida hasta que cayó desmayada en el suelo.

Capítulo 16:

El demonio de la caverna

1

Cuando Sylha se levantó de la cama, aún era de madrugada. Por la ventana del cuarto entraba el olor a mar y el sonido de unas olas que no parecían darse nunca por vencido. Llevaba puesta la misma ropa de la tarde anterior y sus botas habían sido colocadas en una esquina del cuarto. Hubiera sido un día cualquiera, como los tantos que siempre seguían a la maldición, si no fuera porque, esta vez, ella recordaba.

Sylha encendió una vela y corrió hacia el espejo. A lo lejos, los rayos del primer sol comenzaban a ganarle la batalla a la oscuridad. La joven miró su reflejo, acercó el rostro, inspeccionó sus ojos y no vio nada diferente. Era ella, pero, al mismo tiempo, no sabía quién era.

A pesar de que su imagen continuaba exactamente igual, su cuerpo quería estallar de energía. Quería saltar por la ventana y volar sobre el mar, correr sobre las olas, gritar tan fuerte que su garganta doliera. Tenía una explosión de vida dentro y, bueno, no era cualquier vida. La vida del dios-demonio corría por sus venas como un río caudaloso después de la tormenta. Y el recuerdo de sus ojos brillando con aquel color indescifrable despertó algo dentro de ella que hasta ese momento había permanecido escondido.

Sylha sonrió. Y no era solo porque había dado un paso importante en el control de su magia ni porque llevara dentro la esencia de un dios, sino porque ese dios era Dhyem y se había entregado a ella como solo él podría hacerlo: con una sinceridad aplastante. Sonrió porque lo que había visto detrás de sus ojos la había fascinado; porque había visto al ser detrás del demonio, detrás del dios, y era un ser maravilloso. Todo lo que se decía de él era verdad y, sin embargo, cada pesadilla que la había llevado hasta allí valía la pena.

Necesitaba verlo.

La joven salió del cuarto a toda prisa; bajó las escaleras casi de un salto y se dirigió a la cocina; donde estaba segura de que lo encontraría, como siempre sucedía a aquella hora de la madrugada, bebiendo una taza de té.

Antes de llegar, escuchó su voz:

—Tienes razón —decía Dhyem—, me dejé llevar. No sucederá de nuevo.

Sylha se detuvo en el umbral de la puerta y dio un paso para atrás. Sus anfitriones no la habían notado.

—La magia de la joven es poderosa —oyó decir a Phylo—, pero...

—Pero sigue siendo humana —respondió Dhyem, y las palabras se enterraron en el corazón de la chica como un puñado de cristales rotos.

Sylha recostó su espalda a la pared y se obligó a recordar cómo respirar. Sin perder mucho tiempo intentando entender el sentido de la frase, entró en la cocina. Humana o no, era la heredera de Tonr y no iría a permitir que su mundo se viniera abajo por causa de un idiota inmortal.

«A pesar de tratarse de un idiota encantador», se dijo.

Cuando Dhyem la vio, saltó de la silla y la tomó por los hombros.

—¿Estás bien? —preguntó con voz entrecortada al tiempo que pequeños destellos blancos iban apareciendo en sus ojos azules.

Era una pregunta simple, pero ella entendía su significado:

—Estoy bien —respondió consciente de lo que estaba provocando en su cuerpo el contacto con las manos del dios-demonio—. Un poco de esencia de dios no me va a matar. Tampoco es para tanto.

—Llevas tres días durmiendo, princesa —dijo Phylo.

Dhyem le dio la espalda y caminó hacia la ventana:

—Podría haberte matado —disparó sin mirarla.

—Porque soy humana —susurró ella sentándose en una silla que el anciano le ofreció.

Usar su magia en Dhyem le había costado tres días de su vida. Tres días durante los cuales la situación en Tonr podría haberse complicado bastante. Y aún no sabía controlar la maldita magia. Dhyem continuaba de espaldas, ni él ni Phylo le respondieron.

—No me mataste —dijo alzando la voz—. Solo necesito entrenar más.

Necesitaba más que eso, necesitaba que él la mirara de la forma en que lo había hecho aquella noche, necesitaba saber si el nuevo color no era otro de sus juegos. Se quedó callada.

El anciano colocó un frasco de vidrio sobre la mesa con una mariposa dentro:

—Vamos a entrenar.

—¿Y el grillo?

—No imaginarás que dejaríamos al pobre grillo tres días preso —cortó Dhyem visiblemente molesto—. Verás, alteza, a nosotros, los inmortales, nos importa todo tipo de vida, no tenemos derecho a preferencias.

Entonces la miró, con los ojos tan negros que parecían dos agujeros en su rostro, y se fue.

Phylo suspiró, señaló la mariposa y le dijo:

—Ahora que ya sabes lo que estás buscando, intenta escuchar.

—¿Crees que tenga magia en mi reserva? Siento un poco de vacío en el pecho, pero no demasiado.

—Esperemos que tengas la suficiente, querida.

—Phylo, ¿por qué solo sucedía en las noches? Si no es una maldición, ¿por qué la magia no explotó nunca durante el día?

—Hay muchas cosas sobre ti que no sabemos —respondió el anciano—. Pero no te preocupes, para regresar a Tonr solo necesitamos que aprendas a detenerla. El resto lo descubrirás con el

tiempo.

—Gracias por ayudarme.

Estaba siendo sincera. Independientemente de los motivos de Dhyem, que después de ver sus ojos negros no le quedaban tan claros, el rostro del anciano no guardaba secretos. Y, muerto o no, Sylha siempre había sabido leer en los rostros de las personas.

—Es un placer, princesa.

2

Thomas había vuelto a la taberna un par de veces más. Había interrogado al tabernero y a algunas de las personas que estaban presentes la noche de la visita de los no humanos. Todas las versiones coincidían en los más mínimos detalles, y el motivo era que aquella pareja de comerciantes se había robado la noche.

En sus momentos de lucidez, el joven se convencía de que sería imposible que se tratara de Sylha. Pero cada noche al cerrar los ojos la veía allí, sentada en una taberna sucia, rodeada de borrachos, al lado de un sujeto que no había sabido protegerla del dolor; y la desesperación lo iba empujando cada vez más hacia el fondo del hoyo. Otras veces se la imaginaba sonriendo junto a aquel hombre que todos describían con admiración y el veneno de los celos no lo dejaba dormir.

«Me voy a volver loco», pensaba, regresando una y otra vez a la última noche en que la vio y buscando teorías que pudieran explicar lo que había sucedido.

Esa mañana, como todas desde que regresó al castillo, el joven había reunido a los miembros de la guardia para organizar las rondas por Ciudad del Rey. Hasta ahora no habían tenido problemas demasiado graves y los hombres bajo su mando, si bien no parecían satisfechos de que fuera él quien impartiera las órdenes, tampoco se le habían rebelado.

Thomas no se había tropezado todavía con su padre y a esas alturas el joven ya estaba convencido de que Thion Yhonwitch lo estaba evitando.

«Mejor así», se decía.

Esteban tenía algo más de libertad; como su segundo al mando, nadie cuestionaba a dónde iba cada día cuando la patrulla salía a cuidar las calles de la ciudad y tampoco tenía que rendirle cuentas a Rattern sobre cómo era que empleaba su tiempo. De esa forma, los jóvenes se habían organizado para que Esteban se dedicara a recorrer el palacio a escondidas e intentara descubrir qué había detrás de la cara bonita de Rebecca, a quien evidentemente le interesaba cualquier cosa menos gobernar Tonr.

A la nueva reina rara vez se la veía, había delegado casi todas sus funciones al consejo real y a la pobre Rattern, quien se pasaba el día corriendo de un lado para otro haciendo un visible esfuerzo por evitar que los problemas del reino se le amontonaran encima y terminaran por ensuciar el nombre de su señora.

La chica no lo hacía del todo mal. Thomas debía al menos reconocerle eso, pero aquella situación era una bomba de tiempo. No demoraría mucho hasta que los tonranos descubrieran

que, en realidad, todo continuaba igual y, sin la figura del rey Esketon para soportar las culpas, el joven temía que el reino entero entrara en caos de un momento a otro.

«Sylha, por favor, si eras tú quien visitó la taberna, regresa pronto».

Esteban también había descubierto que Rebecca no dormía en su cuarto, pero seguir a la reina por los pasillos del palacio era una tarea difícil, ya que siempre iba acompañada de sus cuatro guardias. Mientras tanto, la niebla en las catacumbas había adquirido dimensiones enormes hasta el punto de resultar imposible llegar tan siquiera a la primera tumba.

Thomas no podía dejar de pensar que todo debía estar relacionado, solo no sabía cómo. Mientras tanto, Esteban y él se dedicaban a estudiar los movimientos de la reina y se reunían varias veces al día para compartir ideas.

—Thomas —lo llamó el amigo, quien había venido corriendo un rato después de que los mercenarios se marcharan—, tenemos una situación en las celdas.

A pesar de que Ciudad del Rey había reaccionado muy bien a su nueva soberana y al supuesto fin de sus problemas, siempre aparecía algún que otro delito de menor importancia y, como era tan difícil que los malhechores tuvieran recursos suficientes para pagar las multas, acababan yendo presos. Por ese motivo las prisiones del palacio se habían ido ocupando gradualmente durante aquellos días; pero Thomas no pretendía prender a nadie por demasiado tiempo, la experiencia en sus días de soldado le había demostrado que una semana probando lo que significaba la cárcel era castigo suficiente la mayoría de las veces.

—¿Qué sucedió? —preguntó.

—No lo he visto con mis propios ojos, pero una de las doncellas me contó que las celdas están vacías.

—¿Alguien los ayudó a escapar? —preguntó él, incrédulo; no creía que los mercenarios de Rebecca tuvieran interés en ayudar a nadie a no ser que recibieran una buena suma de dinero, lo cual evidentemente no era el caso—. De todos modos, no creo que eso sea un gran problema.

—No, Thomas, lo que me contaron fue otra cosa.

—¿Qué te contaron?

—No me atrevo a repetirlo sin comprobar antes su veracidad, es mejor que vayamos juntos.

—Como quieras —respondió él a regañadientes y salió caminando con Esteban rumbo a las celdas del ala oeste.

Lo primero que los sorprendió antes de llegar fue el hedor a muerte, un olor que cualquier soldado reconocería con los ojos cerrados.

—¿Qué demonios pasó aquí? —preguntó Thomas desenvainando su espada.

—No creo que te vaya a hacer falta —comentó Esteban—. Está claro que este desastre fue hace más de un día, ese olor no es de cadáveres frescos.

Él asintió. Su amigo tenía razón, pero por si acaso no guardó la espada.

Cuando llegaron a la primera celda, se encontraron el suelo cubierto de sangre pero sin ningún cadáver. Lo mismo se repitió en las otras cinco celdas que visitaron. Todas tenían las puertas abiertas, los mismos charcos de sangre y ni rastro de sus ocupantes.

—¿Dónde están los cuerpos?

Fue entonces que lo vieron, sobre la mesa de la pequeña oficina donde se guardaban los registros de los arrestos. Y tanto Thomas como Esteban tuvieron que apartarse para vomitar.

Él había sido criado para ser soldado, conocía los horrores de la guerra y, a pesar de no gustarle, había estado presente durante algunas torturas, pero aquello no se parecía a nada que hubiera visto jamás. Y, en ese momento, el joven dudaba que después de presenciar semejante escena una persona normal pudiera conservar su cordura.

Esteban temblaba de pies a cabeza, caminaba hacia la puerta de salida, colocaba una mano en la pared mientras tomaba bocanadas de aire y volvía a entrar; para luego repetir el mismo ciclo una y otra vez.

Aquellos no eran cadáveres. Lo que estaban viendo no podría existir, no era natural. Y, si no fuera por las celdas vacías y la ropa ensangrentada en el suelo, Thomas pensaría que su vista le estaba gastando una broma. Sin embargo, no era necesario mucho esfuerzo para darse cuenta de lo que había sucedido allí.

Pues sobre la mesa, agrupados en pilas grotescas, estaban los pedazos de los prisioneros.

Los cuerpos habían sido cortados, las partes habían sido amontonadas, y alguien se las había comido. Junto a la sangre y las vísceras había platos sucios, cubiertos y jarras de cerveza. Algunos huesos habían ido a parar al suelo, mientras que otros permanecían en los platos con visibles marcas de mordidas.

—¿Qué demonios es esto, Thomas? —preguntó Esteban.

—No lo sé, pero quien haya sido no se preocupó en esconderlo.

—Querrás decir «quienes hayan sido» porque aquí se celebró un banquete.

La afirmación de Esteban era correcta, había varios juegos de cubiertos y ocho jarras en total. A Thomas le hubiera gustado pensar que aquello no pasaba de un juego macabro, pero faltaban partes de los cuerpos y el suelo alrededor de la mesa no estaba manchado de sangre.

—No quedan dudas de que se sentaron a comer. —Y el estómago se le reviró de nuevo—. Vamos a buscar a Rattern, va a tener que explicarnos muy bien quiénes son los soldados de la reina.

—Ninguna doncella va a querer limpiar esto. ¿Crees que debemos clausurar esta parte del palacio?

—Que Rattern decida cómo va a limpiar este lugar, no es asunto nuestro. Por mi parte, voy a ordenar que interrumpan los arrestos en la ciudad, no estamos en condiciones de recibir prisioneros. Luego vamos a buscar a los responsables, quiero la lista completa de las personas que tenían acceso a las llaves de las celdas, las llaves de reserva están conmigo desde el día que escapamos, así que deben haber usado el manojó principal.

3

La mariposa murió.

Sylha se levantó de la silla con un grito que resonó por las cuatro paredes de la estancia. Phylo sacudió el frasco y se disculpó en voz baja mientras iba a prepararse otro paquete de té. Habían

tardado una mañana entera proyectando la magia de Sylha hacia el insecto y, cuando al fin lo habían logrado, ella no se pudo detener.

—Es como si te hubieran bloqueado esa parte —se lamentó el anciano.

Después del arrebato de furia de esa mañana, Dhyem no había regresado. Y Sylha no podía evitar pasar su vista a cada rato por la puerta esperando que entrara de un momento a otro.

—No quiero continuar con esto —dijo ella.

—Vamos a cambiar de estrategia. Ya sabes, direccionar la magia, así que cuando pienses que no puedes soportarlo más solo tienes que buscar blancos menos importantes o que no mueran tan fácil; como las plantas, por ejemplo.

—Mi magia nunca ha afectado a las plantas. —Ya no quería llamarla «maldición».

—¡Ah! Tú sí has absorbido vida de las plantas, solo que ellas no se mueren rápido, porque liberan muy poco de esencia cuando las atacas.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Porque esa magia no es nueva. Tus antepasados sabían usarla muy bien.

Sylha tomó la taza de té que el anciano le ofreció y se volvió a sentar a la mesa. No era la primera vez que él o Dhyem se referían a su magia como si ya la hubieran visto en alguna raza antigua.

—Phylo, ¿puedes hablarme más de mis supuestos antepasados?

—Bueno, Dhyem y yo hemos estado conversando y tenemos algunas teorías, claro que no podemos estar seguros del todo, no somos narthim.

—Tan solo háblame de la raza que tenía la misma magia que yo.

—Se llamaban aggtrianos y vivían en el mismo lugar donde ahora se encuentra el reino de Tonr.

Ella abrió bastante los ojos y colocó la taza de té sobre la mesa:

—Continúa, por favor.

El anciano asintió:

—Aggtra ocupaba todo el territorio de Tonr, desde el Bosque Azul hasta los confines de tu reino. Los aggtrianos eran seres hermosos que tenían el cuerpo formado completamente de plata. No plateado como tu cabello, sino de metal puro que, en distintas concentraciones y texturas, formaba sus órganos y su sangre. Su magia consistía en extraer la esencia de cualquier ser vivo que tuvieran cerca y ellos la utilizaban con extrema sabiduría, solo cuando era estrictamente necesario y nunca hasta matar.

—¿En aquella época ya existía el Bosque Azul?

—Sí, claro —respondió el anciano con una sonrisa—. Los bosques azules nacieron con este mundo; hay pocos y siempre se encuentran en lugares especiales, donde el mundo necesita algún tipo de protección.

—¿Y eso por qué?

—Porque un bosque azul es un catalizador de la magia. Eso significa que amplifica el poder de las criaturas mágicas con las que está vinculado. Por su parte, dichas criaturas juran protegerlo.

—Dhyem dijo que mi magia despertó porque entré en el bosque...

—Exacto, princesa; tu magia estaba latente en ti. El juramento de tus antepasados es eterno, y el bosque cumplió su parte.

—Pero en Tonr no hay nada peligroso. En realidad, fuera del Bosque Azul y la niebla, la naturaleza allí es bastante aburrida.

—Aún no hemos descubierto el origen de la niebla. Parece un hechizo protector para mantener fuera a algunas criaturas, pero no conocemos bien su naturaleza. Lo que sí te puedo decir es que bajo el castillo de Tonr existe un conjunto de cavernas subterráneas que llegan hasta las mismas entrañas del mundo. Digamos que, si alguien quisiera colocar una bomba, ese sería el lugar perfecto.

Ella lo miró. Le parecía increíble que justo ahora le estuviera contando esas cosas.

—No me culpes —se defendió el anciano—. Esas cavernas fueron selladas hace siglos, mucho antes de construirse el castillo. Los humanos ni siquiera saben que existen. Es difícil pensar que la amenaza venga de allí.

—¿Cómo desaparecieron los aggtrianos? ¿Y cómo es posible que yo lleve su herencia en las venas?

Antes de que Phylo pudiera responder, Dhyem entró en la cocina y se sentó a su lado. Traía los ojos azules tan claros que parecían blancos, se había cambiado de ropa y, cuando la miró, Sylha sintió un calor en el pecho que le hubiera gustado esconder mejor.

—¿Sabes cómo funciona la mezcla de razas, princesa? —preguntó el dios-demonio.

Todos sabían cómo funcionaba la mezcla de razas, ella lo había aprendido con su profesor de ciencias cuando estudiaba en palacio:

—Cuando dos personas de razas diferentes se unen, el bebé hereda solo una de las magias —respondió—. Las magias nunca se combinan ni se excluyen. Aquella que no es heredada queda latente dentro de la persona y va pasando de generación en generación, presentándose en algunos individuos esporádicamente.

—Nuestra teoría es que alguno de tus antepasados humanos se unió con un aggtriano, dando como resultado un linaje de humanos con magia aggtriana latente.

—Los humanos no tienen magia. ¿El bebé no debió haber heredado solo la aggtriana?

—Sabes que no eso no es del todo cierto. Mira tu caso, tus dos padres son completamente humanos.

—Lo sé, pero nunca he comprendido cómo encaja eso en la ley de mezclas.

—Porque los humanos sí tienen magia, alteza —respondió Phylo—, aunque todos piensen que no. Es la magia del corazón.

Ella recordó que Dhyem le había explicado lo mismo.

«Una magia extraña y poco útil», pensó.

Aquello también significaba otra cosa:

—Entonces la historia de la abuela de Rebecca puede ser real. La hija de la reina Rita no era bastarda, fue uno de los casos extraños en que la magia latente se desarrolla en un individuo aislado.

Sus amigos asintieron:

—También hemos pensado en eso —respondió Phylo—. Si es así, su reclamación al trono es legítima.

—A mí me pudo haber pasado lo mismo —dijo ella—, pero yo nací en una época diferente. Donde las personas conocen las leyes de la magia y saben que no es raro tener esas mezclas entre tus antepasados.

—Phylo —llamó Dhyem—, cuando llegué, le estabas sugiriendo a la princesa que desviara la magia a las plantas. Me parece buena idea. ¿Vamos a intentarlo?

Terminando de hablar, el dios-demonio hizo aparecer sobre la mesa una pequeña maceta.

4

—No será agradable —le advirtió Thomas a Rattern un instante antes de entrar en las celdas del ala oeste.

Después preguntar por todo el palacio y de que los soldados se negaran a darles los nombres de los carceleros que estaban de guardia la noche anterior, habían ido a ver a la muchacha, quien, luego de escuchar lo sucedido, había exigido que se lo mostraran en persona.

—He estado en la guerra, Thomas —respondió ella con el mismo tono seco que había estado utilizando con él desde que aceptaron la propuesta de la reina—. Ahórrate la preocupación.

La chica llevaba puesto su uniforme negro y el cabello le caía en crespos dorados sobre la espalda. Como siempre, no llevaba adornos; y, a pesar de que el cansancio en su rostro había aumentado considerablemente, se veía hermosa.

«Hermosa y peligrosa», pensó él notando cómo Esteban alternaba la mirada entre los dos y sonreía.

—Que la diosa Phena nos proteja —susurró Rattern cuando llegaron a la mesa del banquete macabro.

Todo continuaba de la misma forma en que ellos lo habían dejado; solo que, como era de esperar, la carne de los desdichados se encontraba en un estado peor de putrefacción.

Acto seguido, la joven se tapó la boca con la mano y reprimió una arcada. Thomas la sujetó por los hombros casi por instinto y la arrastró para fuera del lugar:

—Ya has visto bastante —le dijo, esperando alguna respuesta cortante de parte de la chica. Detrás de ellos, Esteban cerró las puertas y colocó un enorme candado de hierro.

Rattern se recostó a una pared y lo miró con unos ojos húmedos que hicieron a Thomas arrepentirse de haberla llevado hasta allí.

—¿Qué es eso? —preguntó la chica, y ya no parecía una guerrera.

—Lo que te contamos —respondió Esteban sin miramientos—, se han comido a los presos con cubiertos y todo. No fue un animal, Rattern.

Thomas le lanzó al amigo una reprimenda con mirada, la joven estaba visiblemente consternada con lo que había visto. Era más que evidente que ella no sabía nada.

—Rattern —le dijo entonces con voz suave—, necesitamos encontrar a los culpables. Nuestra ciudad no está segura.

Ella asintió.

—Yo no sé quiénes estaban con las llaves. Rebecca no me deja controlar a sus hombres y ellos solo responden a su mando. Hasta me extrañó que te diera la patrulla de la ciudad.

Aquello era peor de lo que pensaban.

—¿No sabes quiénes son los soldados de Rebecca?! —gritó Esteban—. ¿No sabes quiénes son y los has traído a nuestro reino?

La chica se enjugó las lágrimas y enderezó los hombros. Había vuelto a ser ella misma:

—Un ejército es como un pueblo —dijo—, tiene hombres honrados y hombres sin escrúpulos. El hecho de que alguien se haga soldado no elimina la posibilidad de que sea un criminal. Eso podría haber sucedido con cualquiera. Buscaremos a los responsables y los haremos pagar por esto.

—No creo que en cualquier ejército se encuentren personas que coman personas —respondió Thomas—. Si esos mercenarios van a andar libremente por Tonr, necesitamos conocer sus expedientes.

—Mi señora lucha con lo que puede. ¿Crees que podría confiar en ti o en alguno de los tonranos que durante la guerra cambiaban de bando como de zapatos? Su labor en este palacio es más importante que nosotros y, aunque lamente muchísimo lo que ocurrió, su labor en este palacio es más importante que la vida de un puñado de presos.

Pronunció la última frase sin mirarlo a los ojos, con las manos apretadas contra el cuerpo y nuevas lágrimas recorriendo sus mejillas. Thomas no sabía cómo reaccionar a aquello sin poner en evidencia su repulsión hacia Rebecca. A su lado, Esteban golpeó la pared.

Rattern salió caminando con pasos firmes. Antes de desaparecer por completo de su vista, giró la cabeza y gritó:

—¡Cuando encontremos y castigemos a los culpables, se los haré saber! ¡Mientras tanto, si dicen una palabra de lo que sucedió aquí, será considerado traición!

Capítulo 17:

Herencia mágica

1

Phylo tenía razón. Después de que Sylha aprendiera a escuchar la esencia de cualquier organismo vivo que le pusieran delante, direccionar su magia entre ellos había sido relativamente fácil. Todavía no lograba detenerse hasta que se le agotaba la reserva, pero ya no caía desmayada y, alternando entre plantas y animales, no mataba a nadie.

El anciano le había obsequiado una pequeña bolsa de cuero con un ramito de romero dentro y le había indicado que la atara a su cinto:

—Tiene magia elsseriana —había dicho—, mantendrá viva a la planta por más tiempo. De todos modos, debes sustituirla por otra al menos una vez por semana. Si cuando venga tu magia la planta está seca, no podrás utilizarla y te verás forzada a buscar otra fuente de vida.

—Comprendo. No te preocupes, estaré pendiente y no dejaré que mi reserva se llene demasiado.

No podría usar su magia para defenderse, pero para eso ella confiaba en su espada. Estaba lista para regresar a Tonr.

La joven le dio un abrazo al viejo guardián y bajó por la escalera que daba acceso a la caverna. No había vuelto a ver a Dhyem desde la tarde anterior, cuando habían conversado sobre sus antepasados aggtrianos, y el dolor que esa separación le causaba era peor de lo que ella hubiera esperado.

Cuando lo vio parado al final de la escalera, su corazón se olvidó de latir. Dhyem llevaba un traje negro, el cabello despeinado, y en los ojos azules aparecían chispas del nuevo color que, por la forma en que él pestañeaba, daba la impresión de que las estaba tratando de esconder.

Y Sylha se dio cuenta de que ya no le importaba si era dios o demonio. No le interesaba su divinidad ni sus poderes ni su rostro perfecto. Lo quería a él.

—Sígueme —pidió el dios-demonio virándose de espaldas y trayéndola de vuelta a la realidad.

«¿En qué estabas pensando?», se dijo.

La chica se mordió los labios y caminó en silencio detrás de Dhyem hasta que llegaron a la sala de armas.

—Ya tengo una espada —objetó.

Él no respondió. Anduvo hasta la loma de metal reluciente y sacó una cota de malla plateada.

—Viste eso, por favor. —le dijo—. Es el metal más resistente que tengo, fabricado con una aleación de acero y los huesos de grandes guerreros aggtrianos.

Mientras ella se ponía la cota, Dhyem se perdió de nuevo detrás de la pila de armas. Justo cuando hubo terminado, el dios-demonio regresó con tres dagas de diferentes tamaños en las manos.

—Si te gusta esa espada, puedes quedarte con ella —le dijo—. Quiero que te ates una daga a cada pierna por debajo del pantalón y la otra la coloques en tu cinto.

—Hmm, ¿gracias?

Esta vez tampoco respondió. Se acercó a ella en silencio y le revisó meticulosamente la disposición de la malla y de cada una de las armas que la joven llevaba encima. También abrió el saquito de Phylo y comprobó el estado de la planta. Cada roce de sus manos sobre la piel de Sylha era un tormento, y ella no pudo dejar de notar los diminutos puntos del color extraño que continuaban apareciendo en los ojos de Dhyem.

—Vamos —le dijo, y se marcharon a la laguna de piedras violetas.

Cuando llegaron al Bosque Azul, ya estaba amaneciendo. El olor a rocío y flores silvestres hizo que la joven olvidara por un momento la terrible sensación que la había invadido durante el viaje por el portal.

Entonces Dhyem se paró frente a ella, la miró a los ojos y le apartó un mechón de cabello que se le había escapado de la trenza. Luego le acarició la mejilla y, con los ojos teñidos por completo del color sin nombre, la besó.

Fue un beso dulce, sin prisa, con sabor a bosque y a mar. Los labios del dios-demonio exploraron su boca como si tuvieran miedo a lastimarla, al tiempo que sus manos le recorrían la espalda atrayéndola hacia él. Para Sylha fue como entrar en un mar de aguas turbulentas y querer hundirse para siempre, como si todo con lo que ella había soñado se hubiera concentrado al fin en esos labios de los que no quería alejarse jamás. Cuando gimió, los ojos de Dhyem ardieron en un fuego de aquel color extraño. Entonces el beso se volvió desesperado, urgente, como si sus propias vidas estuvieran en juego. Y, de repente, él se apartó.

Sylha sonrió, hasta que vio sus ojos pintarse de blanco.

—¿Sabes qué puede matar a un aggtriano? —preguntó él.

Definitivamente, aquel no era el tipo de conversación que ella hubiera esperado en ese momento, pero, de todos modos, contestó:

—¿Que le corten la cabeza, tal vez?

—Es verdad. Por lo general, todo lo que tiene cabeza muere cuando la pierde. —¿Aquello era una broma?—. Además de esa razón obvia, un aggtriano solo pierde la vida si lo hieren de muerte cuando tiene su reserva de magia vacía, lo cual es prácticamente imposible.

—¿Tenemos que hablar de eso ahora?

—Mientras tengas al menos una gota de magia en la reserva, nada que sea de este mundo te puede matar, de eso tu cuerpo se va a encargar solo; como sabes, te dejará inconsciente si es necesario.

Ella asintió, la dirección de aquella conversación la estaba comenzando a asustar.

—Pero ni yo ni nada que se relacione conmigo somos de este mundo —continuó él.

Sylha tragó en seco.

—Desde que nos conocimos, he estado poniendo tu vida en peligro constantemente: mis hermanos, mi esencia de vida, hasta ese beso que acabo de darte podría resultar mortal si me dejo llevar. Aunque no lo creas, nunca has estado tan cerca de morir como en estos últimos días en los que has estado junto a mí. He sido irresponsable.

—¿Qué estás queriendo decir? —preguntó la joven sabiendo la respuesta.

—Esto es una despedida, Sylha. Cuando me marche, voy a cortar el vínculo. El hechizo que rodea al palacio levantará alertas si usas tu magia, pero no detecto nada allí que no puedas vencer. Tu herencia mágica te protegerá inclusive si no lo deseas. En este momento yo soy el mayor peligro que existe en este mundo para ti, y no me perdonaría nunca si algo te sucede.

—Dhyem —susurró ella—, por favor...

—Baja a las catacumbas, encuentra la grieta que lleva hacia las cavernas antiguas y séllala de nuevo, no entres bajo ningún concepto. Vas a estar bien.

—¡Dhyem! —gritó.

—Lo siento —se disculpó él. En sus ojos, el nuevo color se había ido aclarando hasta el punto de casi desaparecer—. Confía en ti, Sylha Cabellos de Plata, te mereces una vida mejor que la que yo te puedo ofrecer.

Diciendo eso, desapareció. Y Sylha cayó de rodillas en la hierba azul sin saber cómo iría a recoger su vida de vuelta.

2

Thomas observaba a Rattern caminar de un lado para otro de la habitación como una fiera enjaulada. La joven ocupaba la sala que, en otros tiempos, había servido a los reyes de despacho; cubriendo la mesa con una montaña de documentos que iba creciendo con el paso de los días.

—La reina se puso furiosa —contaba Rattern—. ¡Hubieras visto! Enseguida ordenó una investigación y dejó bien claro que los culpables van a pagar con sus vidas.

—No te estoy preguntando sobre eso, Rattern —respondió él. Se encontraban a solas y no necesitaba disimular el tono de voz.

—De lo otro ya te respondí: los soldados que desertaron fueron enviados a cumplir misiones en las ciudades más lejanas del reino, y algunos de ellos incluso se fueron a los reinos vecinos para comunicar la reivindicación de Rebecca al trono.

—Mientes.

La chica paró y levantó la vista hacia él. No se aprobaban mutuamente y no confiaban el uno en el otro, no había motivos para disfraces.

—Rebecca hizo mal en dejarte aquí —disparó ella—. Tú y Esteban no hacen sino estorbar.

—Rattern, ¿dónde están los soldados?

—Donde te dije.

—Yo visité tres casas ayer, uno de ellos dejó esposa e hijos en Ciudad del Rey, los otros dos eran jóvenes y todavía vivían con sus padres. Ninguna de las familias sabe nada de ellos desde

hace meses. ¿No crees que, si un soldado regresa a la ciudad y lo envían a cumplir misión, lo primero que haría sería visitar a su familia?

La tarde anterior, después de redactar un informe sobre lo sucedido en las celdas para que Esteban se lo enviara a los generales, Thomas había ido a atender un proyecto que tenía pendiente: visitar algunas familias de los soldados desaparecidos y averiguar qué sabían. Todos sin distinción se encontraban igual de desinformados que él, habían supuesto que sus hijos o esposos regresarían con el fin de la guerra, pero aún estaban esperando.

—¿Qué estás insinuando, Thomas?

—Que aquí están pasando más cosas de las que cuentas. Como, por ejemplo, que la reina no duerme en su cuarto por las noches.

Rattern no respondió, en vez de eso, caminó lentamente hacia él y se le paró delante sin dejar de mirar a sus ojos. Era una chica bonita, de menor estatura que Thomas y constitución delgada; en ese momento no portaba armas. Nada de aquello impidió que el joven se sintiera intimidado al punto de necesitar un esfuerzo extra para sostenerle la mirada sin tocar su espada.

—¿Has estado siguiendo a la reina? —preguntó con una voz fría y calmada.

Thomas sentía cómo su sangre se calentaba sin que él pudiera evitarlo. Cada vez estaba más convencido de que regresar al palacio había sido un error. A pesar de haber pasado años conviviendo con un consejo real compuesto por viejos hipócritas, el arte de la diplomacia no era lo suyo. Él era un soldado, y su lugar estaba en el campo de batalla, no dentro de una sala jugando a las mentiras con Rattern. De cualquier forma, mintió:

—Todo el palacio comenta sobre las salidas de la reina, al parecer ella no se preocupa por esconderse.

La joven relajó los hombros y caminó hacia la mesa.

—Recuerda que antes de ser reina Rebecca era sacerdotisa, no es de extrañar que le guste la noche. Además, ya te expliqué que tenemos un problema mayor aquí en Tonr, y mi señora se está ocupando de él.

—Un problema mágico, supongo.

Era la primera vez que se atrevía a preguntarle sobre el asunto a Rattern.

Ella asintió.

—¿Tiene que ver con la niebla en las catacumbas? —continuó Thomas acercándose a la chica.

—¿Has bajado a las catacumbas?

—Claro —reconoció él, no había motivo para negar algo tan natural como visitar las tumbas.

—Entonces sabrás que la niebla no vino con nosotros, ya estaba aquí.

—Eso no responde a mi pregunta.

Rattern suspiró, se veía tan cansada que al joven le entraron deseos de abrazarla.

«No te equivoques, Thomas —se dijo—, esa chica es un arma mortal».

—Comenzó hace un año —contó ella—. Mi señora recibió una invitación para reunirse con otras sacerdotisas de la diosa Phena que pertenecían a diferentes reinos. Hasta el momento nunca habíamos tenido noticias de que otras razas también le rindieran culto a Phena, imagínate la alegría que sentimos. Además, a pesar de su juventud, Rebecca era como una madre para todas

nosotras; y saber que su trabajo había sido reconocido nos llenó de orgullo. Cuando regresó, no parecía ella. Se comportaba de una forma extraña con nosotras y comenzó a pasar cada vez más tiempo aislada en su cuarto.

La chica se sentó sobre la mesa apartando la columna de papeles hacia un lado. Thomas permaneció en silencio.

—Entonces —continuó Rattern—, una noche nos llamó. Nos contó que el mundo tenía una herida terrible bajo el palacio de Tonr y que, por algún motivo que nadie sabía, esa herida se había abierto. Ella había sido instruida sobre cómo cerrarla, pero no lo lograríamos sin grandes sacrificios.

—Y comenzaron a planear la toma de la ciudad.

—El mundo se está muriendo, Thomas, y solo mi señora lo puede resolver. Su sacrificio será mayor que el de todos nosotros.

—¿Y de dónde salieron los mercenarios? No creo que un pequeño templo tenga dinero para financiar una guerra.

—La organización secreta que contactó con Rebecca le ofreció el dinero, habían decidido que ella era la candidata perfecta por causa de su linaje real, lo cual ella había mantenido escondido hasta ese momento, ya que nunca tuvo intenciones de reclamar el trono. Fueron ellos mismos quienes le mostraron los hechizos que necesitaría. Rebecca es humana, no tiene magia.

Él no comprendía cómo una humana podría invocar hechizos, pero decidió aceptar la explicación por el momento.

—¿Y mi padre qué papel juega en todo esto?

—Tu padre recibió una buena cantidad de dinero también, fue él quien convenció al consejo y planeó el último ataque para que tus hombres y tú estuvierais lejos cuando llegáramos.

La historia comenzaba a encajar. Sin embargo, él continuaba sin aceptar que hubieran llenado la ciudad de mercenarios.

—Eso no explica la desaparición de los soldados y, definitivamente, no justifica tener a esos criminales por aquí.

—Lo sé, estoy tratando de lidiar con eso de la mejor forma que puedo. Pero si tú viste la niebla sabes que te estoy diciendo la verdad. La herida está dentro, Thomas, y ninguno de nosotros puede atravesar la niebla para curarla, solo ella recibió el hechizo. ¿Crees que puedas ayudarme hasta que este asunto termine? Te prometo que después resolveremos los problemas del reino juntos.

Él le miró a los ojos, la chica no parecía estar mintiendo, por el contrario, se notaba que al contarle la verdad se había quitado un peso de los hombros.

—Te ayudaré —respondió Thomas, y el juramento que se había hecho a sí mismo de guardarle el trono a Sylha se convirtió en una bola de fuego.

Sylha se había acercado al palacio por el lado derecho del muro, a una distancia segura de la puerta del jardín para que los guardias que la custodiaban no la vieran. Esta vez no tenía a Dhyem para cambiar el color de su cabello y, cuanto más lograra acercarse al portón sin que la notaran, mayor ventaja le sacaría al elemento sorpresa. La posición de los soles a esa hora de la mañana hacía que cualquiera que se encontrara en el portón y mirara en su dirección quedara cegado por el resplandor, y la joven contaba con eso para pasar desapercibida durante la mayor parte del trayecto.

El beso del dios-demonio todavía flotaba sobre sus labios y todo lo que había sucedido en los últimos cinco años ahora no pasaba de mera ensoñación. Los recuerdos se habían vuelto grises sombras donde las pesadillas ya no parecían tan horribles y los viajes se enredaban en un extraño camino que había estado llevándola todo el tiempo hacia él. Lo peor era que, ahora que Dhyem se había marchado, Sylha sabía que pasaría sin dudar por todo de nuevo, porque cada segundo de dolor había valido la pena y porque, por un beso como aquel, entregaría su vida sin pensarlo.

Cada cierto tiempo la exprincesa de Tonr se tocaba los labios con la punta de los dedos, cerraba los ojos y volvía a sentir el roce de su boca.

En su mente, el vínculo roto había dejado un vacío. Él se había ido y, a pesar de saber que no lo volvería a ver, la joven continuaba buscándolo.

Sin embargo, continuaba siendo la heredera de Tonr y tenía una responsabilidad que no dejaría de lado. Con el corazón partido y el orgullo por el suelo, había atravesado la niebla, había calculado su plan y estaba lista para comenzar su lucha. Ya tendría tiempo para llorar, ahora necesitaba salvar al mundo.

Tal y como había planeado, los soldados no la vieron llegar y, para el momento en que notaron su presencia, la joven ya estaba lanzándose sobre ellos espada en mano.

—¡Alto! —gritó uno de los hombres al tiempo que desenvainaba la propia espada y se enfrentaba a Sylha.

Ella no reconoció a ninguno de los dos y, por suerte, no parecían tonranos.

«Mejor —se dijo—, matar mercenarios no va a pesar mucho en mi conciencia».

El combate no le exigió mucho esfuerzo. En poco tiempo resultó evidente que el único entrenamiento que aquellos hombres habían recibido era el que la propia vida les había ofrecido y, contra una chica delgada como ella, apostaban todo a la fuerza bruta. De todos modos, necesitaba matarlos antes de que dieran la voz de alarma. A esas alturas ya se habían dado cuenta del color de su cabello y, si alguno de ellos escapaba, las cosas se le podrían poner difíciles.

Luego de enterrar su lámina en el abdomen del primero, la joven esquivó un ataque proveniente del otro guardia, sacó la daga del cinto y se la clavó en una de las piernas. Cuando el hombre cayó al suelo, le cortó la garganta con la espada y volvió a guardar la daga.

—Lo siento —les susurró a los cadáveres mientras los arrastraba jardín adentro. Si los encontraban demasiado rápido, sonarían las alarmas.

Después corrió por el jardín y buscó la escalera de las catacumbas. Cuando bajó, llamó a Dhyem:

«¿Estás ahí? —Ella sabía que el vínculo había sido cortado, pero no costaba nada intentar—. Si

esto es una broma, ya puedes terminarla, has ganado».

Nada.

«¡Demonios!», pensó, apretando la mano alrededor de la bolsita que contenía la planta como si fuera un amuleto.

Los túneles de las catacumbas eran largos y extraños; siendo los únicos caminos rectos aquellos que conectaban con las cuatro puntas del palacio, como el que ella había utilizado para ir a la cocina algunos días atrás. El resto estaba lleno de tantas curvas y desvíos que recorrerlos completamente podría tardar horas.

Sylha no tenía ni idea de dónde podría estar la entrada de la grieta, había decidido que comenzaría por el centro y luego se iría alejando en círculos hasta encontrarla.

«Esto me puede llevar un buen tiempo —se dijo—, y esperemos que la maldita grieta esté en un lugar visible porque, si le pusieron una tumba encima, no la voy a encontrar nunca».

Pero primero necesitaba hacer otra cosa. La entrada principal a las catacumbas quedaba en la parte del frente del palacio y era allí donde se guardaban las antorchas ya preparadas para que los nobles que bajaban a prestar tributo las pudieran utilizar.

Por más que Sylha se conociera bien aquellos túneles, no encontraría la grieta sin un poco de luz y no era nada agradable recorrer las tumbas a oscuras. La joven debía tomar el camino lateral que la llevaría a la parte frontal del palacio para luego girar a la derecha hasta la entrada principal, de esa forma evitaría las tumbas.

Justo en el momento en que dio el primer paso, una fuerte explosión estremeció el castillo.

4

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Rattern corriendo hacia la ventana.

—Creo que vino de abajo —respondió Thomas.

La explosión había sacudido al palacio como si las paredes fueran de papel. A simple vista, fuera de algunas ranuras en la pintura, no parecía haber causado daños considerables; pero tendrían que revisar los pilares en las catacumbas.

—Tengo que ver si Rebecca está bien —dijo la chica ajustándose la espada en el cinto. Luego giró la cabeza hacia él—: Thomas, si tienes algo que ver con esto, te juro que...

—¿Por quién me tomas? Yo soy un soldado, Rattern, no un asesino cobarde.

«A diferencia de ustedes, que mandaron a sus hombres a morir», pensó.

—Nunca colocaría las vidas de tantas personas en riesgo. Además, este es el hogar de Sylha, ¿recuerdas?

Cuando terminó de hablar, los hermosos ojos de la chica brillaban de odio:

—Acompáñame —ordenó.

Encontraron a Esteban a mitad de camino intentando calmar a los empleados del palacio mientras les pedía que regresaran a sus labores. El joven los miró con el ceño fruncido, y Thomas movió ligeramente la cabeza en señal de negación.

—Ven con nosotros —le pidió al amigo—, tenemos que averiguar qué sucedió en las catacumbas.

En ese momento llegó la segunda explosión.

Las enormes ventanas de cristal estallaron con la vibración lanzando una lluvia de vidrio sobre el pasillo. Varias de las doncellas resultaron heridas, y Thomas vio un pequeño corte en la mejilla de Rattern.

—Estoy bien —disparó ella antes de que él la tocara—. Creo que es mejor que les pidan a todos que abandonen el palacio. Hasta que descubramos lo que está pasando, no es seguro que se queden aquí. Este lugar se puede venir abajo de un momento a otro.

Entre los tres, ayudaron a los empleados a levantarse del suelo y les pidieron que transmitieran las instrucciones al resto. Luego bajaron corriendo las escaleras y salieron en dirección al salón real.

Por el camino no se cruzaron con un solo soldado de la reina, pero Thomas pensó que no era buen momento para hacer una observación al respecto.

—Por Phena —susurró Rattern al llegar al salón real y encontrarlo vacío—. Espero que Rebecca no haya estado en el lugar de la explosión.

—Bueno, puedo asegurarte que no está en su habitación —dijo Esteban.

—¿Y tú cómo sabes eso?

El joven se rascó la cabeza y Thomas intercedió:

—Lo importante ahora es bajar a las catacumbas y descubrir qué sucede. Si la reina se encuentra por allá, puede estar en peligro.

En realidad, a pesar de la historia que le había contado Rattern a él, continuaba sin gustarle la reina y no le importaba para nada que estuviera en peligro, pero debían bajar a las catacumbas y aquella fue la mejor forma que se le ocurrió de convencer a la chica.

—De acuerdo —aceptó ella—, busquemos en las catacumbas.

Capítulo 18:

Las catacumbas

1

Sylha intentó mover la piedra y dio un grito de dolor. Como no veía nada de lo que tenía delante, la joven estiró las manos hasta tocar la enorme roca que le había caído encima con la segunda explosión.

—¡Demonios! —se dijo—. Bien que me hacía falta una ayudita ahora.

Después de la primera explosión, la entrada oeste a las catacumbas había quedado bloqueada por una montaña de escombros que también impedía el camino de los rayos de sol, dejando al lugar más oscuro de lo que ya era y al aire difícil de respirar. De todas formas, la joven había continuado con su plan de hacerse con alguna de las antorchas de la entrada principal, pero, cuando la tierra se sacudió de nuevo, terminó tirada en el suelo con una pierna rota.

«Y aplastada —pensó—. Una pierna rota y aplastada por una roca que de seguro pesa dos veces más que yo».

Haciendo caso omiso al dolor, Sylha usó sus dos manos para empujar la roca. A lo lejos el túnel continuaba desmoronándose y el sonido de las paredes colapsando no hizo sino dejarla aún más nerviosa.

—Al menos ya sé para dónde debo ir. Es solo seguir la dirección de las explosiones. Si Dhyem dice que nada me puede lastimar, pues debe ser verdad, ¿no? Bueno, en realidad dijo que nada me puede matar, nadie habló de lastimar. ¡Maldito demonio!

Intentó de nuevo.

Esta vez la piedra tampoco se movió.

—Dhyem —llamó—, este es un buen momento para aparecer.

El dolor comenzó a abandonarla a los pocos, pero aquello la preocupó todavía más, pues representaba un síntoma peor: se le estaba empezando a entumecer la pierna. Y para colmo continuaba sin ver más allá de su nariz, aquel lugar había quedado más oscuro que la cueva de Dhyem.

Eso le recordó una cosa. Podría ser algo tonto, pero no perdía nada con probar. Sylha cerró los ojos, calmó los latidos de su corazón y susurró:

—Ignigon.

Al principio no sucedió nada, pero, luego de realizar un esfuerzo tremendo por borrar cada uno de sus pensamientos y repetir la palabra varias veces, un delgado rayo de luz blanca bajó desde el techo del túnel hasta ella.

—¡Guau! Parece que no hace falta ver la luna para que el hechizo funcione, ¡y ni siquiera es de noche!

La luz de luna iluminó su cuerpo por completo y, de repente, la roca ya no estaba tan pesada. Sylha empujó la roca con una sola mano y se miró la pierna. Cuando trató de moverla, gritó de nuevo.

Junto al dolor, la joven sintió algo extraño, como un susurro que venía de la pequeña bolsa de cuero, entonces se dio cuenta de que su magia quería curarla y recordó las palabras de Dhyem.

—Está bien —se dijo—, solo un poco.

Ella sabía que una vez que comenzara no podría parar hasta agotar su reserva de magia, pero esperaba no necesitarla más durante ese día y, de todas formas, sin caminar no podría hacer mucho. Así que se concentró en la esencia de la planta y dejó que su magia se liberara.

2

Las escaleras de la entrada principal estaban destruidas y los jóvenes tuvieron que bajar saltando escombros para llegar a las catacumbas. En varias ocasiones Thomas se sintió tentado a tenderle su mano a Rattern para ayudarla a pasar entre las rocas, pero un mirada de la chica bastó para convencerlo de que sería una pésima idea. Esteban intercalaba la vista entre ellos dos y reía para sí, lo cual dejaba las cosas más incómodas de lo que ya eran.

Una vez adentro, descubrieron que la mayor parte de las paredes y el techo de los túneles se habían venido abajo con las explosiones, convirtiendo el lugar en un laberinto de cavernas.

—Hay rastros de actividad reciente —se extrañó Thomas, quien nunca utilizaba esa entrada para bajar a las catacumbas.

—Si había personas en el momento de las explosiones, puede que hayan quedado atrapadas —señaló Esteban.

—Rebecca —susurró Rattern y se desprendió a correr.

Los muchachos se miraron y salieron detrás de ella. A pesar de ser una chica, Rattern corría muy rápido y esquivaba obstáculos con una agilidad sorprendente, no tardó mucho en dejarlos atrás.

—¡Rattern, espera! —gritó Thomas.

—Ten cuidado, Thomas —le advirtió Esteban cuando se quedaron solos—. Las mujeres como ella son peligrosas.

—No sé de qué estás hablando —se defendió él mientras giraba el cuerpo para pasar entre dos rocas. Llevaban una antorcha cada uno y disponer tan solo de una mano libre para apoyarse dejaba el recorrido más difícil.

—Tú sabes muy bien de lo que estoy hablando, ¿crees que no noto cómo la miras? A estas alturas ella lo debe saber también y, créeme, lo debe estar usando a su favor. La maldita es bonita, pero no llegó a donde está por boba.

Thomas no respondió. Realmente, no sabía a qué se refería su amigo. Él odiaba a Rattern, la chica había colocado una impostora en el trono de Sylha. Si la trataba era porque necesitaba

disfrazar sus verdaderos motivos para regresar al palacio y, bueno, ahora estaba la historia de la herida en la tierra que debían resolver juntos antes de...

«¡Demonios! —pensó—. Esteban tiene razón, no puedo creer una palabra más de lo que me diga».

En ese momento escucharon el inconfundible sonido de un encuentro de espadas que llegaba desde el túnel por donde habían visto entrar a Rattern antes de que la perdieran de vista. Los jóvenes se miraron, y Thomas corrió más rápido, sintiendo cómo el miedo le helaba las piernas al tiempo que se preguntaba si estaba más preocupado por ella o por quien fuera que la estaba enfrentando.

Por suerte, las catacumbas continuaban tan oscuras que seguir el rastro de luz de la antorcha de la chica no fue complicado. A medida que llegaba el sonido se hacía más fuerte y a cada encontronazo las paredes del lugar retumbaban como si se fueran a desmoronar. Esteban le seguía los pasos.

Cuando llegaron, pararon los dos al mismo tiempo, y Thomas dejó caer su antorcha al suelo. Por lo visto, no le haría falta.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Esteban.

—No puede ser —susurró Thomas restregándose los ojos sin poder creer lo que estaba viendo.

Porque delante de ellos, batiéndose con Rattern y brillando de pies a cabeza, estaba el fantasma de Sylha.

3

A pesar de la oscuridad, Sylha había reconocido el rostro de su amiga y sabía que con la luz de luna iluminando su cuerpo Rattern también debía haberla identificado a ella. Sin embargo, la chica tiró la antorcha contra una roca, desenvainó la espada y comenzó a atacarla sin darle tiempo de decir una palabra.

«Supongo que no fue solo Thomas», se lamentó Sylha al darse cuenta de que su antigua amiga vestía el uniforme negro con la estrella roja.

Y se defendió.

Ella no recordaba que Rattern fuera muy asidua a los entrenamientos con el maestro de armas del palacio. Cuando eran niñas, la joven prefería utilizar su tiempo en labores de jardinería y, aunque la esgrima era una materia obligatoria para todas las chicas nobles de Tonr, nunca fue muy ducha con la espada.

Sin embargo, allí estaba la pequeña Rattern, peleando con una técnica mejor que muchos de los soldados que ella había conocido y contrarrestando todos sus esfuerzos por ponerle un fin rápido a aquella lucha.

«Nunca supe qué fue de tu vida —pensó—, pero tienes cara de haber sufrido mucho».

Rattern corría sobre las piedras y embestía con movimientos perfectos desde diferentes ángulos, Sylha frenaba uno a uno los ataques de su oponente mientras la observaba boquiabierto y trataba de adivinar su punto débil. Cuando perdía terreno, la exprincesa de Tonr pasaba a la

ofensiva con cuidado de no lastimar demasiado a su amiga en caso de que su espada se abriera camino hasta ella y buscaba flancos que incapacitaran a la chica sin matarla.

Pero Rattern, evidentemente, no tenía el mismo propósito, lo cual dejaba el combate desigual y estaba comenzando a agotarla.

«Está atacando para matarme».

Después de curarse la pierna, había vaciado su reserva de magia involuntariamente y, con lo poco que la planta le había ofrecido, la joven dudaba que pudiera recuperarse si recibía una herida fatal. Tenía que sobrevivir al menos unas horas más por cuenta propia antes de poder usar su magia de nuevo.

En eso, dos nuevas luces aparecieron por uno de los túneles: dos soldados vestidos de negro con sendas antorchas que también lanzaron al suelo; llevaban el uniforme de la nueva reina y, al pasar por su lado, Sylha reconoció sus rostros.

—Thomas —dejó escapar al tiempo que se agachaba para evadir un ataque de Rattern.

Él la miró sin moverse, con una mezcla de sorpresa y espanto en el rostro. El joven que venía a su lado se llamaba Esteban, Sylha no recordaba el nombre de su familia, pero cuando niños lo había visto a menudo haciendo travesuras junto a Thomas.

La espada de Rattern pasó peligrosamente cerca de su abdomen, y Sylha se vio obligada a volver a enfocarse en la pelea, pero no pudo evitar que el dolor de saberse traicionada comenzara a abrir un agujero en su pecho. Aquellos eran sus amigos y en todos los años que la joven pasó viajando siempre imaginó que sería los primeros en alegrarse cuando regresara.

«Menuda bienvenida», se dijo y atacó con más fuerza.

—¿Sylha? —preguntó entonces Thomas dando un paso hacia delante—. ¿Eres tú?

—No es ella —gruñó Rattern defendiéndose de la ofensiva.

Cuando logró llegar suficientemente cerca de la amiga, Sylha le dio un golpe con el codo y la tiró al suelo de una patada, luego le pisó la mano que sostenía la espada y gritó:

—¡Claro que soy yo, imbéciles! ¿Quién más podría ser?

—¡Mentira! —dijo Rattern—. La princesa Sylha murió hace cinco años. No sé quién eres, pero no nos vas a engañar.

Thomas y Esteban habían desenvainado sus espadas y se estaban acercando a ella.

Sylha apagó la luz de luna con el pensamiento sin muchas esperanzas de que funcionara, pero dio resultado. Sin el brillo blanco, quedaron a merced de las luces amarillas de las tres antorchas en el suelo.

—Soy yo, Thomas —susurró soltando su espada y caminando hacia él—. Soy yo.

El joven comenzó a temblar:

—Sylha.

—¡No es ella! —disparó Rattern poniéndose de pie de un salto.

—Rattern —dijo Sylha mirando a la amiga—. ¿Todavía guardas las semillas que descarta el jardinero para plantarlas a escondidas en la noche?

—Cualquiera puede averiguar eso —respondió la chica—, existen magias para robar memorias.

Ella se acercó a Thomas, estiró una mano y le apretó el puño que sostenía la espada:

—Cualquiera que hubiera robado mis memorias no tiene cómo saber que algunas noches regresabas a la niebla para pedirme perdón. Yo estuve ahí, Thomas, viendo cómo sufrías y sin poder hacer nada, pero quiero que sepas que nunca fue tu culpa. Aun así, si te sirve de algo, te perdoné desde el primer día.

El muchacho soltó la espada y la tomó por los hombros; luego, con los ojos llenos de lágrimas, la abrazó. Y ella enterró la cabeza en su pecho dándose cuenta por primera vez en muchos años de cuánto había necesitado aquel abrazo. Cerró los ojos y, esta vez, sintió que de verdad había regresado a casa.

4

Thomas dejó que el olor de los cabellos de Sylha se llevara todas las dudas que le quedaban. A pesar de los años, él nunca olvidaría aquel aroma a flores secas que tanto había extrañado. Era ella. Era Sylha Cabellos de Plata, su princesa perdida; y estaba, al fin, entre sus brazos.

Ella también lloraba, y el joven hubiera dado su vida por borrar aquellas lágrimas, por arrancar de raíz todo el dolor que su amiga había pasado y reponerle una a una sus pérdidas. Hubiera querido decirle que todo estaba bien, que su pueblo la esperaba y el reino estaba a sus pies, pero no era cierto: el trono había sido ocupado por una completa extraña, los tonranos la creían muerta y el palacio se estaba cayendo en pedazos.

—Disculpa, Sylha —le susurró al oído—. Traté de proteger tu trono el mayor tiempo que me fue posible. Te he fallado.

Entonces ella le sonrió, y Thomas supo que por esa sonrisa podría enfrentar toda la oscuridad del mundo. La princesa se alejó de sus brazos y dijo en voz alta:

—Soy yo quien les debe una disculpa. Cuando entré en la niebla aquella noche, fui egoísta.

Rattern se acercó, tenía los ojos encendidos en llanto:

—¿Disculpas?! —gritó—. ¿Te desapareciste durante cinco años y ahora pides disculpas?

—Rattern —llamó Thomas.

—¿Nos echaron la culpa, Sylha! —siguió la chica—. A cada uno de los que estábamos contigo aquella noche nos culparon por lo que pasó. ¿Sabes cómo se siente que tu familia te desprecie por haber perdido a la heredera? Me tiraron en el lugar más apartado de Tonr sin más nada que la ropa que llevaba puesta.

—Lo siento —dijo Sylha.

Rattern escupió en el suelo, y Thomas se interpuso entre ella y la princesa.

—El reino giraba en torno a ti, alteza —disparó Rattern—. Cuando te fuiste de paseo, todo se desmoronó.

Sylha colocó una mano sobre el hombro de Thomas y lo apartó con cuidado. A una señal de él, Esteban preparó la espada y se colocó detrás de Rattern.

—Tienes razón —dijo la princesa—, pero yo no me alejé porque quise. Llevo cinco años buscando el camino de regreso.

—Lo importante es que estás aquí —intervino Thomas—, ahora lo arreglaremos todo. Puedes contar conmigo.

—Y conmigo —señaló Esteban y juntos miraron a Rattern.

—Pues conmigo no, yo sirvo a una nueva reina.

Tanto él como su amigo se pusieron en guardia y le apuntaron a la chica con sus espadas, pero Sylha se las apartó con la mano:

—No vengo a reclamar el trono y no te pido lealtad. Tenemos un problema mayor.

Capítulo 19:

Ejército de monstruos

1

—Yo propongo comenzar por el centro —dijo Sylha después de escuchar la explicación de Thomas y complementarla con lo que ella misma sabía sobre la situación. Todo eso sin dar muchos detalles sobre la naturaleza de su magia ni sus encuentros con Dhyem.

Al parecer, la nueva ocupante del trono había sido avisada sobre la grieta que se abría bajo el palacio de Tonr y, aunque nadie conocía la verdadera causa del desastre, todos concordaban en que lo mejor sería encontrar la grieta y sellarla de una vez por todas.

Solo Rattern había permanecido callada durante la discusión, lanzándole miradas esporádicas a Thomas y tocando cada cierto tiempo la empuñadura de su espada.

—No podremos llegar al centro —respondió Thomas—, la última vez que bajé a las catacumbas la niebla impedía el camino.

—Yo puedo hacerlo —le recordó ella—. Si se trata de la misma niebla que rodea al Bosque Azul, me dejará pasar.

Él asintió.

—Nosotros te acompañaremos hasta llegar allá.

—¿No vas a contarnos dónde te escondiste durante cinco años, alteza? —preguntó Rattern.

—Es una larga historia y tenemos poco tiempo, después de resolver el insignificante problema del fin del mundo estaré más que dispuesta a compartirla con ustedes.

La mirada de odio en los ojos de su antigua amiga lo decía todo: no le creía, pero se mantendría cerca de ellos hasta descubrir la verdad.

Sylha se levantó de la roca donde había estado sentada y esperó a que los muchachos recogieran sus antorchas. A pesar del rechazo de Rattern, ver a sus amigos convertidos en adultos la había llenado de orgullo. Claro que ella hubiera preferido ahorrarles tanto dolor, pero ese dolor había transformado a su amiga de una niña mimada en una guerrera excelente y, lo más importante, una mujer independiente de criterios propios, algo tan difícil de lograr entre los nobles de Tonr. Y Thomas, ¿qué decir de Thomas?, el joven conservaba el mismo brillo en los ojos y el mismo rostro bonito que ella recordaba; pero no era más un niño, sino un hombre encantador.

«No pudimos crecer juntos —pensó con nostalgia—, pero aquí estamos de nuevo».

En eso, un grupo de soldados cuyas sombras cubrió la entrada del túnel donde se encontraban llegaron corriendo hasta ellos. Cuando la luz iluminó sus rostros, los chicos se encontraron de

frente con una tropa de mercenarios encabezados por un hombre alto y corpulento que se separó del grupo y se les acercó.

—La princesa viene con nosotros —exigió.

Thomas y Esteban desenvainaron las espadas al mismo tiempo, y Rattern dio un paso al frente:

—¿Qué significa esto? —preguntó la chica con voz de quien estaba acostumbrada a lidiar con aquel tipo de sujeto—. ¿Dónde está Rebecca?

El hombre sonrió y, junto con el brillo de un diente de oro, a Sylha le pareció ver algo extraño en su boca, como si la imagen no encajara del todo con la constitución de su rostro.

«Debe ser el resplandor de las antorchas», se dijo.

—La reina ha dado órdenes de capturar a la princesa Sylha y llevarla con ella, viva, claro está.

—Hubo dos explosiones aquí abajo —continuó Rattern—. Necesito saber qué sucedió y si Rebecca se encuentra a salvo.

Por la forma en que la chica le hablaba al mercenario, resultaba evidente que, a pesar de tener la repulsión a flor de piel, no se sentía amenazada. El sujeto soltó una carcajada grotesca y se acercó a Rattern; le llevaba el doble de altura, y la joven necesitaba levantar considerablemente la cabeza para mirarlo a los ojos. Aun así, no había ni una sola señal de miedo en ella.

—Como te dije —respondió el soldado—, Rebecca está bien, está esperando a que le llevemos a la princesa.

—Dime dónde está y nosotros mismos escoltaremos a la princesa Sylha hasta ella.

—Creo que no me has entendido...

No terminó de hablar. En un instante, y sin desviar la mirada, Rattern lo había atravesado con la espada.

—No recibo órdenes de ti —escupió.

Antes de que el resto de los soldados reaccionaran, los cuatro jóvenes formaron un círculo y se prepararon para el combate.

—Gracias —susurró Sylha.

—No lo hice por ti —dijo su amiga—. A propósito, me gustaría saber cómo te localizaron tan rápido.

—Utilicé mi magia para curar una herida. Supongo que disparé las alarmas del hechizo que rodea al palacio.

Los primeros mercenarios habían llegado hasta el círculo y las espadas comenzaron a chocar. Sylha calculó una docena de ellos. Si los muchachos eran tan buenos como Rattern, no deberían tener problemas para derrotarlos.

—¿Magia? ¿Hechizo? ¿Después podrías explicarnos mejor todo eso? —preguntó Thomas a su lado.

—Por supuesto.

Como pensó, los primeros mercenarios cayeron rápido; los que les siguieron luchaban mejor, pero continuaban siendo inferiores a sus compañeros y ella. Sylha le cortó la garganta a uno mientras bloqueaba otro ataque con la espada.

Y, en medio de todo, Esteban gritó:

—Por los dioses, ¿qué les está sucediendo a los cuerpos?

2

Thomas demoró para mirar abajo. Cuando Esteban gritó, él tenía tres mercenarios encima y un ojo puesto en la princesa. Sylha combatía bien, pero eso no significaba que podría dejarla sin vigilancia. Ahora que la había recuperado no pensaba perderla nunca más. Eso sin contar que de cierta forma se sentía responsable por haber arrastrado a Rattern hasta allá y también le preocupaba la chica.

«Ella pelea mejor que tú, idiota —se dijo—, concéntrate en lo tuyo».

—No puede ser —exclamó Rattern.

Entonces miró y le hubiera gustado no haberlo hecho.

Los mercenarios caídos habían ido formando un círculo alrededor de ellos. Thomas estaba tan acostumbrado a pisotear cadáveres que hasta ese momento no había necesitado fijarse en dónde iba colocando sus pies, pero, ahora que lo hacía, el joven se daba cuenta de que aquellos no eran hombres normales, ni siquiera sabía si eran hombres de verdad.

No sucedía con todos, o al menos no al mismo tiempo. En realidad, los peores cadáveres eran los que llevaban más rato muertos, pero el tema era que la piel del rostro se les había desfigurado por completo, adquiriendo un color cenizo y desprendiéndose por varios lugares como retazos de tela vieja. Lo mismo ocurría con los brazos que, además, habían perdido su musculatura.

Un grito de la princesa lo obligó en regresar a la batalla. Sylha tenía una mano en el abdomen y con la otra continuaba luchando contra un sujeto que debía pesar el doble que ella. Thomas remató a sus oponentes y se giró para auxiliarla, pero la princesa le sonrió:

—¿Quién iba a decir que una cota de malla aggriana soportaría el filo de una espada sin romperse?

El joven no tenía ni idea del significado de aquellas palabras, pero interpretó que la princesa estaba bien. Mató a dos mercenarios más y volvió a mirar cómo sus cuerpos se convertían en monstruos.

Quedaban pocos.

A su lado, Rattern luchaba con una furia que no era natural en ella. Su combate, normalmente caracterizado por una técnica fría, se había vuelto impetuoso.

«Se siente herida —pensó él—, traicionada por su propio ejército».

Al parecer Esteban y Sylha también se dieron cuenta porque, cuando sobró solo un mercenario, se hicieron a un lado y le dejaron el camino libre a Rattern para matarlo.

—Son narthim —dijo entonces Sylha—, asesinos carroñeros que se comen a sus víctimas para robar sus recuerdos.

Rattern limpió la espada ensangrentada en su ropa y la guardó, luego se colocó al lado de la princesa, quien en ese momento tenía una daga dentro de la boca de uno de los cadáveres y la utilizaba para examinarle los dientes.

Thomas sabía lo que era un narthim.

—Eso explica el incidente en las celdas —dijo—, pero ellos no tienen magia, o al menos no tienen más magia que la que les permite obtener recuerdos de los muertos. ¿Cómo cambiaron su apariencia?

—Una mezcla de razas, ¿tal vez? —sugirió Esteban seguramente pensando en los tristanos.

Sylha se levantó del suelo y negó con la cabeza:

—No se hereda dos magias en las mezclas. Alguien más les ha cambiado la apariencia a estos soldados; y me atrevería a decir que es alguien poderoso, no se mantiene un ejército entero bajo hechizo así como así.

—Rebecca —dijo Thomas.

—¡No! —cortó Rattern—. Conozco a Rebecca desde hace cinco años. A ella también la deben haber engañado. Nosotras fuimos juntas a contratar a los mercenarios, nos mintieron a las dos para entrar en nuestro reino.

Nadie le respondió, pero Thomas sabía que los otros no estaban tan seguros de que la nueva reina fuera inocente.

—Por Phena —susurró Rattern—. ¡Rebecca debe estar en peligro!

Thomas suspiró, tenía la respuesta en la punta de los labios cuando la princesa le indicó con un gesto que permaneciera callado.

—Vamos al centro —ordenó Sylha—, no tenemos tiempo que perder.

Esta vez Rattern no respondió, se colocó al frente del grupo y pasó sobre los cadáveres con cuidado de no pisar en ellos. Luego exclamó:

—¡Demonios!

—¿Qué sucede? —preguntó Sylha y la chica señaló al frente con la mano.

3

Con la oscuridad de las catacumbas resultaba difícil calcular cuántos mercenarios narthim había a la entrada del túnel, pero parecían muchos y, a juzgar por la velocidad con la que se movían, llegarían hasta ellos en cuestión de segundos.

—Son demasiados —dijo Thomas detrás de ella—, incluso para nosotros.

Sylha asintió, no podrían enfrentarlos a todos.

—Debemos huir por el otro lado.

—El otro lado no conduce al centro —repuso Esteban.

—Existen varios caminos para llegar al centro —respondió ella.

«Y yo me los conozco todos», pensó.

—No sé si se han dado cuenta —dijo entonces Rattern—, pero ya no están disfrazados.

Sylha levantó una mano para tapar la luz de la antorcha y poder mirar mejor. Su amiga tenía razón, lo que se estaba acercando era un maldito ejército de monstruos.

—¡Dejen las antorchas! —pidió—. Necesitaremos las dos manos para correr si queremos impedir que nos alcancen.

—¿Y cómo veremos en lo oscuro?

—Yo me encargo de eso.

Cuando salieron del túnel, ella llamó a la luz de la luna, que nuevamente iluminó su cuerpo convirtiéndola en una lámpara viva.

—Realmente —dijo Thomas a su lado—, un día tienes que contarme de tu viaje.

«Y de Dhyem —pensó ella y un escalofrío recorrió su cuerpo— y de cómo me enamoré de un dios».

Desde la primera explosión, Sylha había estado demasiado ocupada intentando sobrevivir para detenerse a pensar en la conversación con Dhyem. Pero lo extrañaba, ¡demonios!, lo extrañaba tanto que a cada paso que daba se sorprendía imaginando sus ojos de arcoíris y su risa viniendo de cada túnel de las catacumbas. La idea de no verlo nunca más no se atrevía a entrar en su cabeza y daba vueltas a su alrededor como una mariposa negra que, mientras más ella trataba de espantar, con más fuerza regresaba.

La luz de luna resultó mucho más útil de lo que ella había esperado, no solo los mantenía iluminados sin necesidad de las antorchas, también dejaba cada roca que Sylha tocaba con el peso de una mota de algodón. En poco tiempo ella asumió la delantera y comenzó a despejarles el camino a los muchachos.

Pero no era suficiente y al cabo de un rato se escuchó la voz de Esteban advirtiéndolo:

—Se están acercando.

Ella no quería hacerlo, pero miró hacia atrás y, por un instante, las rodillas le fallaron. El ejército de narthim avanzaba detrás de ellos como un enjambre de hormigas hambrientas.

«Y nosotros somos la comida», pensó.

—¡Vamos! —gritó Thomas—. ¡Más rápido!

Y los chicos corrieron con todo lo que sus piernas fueron capaces de soportar. Saltando huecos y rodeando piedras, con las respiraciones agitadas, detrás de su princesa iluminada por la luna y sin mirar atrás. Hasta que, al cruzar un túnel, tropezaron con la niebla.

Sylha no percibió que sus amigos se habían quedado detrás, entró corriendo en la niebla sin pensarlo y, una vez dentro, se dio cuenta de que estaba sola. Entonces volvió a salir y los vio allí parados, con los rostros contraídos y las espadas desenvainadas.

«¡Demonios! —pensó—. No se atreven a pasar».

—Vamos a intentarlo —les dijo—, les daré la mano y los entraré uno por uno.

—Es la misma niebla del Bosque Azul, Sylha —respondió Thomas enseñándole una mano llena de cicatrices—, no nos dejará pasar.

El sonido de los narthim era cada vez más alto.

—Tenemos que intentarlo, Thomas, no hay más salida.

Tanto su amigo como Rattern dieron un paso hacia atrás.

—Yo lo haré —dijo Esteban—, es eso o morir luchando.

Sylha asintió entrando nuevamente en la niebla, luego sacó sus brazos y sostuvo a Esteban por las manos.

Fue inútil.

En cuanto las manos del chico tocaron la niebla, Sylha lo escuchó gritar; se le había abierto una

enorme herida en el brazo, como si lo hubieran cortado con una lámina afilada desde la muñeca hasta el hombro.

Rattern suspiró:

—No podremos pasar.

Las luces de las antorchas que traían los narthim empezaban a lanzar sombras contra la pared del túnel.

Sylha sintió la llegada del miedo, acompañado de un sudor pegajoso y frío que comenzó a correrle por la espalda.

—No —susurró.

—Sylha —le dijo Thomas tomándola de las manos. Había enfundado su espada—, tienes que seguir sin nosotros, tienes que encontrar la grieta.

—No.

Rattern y Esteban habían asumido posiciones de combate y los primeros narthim se hicieron visibles.

—Sylha —repitió Thomas colocando una rodilla en el suelo—, quiero que sepas que para mí nunca hubo más reina que tú.

Ella comenzó a llorar. En la entrada del túnel, Rattern y Esteban ya estaban peleando.

—Por favor —suplicó.

—He luchado durante cinco años para mantener tu lugar en Tonr —siguió Thomas—, coloqué al reino en guerra contra todo sentido tan solo para que tuvieras un hogar al cual regresar. Disculpa si no salió como lo planeé. Tú siempre serás la única reina que reconoceré, por favor, acepta mi juramento de lealtad.

—Yo acepto —respondió ella entre lágrimas—, pero vamos a luchar juntos.

—No, Sylha Cabellos de Plata, tienes que salvar al mundo. ¡Ve!

Y el joven se levantó del suelo, ya con la espada en la mano, corriendo hacia la muerte. ¡Aquello no podía estar sucediendo!

—¡No! —le gritó ella a la niebla—. ¡Déjalos pasar! ¡Déjalos pasar, por favor!

Pero nada cambió y, a esas alturas, los narthim ya habían atravesado el túnel. Por más que los chicos parecieran máquinas de matar, eran demasiados monstruos.

—¡Entra, Sylha! —gritó Thomas—. No dejes que nuestras muertes sean en vano.

Y ella entró, con las lágrimas nublando sus ojos y el cuerpo temblando. Y la niebla se cerró detrás de ella como una cortina blanca que la separaba del mundo nuevamente. Cuando estuvo adentro, se encontró con una mujer bonita de cabellos negros que le tendió la mano y le dijo:

—Princesa Sylha, sígueme, debemos darnos prisa.

Capítulo 20:

Un año atrás

1

—¡Vamos hacia el este! —gritó una mujer asomando la cabeza por la ventanilla del carruaje que acababa de detenerse a su lado—. ¿Quieres un aventón?

A pesar de tratarse de una práctica poco común, no era la primera vez que Sylha recibía ayuda sin pedirla; pero sí era la primera que venía de alguien con dinero. Normalmente, las caravanas de la aristocracia pasaban de largo sin mirar al lado, como un escarabajo gigante que transita calmadamente entre las hormigas obligándolas a apartarse del camino.

«Claro que, cuando el escarabajo se enferma, las hormigas se lo comen vivo —pensó la chica imaginando a uno de los viejos hipócritas que rondaban su corte agonizando en la plaza de Ciudad del Rey mientras el pueblo le arrancaba sus joyas—. ¡Demonios, Sylha! Pon la cabeza en su lugar».

—Sí, también voy al este —le respondió a la mujer—, le estaría muy agradecida por la ayuda.

—Pues no se diga más.

Además del cochero, había dos hombres a caballo acompañando el carruaje, que era completamente negro con ribetes en rojo, en combinación con sus uniformes. Fuera de eso, no tenía grandes lujos y la decoración del interior resultó bien sencilla.

La señora recibió a Sylha con una sonrisa y le señaló el asiento. Era una mujer joven, tal vez unos diez años mayor que ella, pero no mucho más. Llevaba puesto un vestido gris, un poco discordante con la supuesta posición social de alguien con recursos suficientes para tener su propio carruaje, y una soga amarrada a la cintura. Sus ojos se desviaron momentáneamente hacia la espada de Sylha, pero no dijo nada al respecto.

Cuando comenzaron a moverse, preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Sylha la miró. Tenía un rostro hermoso y un cabello negro y largo que llevaba suelto y contrastaba con los cojines color hueso del carruaje. Su cara y su voz poseían una dulzura poco habitual y, al igual que ella, era humana.

—Mariana —respondió utilizando el mismo nombre falso que había dado en el SaintAna y alegrándose de haber teñido su cabello la noche anterior. Luego recordó que probablemente estaría conversando con alguien de alta cuna y bajó la cabeza—, señora.

—¡Ah, yo no soy señora! —rio la mujer, y su risa era cristalina como un riachuelo en verano—, si lo dices por el carruaje, no es mío; me lo han prestado para que asista a un evento muy

importante.

—Ah.

—¿Verdad que está bonito?

Había una inocencia en aquella voz que provocó en Sylha una empatía inmediata.

—Sí, muy bonito.

—¿De dónde eres, Mariana?

Era una pregunta difícil, los reinos humanos que conocía podían contarse con los dedos de una mano y existía una probabilidad enorme de acabar siendo arrastrada a una conversación sobre cualquier lugar que mencionara en su respuesta. Si daba la casualidad de que la mujer lo conocía y ella no, le descubriría la mentira. Sin embargo, tampoco quería decir que venía de Tonr.

—Vengo de PuertoKran —mintió—, mis padres se mudaron allí antes de que yo naciera. Ellos son tonranos, pero no conozco su reino. Esta es la primera vez que salgo de mi ciudad —mintió de nuevo.

Luego sonrió orgullosa de su respuesta. Si la dueña del carruaje era tonrana, tendría la oportunidad de recibir noticias frescas de su reino. Si no, al menos no se vería forzada a inventarse una ciudad completa.

—¡Qué coincidencia! —aplaudió la mujer—. Yo soy de Tonr también.

«Vaya».

—Siempre quise conocer la ciudad de mis padres —dijo ella bajando la cabeza para que no se le notara la mentira en la cara, eso de engañar personas nunca se le había dado bien—. Tal vez un día la visite. ¿Usted sabe cómo están las cosas por allá?

—Bueno, infelizmente no muy bien.

Sylha asintió, imaginaba que le contaría la historia de la princesa perdida, su historia.

—Desde que la reina falleció, el reino está hecho un desastre.

Sylha recostó su espalda contra el cojín del asiento y miró por la ventana sin saber cómo disimular la explosión de emociones que aquellas palabras habían provocado dentro de ella. Su madre estaba muerta. Hasta ese momento, la posibilidad de no volver a ver a sus padres nunca le había pasado por la cabeza. La fuerza abandonó su cuerpo por completo.

—¿Sucede algo?

«Sí —pensó ella—, sucede que me acabas de contar que mi mamá se ha muerto y lo has hecho como si estuvieras hablando de una extraña. Sucede que me acaban de negar el abrazo que más esperaba en mi vida».

Las lágrimas se acumulaban detrás de sus ojos golpeando con tal fuerza que mantenerlas retenidas parecía imposible.

—Disculpa —dijo, entonces, pestañeando—, parece que me ha entrado una basura en el ojo, pero ya estoy bien.

—¿De verdad te encuentras bien? ¿Quieres que dé un vistazo?

—No, gracias, ya pasó. ¿Qué me decías de Tonr?

Entonces la exprincesa de Tonr soportó lo mejor que pudo la historia de su reino, de cómo su mamá se había enfermado de tristeza y su papá había descuidado tanto los asuntos de la corte

que Tonr se había marchitado como una flor sin agua.

—No es que a mí me haya afectado mucho —dijo la mujer—. Mis hermanas y yo vivimos en un lugar apartado. Nosotras mismas cultivamos nuestros alimentos y cuidamos de nuestra granja. Las pocas cosas que necesitamos del pueblo las intercambiamos por maíz.

«Una aldeana tonrana —pensó Sylha—, pero ¿quién le prestaría un carruaje a una aldeana y qué tipo de evento importante sería aquel al que tendría que asistir? Tal vez vaya a recoger una herencia, aunque tan lejos de Tonr... lo dudo».

En ese momento los caballos relincharon y el carruaje se detuvo bruscamente.

—Cierren la ventana, señora —ordenó uno de los guardias—, estamos siendo atacados.

2

Lo que sucedió después dejó a Sylha con la boca abierta. La aldeana se levantó del asiento a toda prisa, abrió un compartimento escondido debajo del asiento del carruaje y sacó una espada con empuñadura de plata. Luego señaló hacia la espada de Sylha y preguntó:

—¿Sabes luchar?

—Sí —respondió ella sin dudar.

—Vamos.

Afuera, el cadáver del cochero pendía inerte entre las riendas de los caballos, atravesado por una lanza; y estos últimos se encontraban pastando tranquilamente como si a su alrededor las personas no estuvieran matándose. Los dos guardias luchaban contra media docena de bandidos y, por lo que Sylha pudo ver, no les estaba yendo muy bien.

La mujer saltó del carruaje y arremetió contra uno de los asaltantes con una destreza que impresionó a Sylha aún más de lo que estaba, y ella misma se vio de repente enfrentando a dos hombres que le cayeron encima en cuanto la vieron sola.

Antes de que pudiera librarse de sus contrincantes, uno de los guardianes resultó herido, y Sylha vio por el rabillo del ojo cómo la tonrana corría en su defensa al tiempo que remataba a uno de los bandidos.

Pasado un tiempo sobraban solo tres asaltantes que entre ellas y el otro guardián pudieron espantar sin problemas.

—¡Guau! —dijo Sylha después de que el último hombre saliera huyendo—. Tienes que contarme dónde aprendiste a pelear así.

La mujer rio.

—Cuando vives sola con un grupo de mujeres a dos horas de viaje del pueblo más cercano, tienes que aprender a defenderte. La práctica de esgrima es una de nuestras actividades obligatorias en el templo.

—¿Templo? —preguntó ella mientras ayudaba al guardián a colocar a su compañero herido dentro del carruaje. El cadáver del conductor había sido colocado junto al camino para que la patrulla se hiciera cargo de él.

—¡Qué torpe soy! Con tantas preguntas se me olvidó presentarme. Me llamo Rebecca y soy sacerdotisa de un templo en Tonr.

Rebecca era un nombre muy común en Tonr, y Sylha ya había conocido a más de una Rebecca en lo que llevaba de vida, pero ninguna se parecía a aquella alma inocente que se acababa de cruzar en su camino.

La mujer se asomó al carruaje y conversó en voz baja con el guardián. Luego asumió el lugar de conductora y tomó las riendas de los caballos.

—Ven conmigo, Mariana. Vamos a tomar un poco de aire fresco y así dejamos que los muchachos descansen.

Ella subió y, juntas, echaron a andar de nuevo el carruaje. Ninguna de las dos lo había hecho antes, pero después de un tiempo no resultó tan difícil.

—¿Sabes? —dijo Rebecca—. Al templo a cada rato llegan chicas de tu edad, y más jóvenes también. Si quieres, puedes seguir el viaje conmigo y acompañarme después de regreso a casa. Somos todas una gran familia allá.

Sylha suspiró, hubiera sido muy fácil aceptar. Un templo a dos horas de distancia de cualquier pueblo parecía el lugar perfecto para ella, solo tendría que pedir que le permitieran pasar las noches fuera. Podría olvidarse de su búsqueda y tener una vida tranquila.

—Algunas niñas son huérfanas —continuó la sacerdotisa—. Otras vienen de familias que no las pueden sustentar y algunas, muy pocas, se nos unen por voluntad propia. Tratamos de recibirlas a todas con cariño, hacer que se sientan en casa, ¿sabes? Casi ninguna se marcha después, pero quienes lo hacen salen convertidas en mujeres diferentes, preparadas para enfrentar cualquier obstáculo en la vida.

Los ojos de Rebecca brillaban de orgullo cuando hablaba, y Sylha se imaginó formando parte de una familia de nuevo. Pero no estaba hecha para huir de su destino de esa forma, tal vez un día, cuando recuperara su vida, pasaría a visitarlas.

—Te lo agradezco mucho —respondió—, pero ahora no puedo, tengo un deber que cumplir.

—Oh, claro, discúlpame. Te he visto sola y he pensado que me gustaría mucho que fuéramos amigas, pero no me malinterpretes, sé que no eres ninguna chica frágil buscando protección. Todo lo contrario, me atrevería a decir que tienes un gran futuro por delante.

Ella asintió, sintiendo la fuerza del viento contra su piel y deseando poder ser tan optimista como Rebecca. Le faltaba una última tribu por visitar. Si ellos no le daban alguna información concreta, volvería al estado cero.

Cuando comenzó a atardecer, Sylha se despidió de Rebecca. Le dijo que su camino se desviaba en aquel trecho y le deseó toda la suerte del mundo en su regreso a casa.

Una vez que el carruaje se hubo alejado, la joven percibió que no le había preguntado dónde se encontraba el templo ni a cuál dios rendían culto. Por tanto, no la podría encontrar de nuevo.

Ya era demasiado tarde.

Unas semanas después, Sylha encontró a los fanghiwt. Se trataba de la última tribu de su lista y, en realidad, no vivían tan escondidos como ella había supuesto. Si se demoró para llegar allá, se debió más a las inclemencias del tiempo y a su pequeño percance de cada noche que a la localización de la aldea.

Los fanghiwt vivían detrás de una montaña al igual que los anfibios harbbeanos y al igual que ellos tenían la pesca como actividad económica principal; la diferencia estaba en que no poseían branquias que los ayudaran a respirar debajo del agua y, en lugar de permanecer aislados, mantenían fuertes relaciones de comercio con los reinos vecinos. Su magia, según le habían contado a Sylha, consistía en controlar las ondulaciones del mar. Si bien no tenían tanta fuerza como para cambiar la forma del agua o transportarla en grandes cantidades, sí podían hacer que cualquier tipo de ola se apaciguara convirtiendo la playa donde vivían en un paraíso de aguas calmas o, si la situación así lo requería, podían crear una verdadera furia de oleaje.

Esas habilidades les permitían llevar una vida tranquila, transformando al mar según sus necesidades y logrando que todos los meses del año resultaran apropiados para la pesca.

Cuando Sylha llegó, se encontró con una villa sencilla de personas felices que la recibieron con entusiasmo, en parte porque pensaron que venía en representación de algún nuevo cliente poderoso. Los fanghiwt eran de piel morena y orejas puntiagudas, vestían ropas de colores claros y eran, en su mayoría, de estatura baja.

Una vez aclarado el verdadero motivo de su visita —que en este caso fue una pequeña mentira sobre cierto templo de Palterah que había iniciado una investigación sobre dioses de otros pueblos—, la joven fue recibida por un hombre musculoso de unos cincuenta años que se presentó como Pamw.

—Es increíble que hayas viajado tan lejos para llevar adelante tu investigación —le dijo mientras caminaban por la arena—. Trataré de serte útil. Después puedes quedarte a dormir en la tienda de mi hija si lo deseas, te cocinaremos el mejor pescado asado de la región.

—Le estoy muy agradecida, Pamw, pero lamento no poder quedarme hasta tan tarde. Me está esperando una caravana para iniciar el camino de regreso —mintió.

Delante de ellos algunos pescadores entraban al agua con sus botes cargados de redes y carnada, mientras que otros salían y colocaban en la arena unos tanques repletos de peces que se rodeaban de niños. Los pequeños se agrupaban en círculos alrededor de los tanques y agitaban el agua con magia al tiempo que, una y otra vez, devolvían peces al mar.

—¿Qué hacen? —preguntó ella intrigada.

—Les enseñamos a respetar la vida. El Dios de la Caverna nos ha dado el poder de controlar el agua, gracias a él tenemos una ventaja considerable para la pesca, alimentamos a nuestras familias e intercambiamos productos con otros reinos. Nunca hemos tomado parte en ninguna guerra y a nadie se le ocurre atacar una aldea de pescadores que no tiene riquezas y que puede tapar un ejército entero con una ola. Nuestra magia nos permite vivir en paz. Por eso, escogemos los peces que vamos a matar, nunca las hembras en periodo de reproducción, nunca las crías ni los que son demasiado jóvenes. A los niños se les enseña desde pequeños a vivir en armonía con la naturaleza y tomar de ella solo lo necesario. Además —rio—, así practican su magia.

—Es hermoso —respondió Sylha—, usted y su pueblo tienen toda mi admiración.

El hombre asintió.

—Bueno, vamos a lo que te trajo por aquí. ¿Qué sabes sobre el Dios de la Caverna?

Sylha le contó lo poco que había descubierto, ahorrándose la parte del «demonio carroñero», pues se había dado cuenta de que aquellas personas idolatraban al ser y temía caer en una ofensa. También le contó sobre la isla que viajaba y la caverna con el animal infernal. Cuando terminó de hablar, habían llegado caminando hasta el lugar en donde la base de la montaña se unía con el mar imposibilitando el paso y tapando el otro lado de la playa.

Pamw sonrió.

—Tienes suerte, si hubieras llegado cuatro años atrás, no hubieras salido de aquí con más nada que otra leyenda en la mano.

—¿Y ahora no?

—Ahora estás a punto de ver con tus propios ojos una imagen con la que mis antepasados solo pudieron soñar.

Diciendo eso, Pamw estiró su mano y las olas que rompían contra la montaña se retiraron varios metros hacia atrás dejando una arena mojada libre para caminar.

—Vamos.

Ella lo siguió y, cuando llegaron al otro lado de la montaña, se quedó sin palabras.

4

Allí estaba la isla.

Rodeada de un mar enfurecido y salvaje que amenazaba con destruir cualquier cosa que se le acercara. Con una vegetación exuberante que cubría una montaña no demasiado alta, pero tampoco pequeña.

Sylha no necesitó que Pamw se lo confirmara. Aquel era sin dudas el lugar de sus sueños y todo lo que su cuerpo le pedía era que fuera hasta allá, a tal punto que necesitó luchar contra el impulso de lanzarse al agua y salir nadando.

—Habían pasado siglos desde que la isla visitara a nuestro pueblo —dijo el hombre—, según cuentan mis antepasados, la última vez que lo hizo no fue en este lugar de la playa, sino frente a nuestra aldea. Trayendo grandes olas que tuvieron que ser apaciguadas con magia para que no arrasaran con todo.

Ella asintió, recordando que los harbbeanos le habían contado una historia similar.

—Una mañana, aproximadamente cuatro años atrás, apareció aquí; y desde entonces no se ha movido más. Lo cual nos hace sospechar que el dios, al fin, se ha despertado.

—¿Despertado?

—Sí. El dios está preso en la caverna y duerme hasta que se acabe el mundo. Las leyendas cuentan que solo despierta al final, pues su labor es devorar los restos hasta que no sobre nada y podamos renacer en un mundo nuevo. Cuando eso sucede, la isla para de moverse.

Sylha no creía en ese tipo de leyendas.

—¿Y crees que fue por eso que despertó?

—Claro que no —rio Pamw—. Mira al horizonte. Nuestro mundo está en su mejor momento. El dios ha despertado antes por otro motivo, me gustaría pensar que fueron nuestras plegarias.

—¿Cómo sabes que es un dios? Digo, podría ser alguna raza con magia desconocida —se atrevió a preguntar ella arriesgándose a enfurecer al fanghiwt. Necesitaba que alguien le anclara los pies a la tierra para controlar los impulsos que estaba sintiendo.

—¿Ves las olas?, solo podemos aplacar a aquellas que pisan nuestra tierra. Las olas que se forman cerca de la isla no son afectadas por nuestra magia. ¿Cómo explicas eso? Es un dios, es el dios que les dio poder sobre las aguas a nuestros antepasados, y solo él puede quitárnoslos de nuevo. Por eso le llevamos ofrendas cuando el tiempo es favorable y le rezamos cada noche.

—¿Crees que yo pueda ir allá?

Pamw la miró, luego volvió a mirar a la isla.

—Solo existe una época del año en que se puede llegar a la isla. Como te dije, ni nosotros somos capaces de controlar las olas que la rodean. Incluso en esa época solo se puede acceder a la isla por el lado que estás viendo, para llegar a la montaña tendrías que atravesarla a pie.

—¿Y cuándo es esa época?

—Ya pasó —respondió el hombre—. Me temo que tendrás que esperar casi un año más. Si entonces aún quieres ir a la isla, estaré encantado de prestarte un bote y calmar las aguas lo más que pueda para ti. Pero te advierto, al Dios de la Caverna no le gustan las visitas.

Ella suspiró, tendría que esperar un buen tiempo para enfrentarse a su destino. A pesar de estar ansiosa, de cierta forma se sintió aliviada, había algo en aquella isla que la aterraba y no eran solo sus pesadillas.

Capítulo 21:

Orígenes

1

Era ella.

La primera vez que Sylha escuchó el nombre de la nueva ocupante del palacio de Tonr —no la llamaría reina ni aunque estuviera bajo tortura— le había venido a la mente, de entre tantos rostros, el rostro de la mujer que un año atrás la había recogido en su carruaje. Pero ella había desechado la idea inmediatamente; en parte porque existían muchas personas con ese nombre en Tonr y en parte porque no había forma de imaginarse a aquella muchacha inocente como alguien capaz de practicar magia negra y reunir a un ejército para reclamar el trono.

Pero era ella.

O al menos era su cara. La mujer que caminaba delante de Sylha llevaba un vestido negro de alta costura, con bordados dorados y rojos que recorrían su espalda y caían en forma de flores por la saya, una corona plateada que la joven recordaba haber visto en la sala del tesoro real y una pequeña daga con empuñadura de piedras preciosas atada a la cintura.

«Estás muy diferente de la última vez que te vi», pensó.

Por otro lado, Rebecca no parecía haber reconocido su rostro; lo cual le resultó bastante extraño porque, a pesar de llevar el cabello al natural, no creía que la mujer del carruaje se fuera a olvidar de ella tan fácilmente. Caminaba con prisa, volteando la cabeza a cada rato para comprobar si Sylha continuaba detrás de ella.

Mientras andaba detrás de la Rebecca-no-Rebecca, Sylha iba atando cabos sobre el comportamiento de Rattern. El lugar recóndito de Tonr donde la chica había dicho que su familia la arrojó debía haber sido el templo de Rebecca y, si eso sucedió cinco años atrás, entonces su amiga conoció a la mujer del carruaje. Aquello explicaba también cómo se había convertido en guerrera y la lealtad que le guardaba a su antigua mentora.

«Rattern —susurró Sylha y los ojos se le llenaron de lágrimas—, nada de esto debió haber pasado, disculpa».

La imagen de sus amigos a punto de morir masacrados por un puñado de narthim se hizo tan visible en su cabeza que la joven estuvo a punto de caer. La extraña que caminaba delante de ella se detuvo, la miró de pies a cabeza y escupió:

—Acelera tus pasos, princesa, tenemos poco tiempo.

—¿Poco tiempo para qué, exactamente? —se atrevió a preguntar Sylha.

—Pues para salvar al mundo, claro está.

Habían llegado a las primeras tumbas, y Sylha experimentó una sensación de alivio al descubrir que no habían tomado el camino de la tumba de su madre; de ser así, se hubiera tropezado con ella antes de encontrar los túmulos más antiguos.

—Rebecca —preguntó ella—, ¿qué fueron esas explosiones?

—¿Tú qué imaginas, niña?

No, definitivamente aquella no era la misma persona.

—¿Estabas tratando de sellar la grieta?

—Pues claro, ¿qué otra cosa si no?

Pasando el segundo túnel llegaron a la tumba de la reina Rita, se encontraba en una cámara junto a su difunto esposo, Sebastián de Arlan, y una pequeña sepultura perteneciente al bebé nacido muerto. Al menos eso era lo que había pensado Sylha toda su vida, aunque, si lo que alegaba Rebecca era verdad, aquel túmulo estaría vacío.

Sin embargo, lo que llamó su atención no fue la estatua del bebé, sino la tumba de la propia Rita, cuya tapa había sido movida de lugar.

Sylha observó a la mujer pasar por la tumba de su supuesta abuela sin mirar siquiera, luego se retrasó y esperó hasta que esta saliera de la cámara. Ella no llevaba antorcha y el brillo de la luna se había apagado al atravesar la niebla, por eso al quedarse sola la cubrió la oscuridad. Entonces se aproximó de prisa a la tumba de la antigua reina, colocó una mano dentro e invocó a Ignigon.

—¿Por qué vuelves a atrasarte? —preguntó la falsa Rebecca desde el otro lado y ella se apresuró a alcanzarla, no sin antes apagar la luz. Había confirmado sus sospechas.

Llegó al centro de las catacumbas con la espada desenvainada. La mujer se había detenido frente a un enorme cráter cuya profundidad estaba disfrazada por las sombras. Los restos de material explosivo alrededor del cráter le indicaron a Sylha que aquella entrada había sido abierta recientemente y no al contrario, como la tal Rebecca quería que ella creyese.

—Rebecca —llamó ella—, ¿recuerdas el día que me recogiste en el carruaje?

Debía estar segura de que no iría a asesinar a una persona inocente.

—Claro —respondió la mujer pasando su vista por la espada—. ¿A qué viene esto? Necesito que te acerques para que, juntas, podamos invocar la magia que sellará el hueco.

—Sí. Es que siempre me pregunté qué había sido del cochero herido, ¿pudieron atenderlo a tiempo?

La mujer pareció pensarlo por un momento y después dijo:

—No, lamentablemente falleció antes de llegar al pueblo. Dejamos su cadáver en el camino para que la patrulla lo encontrara.

—¿Y quién condujo el coche?

—Uno de los guardias. ¿Por qué preguntas todo eso ahora?

Ella se acercó:

—Porque hay un detalle de los narthim que muchos ignoran, pero yo era buena alumna, ¿sabes?

La mujer sacó la daga de su cinto y susurró algo en voz baja que ella no fue capaz de escuchar.

—El caso es —continuó Sylha— que les cuesta asimilar los últimos recuerdos de sus víctimas,

aquellos que todavía no se han asentado en sus memorias, y acaban confundiéndolo todo.

Cuando ella terminó de hablar, en la mano libre de la impostora apareció una espada.

—¡Ah, princesita! —rió la mujer que se hacía llamar Rebecca—. Cuando comemos, no solo capturamos memorias, también heredamos habilidades.

—Como falsificar una firma —dijo Sylha recordando que en la taberna le habían contado que los documentos de la abuela de Rebecca llevaban la firma de la reina Rita. «Un último obsequio para la hija que había mandado a matar», le habían dicho.

La mujer le lanzó una estocada que ella bloqueó fácilmente, luego entraron en un combate que las fue acercando cada vez más a la boca del cráter.

—Como la habilidad de combatir —respondió la narthim— y la forma de engañar hechizos que fueron lanzados por la persona que nos comimos.

Sylha no comprendió el significado de la última frase, pero no podía dejar que su atención se desviara de la pelea, que estaba resultando más difícil de lo que ella había esperado. Si en una cosa tenía razón la falsa Rebecca, era en que podía combatir con la misma destreza de la sacerdotisa.

Ella lanzó una ofensiva que colocó a su contrincante a una distancia peligrosa del hueco. La impostora contraatacó y su espada le abrió una herida en el hombro. Sylha gritó, embistió nuevamente y dejó que todo el odio que llevaba por dentro combatiera con ella:

—¡Este es mi reino, este es mi trono y esos que dejamos atrás eran mis amigos!

La narthim cayó. Sylha le lanzó la espada por el cráter de una patada y le puso una daga en la garganta:

—¿Para quién trabajas?

—Pensé que a estas alturas ya lo habrías descubierto.

Ella comprendió que no obtendría ninguna información útil de la criatura y, suspirando de impotencia, la mató. Inmediatamente, el hermoso rostro de Rebecca comenzó a derretirse hasta quedar convertido en una máscara horrible.

—Siempre lo he dicho —dijo una voz cuya procedencia Sylha no pudo identificar—, si quieres que algo salga bien, tienes que hacerlo tú mismo.

Entonces, del interior del cráter surgió una enredadera que se enroscó en su pierna y la arrastró hacia las profundidades.

3

Thomas entablaba el peor combate de su vida. Si bien algunos días atrás no le hubiera importado morir en el campo de batalla, ahora se encontraba en una caverna oscura rodeada de cadáveres, peleando contra enemigos que lo miraban como si fuera un pedazo de tocino. Saber que los narthim se comerían su cuerpo le daba una connotación desagradable a la muerte, pero lo peor era pensar que alguien pudiera usar sus recuerdos más íntimos para hacerle daño a Sylha.

Por la forma en que combatían sus amigos, él se imaginó que estarían pensando lo mismo; pues Rattern y Esteban mataban monstruo tras monstruo sin parar. La chica tenía el rostro manchado

de sangre narthim y la expresión en sus ojos era de puro terror.

A pesar de saber que habían ayudado a la princesa a entrar en la niebla para hacer lo que tuviera que hacer allí dentro, Thomas se sentía terriblemente mal por haber puesto a sus amigos en aquella situación. Él había convencido a Rattern de bajar a las catacumbas; por su causa la chica estaba a punto de morir y ser devorada por un grupo de criaturas de pesadilla.

Su única ventaja consistía en que la entrada del túnel era demasiado estrecha para permitir el paso de varios narthim al mismo tiempo. Y los tres jóvenes aprovechaban esa situación para pararse lado a lado como un escudo humano, masacrando con sus espadas a cada criatura que asomaba la cabeza.

El primer problema que encontraron fue que los cadáveres comenzaban a amontonarse. Al principio habían podido usar la loma de muertos como barricada, pero, con el paso del tiempo, resultó inevitable que se vieran obligados a caminar hacia atrás reduciendo el espacio entre ellos y la niebla.

—Tenemos que retirar los cadáveres —sugirió Thomas—, no podemos perder terreno.

—Yo puedo hacerlo —se ofreció Rattern—, pero tendrían que vérselas sin mí mientras los muevo.

—Nos alternaremos. De esa forma, ningún flanco quedará desprotegido demasiado tiempo.

Los otros aceptaron y comenzaron a utilizar un sistema de relevo donde siempre había uno de ellos lanzando cadáveres narthim para dentro de la niebla. Cuando los cuerpos tocaban la niebla, les sucedían las mismas cosas que a los humanos: algunos quemaban hasta convertirse en cenizas, otros se congelaban, y algunos eran lanzados en la dirección contraria con una explosión.

—¡Thomas, es tu turno! —gritó Rattern a su lado.

Él asintió sin dejar de luchar. Debía esperar el momento oportuno para no colocar las vidas de sus amigos en más peligro de lo que ya estaban. Después de un rato, la chica gritó de nuevo:

—¡Thomas, tienes que ir! Esteban y yo estaremos bien.

—Sí, solo un poco más.

Pero la loma de cadáveres se amontonaba de nuevo y él no veía cómo abandonar la pelea para ponerse a limpiar.

Estaban comenzando a perder terreno.

—¡Demonios, Thomas!

Entonces se apartó, sin atreverse a mirar la ola de narthim enfurecidos a la que sus amigos se enfrentarían solos mientras él hacía su trabajo, agarró al primer cadáver por los brazos y lo arrastró hasta la niebla.

Conforme el joven retiraba los cuerpos, Esteban y Rattern intensificaban la ofensiva para tratar de recuperar el terreno perdido. Cuando hubo terminado, ya había tres nuevos muertos en el suelo y el sonido de las espadas había adquirido un ritmo constante, como el toque de un tambor.

Thomas levantó la vista. Allí estaban sus amigos luchando sin descansar, cercenando brazos y cabezas como si la masa de monstruos no fuera más que un arbusto de espinas.

«Un arbusto que crece demasiado rápido —pensó y se dio cuenta de que más allá de los

narthim no se veía nada—. No sabemos si va a acabar en algún momento». Y el problema era que los muchachos ya se estaban cansando.

—Esteban —preguntó—, ¿mandaste la carta?

—¿Qué carta? —disparó Rattern sin parar de pelear.

—La mandé —respondió el amigo—, que los dioses nos protejan.

—¿Qué carta? —insistió la chica.

—A nuestras familias en el campo —mintió Esteban—, pidiéndoles que se mantengan lejos de Ciudad del Rey hasta que sea seguro.

—Aquí es seguro —gruñó ella.

—Disculpa, Rattern —intervino Thomas—, son cosas de campesinos.

La joven lanzó un gruñido, pero no continuó la discusión.

«Espero que hayas encontrado tu camino, Sylha», pensó él y volvió a concentrarse en la batalla.

3

El resplandor de la antorcha que la falsa Rebecca había dejado en el suelo se había convertido en un punto cuyo tamaño era cada vez menor, y lo mismo sucedía con sus esperanzas de salir con vida. Mientras las enredaderas la arrastraban entre las cavernas oscuras, las rocas del camino le iban abriendo heridas que ella no tenía tiempo de curar.

Al principio había intentado frenar el viaje aferrándose a las paredes de piedra o usar una de sus dagas para cortar la planta que la mantenía presa. Pero todo había sido inútil. Y, después de tanto tiempo cayendo, a Sylha le parecía que llevaba toda una vida siendo arrastrada hacia la oscuridad.

Como Phylo le había dicho, las cavernas subterráneas se enterraban en el mundo como una herida siniestra.

Nada tenía sentido. Por lo que ella había entendido, la narthim que se hacía pasar por Rebecca se había comido los huesos de la sacerdotisa y de la reina Rita con el objetivo de armar un plan para robarle el trono, pero ¿qué tenía que ver aquello con la grieta bajo el palacio de Tonr y con su maldición? Si la entrada hasta cavernas había estado cerrada hasta ese día —por lo poco que ella había alcanzado a ver, las explosiones solo habían servido para abrirla—. ¿Cómo era que el mundo había comenzado a morir cinco años atrás? ¿Y qué demonios tenía que ver todo aquello con ella y con la niebla blanca?

«Tengo la impresión de que muy pronto voy a conocer la respuesta a todo —se dijo— y no me va a gustar».

Hasta ahora la cota de malla que le había dado Dhyem había resistido al roce de las rocas y ninguna de las heridas parecía mortal, pero, mientras continuaba siendo arrastrada caverna abajo, la joven no podía evitar sentir que su historia estaba a punto de llegar al peor desenlace posible.

Cuando todo quedó oscuro, la enredadera paró.

Sylha palpó el suelo con las manos gimiendo de dolor, luego se arrastró hasta chocar con algo duro y trató de sentarse. Su reserva de magia le provocó un cosquilleo, se estaba llenando mucho más rápido que de costumbre.

No veía nada, y el olor a humedad era tan fuerte que costaba trabajo respirar. Sin embargo, esta vez, el recuerdo de sus pesadillas y la cueva de Dhyem no la aterrorizaron.

«Ignigon».

Y la luz la alcanzó.

Se encontraba en el fondo de un túnel estrecho con la entrada tapada por una pared de enredaderas negras.

«No —pensó—, no son enredaderas negras, son enredaderas cubiertas de musgo negro. Debí habérmelo imaginado».

—Untheron —susurró.

—Hola, Sylha —tronó la misma voz que la había empujado a las profundidades—, cuánto tiempo sin verte.

Sylha intentó ponerse de pie, pero las heridas en sus piernas se lo impidieron. La reserva de magia continuaba llenándose a una velocidad increíble.

«Solo necesito ganar tiempo», se dijo buscando la bolsita con la planta, que ya no estaba allí.

—¡Un ramito de romero! —rio Untheron y ella vio dos estrellas rojas formarse sobre las enredaderas—. ¡Ese viejo muerto cada vez está más loco!

—¿Qué quieres?

—¿Todavía no lo sabes?

La verdad era que no. Dhyem le había dicho que ni él ni sus hermanos podrían causar el fin del mundo. Tal vez fuera todo mentira, y Untheron solo estaba esperando que su hermano se apartara para jugar con ella, pero ¿tomarse todo el trabajo de contratar a los narthim y arrastrarla hasta allá abajo tan solo por gastarle una broma a Dhyem? Aquello cada vez tenía menos sentido.

—No, no lo sé —respondió. Todavía tenía una daga atada en la pierna. Cuando su reserva se llenara, le robaría la esencia al demonio y luego lucharía—. Pero me mentiste.

—¡Oh! Yo no miento. De hecho, te di algunas pistas aquella noche; yo diría que demasiadas, pero ha sido divertido.

—Me aconsejaste que regresara.

—Bueno, porque yo necesitaba que lo hicieras y déjame decirte que demoraste bastante.

—Me dijiste que no tenías nada que ver con esto.

—Te dije que no podía explicártelo.

Faltaba poco. Sylha no sabía por qué su magia estaba tan agitada, pero el hecho era que la reserva ya casi se había llenado.

—¿Y ahora puedes? —preguntó—. ¿Quieres decirme para qué demonios me has arrastrado hasta aquí abajo? Si querías matarme, podrías haberlo hecho en el Bosque Negro.

—¿Quién ha dicho que quiero matarte, princesa? —rio nuevamente el hermano de Dhyem y sus ojos brillaron—. Eres muy divertida, ahora entiendo por qué mi hermano te quería de mascota.

—Si todo esto es para vengarte de tu hermano...

—¿Qué sabes de los aggtrianos? —interrumpió—. Si has logrado controlar tu magia, significa que ya te contaron.

Sylha se estremeció, tenía la impresión de que había quedado atrapada en una lucha de poderes antiguos que la superaba con creces.

—Sé que era el pueblo que vivía aquí antes de los humanos, que tenían su cuerpo compuesto por varias concentraciones de plata y que llevo su sangre en las venas.

Los ojos de Untheron comenzaron a oscurecerse, cambiando gradualmente el color rojo por el negro.

—¿Te contaron cómo desaparecieron o ni siquiera te preocupaste en preguntar?

Ahora que lo pensaba, ella sí había preguntado, y Dhyem había interrumpido a Phylo antes de que le pudiera responder.

—No lo sé —dijo—, supongo que se mezclaron con otras razas y su linaje se fue perdiendo.

—Los mataron.

—¿Qué?

—Tus antepasados humanos los mataron y construyeron su asqueroso reino con sus huesos.

Aquel debía ser otro juego del demonio, Dhyem le había explicado que era muy difícil matar a un aggtriano. ¿Qué oportunidad tenían los humanos sin magia contra esas criaturas?

—Mientes.

Untheron no respondió, y sus ojos se volvieron grises.

—Eran mis amigos, princesa —dijo entonces—. Los aggtrianos fueron la raza más poderosa y noble que alguna vez caminó sobre esta tierra. Cuando llegaron los humanos, estalló la guerra. Aquellos seres sin gracia querían todo lo que Aggtra tenía y se les iban los ojos para las pieles de plata de sus habitantes.

—Pero los aggtrianos podían curarse con su magia y exterminar un ejército entero si se lo proponían —replicó ella sintiendo que había algo en esa historia que hubiera sido mejor no escuchar.

—No lo hacían. Eran seres mágicos, con grandes responsabilidades y un extremo sentido del honor. No usaban su ventaja en la batalla a no ser que fuera para evitar sus propias muertes. A pesar de tener muy pocas bajas en la guerra, los aggtrianos querían la paz. Por eso, cuando los humanos les propusieron una tregua, aceptaron sin dudarlo. En el tratado los humanos solo pedían unas pocas tierras para establecer sus hogares y cultivos, además de la mano de la princesa.

—¿La princesa aggtriana?

—Su nombre era Krinvy, era una chica ingenua y hermosa que se creyó todas las mentiras del príncipe humano.

Ella permaneció callada.

—La boda se celebró en el Bosque Azul. En aquella época este palacio no existía, aquí solo había bosque y la entrada a las cavernas había sido sellada casi por completo. Toda Aggtra se

reunió para celebrar la boda de su princesa con el humano. Yo no vine porque desaprobaba la unión, y no existe un solo día que no me arrepienta.

—¿Qué sucedió?

—El vino tenía un somnífero. Los humanos sabían que si los envenenaban sus cuerpos se curarían solos, pero el somnífero simplemente los puso a dormir. Esa madrugada, a cada aggtriano vivo de este mundo le cortaron la cabeza.

—¡No! —gritó Sylha—. ¡No puede ser verdad!

Los ojos se acercaron a ella y volvieron a ponerse negros:

—¿De dónde piensas que salieron las riquezas de Tonr? Aquí no hay minas, princesa. Toda la grandeza de tu reino, todos los lujos entre los que creciste como una princesita mimada salieron de los cuerpos sin vida de mis amigos. Cada moneda de plata que se mueve en Tonr es un pedazo de cadáver aggtriano.

Capítulo 22:

Ladrona de vida

1

Sylha hubiera deseado creer que el demonio le mentía, pero cada palabra de Untheron cargaba una tristeza tan grande que, en el fondo, algo dentro de ella le decía que todo era verdad. Los libros de historia no explicaban el origen de Tonr ni de dónde habían salido sus riquezas. La joven siempre pensó que había sido un pueblo como otro cualquiera, que creció gracias al tiempo y a una buena administración. Las tumbas más antiguas de las catacumbas pertenecían a los reyes que habían construido el palacio y, ahora que lo pensaba, había un cofre de plata en el centro cuya llave se había perdido siglos atrás. Era horrible.

«Aniquilaron a una raza entera».

Sylha sintió su reserva llenarse y supo que era la hora de actuar. Si no lo hacía, podría caer inconsciente en cualquier momento. La esencia de vida de Untheron tenía un sonido extraño, como a muerte, pero ella la reclamó para sí. Y, entonces, una fuerza invisible la lanzó al suelo.

—Esto no me lo esperaba —dijo el demonio—, de verdad creíste que podrías usar tu magia en mí.

Ella no respondió.

—Supongo que mi hermano te ofreció su esencia, el muy idiota.

Sylha estaba a punto de estallar, buscó desesperadamente alguna forma de vida y no encontró más nada que no fuera Untheron.

«¡Demonios! —se dijo—, por eso me ha traído hasta aquí».

—¡Puedes matarme de una vez! —le gritó.

—Pensé que querías saber cómo termina la historia.

Ella lo miró:

«Con todos muertos», pensó, pero no lo dijo.

Untheron emitió un sonido parecido a un suspiro, pintó sus ojos de azul y contó:

—La princesa sobrevivió. No había tomado vino porque llevaba un bebé en su vientre. Estaba embarazada del príncipe humano, pero solo ella lo sabía. Cuando comenzó la masacre, salió corriendo.

—¿Escapó? —preguntó ella sintiendo el frío familiar en la nuca.

—La atraparon, la golpearon de tantas maneras que su magia no la pudo curar. La magia aggriana protege al bebé antes que a la madre. Cuando la dieron por muerta, escapó. No podía

caminar y vino arrastrándose por el suelo hasta aquí. Porque sabía que nadie la encontraría en las cavernas. Ella era la única persona viva que conocía la entrada.

Sylha tragó en seco.

—Krinvy encontró una caverna con agua y se escondió allí por meses, alimentándose solo de su magia hasta que el bebé nació. Ni siquiera yo imaginé que había sobrevivido; de lo contrario, la habría buscado. Tienes que entender que tus antepasados no perdieron tiempo, se repartieron los trozos de mis amigos como trofeos de guerra.

—¿Y el bebé?

—Nació humano. Toda la magia de Krinvy se le fue en un parto doloroso y solitario, antes de morir salió a la superficie para darle a su bebé una oportunidad de vivir y lanzó un hechizo sobre el Bosque Azul y sobre las cavernas para que ninguna criatura mortal que no fuera aggtriana pudiera entrar jamás.

—La niebla —susurró Sylha.

—La niebla.

—Lo siento mucho.

Ahora comprendía, la niebla la dejó entrar porque llevaba la herencia aggtriana viva en las venas. Aun así, el primer día había cubierto su cuerpo de heridas, hasta que el bosque despertó su magia.

—Los humanos encontraron al bebé y decidieron criarlo. En honor a él, los huesos de su madre fueron enterrados en el mismo lugar donde luego irguieron su palacio, la de Krinvy fue la primera tumba de las catacumbas.

«Eso era lo que había en la caja de plata —pensó ella—: Los huesos de la princesa aggtriana».

—Tú la profanaste y le entregaste sus restos a la narthim —dijo.

—Es la cosa más desagradable que he hecho en mi vida, pero fue la única forma que encontré de engañar a la niebla que surgiría cuando abriéramos el camino a las cavernas. No podía dejar que mi hermano detectara mi presencia aquí, así que necesitaba a la narthim para el trabajo sucio.

—Pero la niebla en las catacumbas apareció antes de las explosiones.

—Sí, cuando retiraron los huesos de plata.

Sylha, asintió.

—¿Qué quieres? ¿Vengarte de los humanos?

La carcajada que recorrió la caverna no se parecía a la de Dhyem, era fría y oscura, y estaba llena de tristeza.

—Quiero que este mundo muera. Quiero destruir cada partícula que queda de este lugar para luego construir uno nuevo y tratar de tener mi vida de vuelta.

—Todavía no entiendo cómo puedes destruir al mundo, Dhyem me dijo que ustedes tenían leyes.

Untheron rio, y el color de la sangre brilló de nuevo en sus ojos. La magia de Sylha no cabía más en su interior. El frío había cubierto ya su cabeza completa y ella no encontraba para dónde direccionarla.

—Pensé que eras más inteligente, princesa. ¿No te has dado cuenta? No soy yo quien va a

destruir al mundo.

Y su magia estalló.

—Quien va a destruir al mundo eres tú —terminó de decir el demonio.

La magia de Sylha recorrió el agujero donde se encontraba envuelta en furia, arremetiendo contra las paredes de piedra en busca de algún organismo vivo del que pudiera extraer la esencia de la vida. Acostada en el suelo y abrazada a sus rodillas, Sylha la sentía revisando cada esquina como un animal hambriento mientras los ojos de Untheron brillaban complacidos frente a ella.

Entonces Sylha lo escuchó, y su magia se detuvo ante ese nuevo sonido que parecía una hoguera gigante. La fuente de vida era tan grande que la aterrorizó. Sin embargo, su magia había comenzado a acercarse.

—¡Ah! —dijo Untheron—, lo has sentido. Adelante, pequeña, el corazón del mundo es todo tuyo.

—No es posible —balbució ella casi sin fuerzas.

—Claro que es. Llevo siglos esperando que nacieras, princesa, la primera humana con magia aggriana. Cuando atravesaste el Bosque Azul, se inició un plan que tracé hace mucho tiempo, solo necesitaba bloquearte el control de la magia y abrir el camino hacia estas cavernas. La primera parte fue fácil, para la segunda tuve que buscar algo de ayuda porque, como bien dices, existen leyes que no podemos violar.

Ella casi no podía escucharlo. El torrente de magia era tan fuerte que sus sentidos se estaban borrando uno por uno. Solo escuchaba el latir del corazón de fuego y a su magia exigiéndole que lo tomara.

—Ahora por fin estamos aquí —siguió diciendo el demonio—: Demasiado lejos de cualquier mortal y lo bastante cerca del núcleo. No luches contra lo inevitable, princesa. Si te sirve de consuelo, te diré que tu destino nunca estuvo en tus manos.

Entonces, a pesar de estar haciendo un gran esfuerzo por mantenerse despierta, Sylha perdió el conocimiento.

2

El primero en caer fue Esteban. Hubiera sido Rattern si Thomas no se hubiera dado cuenta a tiempo de que las piernas de la chica habían comenzado a temblar y no le hubiera exigido que saliera a mover cadáveres.

—No es mi turno —había dicho ella, pero cumplió su orden.

Esteban y él habían conseguido mantener por un tiempo a los narthim a raya, pero su amigo desvió la vista tan solo un segundo para secarse las gotas de sudor y fue atravesado por una espada enemiga.

Detrás de ellos, Rattern gritó, agarró su espada y se interpuso entre el muchacho y la turba de monstruos con una ferocidad que dejó a Thomas impresionado, pero él sabía que era demasiado tarde.

—Lo siento —le dijo a la chica—, siento mucho haberte arrastrado hasta aquí y haber sido tan duro contigo hasta el último momento.

—¡Cállate! No vamos a morir.

Sin poder turnarse para mover a los muertos, habían empezado a perder terreno, y el cadáver de Esteban estaba siendo pisoteado por los narthim. Thomas se preguntaba en qué momento se había equivocado tanto cuando el suelo comenzó a moverse.

Rattern perdió el equilibrio y hubiera resultado fatal si él no hubiera intervenido a tiempo. Algunos narthim cayeron al suelo y fueron aplastados por sus compañeros, que se apresuraron a tomar sus posiciones.

Ellos siguieron luchando.

Los temblores del suelo venían acompañados de un sonido extraño que, a pesar del ruido de la pelea, se hacía eco en las paredes.

—¿Qué demonios está pasando ahora? —preguntó la chica.

—Espero que haya sido Sylha sellando la grieta.

Una nueva sacudida hizo caer un pedazo de techo sobre los narthim y, cuando las catacumbas empezaron a desmoronarse, todos salieron huyendo.

—¡Corre! —gritó ella antes de salir.

Thomas miró al rostro de su amigo muerto, cubierto por una montaña de monstruos y, por un momento, le dio pánico abandonarlo.

—No podemos llevarlo, Thomas —susurró Rattern regresando y tomándolo de los hombros—. Él hubiera querido que te salvaras.

—No puedo dejarlo ahí, ¿qué pasará si los narthim vienen a buscarlo?

A su alrededor, las paredes de los túneles se venían abajo y enormes grietas aparecían en el suelo.

Rattern recogió una antorcha que continuaba encendida y la arrojó sobre la pila de cadáveres:

—Es todo lo que podemos hacer por él. Lo siento mucho, Thomas, era un buen muchacho. Ahora tenemos que irnos.

La chica lo tomó de la mano y lo obligó a correr; en medio de toda aquella locura, el toque de su piel fue como un bálsamo en una herida abierta. Él sabía que no era el momento para eso, pero, mientras corrían, la miró; y aquel rostro manchado de sangre y cenizas nunca le pareció tan hermoso.

—Los narthim han dejado un rastro de fuego —señaló ella, y Thomas cayó en picada hasta la realidad—. No creo que necesitemos antorchas.

Era verdad, las antorchas de los monstruos habían sido abandonadas a lo largo del camino, solo tendrían que seguir las.

Los túneles de las catacumbas se desprendían en pedazos detrás de ellos, convirtiendo siglos de arquitectura en escombros. Las estatuas de los antiguos reyes caían como piezas de un juego de tablero y el fuego se iba prendiendo en un extraño musgo negro que había cubierto al suelo.

Encontraron la salida justo en el momento en que una enorme roca caía a sus espaldas sellando las catacumbas y, cuando terminaron de subir por la escalera en pedazos, fueron recibidos por un

ejército de narthim.

3

Sylha abrió los ojos en una caverna oscura y húmeda que parecía salida de su más terrible pesadilla. De hecho, lo primero que hizo fue cerrarlos de nuevo y obligarse a despertar. Pero, por desgracia, esta vez no estaba soñando. Delante de ella la enredadera de Untheron se extendía por el suelo y el musgo negro cubría las rocas de aislados puntos brillantes.

—Bienvenida de vuelta, alteza —dijo el demonio cuyos ojos grises flotaban frente a ella como dos estrellas moribundas—. Discúlpame por haberte despertado antes de tiempo. Como comprenderás, no podemos darnos el lujo de permitirte dormir hasta mañana.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Algunas horas, el suficiente para que hicieras la primera parte de tu trabajo y debo reconocer que el resultado ha sido excelente. Felicidades, princesa, tienes un gran poder.

El recuerdo de su magia drenándole la energía al núcleo de fuego le dio náuseas. Y la joven se dio cuenta de que, al contrario de la tarde en que absorbió la esencia de Dhyem, su cuerpo rechazaba la vida que había robado.

—Es una reacción esperada —explicó Untheron—, como eres humana, no estás hecha para soportar la sobrecarga de energía. Pero no te preocupes, no te matará hasta que no hayamos completado nuestra labor.

—Lo siento mucho, mi reserva de magia está vacía. Tú y tu estúpido proyecto de destruir al mundo tendrán que esperar. Me has despertado por gusto.

El demonio rio, las estrellas que eran sus ojos se colorearon de rojo y viajaron por la cueva hasta posarse sobre la pared de enredaderas:

—Mientras estés cerca del Bosque Azul, tu reserva de magia se llenará diez veces más rápido de lo normal. Es increíble cómo una cosa diseñada para proteger se puede convertir de pronto en un arma de doble filo.

«¡Demonios! —pensó Sylha—. Va a pasar de nuevo».

—Mientras tanto, podemos entretenernos un poco —dijo Untheron—. ¿No te parece? No quiero que pienses que soy un anfitrión aburrido.

Diciendo eso, nuevas enredaderas se enroscaron en los brazos y piernas de la chica sujetándola contra el suelo y, de algún lugar del techo, comenzó a bajar una planta con espinas.

Si hasta ahora Sylha había luchado por mantener su dignidad, sentirse inmovilizada la aterrorizó.

—¿Por qué de noche? —preguntó intentando retardar lo inevitable.

La planta con espinas se detuvo a menos de un palmo de distancia de su rostro.

—¿Qué dices? —preguntó el demonio y sus ojos volaron hasta ella.

—Dices que bloqueaste mi capacidad de controlar la magia, pero nada de eso explica por qué solo explotaba de noche.

—Llevarte a pensar que se trataba de una maldición era parte de mi plan. De esa forma, no buscarías métodos para controlarla y me sería más fácil utilizarte cuando llegáramos a este punto. Digamos que mi querido hermano me dificultó un poco las cosas, pero, como ves, fue un obstáculo insignificante. Sigues sin poder detenerla cuando se desborda la reserva y me pregunto qué pasaría si sometemos tu cuerpo a un poco de presión, supongo que en algún momento tu magia saldrá a defenderte y, bueno, se comerá al corazón del mundo.

Entonces era eso, Untheron la torturaría hasta obligar a la magia a tomar el control, Sylha sintió que estaba a punto de desmayarse.

—¡Ah, no, princesa! —gritó él y algo se revolvió dentro de la cabeza de la chica obligándola a abrir los ojos—. No voy a permitir que te duermas, te perderías toda la diversión.

Entonces la enredadera con espinas terminó de bajar y comenzó a arrastrarse por su rostro.

4

Por algún motivo, los narthim no los habían matado todavía. Los temblores habían parado un par de horas atrás y los dos jóvenes contemplaban las ruinas de las catacumbas amarrados a un poste de la entrada principal. El palacio había sobrevivido con algunas paredes de menos y todos los ventanales rotos, pero su estructura permanecía de pie, imponente como si sus cimientos no se hubieran venido abajo.

—Supongo que no se destruyeron todas las columnas —observó Thomas—, de ser así el palacio no hubiera resistido.

—No —suspiró la chica—. Me pregunto qué será de Rebecca.

—Ellos tampoco saben qué fue de su señora —respondió una voz que el joven reconoció de inmediato—. Por eso ustedes están vivos, pensaron que serían un buen regalo para ella. Comida fresca, si es que me explico.

La sombra de Thion Yhonwitch era inconfundible y, cuando su padre se asomó con un cuchillo en la mano y comenzó a cortar la soga, a Thomas se le atropellaron las palabras en la garganta.

—Rebecca no es uno de ellos —disparó Rattern.

—Sí que lo es, niña —dijo Thion—. Yo mismo envié para tu pequeño templo los huesos de la reina Rita y el cofre de plata que había en el centro de las catacumbas. Te juro que en aquel momento creí que se trataría de algún ritual estúpido, pero desde el instante en que esa mujer pisó el castillo supe que la persona que hablaba conmigo no era una sacerdotisa inocente y luego del incidente de las celdas, fue solo atar los cabos.

—¿Por qué hiciste eso? —escupió Thomas poniéndose de pie mientras su padre desataba a la joven.

—Por lo que se hacen todas las cosas en este mundo, chico, por dinero.

Thomas buscó su espada y no la encontró por ningún lugar. Su padre le siguió la mirada y suspiró:

—Ahórrate las energías para combatir a los narthim, supongo que habrás avisado ya a esos viejos ridículos que llamas de generales.

—Les mandamos una carta ayer por la mañana —respondió sin mirar a los ojos de Rattern. Ya estaba anocheciendo. En la carta, él no les había pedido que vinieran, pero esperaba que lo hicieran.

—Bueno, pues tendremos que escondernos en el bosque hasta que lleguen.

—Sylha está allá adentro.

Rattern se había sacudido la toga y también estaba en pie, con la mirada perdida y una expresión de desamparo en el rostro.

—¿La princesa Sylha? —preguntó Thion.

—Es verdad —confirmó la chica restregándose los ojos como si acabara de despertar—. Es una larga historia, pero entró en las catacumbas para sellar una grieta y, si la dejamos sola, será capturada por los monstruos cuando salga.

—¿Cómo se siente, padre? ¿Traicionar a todos y ahora tener que mirarle la cara a tu verdadera reina? ¿Crees que lo soportarás o tendrás que esconderte como la rata que eres?

—Yo hice lo que tenía que hacer. La sacerdotisa de Phena me escribió una carta explicando su linaje real y no le creí una palabra, pero con la suma de dinero que mandó pudimos pagarle a un grupo de nobles que amenazaban con virarse en contra nuestra. Ella tenía más, y a cada carta que enviaba lo comprobaba con algún regalo valioso. Luego pidió los huesos y la caja, y nos dijo que, si la dejábamos ocupar su trono por derecho, ella se comprometía a no interceder en la administración del reino. Esa guerra estaba destruyéndonos a todos, Thomas, tú jugabas a salvarle el trono a tu princesita querida, pero el resto de Tonr se jugaba la vida. Para rematar, la mujer traía toneladas de oro.

—No esperes que me crea que lo hiciste por el reino —respondió él.

—No, no espero. Pero créeme que, al igual que ustedes, yo tampoco sabía que se trataba de un bando de asquerosos narthim.

—No era la misma —susurró Rattern—, la mujer que regresó del viaje no era Rebecca. La sustituyeron para infiltrarse en el palacio. ¡Demonios! ¡Qué ciega he sido!

Y sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas.

—Chico —dijo su padre colocándole una mano en el hombro, que él se sacudió al momento—, Faustus y Rufus están muertos, yo escapé porque llevo días escondido. Sé que tu lealtad te impide abandonar a la princesa, pero no le serviremos de nada si nos matan y se comen nuestras memorias. Debemos organizarnos y regresar con el ejército.

—Podemos entrar de nuevo a las catapultas y escondernos allí a esperarla.

—Las catapultas quedaron selladas con el derrumbe, no podríamos entrar sin explosivos.

—Tu padre tiene razón, Thomas —dijo la chica—. Esperemos que tus generales hayan salido para acá en cuanto recibieron la carta. Si no lo hicieron, tendremos que reclutar al pueblo, pero no podemos enfrentarlos solos. Sylha tiene magia, tú lo viste, estará bien sola hasta que regresemos.

A pesar de no sentirse convencido del todo, él aceptó; y, cuando le dio la espalda al castillo de Tonr, les pidió los dioses que protegieran a la princesa hasta su regreso.

Capítulo 23:

Destino

1

Sylha había gritado tanto que ya casi no salía voz de su garganta. Después de lacerarle el rostro, la enredadera de espinas se había enfocado en su abdomen, pasando repetidas veces por el mismo lugar e inundándola en un charco de su propia sangre hasta que sus órganos pararon de funcionar.

—Ya que parece que a tu magia no le importa el dolor, tendremos que tomar medidas más fuertes —rugió Untheron.

Llevaba tiempo sin ver los ojos del demonio flotando frente a ella, pero se imaginó que estarían por cualquier lugar. Su reserva de magia se había llenado hasta la mitad, pero, al parecer, él tenía prisa. El dolor era tan fuerte que concentrarse en mantener la magia controlada resultaba casi imposible. Sin embargo, hasta el momento, lo había logrado.

—Cuando tu vida esté en peligro, no la podrás controlar —continuó él—, y ambos sabemos que una vez liberada va a trabajar hasta agotarse de nuevo.

Ella no respondió, apenas si lograba permanecer lo suficientemente lúcida para no entregarse a la voluntad de su magia. Pero el demonio tenía razón y, cuanto más vida se le escurría, más cerca llegaba la magia de asumir el control. Sin embargo, de algo estaba segura: si Untheron necesitaba tanto acelerar las cosas, lo mejor que ella podía hacer era demorarlas. Y, en medio del dolor, todos los pensamientos de Sylha se concentraban en esa tarea.

«Por favor —pensó—, que lo que sea que él está temiendo suceda luego».

El núcleo de fuego vibraba tentadoramente y, después de un tiempo, se convirtió en el único sonido que ella era capaz de escuchar.

Una nueva herida comenzó a abrirse en su pecho, y Sylha no necesitó mirar para saber que la enredadera de espinas había encontrado sus pulmones.

No podía respirar.

—Vamos, princesa —urgió el demonio—. ¡Déjala salir!

La joven abrió la boca buscando aire mientras su cuerpo convulsionaba. Las plantas que sostenían sus piernas y brazos halaron con más fuerza.

¡No podía respirar!

—Es inútil luchar —insistió él.

Y, cuando la vida se dispuso a abandonarla, su magia se liberó.

Esta vez, Sylha no se desmayó. La esencia del mundo era pura y hermosa; además de fuego, tenía un sonido de animales salvajes, de viento y de lluvia, pero no le pertenecía y tomarla por la fuerza hacía que la chica se sintiera inmunda.

«Nadie debería tener tal poder —pensó—, y yo menos que nadie».

Sin poder evitarlo, la princesa sentía cada gota de energía que le robaba al mundo penetrar su cuerpo para intentar curarlo. Y para cada tejido restaurado Untheron respondía con una nueva herida, repitiendo el ciclo incesablemente hasta que su reserva quedó vacía de nuevo.

Al cabo de un rato la tortura paró. Algunas de sus heridas comenzaron a curarse lentamente y el dolor le dio un descanso. Cuando se sintió capaz de hablar, balbuceó:

—Mátame, por favor.

—Será un honor, princesa, cuando hayamos terminado. Ahora si lo deseas puedes dormir un poco, te necesito con fuerzas cuando tu magia regrese.

Las enredaderas que la mantenían cautiva se retiraron, y Sylha se encogió como una oruga sobre aquel suelo manchado de sangre, su sangre. No se molestó en buscar los ojos del demonio ni en suplicar de nuevo. En el poco tiempo de vida que le quedaba, intentaría soñar con Dhyem.

2

Cuando los temblores regresaron, ellos ya habían llegado al bosque. Se habían escondido en un lugar que conocían bien, alrededor de un riachuelo que atravesaba casi todo el territorio de Tonr, en espera de la patrulla que, seguramente, enviarían los narthim tras ellos. Pero pasado un tiempo se dieron cuenta de que nadie iría a buscarlos y, cuando Rattern regresó de su guardia avisando que los portones del palacio habían sido cerrados, Thomas supo que acababa de abandonar a Sylha en una guarida de monstruos.

—Tenemos que volver por ella —había dicho el joven.

—No hay nada que podamos hacer hoy, hijo —respondió su padre—, estarán esperándonos. Si mañana tus generales no vienen, te prometo elaborar un plan para infiltrarte en el palacio mientras la chica y yo buscamos ayuda en la ciudad.

Fue en ese justo momento que la tierra se movió de nuevo. A diferencia de las catacumbas, el bosque solo se sacudió ligeramente, no hubo grandes consecuencias y, cuando Thomas corrió para ver si el palacio continuaba en pie, ya había pasado todo.

—Tal vez Sylha lo haya logrado —dijo Rattern a su lado—, eso significa que al menos la parte de la grieta era verdad, pero, si Rebecca es una impostora narthim, ¿qué relación tiene con ella?

—Todo es muy extraño —reconoció él, pensando que si Sylha terminaba de sellar la grieta intentaría salir de las catacumbas y se encontraría a los monstruos esperándola—. ¡Demonios! Me cuesta mucho trabajo dejarla sola allá dentro.

—Lo sé —respondió la chica—. Todo es culpa mía, lo siento.

—Tú no tenías cómo imaginarte lo que estaba sucediendo, fuiste engañada como el resto de nosotros Rattern, no te culpes.

—Debí haberme dado cuenta de que no era ella y debí haberte escuchado más. Pensé que estabas ciego y resulta que la idiota fui yo. ¡Que Phena me perdone!, he traído un bando de asesinos a nuestra ciudad.

—Nos engañaron a todos, niña —dijo Thion aproximándose a ellos—. De nada vale lamentarnos ahora. Debemos rezar porque la princesa se encuentre a salvo, Sylha es una chica fuerte y no sobrevivió sola por el mundo durante cinco años para morir en una cueva oscura. Lo mejor que podemos hacer ahora es descansar, mañana retomaremos el palacio.

A Thomas no lo convencían mucho las intenciones de su padre, pero se conformaba con saber que, por el momento, compartían el mismo interés. Dejando a un lado los discursos hipócritas, el viejo Thion era un buen estratega y no estaba de más escuchar sus consejos.

—Thomas —susurró entonces Rattern—, ¿qué les está sucediendo a las plantas?

El joven se agachó seguido por su padre; quien, luego de arrancar un puñado de hierba, olerlo y acercarlo a sus ojos, respondió:

—Se están pudriendo.

Era la palabra perfecta para describir lo que estaban viendo. Al principio Thomas pensó que no pasaban de algunas plantas secas, pero estaban húmedas y, al tocarlas, dejaban manchas carmelitas en su piel.

El manto de plantas muertas se extendía desde el castillo de Tonr hasta la entrada del bosque donde ellos estaban parados, pero no acababa allí.

—¡Los árboles! —señaló Thomas.

—Que Phena nos proteja —dijo Rattern caminando hacia atrás como si quisiera huir de la ola de putrefacción—. Está avanzando.

Delante de ellos, las hojas de los árboles comenzaban a caer convertidas en migajas oscuras y sus troncos se iban retorciendo hasta formar extrañas figuras que parecían salidas de un dibujo siniestro.

Thion se acercó a uno de ellos y lo tocó con la punta de los dedos:

—Es blando —dijo—, mi mano puede hundirse fácilmente en su corteza. ¿Quieren explicarme de nuevo qué hacía la princesa en las catacumbas?

Rattern suspiró, se dejó caer sobre la hierba muerta y le contó la historia. Mientras la escuchaba, Thomas no lograba desviar su vista del palacio:

«Voy a buscarte, Sylha —pensó—. Aunque tenga que dejar mi piel en la niebla blanca, voy a entrar por ti».

3

Sylha despertó con un collar de espinas alrededor de su cuello y el cuerpo cubierto por un manto de flores blancas.

—No he muerto todavía.

—Estás a punto, princesa. No quería que pensaras que soy un salvaje. Además, dentro de poco recibiremos una visita importante.

Los ojos del demonio flotaban frente a ella brillando al rojo vivo. No sentía dolor; aparentemente su cuerpo se había curado mientras dormía. Al intentar moverse, la enredadera de flores que la cubría se puso rígida y la apretó contra el suelo.

—Paciencia —dijo Untheron—, ya casi terminamos.

Entonces, a cada una de las flores le nacieron espinas que se enterraron en su piel arrancándole un grito.

—Sí, ya sé —continuó el demonio—, yo podría apretarte el cuello y liberaríamos tu magia de cualquier forma, pero no sería divertido.

—Por favor —suplicó ella casi sin voz.

La sangre que brotaba de su cuerpo comenzó a manchar las flores.

—Te juro que te ves hermosa, a mi hermano le va a encantar.

«Dhyem —pensó Sylha—. Dhyem es la visita que estamos esperando».

Dejar que la esperanza regresara ahora que se había conformado con morir era una tortura peor que las espinas, pero no pudo evitarlo y, a partir de ese momento, todo lo que su corazón pedía era volver a ver aquel rostro de porcelana. Sylha no creía que él pudiera salvarla, ya nadie podía, pero la posibilidad de volverlo a ver hacía que valiera la pena resistir.

—¿Cómo está tu reserva, querida? —preguntó Untheron.

—Vacía —mintió. Su reserva estaba casi llena de nuevo, era increíble la velocidad con que aquello estaba sucediendo.

Untheron soltó una carcajada que vino de las mismas entrañas de la tierra:

—Me gustas, es una lástima tener que matarte, sería genial que me acompañaras hasta el final.

Ella no respondió. Su magia había comenzado a acercarse peligrosamente al corazón del mundo, que ahora vibraba con una energía debilitada y moribunda. Sylha la apartó.

—Con que no quieres conversar conmigo —reclamó el demonio—. Está bien, ya que no necesitas tu boca, vamos a empezar por ahí. Antes de destruirtela, déjame decirte que es una boca muy bonita.

Una nueva enredadera le cortó los labios forzándola a tragar su propia sangre.

Después de un tiempo, Sylha ya no escuchaba sus gritos ni la voz de Untheron ni más nada. Solo la esencia del mundo que tremaba ante su magia. Cuando el demonio le desgarró el abdomen, su magia se disparó hacia el núcleo de fuego como un parásito sediento. Ya no sentía dolor.

Esta vez, Untheron no se detuvo. Y, cuando ella vio que, aun con la reserva vacía, la seguían lacerando, supo que le había llegado la hora.

—¡Untheron! —rugió una voz lejana que hizo al suelo estremecer.

—¡Untheron! —rugió cada piedra, cada pared de la caverna y cada estalactita en el techo—. ¿Qué has hecho?

Era él.

—¡Hola, hermanito! —respondió el demonio—. Bienvenido a mi fiesta, te estábamos esperando.

Sylha no lo veía. La enredadera de Untheron abandonó sus labios goteando sangre, y ella tomó una bocanada de aire, pero no sentía su cuerpo y los sonidos se le confundían como si estuviera

escuchándolos debajo del agua.

—¡Sylha! —gritó Dhyem y una esfera de luz blanca reventó contra la pared de enredaderas.

—La preparé para ti, todavía no está del todo de la forma que te gusta, pero, si me das un momento, terminaré lo que estaba haciendo y te entregaré su cadáver.

—¡Ni te atrevas!

Entonces lo vio. El dios-demonio se agachó a su lado y la miró con los ojos del color del cielo.

—Sylha —susurró—, por favor, discúlpame.

—Viniste —balbuceó ella.

—Claro que vine.

—Claro que vino —rio Untheron—, pero no vino por ti.

Dhyem soltó un rugido y pareció que la caverna entera iría a estallar.

—¿No vas a contarle, hermano? —preguntó el demonio—. ¿No vas a decirle por qué despertaste hace cinco años ni por qué comparten sus sueños?

Él no respondió, pero Sylha vio sus ojos comenzar a oscurecerse.

—¡Ah, princesa! —le dijo Untheron—. No me digas que creías que estaban destinados el uno para el otro o algo así.

«Algo así», pensó ella.

—Razona conmigo, alteza. Mi hermano es un necrófago de mundos; en otras palabras, no existe nada que despierte más su apetito que una tierra a punto de morir. Un trabajo honorable, diría yo. Pero eso ya lo sabes. Lo que no sabes es que hace cinco años, cuando atravesaste la niebla y tu magia despertó, sellaste el destino que te traería hasta el punto donde estamos ahora, creando el macabro vínculo entre ustedes que los llevó a encontrarse algunos días atrás. Para ponértelo más fácil: tú destruyes al mundo y él se lo come. Por eso está aquí, lo atrajo el hambre.

—Tú lo planeaste todo —susurró ella sintiéndose cada vez más débil.

—No todo. Lo de los sueños fue una consecuencia, yo no lo planeé. Imagina mi sorpresa al verte en el Bosque Negro. En ese momento mi mayor temor fue que mi querido hermano se diera cuenta de lo que estaba sucediendo y decidiera matarte para proteger a este mundo tonto.

—Pero no me mató.

—No te mató, lo que me lleva a suponer que no estaba del todo en desacuerdo con mi plan.

—¿Dhyem? —llamó ella.

Los ojos del dios-demonio brillaban como dos esferas negras. Y sus uñas se habían enterrado en la roca del suelo. Estaba temblando.

—Pero qué egoísta he sido —rio Untheron—. Tienes hambre, hermano. Adelante, no te entretengo más.

Del cuerpo de Dhyem salió una niebla gris que comenzó a expandirse por la caverna, sus ojos se habían oscurecido por completo y sus manos habían abierto dos agujeros en la roca. El rugido que salió de su garganta no se parecía a nada que Sylha hubiera escuchado jamás, era antiguo y poderoso; y era horrible.

Entonces, la niebla volvió para dentro de Dhyem, y sus ojos se volvieron grises:

—Al principio no me di cuenta —dijo—. ¿Cómo una humana podría destruir al mundo? Pensé

que era una broma de mis hermanos. Luego de lo que vi en la playa, comencé a sospechar, pero aún me negaba a creerlo.

—Hasta que tomé tu esencia —respondió Sylha.

—Sí. Esa tarde Phylo y yo descubrimos que tenías poder suficiente para robar la vida del corazón de fuego.

—¿Y por qué no me detuviste? —preguntó ella sabiendo la respuesta.

—Eso, hermano —gritó Untheron—. ¿Por qué no la mataste?

—¡Porque tenías derecho a una vida! Porque no sentí nada extraño en el palacio y, si sellabas la grieta y te mantenías alejada de estas cavernas, hubieras estado bien.

—¡Bah! Tú sabías que tarde o temprano la humana terminaría por cumplir su destino.

Él no respondió, pero, cuando la miró, en sus ojos apareció el nuevo color.

—¡Por las tripas del universo! —gritó Untheron—. ¡Te has enamorado de ella! Te importaba un bledo lo que iba a causar, la has dejado vivir porque la amas. Tú no eres mejor que yo.

—¿Dhyem? —llamó ella con su último suspiro—. ¿Eso es verdad?

Él asintió.

—Yo pensé que alejándote de mí estarías a salvo de ti misma —respondió Dhyem temblando de nuevo mientras se esforzaba por controlar la niebla que salía y entraba de su cuerpo—. Pensé que podrías atrasar lo inevitable y ser feliz por el tiempo que durara, tener una familia y esas cosas que buscan los humanos.

A cada palabra, Sylha sentía la oscuridad llegar un paso más cerca de ella. Y los ojos se le cerraron recordando aquella tarde en casa de Marie Platt:

«Pero ese amor será peligroso —había dicho la anciana— y no solo para ustedes dos. Ese amor podrá destruir al mundo».

Capítulo 24:

Una chica humana

1

—Toma mi espada —le ofreció su padre a Thomas—. Yo voy a Ciudad del Rey a cobrar algunos favores y tratar de reclutar la mayor cantidad de personas posible.

—No hay soldados en Ciudad del Rey —se lamentó Rattern—. Rebecca no dejó a ninguno aquí.

—Rebecca no dejó a ninguno vivo —cortó él, y la chica encogió los hombros—. Disculpa, Rattern, no quise hablar así.

Los nervios habían hablado por él; desde que las plantas comenzaron a morir había sentido que algo andaba mal con Sylha, pero convencer a su padre y a la joven de que no podían seguir esperando le había tomado demasiado tiempo. Estaba desesperado. Aun así, no ganaba nada cargando la conciencia de Rattern más de lo que ya estaba. Era un idiota.

—Hay hombres y mujeres fuertes en Ciudad del Rey que lucharán por Tonr si se lo pedimos —intervino Thion—. Y hay algunos nobles por los alrededores que nunca llegaron a escoger un lado en la guerra y mantuvieron sus soldados para cuidar sus propiedades.

—¿Qué te hace pensar que ahora será diferente?

—Sylha —dijo Thomas.

—Que la princesa volvió. —Asintió su padre—. Hijo, si la logras rescatar de donde esté, no luchen contra los narthim ustedes solos, vengan para el bosque y yo tendré un ejército esperándolos. Todo el incentivo que los tonranos necesitan es ver a su princesa de cabellos de plata. Te aseguro que, entonces, no habrá un solo brazo que no se levante para defenderla.

—Yo voy con Thomas —ofreció Rattern—, me aseguraré de que llegue a las catacumbas, tendremos que buscar por dónde entrar. No creo que en estos momentos mi cara sea bienvenida en Tonr.

No tenían ningún arma para darle a la chica, pero Thomas sabía que su ayuda sería útil de cualquier forma. Cuando salieron en dirección al palacio, ya era de noche, y el bosque se había convertido en una fosa de lodo con árboles moribundos y cadáveres de insectos que no habían logrado huir a tiempo.

Antes de separarse, Thion lo tomó por los hombros y le dijo:

—Prométeme que, si la situación se complica y no encuentran la forma de entrar, van a regresar aquí. No insistas en que te maten.

Él no respondió.

Su padre le tendió la mano para despedirse y él no aceptó. Si lo escuchaba era porque lo necesitaba de su lado, porque en ese momento cualquier ayuda era bienvenida y porque, si había alguien que podría convencer a los tonranos de luchar, era Thion. Pero eso no significaba que olvidaría su traición.

La noche estaba oscura y las luces del palacio solo cubrían la mitad del camino. Los jóvenes podrían aproximarse en línea recta hasta llegar al campo iluminado y, si luego se arrastraban por la hierba, no deberían tener problemas para pasar desapercibidos.

Rattern caminaba a su lado en silencio, con la cabeza erguida y los hombros rectos. Si la muchacha se sentía insegura por acercarse a una guarida de monstruos sin portar ningún tipo de arma, no lo demostraba. Y Thomas se preguntaba cómo sería el entrenamiento en el templo de Phena que tanto había mudado a la chica.

Cuando la hierba muerta comenzó a iluminarse, los dos se acostaron en el suelo tratando de discernir las sombras de los guardias en las torres del castillo. Sin embargo, parecía desierto, y el portón continuaba cerrado.

—Tendremos que rodear el muro —observó él—, el palacio solo tiene dos entradas. Si el portón principal también está cerrado, tendremos que buscar una forma de escalar.

—Entrar por Ciudad del Rey puede ser peligroso, los narthim deben tenerla bien vigilada, hay una patrulla permanente para eso.

En ese momento, la tierra comenzó a moverse. No había sucedido más desde que salieron del palacio y, esta vez, el motivo fue evidente.

—Que la diosa nos proteja —susurró Rattern— y proteja a Sylha.

Delante de ellos, enormes árboles de espinas empezaron a salir del suelo enroscándose entre ellos y formando una muralla alrededor del palacio. Por encima del muro llegaban enredaderas negras que caían y se entrelazaban con los árboles y, cuando un ave ensangrentada pasó chillando sobre ellos, Thoma sintió a la chica temblar.

Antes de que las espinas los alcanzaran, se desprendieron a correr.

2

Sylha no podía abrir los ojos del todo, su cabeza daba vueltas y el cuerpo no le respondía. Tenía la lengua pesada, como si se hubiera convertido en piedra, y por entre sus pestañas apenas entraba la luz. Estaba en el umbral de la muerte y, a pesar de sus intentos por captar algo del mundo exterior, todo era sombras para ella.

Demoró para comprender que estaba siendo cargada, era un abrazo cálido con olor a primavera, y la exprincesa de Tonr se permitió absorber aquella última sensación como si le fuera permitido llevársela cuando muriera.

Habría reconocido esos brazos aunque estuviera dormida. Tenía el abdomen desgarrado y había perdido tanta sangre que a duras penas conseguía respirar. Estaba cerca del fin, pero era un fin que valía la pena. Era él y, entre los pequeños vislumbres que sus ojos heridos le permitían, la

joven había podido ver el nuevo color en su mirada, tan claro que parecía que, en cualquier momento, iría a desaparecer.

Aparentemente, Dhyem notó que ella había despertado, porque detuvo sus pasos súbitamente y la miró a los ojos, con aquel rostro inalterable que ella amaría su vida entera, aunque de su vida entera quedaran solo algunos minutos.

El dios-demonio pareció leer sus pensamientos:

—No ha terminado todavía, Sylha Cabellos de Plata, no desistas.

Ella trató de mover la boca e hizo una mueca de dolor. Quería pedirle que no la llamara de esa forma, pero todo lo que salió de su garganta fue un gemido.

—Por favor —suplicó él mientras retomaba el paso—, conserva tu energía, la vas a necesitar.

Sylha sentía cómo el hilo de su vida iba quedando más fino a cada paso que Dhyem daba. Y, mientras sus propios ojos se cerraban, pudo ver los de él llenándose lágrimas.

—Discúlpame, Sylha —pidió el dios-demonio corriendo mientras sus lágrimas caían sobre el rostro de la chica y sus brazos la apretaban todavía más.

Estaba oscuro; o no, Sylha no lo sabía. Solo sabía que se estaba muriendo y que Dhyem la amaba; había puesto al maldito mundo en riesgo por ella, por una pequeña humana.

Sonrió.

«No sabía que los dioses lloraban», se dijo antes de volver a la oscuridad.

3

—¡Corre! —gritó Thomas alejando a Rattern del alcance de una enredadera que venía como una lanza hacia la cabeza de la chica.

Del otro lado del palacio llegaban gritos y sonidos de derrumbes, junto con una columna de humo que se levantó hacia el cielo.

—Es en Ciudad del Rey —dijo Rattern—. ¡Tenemos que ir a ayudar!

—¡Vamos!

Era inútil tratar de entrar al palacio, las plantas habían construido una muralla impenetrable y cada vez que ellos se acercaban acababan siendo atacados por una lluvia de espinas. Sin contar algunas sombras que se movían entre los árboles, de las que Thomas no podía ni imaginar a cuál tipo de criaturas pertenecían y que, definitivamente, no eran narthim.

Saber que su princesa se encontraba allá dentro lo estaba volviendo loco y en varias ocasiones el joven se lanzó contra las plantas espada en mano soportando el dolor de los cortes e ignorando los gritos de Rattern, pero de nada valía. Por más que lo intentara, nunca lograba penetrar la muralla.

La joven tenía razón, su ayuda sería más útil en la ciudad.

Cuando llegaron, se encontraron con una ciudad dominada por el miedo. La tierra se había abierto en varios lugares, dando paso a enormes árboles negros que atacaban construcciones y personas por igual. Los tonranos se habían defendido con fuego, pero, en vez de morir, las plantas incendiadas continuaban creciendo, convirtiéndose en gigantescas antorchas vivas.

El cielo se había cubierto de un anillo de nubes que giraba en torno al palacio y crecía continuamente. Las personas corrían dando gritos, los pocos animales que habitaban la ciudad habían huido en estampida y la nube de cenizas se iba quedando más densa, haciendo que fuera difícil mantener los ojos abiertos.

—¡Thomas, allí! —llamó Rattern.

Él miró en la dirección que le indicaba la chica y encontró a un grupo de personas intentando levantar un pedazo de pared.

—¿Qué sucede? —preguntó después de llegar corriendo.

—Hay gente atrapada allá abajo, señor; cayeron por la grieta justo antes de que se derrumbara la pared.

No se veía nada, pero los gritos de los desdichados conseguían alzarse sobre la algarabía que los rodeaba y las plantas no se lo dejaban fácil. Los ataques venían de cualquier lugar, haciendo que los tonranos no pudieran concentrarse en el rescate.

—Rattern —pidió él—, toma mi espada y trata de mantener a las plantas alejadas de nosotros.

La chica asintió, se colocó detrás de ellos y comenzó a cortar cualquier gajo que llegara cerca. Por un momento, Thomas se permitió observarla: aquella muchacha menuda enfrentaba sola al batallón de plantas de una forma que dejaría con envidia a su mejor guerrero.

Luego, el joven se unió al grupo de tonranos y gritó:

—¡Vamos! ¡A la cuenta de tres!

Justo cuando lograron levantar la pared, sintió una mano en el hombro:

—Hemos venido lo más rápido que pudimos.

Después de mover el pedazo de pared hacia un lado, Thomas dejó a los civiles a cargo de terminar el rescate y se levantó del suelo. Delante de él, el general Dalthe terminó de dictar órdenes a una docena de soldados que, acto seguido, corrieron a substituir a Rattern.

—Hola, chico —lo saludó entonces—, recibimos tu carta.

4

—¿Y por qué crees que yo haría eso? —tronó una voz dentro de la cabeza de Sylha que la hizo despertar.

Ya no sentía su cuerpo y, cuando abrió los ojos, no vio más que una enorme nube gris. Dhyem y ella estaban en el aire, flotando dentro de una tormenta que tapaba el horizonte y cuyos rayos caían uno detrás del otro cambiando el cielo de colores como en un espectáculo de circo.

—Porque te lo estoy pidiendo —respondió Dhyem con una voz fragmentada—, por favor.

—No sé qué ganas con eso. Desde que nuestro hermano logró burlar las reglas, este mundo tiene su tiempo contado. A la humana no le quedará lugar donde vivir.

La palabras, que sí salían de su cabeza, la trajeron de vuelta a la realidad. Una realidad que ella no esperaba. Cuando se vio en los brazos de Dhyem, pensó que este había derrotado a Untheron y que el mundo estaba a salvo. Ahora descubría que solo la había salvado a ella.

«¿Dhyem?», pensó, consciente de que no sería capaz usar sus labios.

«Resiste, Sylha», respondió él.

Entonces era eso, la había transportado por un portal y había abandonado a Tonr. Sylha intentó retomar el control de su cuerpo, quería gritarle, quería pedirle que regresara al palacio, pero no pudo mover ni un músculo, todo fue inútil.

—Untheron violó las reglas, tiene que pagar —dijo el dios-demonio en voz alta.

—Esa decisión no es nuestra. Y yo no me involucro con humanos, tú tampoco deberías. Es más, ¿vas a decirme cómo lograste convencerlo de que te dejara huir con la chica?

Los ojos de Sylha se cerraron y, cuando los abrió, Dhyem ya había terminado su frase:

—Entonces pensó que yo quería su cadáver para..., ya sabes..., otra cosa.

Todo quedó negro de nuevo y las voces se apagaron. La vida se le iba.

—¡Oltrehm, sálvala! —rugió Dhyem despertándola de nuevo.

—¿Por qué no lo dejas todo, hermano? ¿No tienes hambre? Estás luchando contra tus instintos. Dentro de un rato seremos libres, no me digas que no llevas siglos soñando con este momento.

Sylha no tenía fuerzas para abrir los ojos, pero el olor había cambiado. El aire olía a sangre y a animales muertos. Su cabeza se volvió pesada y se volvió a dormir antes de escuchar la respuesta de Dhyem.

Al cabo de un rato, las voces llegaron de nuevo a sus oídos.

—No podría repararla ni aunque quisiera —decía Oltrehm—. Está demasiado dañada. Nuestro hermano hizo un buen trabajo.

—Por favor —suplicó Dhyem cayendo de rodillas sobre alguna superficie dura con ella en los brazos—. Por favor.

—Lo siento. La próxima vez no te enamores de una humana, son criaturas frágiles.

«Dhyem —llamó ella con el pensamiento—, déjame ir, salva al mundo».

—Yo la reivindico —susurró el dios-demonio.

Sylha sentía como las voces iban y volvían, el hedor se hizo más intenso y el sueño la quería atrapar de nuevo.

—¿Qué has dicho? —preguntó Oltrehm.

—¡La quiero para mí! —gritó Dhyem—. La reivindico. Es mi derecho.

—¿Tú sabes lo que eso significa?

—Lo sé.

—Sabes que eso no la obliga a escogerte cuando despierte. Ella también tiene derecho al libre albedrío, habrás perdido todo para nada.

—Lo sé.

Por un tiempo, ella no supo si se hizo un gran silencio o si sus oídos también habían dejado de funcionar, pero, después de un rato, Oltrehm respondió:

—De acuerdo. Como bien dices, es tu derecho.

Sylha sintió al dolor pasar como un terremoto por su cuerpo mientras Dhyem la abrazaba con fuerza. Y cada una de sus heridas despertó cuando el aire volvió a sus pulmones; y, cuando su garganta se recuperó, el grito que salió la sorprendió a sí misma.

«Resiste, Sylha», dijo Dhyem al tiempo que besaba su frente.

Entonces se vio de pie en el salón blanco. Se tocó las manos y las piernas y, cuando se giró, lo vio a él, pero algo había cambiado.

—No ha terminado —dijo Dhyem caminando hasta ella—. Tu cuerpo se está curando, te traje hasta aquí para aliviar el dolor. Disculpa no haberlo hecho antes, pero estabas demasiado débil.

—¿Y Untheron?

—Untheron logró lo que quería, el proceso de destrucción ha comenzado.

Sylha se tapó el rostro con las manos. Dhyem se las apartó y le acarició la mejilla en un gesto que ella hubiera deseado que durara para siempre.

—Podemos detenerlo, Sylha. En realidad, de entre todas las criaturas del mundo, incluidos mis hermanos y yo, la única que puede detenerlo eres tú.

—¿Cómo?

—La magia aggtriana funciona en los dos sentidos. De la misma forma que tomas la esencia de vida, también la puedes ofrecer. Y, antes de que me preguntes, no te lo habíamos dicho para protegerte. Debes comprender que, sin poder detener tu magia, morirías en cuanto trataras de curar a la primera criatura herida.

—¿Y ahora?

—Cuando te reivindicé no solo se curaron las heridas que te causó mi hermano, también se perdió el bloqueo que había dejado escondido dentro de ti. Eres la última heredera viva de Aggtra. Lo que dijo Untheron sobre la niebla es verdad, pero el hechizo que dejó la princesa Krinvy fue para protegerte, porque eres la única criatura en el mundo con poder para salvarlo.

Entonces, Sylha lo miró y se dio cuenta de qué era lo que estaba diferente.

—Tu rostro —dijo— ya se mueve.

Los ojos de Dhyem, hasta ahora azules, se colorearon de rojo:

—He renunciado a la inmortalidad para salvarte. Incluso los dioses tenemos libre albedrío. Pero no te preocupes, aunque sea mortal, conservo todos mis poderes, te ayudaré a derrotar a mi hermano.

—¿Por qué has hecho eso?

—¿De verdad necesitas preguntar? —respondió él con el nuevo color cubriendo por completo sus ojos.

—Me gustaría que me lo dijeras.

Dhyem la tomó por la cintura y la atrajo hacia él. El corazón de Sylha estaba haciendo un tornado dentro de su pecho.

—Porque te amo, Sylha Cabellos de Plata, y prefiero una vida mortal a tu lado que una eternidad sin ti.

Un instante antes de que sus labios se tocaran, él se apartó.

—Hay algo que debes saber —le dijo—. No estás atada a mí. Aun siendo mortal, yo no puedo ofrecerte una vida como la del resto de las personas. Como humana, tienes todo el derecho de escoger...

—Yo también te amo —interrumpió Sylha y cuando él se mordió los labios le pareció que, en vez de un antiguo dios, tenía delante a un joven adolescente.

Entonces, parándose en la punta de los pies, ella lo besó y, por un momento, se olvidaron del mundo.

—Si no eres un dios, ¿qué eres ahora? —preguntó Sylha al rato.

Él sonrió, y era la sonrisa más linda que ella había visto jamás:

—Soy Dhyem.

Capítulo 25:

Princesa de Tonr

1

El Bosque Azul también estaba muriendo pero más despacio. Thomas había agrupado a las familias tonranas cerca de la niebla blanca. A pesar de no poder tocarla, se sentían más seguros allí. La noche se les había escapado durante la evacuación de Ciudad de Rey y, aunque la onda de podredumbre continuaba expandiéndose quién sabe hasta dónde, las enredaderas de espinas habían parado de crecer a algunos metros de ellos.

Su ejército, que había llegado algunas horas antes del amanecer, se había organizado en la frontera del bosque, protegiendo a los ciudadanos de los horrores que se agrupaban alrededor del palacio. No eran muchos, y con toda seguridad no estaban a la par del batallón de monstruos que había formado filas entre las plantas negras.

—No son solo narthim, señor —había dicho el chico que salió de ronda aquella mañana—. Hay criaturas ahí cuyo origen desconozco y no tienen cara de muchos amigos.

Su padre había cumplido la promesa de reclutar más soldados y, en ese momento, se encontraba junto a los generales analizando el ataque. Sin embargo, la mayoría de las personas de Ciudad del Rey tenía demasiado miedo para incorporarse a la lucha y bajaban las cabezas cuando se les preguntaba quién podía combatir.

Thomas no podía culparlos, los narthim que custodiaban el palacio los doblaban en cantidad y, si lo que el chico había visto era real, había cosas peores entre los arbustos de espinas.

—Espero que la princesa continúe viva —dijo Dalthe parándose a su lado—, no me gustaría pensar que vamos a sacrificar nuestras últimas fuerzas en vano.

—Sylha está viva, general —respondió su padre, y Thomas se vio tentado a agradecerle.

A él no le quedaban dudas de que la princesa vivía, lo sentía en el fondo de su corazón, de la misma forma que había estado sintiéndolo todos esos años, pero sabía que las intenciones de su padre eran otras. El viejo Thion solo pretendía infundirles valor a los hombres; si aquellos soldados se imaginaban por un instante que su heredera podría no estar esperándolos, perderían la batalla antes de comenzar.

—Está viva —confirmó él.

Rattern vino caminando y se unió al grupo. Se había recogido el cabello en una cola de caballo y había arrancado la estrella roja de su pecho. Estaba más linda que nunca. Cuando se paró a su lado, le rozó la mano, y Thomas resistió al impulso de pedirle que no participara en la batalla.

En ese momento, un relámpago iluminó el Bosque Azul, haciendo que los civiles se levantaran del suelo y se aglomeraran alrededor de la niebla. Rattern y Thomas salieron corriendo al lugar del ruido, seguidos por los generales y su padre. Entonces, la chica sonrió, su padre soltó un silbido y, desde la multitud, un niño gritó:

—¡Es la princesa!

Thomas se sintió como si acabara de sobrevivir a una tempestad.

Era ella, montada en el lomo de un animal gigante, cuyo pelaje brillaba bajo los rayos de sol. Traía el cabello plateado recogido en una trenza que caía sobre uno de sus hombros. Estaba vestida de azul oscuro y tenía más armas encima que cualquier soldado que él hubiera conocido. A su lado venían dos personas que él no reconoció: uno de ellos era un anciano calvo con un hacha de leñador sobre el hombro; y el otro, probablemente, el hombre de los relatos de la taberna.

—A eso le llamo llegar con estilo —susurró su padre.

Cuando Sylha vio a Thomas, soltó un grillo, bajó de un salto del zorro gigante —él había llegado a la conclusión de que aquella era una descripción apropiada— y se lanzó a sus brazos.

—¡Están bien! —dijo con la voz entrecortada y las lágrimas profanando su rostro perfecto—. ¡Tú y Rattern!

Entonces la chica buscó entre la multitud y su mirada se ensombreció.

—¿Esteban?

Él negó con la cabeza.

—Lo siento.

El hombre que la acompañaba se acercó a Thomas y le estrechó la mano.

—Thomas —dijo la princesa—, te presento a Dhyem.

—Es un honor conocerte, Sylha me ha hablado de ti —le dijo el sujeto y lo miró con unos ojos que cambiaban de color.

Mientras se saludaban, la princesa abrazó a Rattern y le susurró algo al oído que hizo a la chica ruborizarse. Luego, le tendió la mano a cada uno de los generales y a Thion Yhonwitch, les agradeció por su lealtad y se subió de nuevo sobre el lomo del animal con la ayuda del tal Dhyem.

Por la forma en que se miraron, Thomas descubrió dos cosas: la primera fue que ese hombre no pertenecía a ninguna raza conocida; y la segunda, que daría su vida por Sylha con los ojos cerrados. Increíblemente, los celos que esperaba no vinieron; en su lugar, el joven se sintió aliviado de saber que, además de él, había alguien en el mundo que protegería a la princesa hasta la muerte.

Casi inmediatamente sus ojos se cruzaron con los de Rattern; ella le sonrió, y Thomas se dio cuenta de que el calor en el pecho que sentía cuando tenía a la chica cerca era muy diferente de lo que sentía por Sylha y, definitivamente, muy diferente de lo que había sentido por ninguna mujer en su vida.

Entonces, ante los ojos de todos, el enorme animal se transformó. La piel desapareció por completo como si hubiera sido arrancada a mordidas, dando paso a un cuerpo de músculos al

descubierto con una cabeza demoniaca.

Alguien gritó y, cuando los soldados desenvainaron sus espadas, Sylha sonrió con orgullo.

—De hecho —susurró Dalthe detrás de él—, una entrada con estilo.

—Tonranos —dijo entonces la princesa sentada sobre la bestia—, sé que he estado ausente durante cinco años y no tengo el derecho de pedirles que luchen por mí, pero he de avisarles que lo que se esconde en nuestro palacio no es un impostor cualquiera; es un antiguo dios cegado por el odio que quiere destruir todo lo que conocemos y, si no lo detenemos, lo logrará. No les pido que luchen por mí. Les pido que luchen por ustedes, por sus familias, por Tonr, por cada criatura de este mundo que se perderá para siempre si no lo detenemos.

»Sé que tienen miedo, y les voy a explicar algo. ¿Ven a ese ejército que rodea al palacio con su muralla de espinas y su bando de monstruos? Todo eso solo prueba una cosa: ¡el demonio está escondido porque sabe que podemos derrotarlo! He traído armas. Y he traído algunos amigos que nos ayudarán. Ahora los necesito a ustedes, necesito que cada brazo tonrano se una a la batalla. Yo les prometo que será la última. ¡¿Quién está conmigo?!

2

Tener dentro de su cabeza a Dhyem, a Phylo y a la Raposa no era nada fácil. Desde que el antiguo dios los transportó por el portal, sus mentes habían establecido el vínculo mágico y entre todos decidieron que sería mejor mantenerlo hasta que terminara la batalla. Tanto Dhyem como Phylo permanecían callados la mayor parte del tiempo, pero los pensamientos de la Raposa eran un volcán en erupción.

Sylha no podría explicar cómo se comunicaba con ella, ya que, en vez de palabras, intercambiaban imágenes para transmitirse las ideas, pero no era solo eso. La Raposa también compartía sus emociones de una forma tan nítida que en varias ocasiones la chica se vio sin poder distinguir entre lo que sentía el animal y lo que ella misma sentía. Como cuando le pidió que se presentara con su aspecto menos agresivo a los ciudadanos de Tonr: al animal no le gustaba estar rodeado de personas y hubo un momento en que la misma Sylha comenzó a contar los segundos que le faltaban para regresar a su lomo.

Dhyem reía. Y su risa volaba por el vínculo pintando burbujas de colores que la Raposa explotaba con su aliento. Sylha comprendió que aquella era su forma de tranquilizar al animal. Y, cuando ella le permitió cambiar de aspecto, la Raposa se lo agradeció con un fragmento de amanecer.

Antes de viajar, él le había explicado que las palabras de su hermano en el Bosque Negro sobre morir junto al mundo eran verdad; y que ese era el motivo por el cual se había atrincherado en el palacio: se estaba debilitando.

—Untheron es un dios de la vida —había dicho— y necesita morir para liberarse. Yo, sin embargo, me fortalezo más en el último momento; o, bueno, eso hacía cuando era un dios de la muerte.

Sylha conocía muy bien el papel de Dhyem como devorador de mundos, lo había visto el día en que probó su esencia y la verdad era que él nunca le había mentado sobre eso. Al contrario de lo que se hubiera esperado de una pequeña humana de veinte años, aquello no le causaba miedo.

Cuando terminó su discurso, los tonranos quedaron en silencio. Thomas se había quedado petrificado, de la mano de Rattern, quien no dudó un segundo en asentir con la cabeza:

—Puedes contar conmigo —le dijo solo con los labios.

Sylha suspiró, nunca había sido buena con los discursos.

«Tendré que conformarme con el ejército», pensó, porque los generales también le habían ofrecido su apoyo.

«Espera», dijo Dhyem por el vínculo.

Entonces, un niño de unos diez años se desprendió de la mano de su madre y salió corriendo hacia ella. La Raposa lo miró con curiosidad, pero, para mérito suyo, no se movió.

—Yo apoyo a la princesa —dijo el pequeño.

—Gracias, pero no... —comenzó a responder ella antes de ser interrumpida por una marea de brazos que se levantaron al unísono.

—¡Por Tonr! —gritó alguien en la multitud.

—¡Por la princesa de cabellos de plata!

Y Thomas se le acercó sonriendo:

—¿Dónde están las armas?

En poco tiempo Sylha tenía un ejército con ella. No todos eran soldados y, para muchos de ellos, sería la primera vez en su vida que sujetarían un arma. No tenían magia; eran solo humanos, como había dicho Oltrehm: criaturas frágiles. Pero era su pueblo; el pueblo que, de una forma u otra, esperó por ella durante cinco años. Eran tonranos. Y lucharían por el mundo a su lado.

—El plan es abrirme camino hasta el palacio —le explicó Sylha a Thomas antes de comenzar la batalla—. Dhyem y yo necesitamos alcanzar la muralla, de allí para adentro seguiremos solos.

—Comprendido.

—Cuando estemos dentro, ordena la retirada. No quiero muertes en vano.

El joven la miró y ella leyó la preocupación en su rostro, esa orden iba contra su sentido del deber.

—No te preocupes, Thomas, estaré bien.

Él asintió.

—Una última cosa, entre las plantas hay criaturas de otros mundos que dejarán a tus hombres aterrorizados, pero te aseguro que, por más que puedan aparentar lo contrario, es posible matarlas.

—Se los diré. No te vamos a decepcionar, Sylha.

—Lo sé. Coloca a los civiles en la última línea del combate, solo les pediremos su ayuda si realmente es necesario.

—Ya lo había pensado, Rattern está organizando eso con los generales. Los ancianos y los niños se quedarán aquí junto a la niebla, voy a dejar tres personas encargadas de vigilarlos.

—Muy bien, no creo que Untheron dirija sus ataques hacia ellos, él va a estar concentrado en mí.

—Los generales y yo estaremos a tu lado. Al pobre Salton le cuesta trabajo acercarse a tu mascota —rio—, pero ya lo hemos convencido.

Ella también rio:

—La Raposa es un animal mágico con fobia a las multitudes. Yo sé que puede resultar difícil de entender, pero, detrás de ese aspecto siniestro que se ha empeñado en lucir, se esconde un ser encantador. Y no es mi mascota.

«Ni de nadie», pensó, dándose cuenta de que la Raposa y Dhyem se trataban como amigos.

—¿Y el anciano?

—Phylo sabe cuidarse solo, no tienes que preocuparte por él. Además, no puede morir.

No le pareció un buen momento para explicarle que el anciano llevaba siglos muerto. Cuando pasara todo aquello, tendría una larga conversación con Thomas.

—Estamos listos —anunció Rattern viniendo hasta ellos, y Sylha no pudo dejar de notar la forma en que su amigo la miraba.

«Así que te ha enganchado —se dijo sonriendo para sus adentros—. ¡Qué bien!».

«Sylha —llamó Dhyem a través del vínculo—, la energía de Untheron se ha debilitado bastante».

«Eso es bueno, ¿no?».

«Eso también significa otra cosa, alteza», intervino Phylo.

Y, en ese momento, comenzaron a caer las aves del cielo.

3

El mundo se estaba cayendo en pedazos.

Las nubes que cubrían el palacio desde la noche anterior se habían disipado casi por completo; sin embargo, el cielo no estaba azul, sino de un color ceniciento, como si la luz de los dos soles no fuera suficiente para iluminarlo. La temperatura cayó con brusquedad, trayendo un frío extraño y sin viento. Los pájaros se desplomaban uno por uno y la tierra comenzó a agrietarse como lodo seco.

—¡Los caballos! —gritó uno de sus soldados un instante antes de que todos los caballos que se encontraban en la formación del ejército se desvanecieran contra el suelo tumbando a sus jinetes en la hierba muerta.

—Se nos acaba el tiempo —dijo la princesa desde su animal gigante—. ¡Tenemos que atacar!

Rattern se paró a su lado con la espada desenvainada y, cuando Sylha dio la orden, salieron a enfrentarse a los monstruos.

El ejército narthim retrocedió algunos pasos cuando la princesa llegó sobre la bestia. La Raposa, como ella la llamaba, había entrado en la batalla con un rugido que parecía salir del mismísimo infierno y destrozaba enemigo tras enemigo como si estuviera jugando con muñecos

de trapo. Encima de ella, Sylha blandía una espada del color de su cabello donde los escasos rayos de sol refulgían, dándoles a ambas la apariencia de haber salido de un libro de leyendas.

El anciano que había llegado junto a Sylha caminaba a su lado con el hacha en la mano y se limitaba a espantar a aquellos enemigos que se acercaban demasiado a la Raposa mientras las espadas narthim atravesaban su cuerpo como si fuera de humo.

Y Dhyem, el extraño ser del que su amiga se había enamorado, los acompañaba del otro lado del animal con un paso sereno, como si, en vez de una batalla, estuviera en medio de un paseo por el bosque, rodeado de un círculo de monstruos muertos que iban cayendo tras él sin que necesitara mover ni un solo dedo de sus manos.

—Pasar por el ejército narthim no será difícil —le había advertido Sylha antes de salir—. El verdadero problema comenzará cuando lleguemos a las plantas.

Thomas intentaba no alejarse demasiado. Los narthim los superaban en número y parecían dispuestos a alcanzar a Sylha a cualquier costo, pero no eran tan diestros con las armas como ellos, lo cual los dejaba con una ventaja razonable. Aun así, el enfrentamiento estaba siendo todo lo violento que esperaban y necesitaban del ejército entero para detener a las huestes de monstruos que se lanzaban contra la princesa como un conjunto de títeres guiados por alguna mano invisible.

A su lado, los generales combatían con tal furia que no parecían ancianos. Y la espada de Rattern eliminaba un enemigo tras otro como si hubiera ganado vida propia. Él mismo había perdido la cuenta de cuántos narthim había matado ya. Combatir monstruos, después de llevar tantos años luchando contra su propio pueblo, dejaba el sabor de la pelea menos agrio; y Thomas cercenaba cabezas y miembros sin tener que preocuparse por mirarlos a las caras.

En poco tiempo, la sangre de los monstruos comenzó a inundar el suelo y, ahora que nadie se preocupaba por esconder su verdadera identidad, se regaba como un riachuelo oscuro y maloliente.

Antes de que los dos soles llegaran a la mitad de su recorrido por el cielo, el grupo había alcanzado la muralla de plantas. Y en el momento en que el ejército tonrano, encabezado por la princesa de cabellos de plata, colocó el primer pie dentro del bosque siniestro; los narthim se retiraron dejando el campo de batalla desierto. El cielo se oscureció como si hubiera llegado la noche; una noche limpia y sin nubes, donde los dos soles flotaban como esferas apagadas. Fue entonces que comenzó el verdadero infierno.

—¡Corran hacia las plantas! —gritó Sylha desmontando de la Raposa para defender al animal con su espada.

Thomas repitió la orden en voz alta y la sintió hacerse eco entre los hombres. Ellos no sabían qué nuevos horrores los esperaban en la muralla, pero el campo abierto se había convertido en una carnicería donde enormes estacas de madera brotaban del suelo atravesando a personas que morían dando alaridos; quienes sobrevivían a las estacas acababan arrastrados por enredaderas de espinas que se enredaban en sus piernas y los halaban a través de diminutas grietas en la tierra hasta destrozar sus cuerpos.

Los soldados corrieron.

Y, cuando la estampida llegó hasta la muralla de plantas, los civiles se quedaron indefensos.

4

A cada grito que Sylha escuchaba gritaba ella también. Habían perdido casi a la mitad del ejército. Los civiles, que habían sido agrupados en la última línea de combate, se habían quedado presos en el campo al descubierto y a cada movimiento eran recibidos por una muerte violenta.

—¡No!

—Sylha —dijo Dhyem a su lado—, tenemos que continuar, necesitamos llegar a las cavernas subterráneas.

El antiguo dios tenía un círculo de luz a su alrededor y ella misma había invocado a Ignigon desde el momento en que el día se convirtió en noche. Ambos luchaban contra los nuevos ataques de las enredaderas y, después de ver varios cortes en el rostro de Dhyem, ella había descubierto que él también podía resultar herido.

—¡Tenemos que ayudarlos!

—Eso es exactamente lo que quiere mi hermano, está tratando de alejarte del palacio. Tenemos que continuar.

Un nuevo grito se abrió paso hasta ellos y le arrancó las lágrimas.

—Por favor.

Junto a ellos, la Raposa y Phylo también se debatían contra las plantas. Y las imágenes que el animal le enviaba por el vínculo estaban llenas de miedo.

—Por favor —repitió Sylha llorando mientras rebanaba un gajo que venía directo hacia su abdomen—, ayúdalos. Ayuda a mi pueblo.

—No pienso dejarte sola.

—Nosotros la cuidaremos —afirmó Thomas colocándose a su derecha, seguido por Rattern, que se paró a su izquierda y le hizo una señal de asentimiento a Dhyem con la cabeza.

Él los miró, luego suspiró y llamó a Phylo por el vínculo:

«Protege a Sylha».

«Lo haré».

La Raposa pareció entender la conversación porque respondió con una imagen de sí misma destrozando enredaderas negras.

—Mantente viva —le dijo entonces el antiguo dios dándole un beso antes de salir corriendo en dirección a los gritos.

Por cada enredadera que cortaban crecían dos más: enormes gajos repletos de espinas que se volvían a cerrar frente a ellos bañados del mismo musgo del Bosque Negro. No obstante, en el intervalo entre un corte y su nuevo brote, los jóvenes lograban avanzar a paso lento. Después de un tiempo, a todos se les había cubierto el cuerpo de arañazos.

La Raposa también había resultado herida, y una sangre oscura brotaba de su lomo dejando al animal enfurecido. Solo Phylo parecía inmune a las plantas y utilizaba el hacha para abrirles camino sin que las espinas le hicieran el menor efecto a su piel.

«Ya los dejé a salvo —le avisó Dhyem por el vínculo después de un rato—. ¿Cómo van las cosas por allá?».

«Casi llegamos».

«Voy en camino, no escales el muro sin mí».

«¿Cómo llegarás hasta aquí? La muralla se está cerrando detrás de nosotros».

Aun con los soldados tonranos peleando a su alrededor para facilitarles el camino, las plantas volvían a crecer detrás de ellos hasta el punto de que Sylha ya no lograba ver el campo abierto.

«¿Estás preocupada, princesa?».

«Ahora que eres mortal, sí».

«Yo tengo mis trucos».

—¡Sylha!

El grito, que había salido de la garganta de Thomas, vino acompañado de un fuerte dolor que la atolondró momentáneamente y, si no hubiera sido por el hacha del anciano, hubiera resultado fatal.

«¿Qué sucedió?», rugió Dhyem por el vínculo.

Ella era incapaz de responderle, al dolor de la herida enseguida se le unió un ardor insoportable que comenzó a esparcirse por su cuerpo al tiempo que perdía poco a poco sus movimientos.

—Fue un espectro —dijo Phylo—. Debemos subirla a la Raposa hasta que el efecto se le pase.

—¿Qué es un espectro? —preguntó Rattern cortando enredaderas mientras Thomas y Phylo colocaban a Sylha sobre el lomo del animal.

«No ha sido cualquier espectro —comentó Dhyem en su cabeza—. Debe haber sido el mismo que heriste en el Bosque Negro. A mi hermano le gustan los juegos. Y, aunque el espectro forma parte de él, es una parte suya que te guarda resentimientos especiales».

—Es una criatura de otro mundo —le explicó Phylo a sus amigos—. No se preocupen, se puede matar.

—Voy a estar bien —susurró ella cuando pudo mover los labios.

«Usa tu magia».

—No, no voy a gastar mi magia en mí.

«¡Demonios, Sylha!».

El espectro apareció frente a ellos, y Sylha pudo comprobar que continuaba siendo la misma criatura repugnante que había visto en el Bosque Negro.

—¿Se mata, dices? —preguntó Rattern colocándose a la delantera del grupo.

—Con toda seguridad, chica. Entiérrale una daga y verás cómo le brota la sangre.

La criatura desapareció y apareció más cerca. Tenía una expresión de horror en el rostro, como si todo aquello la estuviera dejando molesta. Rattern se preparó y, al siguiente vislumbre del espectro, cortó el aire con su espada.

El chillido de dolor vino de adentro de la tierra, de cada planta y hasta del mismo cielo. Cuando el espectro se hizo visible, se encontraba tirado en el suelo con la barriga abierta de un extremo a otro.

—Demasiado fácil —dijo Phylo.

—¿Qué quieres decir?

—No es por menospreciarte, pero ese espectro ha resultado herido con mucha facilidad. Algo me huele mal.

—Pues que vengan más y ya veremos si no puedo con ellos.

Como si los hubiera estado escuchando, el cadáver del espectro comenzó a temblar. Las plantas pararon de atacarlos y sus tallos se llenaron de unos bultos oscuros que aumentaban de tamaño hasta cubrirlas por completo.

—¿Qué demonios está sucediendo? —preguntó Thomas.

«Untheron está enfermo y débil —le dijo Dhyem a Sylha por el vínculo—, necesita eliminarnos de una vez por todas. Se acabaron los juegos».

«¿Qué hacemos?».

«Manténganse alejados de los tumores, intenta llegar al muro».

El musgo había cubierto al suelo enterrando a la hierba muerta en un pantano hediondo que destilaba olor a muerte. Mientras los tumores crecían, la muralla de plantas se estremecía completa, como si se tratara de un ser gigantesco.

«Pero si es un ser gigantesco —pensó ella—, un maldito dios moribundo».

Capítulo 26:

Un dios moribundo

1

El grito de Rattern lo impactó del tal forma que Thomas perdió el sentido de la realidad. Por un momento, no hubo plantas ni princesa ni castillo, solo una chica con el rostro quemado a quien él no sabía cómo proteger del dolor.

Las bolsas negras que acababan de crecer en las enredaderas habían comenzado a estallar; y su contenido, una sustancia gris viscosa, se pegaba en la piel de las personas quemándola hasta los huesos.

Fue una de esas que destrozó el hermoso rostro de Rattern y, aparentemente, no había parado ahí. El cuerpo de la chica empezó a convulsionar y hubiera caído al suelo si Thomas no se la hubiera echado sobre los hombros.

—¿Cuán grave es? —preguntó Sylha desmontando de la Raposa y corriendo hacia ellos; por lo que el joven pudo ver, ya se había recuperado del veneno del espectro.

Él no se atrevía a responder. Rattern había parado de gritar; en lugar de eso, de su garganta salía un gemido débil acompañado por espasmos.

Algunos soldados comenzaron a lanzar dagas a las bolsas negras para explotarlas antes de pasar por su lado, mientras que otros cortaban los gajos infestados con sus espadas; pero la mayoría de ellos acababa recibiendo al menos algunas gotas del ácido gris.

La princesa se acercó a Rattern y se llevó una mano a la boca.

—¿Puedes curarla? —preguntó él.

Sylha comenzó a llorar.

—¿Sylha? ¿Puedes curarla, por favor?

—Intentaré aliviar su dolor, para curarla del todo tendría que gastar mi reserva de magia y la necesito para lo que tengo que hacer dentro del palacio.

La princesa cerró los ojos por un momento y, cuando los abrió, Rattern susurró:

—Thomas, ponme de pie.

—No he podido hacer mucho —se disculpó Sylha.

—Has hecho suficiente —respondió la chica—, gracias.

Él la miró, había perdido la piel de la mitad del rostro y seguía siendo hermosa:

—¿Cómo te sientes?

—Duele menos, puedo pelear.

Sylha asintió y salió a unirse a los soldados en la batalla por abrirse camino hacia el muro del palacio, Thomas vio a Dhyem llegar con el brazo ensangrentado y una enorme quemadura en el abdomen que le había derretido la camisa.

—Rattern —comenzó a decir—, podemos morir aquí.

—No creo que eso sea una novedad.

—Lo que quiero decir es que...

—Guárdate lo que tengas que decir para cuando salgamos de esta —interrumpió la chica y se lanzó a correr con los soldados.

Detrás de ella apareció una sombra.

—¡Rattern! —gritó Thomas al ver la criatura.

La joven se viró a tiempo, ya con la espada en la mano, y atravesó de una tajada al animal que la perseguía. Una cabeza ensangrentada salió rodando por el suelo con colmillos del tamaño de una daga mediana, la piel cubierta de escamas negras y dos agujeros en lugar de ojos que expelían una baba amarilla.

Thomas fue lanzado contra la tierra por otro animal que apareció de la nada y su espada salió disparada lejos de su alcance. El sabueso colocó dos patas sobre su pecho, las escamas de su lomo se habían levantado, formando una línea que iba desde el centro de su cabeza hasta el rabo y, mientras le rugía, de su boca goteaba el mismo líquido amarillento que cubría sus ojos.

El joven escuchó a Rattern gritar mientras se batía con dos bestias más e intentó alejar la cabeza del sabueso de su rostro utilizando las manos, pero el animal tenía una fuerza descomunal. Entonces sacó una daga de su cinto y se la enterró en la barriga, dejando al sabueso en el suelo dando alaridos que parecían salir de las entrañas de la tierra.

—Tenemos que llegar hasta Sylha —le dijo Rattern rematando a uno mientras él la ayudaba con el otro.

Thomas había visto al general Salton caer durante las explosiones de ácido y no tenía ni idea de dónde estaba Dalthe, pero todos los animales corrían en dirección a la princesa, quien se encontraba a algunos metros de él, de espaldas a Dhyem, cada uno de los dos apuntando su espada contra un círculo de sabuesos que los tenía rodeados al tiempo que el anciano y la Raposa trataban de abrirse camino hacia ellos.

—¡Soldados! —llamó Thomas—. ¡Protejan a la princesa!

Antes de que pudieran hacer nada, la jauría de demonios había crecido tanto que había ocultado a Sylha.

Desde donde estaba, Thomas podía ver los destellos de luz que tanto la joven como Dhyem desprendían en su enfrentamiento contra las fieras, pero no los veía a ellos. Sus siluetas se hundían dentro del círculo de sabuesos negros que, cada vez, se veía más compacto.

Después de aquellos primeros ataques, los animales habían enfocado su atención en la princesa y ahora le pasaban por al lado como si no lo vieran. Los soldados habían seguido sus órdenes y empuñaban sus armas contra la jauría en un intento frustrado de abrir una brecha hasta Sylha.

—Son demasiados —comentó Rattern que en ese momento embestía contra dos criaturas al mismo tiempo sin que la herida en su rostro, que probablemente todavía le dolía, le restara

ímpetu.

—Tenemos que atacar todos juntos por el mismo lugar —respondió el joven mientras escuchaba a la princesa gritar en medio de un estallido de luz—. Tenemos que abrir una brecha hasta el centro para ayudar a Sylha. Si seguimos matando sabuesos por los bordes, no llegaremos a tiempo.

La chica asintió y se unió a él.

—¡Todos para acá!

2

Dhyem estaba herido. Desde que le contó cómo había renunciado a la inmortalidad por ella, Sylha supo que el antiguo dios había quedado vulnerable; si bien las amenazas terrenales casi no lo afectaban, las criaturas mágicas de su hermano dios se habían probado capaces de hacerle daño. Sin embargo, no fue hasta que lo vio regresar con el abdomen quemado y el brazo desgarrado que Sylha comprendió que existía una posibilidad real de perderlo ese día; y ese conocimiento estaba acabando con ella.

Los gronwent —así los había llamado él— continuaban atacándolos en grupos y, por más que las explosiones de magia de Dhyem lograran eliminar a varios al mismo tiempo, había cientos de ellos.

Sylha enterró su espada en el lomo de una criatura y giró para detener a otra que venía con las fauces abiertas en su dirección. Las escamas que cubrían sus cuerpos hacían que fuera más difícil herirlas con su lámina, pero no imposible. Detrás de ella, Dhyem mató a una docena con un estallido de luz.

Los animales se habían vuelto atrevidos y ya no les huían a los ataques del antiguo dios. A decir verdad, habían perdido su individualidad y ahora se comportaban como una masa de títeres de la misma forma que había sucedido con los narthim, lanzándose sobre ellos como si no les importaran sus propias vidas.

Otra explosión de luz, y los cadáveres gronwent continuaban amontonándose a su alrededor.

—Untheron no puede matarte —dijo Dhyem—, desde el momento en que te reivindicé, tu vida quedó protegida de los ataques de mis hermanos.

—Pero puede herirme.

—Sí, desafortunadamente la ley no dice nada sobre eso. Lo que está tratando de hacer ahora es detenernos durante el tiempo suficiente para que el proceso de destrucción termine.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—No lo sé, pero cuando se esté acercando el fin mi hermano quedará tan débil que casi no será capaz de usar su magia. Esa será nuestra única oportunidad de revertir el proceso; si nos encontramos lejos de las cavernas, no lo lograremos.

Si algo había que reconocerle a Dhyem era su sinceridad, aunque Sylha hubiera preferido que, al menos esa vez, no fuera tan directo.

Una nueva explosión de luz: diez gronwent muertos.

Sylha se enfrentó a tres criaturas al tiempo que Dhyem se viraba para detener a un nuevo grupo que venía por detrás. Uno de los gronwent consiguió abrirse camino hacia ella y le atestó una mordida en la pierna. Cuando la chica cayó, los otros dos se le echaron encima, ella enterró su daga en el cuello de uno de ellos, pero no se pudo librar de los otros.

—¡Sylha!

Antes de que Dhyem los matara, los animales le habían desgarrado el pecho.

—Cúrate.

—No puedo gastar mi r...

—¡Toma mi esencia y cúrate! —ordenó él y el esfuerzo de gritarle lo hizo doblarse sobre la herida en su abdomen.

—También puedo curarte a ti.

—Yo estoy bien, he pasado por cosas peores.

A pesar de la concentración para extraerle energía a Dhyem y curarse sin pasar de lo imprescindible, Sylha soltó una carcajada:

—No creo que hayas pasado por nada peor. Eras un dios, ¿recuerdas?

—Como si fuera ayer —rio Dhyem soltando otra explosión.

Sylha se levantó del suelo y se lanzó al ataque de dos nuevos gronwent. Esta vez, los derrotó de un tajo.

Entonces, el círculo de criaturas se abrió como si lo hubieran cortado desde afuera, y Thomas asomó con el cuerpo cubierto de sangre negra:

—¡Vamos, Sylha! Te tenemos un camino abierto.

Era el ejército entero. Los soldados y civiles tonranos se habían organizado en dos filas a todo lo largo de la brecha creando un cordón humano para que ella pudiera salir.

Sylha saludó a Rattern al pasar por su lado. Le hubiera gustado quedarse a luchar junto a ellos, pero debían entrar al palacio cuanto antes, pues, en cualquier momento, Untheron comenzaría a morir con el mundo; y ella tenía que estar allí cuando eso sucediera. No obstante, a medida que avanzaban protegidos por los tonranos, Dhyem iba soltando explosiones para aliviarles el trabajo de mantener a raya a los gronwent y, cuando llegaron al otro extremo, Sylha se dio cuenta de que había calculado mal:

—Son miles de criaturas —dijo—, nosotros solos nunca lo hubiéramos logrado. Gracias, Thomas.

El chico, que los había acompañado hasta la salida, asintió con la cabeza y preguntó:

—¿Cómo van a atravesar el muro?

—Vamos a escalar por las enredaderas muertas —explicó Dhyem disparando otra explosión para alejar a los gronwent, que ya se estaban girando en su dirección.

—Espero que cuando entremos al palacio las criaturas se marchen —le dijo ella al amigo—, aprovechen esa oportunidad para huir al bosque.

—No sé lo que vas a enfrentar allá dentro, Sylha, pero, por favor, cuídate.

—Lo haré —respondió antes de salir corriendo.

3

Thomas la vio escalar el muro, sentarse en la cima junto a su extraño amigo y tirarse para el otro lado. Perder a su princesa de vista sin saber qué la esperaba dentro del palacio fue una prueba de paciencia, pero el joven no tuvo mucho tiempo para pensar pues, en el instante en que Sylha desapareció, la jauría de sabuesos se viró contra ellos.

El anciano y la Raposa se le habían unido momentos después de que la princesa se marchara. El cordón de tonranos que la había ayudado a escapar se había convertido en un círculo cerrado al cual las criaturas acababan de enfocar toda su atención.

Sylha estaba equivocada, aquellos animales tenían sed de sangre humana y, una vez perdido su objetivo principal, salieron del estado de hipnosis que los mantenía controlados y comenzaron a rondarlos como si ellos fueran el menú principal del día.

Thomas había visto a su padre por el rabillo del ojo. El viejo Thion llevaba años sin pelear en una guerra, pero, por lo visto, no había perdido la práctica; y, cuando los sabuesos se lanzaron contra ellos, fue uno de los primeros en atacar.

Aquello no se parecía a la guerra, era un ejército humano luchando contra monstruos y estaban en minoría. Aunque muchos de ellos eran soldados entrenados, los animales lograron separarlos; y Thomas se vio luchando contra media docena de sabuesos hambrientos que solo se detenían cuando los mataba.

—¡Es como si no sintieran dolor! —gritó Rattern que también se las estaba viendo con varias criaturas a la vez—, continúan atacando hasta la muerte.

—Pues entonces los matamos —dijo su padre—. No son más que unos perros feos.

Las escamas brillaban sobre el lomo de las bestias y el suelo estaba manchado del líquido amarillento que les salía por cada orificio de su cuerpo; atacaban en grupo, y los gritos de los soldados heridos no demoraron en aparecer.

Uno de los sabuesos que peleaba contra Thomas logró acertarle una mordida en el brazo y el dolor fue terrible. Cuando su sangre comenzó a brotar, los otros animales se agitaron y cambiaron la estrategia de avanzar uno por uno para lanzarse todos al mismo tiempo sobre él.

Su espada cortó par de cabezas y atravesó algunos lomos, pero no pudo evitar que la fuerza del ataque lo tumbara contra el suelo y, esta vez, herirlos con la daga no dio resultado. Thion Yhonwitch lo alcanzó corriendo y, en una maniobra admirable, mató a cuatro sabuesos de una tacada.

A su lado, Rattern estaba parada con las piernas abiertas y la espada levantada; miraba a los animales a los ojos —si era que se los podía llamar ojos—, y estos por su parte caminaban en círculos alrededor de la chica como si no pudieran decidirse cómo atacarla: le tenían miedo.

Fue entonces que él descubrió la herida que tenía su padre en un costado del abdomen.

Thion Yhonwitch cayó sin soltar su espada, con la cabeza en alto mientras un río de sangre salía de su cuerpo y el brillo de la vida se escapaba de sus ojos.

Al verlo, Rattern se interpuso entre ellos y las fieras, y Thomas se agachó a su lado envuelto en llanto.

—Está bien, hijo —balbuceó su padre—, ha llegado mi hora, me alegra que haya sido combatiendo a tu lado.

—¡Aguanta! —pidió él—. Necesitas sobrevivir hasta que Sylha vuelva, ella te puede curar.

—Yo sé que no soy el padre que hubieras querido.

—Detente.

Un enorme buche de sangre salió por su garganta, y Thomas tuvo que sostenerlo para que escupiera. El general Dalthe se había unido a Rattern.

—Nunca te lo dije, pero siempre he estado orgulloso de ti, eres un hombre mucho mejor que yo. Cuida a tu hermano y a tu madre y, por favor, perdóname.

Entonces, los ojos de Thion Yhonwitch se perdieron en algún lugar del cielo, y Thomas lo abrazó llorando al tiempo que se juraba conservar tan solo los mejores recuerdos de su padre.

Unos minutos después, los sabuesos desaparecieron.

4

La niebla blanca se había extendido tanto que ya cubría el palacio completo, las únicas criaturas de Untheron que lograban atravesarla eran las plantas, pero, como estaban muertas, no representaron un problema para Sylha y Dhyem en su camino a las catacumbas. El muro no solo los separaba de los gronwent, sino también de los gritos, como si una barrera invisible mantuviera los sonidos apartados; y el silencio era tal que cada paso sobre la hierba muerta reverberaba en la noche como si los únicos habitantes del mundo fueran ellos dos.

El viaje por las catacumbas estuvo lleno de huellas de sangre y recuerdos tan lejanos que parecían pertenecer a otra vida:

—Siento como si hubiera muerto aquí.

—Estuviste a punto —respondió él tomándola de la mano—. No permitiré que eso suceda nunca más.

Al paso de Dhyem, las rocas se apartaban solas del camino, movidas suavemente por una fuerza invisible que las acomodaba a los lados sin hacer el menor ruido. Pasaron en silencio por lo que sobró de las tumbas antiguas. De las enormes estatuas quedaban solo los restos: cadáveres de piedra destrozados y esparcidos como grotescas caricaturas de lo que un día representaron.

Los dos lo sintieron al mismo tiempo.

Podría decirse que el aire comenzó a faltar, pero no era eso. Tal vez fue la temperatura, el olor extraño o, inclusive, la falta de olor. Sylha no sabría decirlo. Lo cierto fue que se dio cuenta y, cuando miró a Dhyem, él se lo confirmó:

—Está sucediendo.

Alcanzaron la cámara corriendo y se tiraron por la boca del cráter sin mirar abajo. De alguna forma que Sylha no logró justificar con sus escasos conocimientos de magia, Dhyem llegó primero y la recibió con una burbuja blanca que amortizó su caída. Luego corrieron por las entrañas del mundo hundiéndose cada vez más en su interior.

Había llegado el momento.

Durante todo ese tiempo Sylha había pensado que sentiría un fuerte terremoto, que la tierra se quebraría en pedazos o explotaría como una bomba gigantesca. Pero no era nada de aquello: el mundo moría en calma, como si se estuviera quedando dormido; como si, simplemente, no quisiera luchar más.

—Sé lo que estás pensando —dijo de repente Dhyem—, la muerte de los mundos es tan triste como hermosa, pero a este todavía le queda tiempo.

Entonces ella se dio cuenta de qué era lo que había sentido un instante antes de bajar por el cráter:

—Los dejé de escuchar —susurró mientras corría—. ¡Dhyem! ¡Dejé de escuchar la esencia de mis amigos!

Era esperado que eso sucediera cuando entraran en las cavernas pero no antes de llegar al cráter.

—Sigue corriendo, Sylha.

—¿Qué está pasando en la superficie? Tampoco siento a Phylo ni a la Raposa en el vínculo.

—Phylo y la Raposa no pueden morir.

—¿Y los otros?

—Sigue corriendo, ya casi llegamos, es todo lo que puedes hacer por ellos.

Ella comenzó a llorar, y sus piernas se negaron a dar un paso más:

—¿Por qué yo sigo viva?

El antiguo dios la tomó por los hombros:

—Tú absorbiste la energía del mundo, serás la última en morir, pero, si no llegamos a tiempo, acabarás haciéndolo. En este momento, no hay nada más importante que correr hasta que escuches al corazón de fuego. Todavía no está todo perdido. Sylha no pudo responder, estaba en *shock*; si lo que sus instintos le decían era verdad, acababa de perderlos a todos.

Dhyem recostó su frente a la de ella, con el color sin nombre cubriendo sus ojos por completo:

—Por favor, no me hagas esto —suplicó.

Sylha aspiró su olor como si fuera un bálsamo, estaban tan cerca que incluso juraría que por primera vez sentía un corazón latiendo en medio del pecho del antiguo dios.

«Es mortal ahora —pensó—, por mi culpa».

Las manos de Dhyem se entrelazaron con las suyas, y él le besó los puños con los ojos cerrados:

—No te rindas ahora.

Sylha suspiró entre lágrimas, haría cualquier cosa por él. Aun cuando quedaran solo ellos en el mundo, seguiría valiendo la pena.

—No, no me rendiré —respondió besándole las manos antes de empezar a correr de nuevo.

Escuchó al núcleo de fuego mucho antes de llegar a la caverna donde Untheron la había mantenido prisionera, pero aquella vibrante energía que tanto la había seducido algunas horas atrás se había transformado en cenizas y, por más que se esforzara, todo lo que su magia captaba era el crepitar de una hoguera apagada.

—Ya lo sentí —le dijo a Dhyem—, podemos hacerlo desde aquí.

Él asintió:

—Vas a necesitar varias sesiones porque tu reserva se vaciará antes de que lo hayas curado por completo. Mi hermano está débil ahora, pero después de la primera entrega de energía tendrá poder suficiente para atacarnos, yo lo detendré por el tiempo necesario hasta que termines.

—¿Y después?

—Cuando el corazón de fuego esté curado, no habrá nada que él pueda hacer.

Ella se sentó en el suelo. Si extraerle la esencia al núcleo del mundo la había afectado tanto, no podía ni imaginarse lo que pasaría con su cuerpo cuando comenzara a transferir su propia vida.

—Utiliza mi esencia también, Sylha. Durante mi enfrentamiento a Untheron puede que pierda la concentración y te cueste un poco de trabajo acceder a ella, pero haré todo lo posible por evitarlo. En esta primera sesión usa solo mi esencia, de esa forma no quedarás tan frágil para las próximas.

Terminando de hablar, Dhyem se agachó frente a ella y la besó en los labios. Fue un beso sereno, demorado, donde el antiguo dios intercalaba pequeñas pausas como si quisiera eternizar el momento, aspiraba su aroma y le acariciaba el rostro. El efecto de esos labios en su piel lanzaba ondas de calor por todo el cuerpo de Sylha, que temblaba de pies a cabeza reprimiendo deseos que no debería estar sintiendo en un mundo a punto de morir.

La joven sintió una lágrima mojar su mejilla y lo miró a los ojos, que brillaban humedecidos detrás de un tono muy claro del color extraño.

—Dhyem, ¿qué sucede?

—No te preocupes —respondió él apartándose y fingiendo una sonrisa.

Algo andaba mal, pero no podían seguir perdiendo tiempo. En vez de insistir, Sylha susurró:

—Te amo.

—Yo también te amo, Sylha Cabellos de Plata, heredera de los tronos de Tonr y de Aggtra, destructora y salvadora de mundos. Puedes comenzar.

Ella sonrió, cerró los ojos y dejó a su magia fluir.

Esta vez, acercarse al corazón de fuego le resultó más fácil. Cuando empezó a transferirle la energía de Dhyem, él le dijo:

—Sucedá lo que suceda, no desistas.

Capítulo 27:

Corazón de fuego

1

Desde que desapareció el bloqueo que Untheron le había puesto a su control de la magia, todo era diferente. Tareas que antes requerían un gran esfuerzo como encontrar la esencia de la vida o decidir la cantidad exacta de magia que quería utilizar ahora se le hacían tan naturales que parecía llevar toda su vida realizándolas. Sylha comandaba el flujo de energía de un cuerpo para otro como si estuviera tejiendo con hilos de seda y sabía exactamente cuándo detenerse en el caso de que su reserva se vaciara.

Al truncarle el control de la magia, el hermano de Dhyem no solo la había engañado, sino que la había privado de una parte importante de su vida; le había robado su identidad, pues Sylha era tan aggtriana como humana y llevaba demasiado tiempo repudiando su herencia.

La esencia de Dhyem continuaba siendo hermosa; los trazos de inmortalidad habían desaparecido por completo, dejando al descubierto la persona de la cual ella se había enamorado; y curar al mundo con ella estaba resultando ser una experiencia embriagadora, muy diferente de lo que había sentido cuando Untheron la forzó a robarle la energía al corazón de fuego.

Un destello de luz atravesó sus párpados cerrados y la hizo perder la concentración.

—No te detengas —dijo Dhyem.

Quedaba poca magia en su reserva, pero todavía no estaba vacía por completo. Ella continuó.

Drenar la esencia del antiguo dios no la hacía menguar en lo más mínimo, más bien era como desviar un delgado afluente de un río caudaloso que no parecía ni darse por enterado de lo que estaba sucediendo. Después de un tiempo, su reserva se vació.

Cuando Sylha abrió los ojos, tenía un círculo de enredaderas muertas a su alrededor, Dhyem estaba parado detrás de ella, con los brazos junto al cuerpo y los ojos negros.

—¿Untheron despertó? —preguntó Sylha poniéndose de pie.

—Todavía está débil, creo que conseguiremos una sesión más sin que nos moleste mucho.

El núcleo de fuego ardía con un poco más de fuerza. Un instante antes de apartarse, Sylha había sentido la vida renaciendo en su interior, como el susurro de la brisa en una mañana de otoño.

—Creo que está funcionando.

—Pero claro que funciona —respondió él cambiando el color de los ojos para azul—. La próxima vez mi hermano comenzará a atacar con fuerza, no pierdas la concentración y todo estará bien.

Durante la siguiente hora Dhyem se dedicó a atacar con luz cada enredadera que se les acercaba. Las plantas llegaban arrastrándose por el suelo lentamente, como si los esfuerzos de Untheron no fueran suficientes para darles vida.

La reserva se llenó de nuevo y Sylha se sentó, recostó su espalda a la pared y cerró los ojos. Esta vez, sintió la esencia de Untheron también.

2

—¿Qué has hecho, hermano? —preguntó Untheron con una voz apagada.

Sylha había comenzado el proceso de transmitir energía de Dhyem para el corazón de fuego y se sobresaltó cuando lo escuchó hablar, pero logró mantener la conexión estable.

—Lo que debiste haber hecho tú aquella vez —respondió el antiguo dios—, salvar a la persona que amo.

Un sonido de hojas agitándose en el viento llenó la caverna donde se encontraban, seguido por olor a hierba mojada.

—Eres un tonto.

—¿En serio, hermano? Dime una cosa: ¿con quién estás más molesto, con los humanos o contigo mismo por no haber tenido el valor para salvar a Krinvy?

—No te atrevas a mencionar su nombre —rugió Untheron haciendo que el suelo de la caverna comenzara a temblar. Su esencia se estaba volviendo más fuerte.

Sylha sintió el resplandor de la magia de Dhyem y se tapó los ojos con las manos. Debía mantener la concentración en su magia o todo estaría perdido.

—La dejaste morir, Untheron, porque tu amor no fue suficientemente fuerte para que decidieras reivindicarla como yo hice con Sylha.

—Ella había escogido al humano.

—¿Y acaso eso importa? Tú sabías que podías salvarla, sabías que ella había escapado y moriría si no la ayudabas. Eres un cobarde.

Sostener el flujo de energía al tiempo que intentaba ignorar la discusión de los dioses le estaba exigiendo un gran esfuerzo a Sylha y, cuanta más energía pasaba para el corazón de fuego, más fuerte sentía la presencia de Untheron.

Las explosiones de luz volvieron acompañadas con sonidos de plantas, y la joven se imaginó a Dhyem combatiendo frente a ella.

—Llevas siglos planeando tu venganza contra un mundo que no tiene la culpa. Ese dolor que sientes no se va a curar, hermano.

—Puede ser, pero cuando renazca crearé un mundo mejor y tú te habrás perdido para siempre junto a tu princesa humana.

Una nueva explosión sacudió la caverna completa, y Sylha tuvo que poner las manos en el suelo para no caer. El hilo de magia se detuvo por un instante, pero ella lo repuso enseguida.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que perdiste? Sylha va a curar al mundo y no puedes hacer nada contra ella.

Una carcajada grosera inundó la cueva, repleta de odio y reproche; brotó del suelo, del techo y de las paredes al mismo tiempo; sonó tan alto que las piedras vibraron, y Sylha apretó los ojos para no desviarse de su magia. El núcleo del mundo había vuelto a quemar intensamente, pero todavía no estaba del todo curado.

—Contra ella no, hermanito —rugió Untheron—, pero tú ahora eres mortal.

En un instante, el suelo se había abierto bajo sus pies y la joven se vio cayendo hasta chocar con una roca dura en la caverna inferior. Su magia se revolvió, y Sylha no pudo evitar que se apartara del núcleo para curarla a ella.

La reserva se vació.

Enredaderas del ancho de sus brazos comenzaron a bajar por las paredes y las explosiones de Dhyem regresaron justo cuando una de las plantas se estaba acercando a sus piernas. La princesa desenvainó su espada y se dispuso a ayudar al tiempo que buscaba los ojos de Untheron en la oscuridad.

«Va a por ti», le dijo a Dhyem por el vínculo.

«Sí. ¿Queda mucho por curar del núcleo?».

«Creo que la próxima vez será la última».

«Entonces él está más fuerte. Recuerda, Sylha, pase lo que pase no te detengas».

Y ella comprendió el sentido de la frase, como también comprendió el porqué de aquella lágrima: Dhyem sabía que su hermano lo atacaría, se estaba preparando para morir.

—Lo enfrentaremos juntos.

—No, Sylha. Tú salvarás tu mundo, te salvarás y construirás tu vida con lo que encuentres en la superficie. Yo he tomado mi decisión.

—Dhyem —suplicó ella—, podemos derrotarlo.

—No podemos, es un maldito dios.

Los arbustos crecían desde cualquier lugar, abrían grietas en el suelo y se ramificaban como parásitos gigantes. Las explosiones de Dhyem los mataban al momento, pero solo cubrían una parte de la cueva.

Sylha los cortaba, los pisaba y maldecía en voz alta negándose a creer que perdería a Dhyem también. Si se dejaba llevar por sus palabras, entraría en pánico, así que limitó sus pensamientos a las plantas, como si no hubiera más nada en el mundo que cortar gajos con su espada.

—Detente —llamó el antiguo dios al cabo—, te estás cansando. Tu reserva de magia se demorará más en llenarse y no tendrás la energía suficiente para salvar al mundo cuando ya no puedas usar la mía.

—No lo acepto, no va a terminar así.

Él la cargó por la cintura y la alejó de las plantas al tiempo que lanzaba una explosión que limpió momentáneamente la cueva.

—Te prometo luchar hasta el final —le dijo mirándola a los ojos con el nuevo color brillando por dentro—. Tú tienes que prometerme que, si no lo logro, seguirás sin mí. Yo he vivido bastante, Sylha, y nunca voy a arrepentirme de haberte dado mi vida; pero tú eres demasiado joven, todavía necesitas encontrar la felicidad.

—Yo encontré mi felicidad —respondió ella entre lágrimas—. No quiero perderla.
No hubo tiempo para besos; antes de que sus labios se tocaran, las paredes de la caverna estallaron y los ojos de Untheron llegaron flotando hasta ellos en una mezcla de colores.
—¡Promételo, Sylha! —gritó Dhyem lanzándose contra su hermano convertido en luz.
—Lo prometo —respondió ella pasándose una mano por los labios.

3

Fue un choque de tormentas.

En el momento en que Dhyem se desprendió de su cuerpo, Sylha se sentó en el suelo y se concentró en el corazón de fuego. Su magia estaba de vuelta y, cuando comenzó el proceso, la joven confirmó lo que había dicho: aquella sería la última vez. No entendía cómo lo sabía, pero estaba segura de que así sería.

Perseguir la esencia de Dhyem le resultó un tanto difícil, pues el antiguo dios se había convertido en un conglomerado de nubes que estalló techos y palacio hasta alzarse en el cielo envuelto en rayos y viento. Untheron había soltado una risa antes de seguirlo, y ella los distinguía tan solo por los colores de las luces que emitían: mientras Dhyem relampagueaba luz blanca sobre Tonr, su hermano era una bestia negra que lanzaba rayos rojos.

Sylha usó su propia esencia, había comprendido cómo hacerlo en el mismo instante en que había recuperado el control de su magia. Era menos poderosa que la del antiguo dios, pero estaba funcionando.

Una fuerte lluvia le cayó encima y la obligó a mirar al cielo, donde dos tormentas gigantes competían por el espacio y tapaban a los soles. La pelea de los dioses era un espectáculo de luces.

Sylha cerró los ojos de nuevo y se abrazó a sus rodillas al tiempo que pasaba su energía para el núcleo. Como Dhyem le había pedido, continuó haciéndolo a pesar de los sonidos, la nieve, el fuego y todos los efectos extraños que la guerra en el cielo estaba provocando sobre ella.

Continuó haciéndolo cuando un rayo cayó a centímetros de su cuerpo, cuando el rugido que bajó del cielo pareció que fuera a rajarse la tierra en dos. Y, cuando paró por completo de escuchar la esencia de Dhyem, se ahogó en lágrimas, pero siguió curando al mundo.

Se lo había prometido.

Sylha sintió la calma llegar como una ola gigante, irrumpió en su mundo extraño de un momento para otro, y la joven comenzó a temblar de miedo por lo que encontraría cuando abriera los ojos. Pero el corazón de fuego no estaba curado del todo y, un instante antes de terminar, la esencia de vida de la princesa se agotó.

No era la reserva de magia; si lo hubiera sido, sería cuestión de esperar hasta que se llenara de nuevo. Era su propia vida la que se había escurrido y no se repondría fácilmente. Si se entregaba ahora, moriría.

—Nunca podrás curarlo, Sylha —dijo Untheron formando una figura de sombras delante de ella—. Tu esencia de vida tardará días en reponerse; a no ser, claro, que la tomes de alguien más,

pero, en estos momentos, estás demasiado lejos de cualquier cosa viva. El caso es que, cuando lo hagas, ya el corazón de fuego se habrá deteriorado de nuevo. Tú no tienes energía suficiente para sanarlo por completo y quedarás atrapada en ese ciclo infinito hasta que un día no tengas más fuerzas para regresar.

Ella lo miró, dos ojos blancos flotaban sobre las sombras.

—¿Es verdad que amabas a la princesa aggtriana?

—La amaba.

—Lo siento.

Entonces se arrastró hasta el cuerpo vacío de Dhyem, se acostó en el piso pensando en el último beso que le había dado, en el color sin nombre, y aspiró su olor mientras le entregaba al mundo su último aliento de vida.

4

Thomas despertó con algo frío y húmedo tocando su cara. Había olor a primavera, a flores silvestres y a hierba mojada. Cuando abrió los ojos, la claridad lo cegó y no fue hasta que una enorme sombra se interpuso entre los soles y él que no reconoció el hocico de la Raposa. El animal, que había cambiado su apariencia sangrienta por un pelaje rojizo, iba de soldado en soldado empujando sus cuerpos y no paraba hasta que lograba despertarlos.

El joven se puso de pie sin comprender del todo dónde se encontraba, los últimos hechos que recordaba eran la pelea con los sabuesos, Sylha saltando del muro y la muerte de su padre. Recordaba sangre y muerte, y un palacio rodeado por plantas asesinas.

Pero lo que tenía delante era un paisaje diferente, un césped verde brillante cubierto de niebla blanca que se volvía más densa alrededor de las personas en el suelo. Del gran palacio de Tonr restaban solo las ruinas, como si hubiera sido aplastado por una mano gigante; y, en el centro, un cráter de varios metros de ancho se abría hasta las profundidades de la tierra.

—¡Thomas! —gritó Rattern echándosele al cuello.

Él la abrazó con fuerza y la miró: la chica tenía su uniforme negro hecho andrajos, el cabello despeinado y la mitad del rostro desfigurado. Y Thomas sintió que nunca la había querido tanto.

—Te amo.

Rattern cambió su sonrisa por una expresión confusa y se acomodó el cabello con una mano nerviosa al tiempo que se tapaba la parte quemada del rostro con la otra.

—¿Qué dices?

Él le apartó las manos suavemente y la miró a los ojos. No sabía qué había sucedido, pero no perdería ni un segundo más:

—Me pediste que esperara hasta terminar el combate. Pues bien, aquí estamos. Y hace mucho tiempo que quiero que sepas que te amo; que nunca he conocido a nadie como tú; que, ahora que lo pienso, me hechizaste desde aquel día en el campo de batalla cuando aún ni sabía que eras mujer. Eres una persona hermosa, valiente y leal; y, si tuviera que entrar en el infierno, no habría

nadie más que quisiera a mi lado. Necesito decirte que mis manos tiemblan de deseo cada vez que te me acercas y, si no me dejas besarte ahora, de nada servirá haber sobrevivido a la guerra.

—Bueno, supongo que no deba negarte un beso. —Sonrió la chica—. Sería una crueldad de mi parte.

—Mucha crueldad.

Entonces se besaron, bajo los rayos de dos soles repletos de vida, sobre la hierba verde, entre la niebla blanca; y, en el instante en que sus labios se tocaron, Thomas se permitió ser feliz.

—Es la misma niebla del Bosque Azul —afirmó Rattern después de un tiempo—, ya no nos hace daño.

—¿Cómo sabes que es la misma?

—Porque los chicos han entrado al bosque, dicen que es muy bonito por dentro.

—¿Llevas mucho tiempo despierta?

—No —rio ella—. Me lo contaron unos niños. Parece que Sylha venció después de todo.

«Sylha».

—¿Dónde está Sylha?

—No lo sé; en realidad, quería que fuéramos juntos a investigar el cráter del palacio, pero me interrumpiste.

—¡Qué vergüenza! Creo que te voy a interrumpir de nuevo —rio él y le dio otro beso.

Thomas no vio al anciano amigo de Sylha por ningún lugar. La Raposa continuaba saludando soldados y la imagen de aquel animal enorme moviendo la cola y saltando de un lado para el otro se le hizo divertida. A lo lejos, el Bosque Azul se alzaba hasta las nubes como una cascada invertida; y aquel lugar, que había sido un campo de batalla sangriento algunas horas atrás, ahora rebosaba de vida y esperanza.

Solo le faltaba encontrar a su princesa.

—El palacio se destruyó por completo —comentó Rattern mientras caminaban hasta el cráter—, y ni rastro de los narthim, creo que salieron huyendo.

—Los narthim son criaturas primitivas, me sorprende que el demonio haya encontrado una que pudiera hacerse pasar por reina.

La chica miró hacia abajo.

—Disculpa, Rattern, siento mucho lo sucedido con Rebecca. Debió ser una gran persona para ganarse tu confianza de la manera que lo hizo.

—Lo fue.

A medida que escalaban los pedazos de paredes Thomas comenzó a sentir que algo andaba mal y la felicidad que había experimentado se fue transformando en miedo. Cuando llegaron al cráter, ya estaba temblando.

Al inclinarse para mirar abajo, se encontró con una estructura de cavernas que también había sido atravesada hasta el fondo. Las paredes del hueco estaban formadas por rocas y tierra mojada, y destilaban algunas gotas de agua que caían sin hacer sonido.

En el fondo, una nube de niebla blanca se dilataba y contraía como si estuviera respirando. Debajo de ella, yacían dos cuerpos abrazados.

Epílogo

El salón blanco ya no estaba vacío. Había sido adornado con cortinas de seda que pendían suspendidas en el aire, estrellas de colores y pompas de jabón.

—¿Pompas de jabón?

—Te dije que no era muy hábil con las decoraciones, podemos mejorarlo si prefieres.

A lo lejos, una orquesta invisible tocaba diferentes melodías hasta que por fin se detuvo en el vals que Sylha había bailado la noche en que cumplió quince años.

—¿Me concede esta danza, princesa? —preguntó Dhyem colocando una rodilla en el suelo y transformando su ropa en un traje de gala azul oscuro con ribetes dorados.

Sylha sonrió y se vio embutida en un vestido rosado repleto de lazos:

—Con esta ropa, no.

La risa de Dhyem vino de todos lados, incluso parecía que cada músico de la orquesta reía con él.

—Disculpa, no pude evitarlo —dijo chasqueando los dedos y el vestido se convirtió en una pieza de satín violeta clara que se ajustaba a su cintura y caía en cascada hasta sus pies—. ¿Está mejor?

—Mucho mejor —respondió ella aceptando su mano.

Cuando comenzaron a bailar, el salón desapareció y quedaron suspendidos en una noche estrellada. La mano de Dhyem la llevó por la cintura girando entre constelaciones al ritmo de la música. Cuando el baile terminó, ella apoyó la cabeza en su pecho:

—¿Qué está pasando con nuestros cuerpos?

—Se están curando, va a tardar un poco todavía.

Sylha lo miró a los ojos. La noche se convirtió en un salón inmenso pintado del nuevo color al tiempo que Dhyem le acariciaba la mejilla y la besaba.

—Aún no comprendo qué sucedió.

—Fue el último obsequio de la princesa aggriana. Cuando entregaste tu vida para salvar al mundo, se activó el segundo cometido de la niebla.

—La esencia de la princesa. La pude escuchar en el último momento.

Él asintió:

—Krinvy sabía lo que podría suceder y sabía que el hijo que traía en el vientre era humano. Antes de morir, entregó su propia esencia a la niebla blanca. Tu magia hizo el resto.

—A pesar de estar inconsciente, mi magia sintió la esencia de la princesa y la usó para salvarme.

—Así es, te dije que era difícil matar a un aggriano, Sylha, y tú eres la última sobreviviente de tu especie. En estos momentos, nos estás salvando a los dos.

—Pensé que te había perdido —dijo ella y las palabras se le cortaron en lágrimas.

—Yo también, tengo suerte de tener una novia poderosa.

Dhyem le dio la mano y comenzaron a caminar sobre el mar. La ilusión era tan real que Sylha sentía las gotas de agua salpicar sus piernas y la saya mojada se le hizo pesada.

—¿Qué sucedió con Untheron?

—Esa es una buena pregunta, pero te aseguro que debe haber sentido la esencia de Krinvy tanto como nosotros, y recibió el mensaje.

—Un mensaje de amor.

—Un mensaje de perdón, dudo que mi hermano realmente entienda de amor.

El agua bajo sus pies se volvió violeta y llegaron caminando hasta una playa donde fueron recibidos por un Bosque Azul que no era el de Tonr. En el horizonte, los dos soles se despedían del mundo.

—Estás mejorando con eso de las decoraciones.

—Gracias, princesa, puede decirse que estoy inspirado.

En el mundo real, dos cuerpos moribundos retornaban a la vida lentamente, absorbiendo la esencia de una niebla espesa que los cubría por completo. Quien observara de cerca podría haber visto a la mano de la chica realizar un ligero movimiento y, unos segundos más tarde, un papel en blanco aparecer entre sus dedos con las iniciales M. P. grabadas en oro.

Fin

Índice

[Prólogo 7](#)

[Capítulo 1: La caverna 9](#)

[1 9](#)

[2 11](#)

[3 13](#)

[4 15](#)

[Capítulo 2: Cinco años atrás 19](#)

[1 19](#)

[2 21](#)

[3 24](#)

[4 26](#)

[5 27](#)

[Capítulo 3: El prisionero 29](#)

[1 29](#)

[2 31](#)

[3 32](#)

[4 35](#)

[5 37](#)

[6 40](#)

[Capítulo 4: Juegos de dioses 43](#)

[1 43](#)

[2 46](#)

[3 49](#)

[Capítulo 5: Cuatro años atrás 53](#)

[1 53](#)

[2 55](#)

[3 57](#)

[4 60](#)

[5 62](#)

[6 64](#)

[Capítulo 6: El Bosque Negro 67](#)

[1 67](#)

[2 69](#)

[3 73](#)

[4 76](#)

[Capítulo 7: Untheron 81](#)

[1 81](#)

[2 83](#)

[3 85](#)

[Capítulo 8: Tonr 91](#)

[1 91](#)

[2 94](#)

[3 97](#)

[4 102](#)

[Capítulo 9: Tres años atrás 107](#)

[1 107](#)

[2 109](#)

[3 112](#)

[Capítulo 10: Regreso a casa 119](#)

[1 119](#)

[2 122](#)

[3 125](#)

[4 130](#)

[Capítulo 11: Traición 133](#)

[1 133](#)

[2 136](#)

[3 138](#)

[4 141](#)

[Capítulo 12: Cita con un dios 145](#)

[1 145](#)

[2 149](#)

[3 152](#)

[Capítulo 13: La maldición 157](#)

[1 157](#)

[2 160](#)

[3 163](#)

[4 167](#)

[Capítulo 14: Dos años atrás 171](#)

[1 171](#)

[2 174](#)

[3 176](#)

[4 180](#)

[Capítulo 15: La esencia de la vida 185](#)

[1 185](#)

[2 188](#)

[3 192](#)

[Capítulo 16: El demonio de la caverna 197](#)

[1 197](#)

[2 200](#)

[3 205](#)

[4 209](#)

[Capítulo 17: Herencia mágica 213](#)

[1 213](#)

[2 217](#)

[3 221](#)

[4 224](#)

[Capítulo 18: Las catacumbas 227](#)

[1 227](#)

[2 229](#)

[3 231](#)

[4 234](#)

[Capítulo 19: Ejército de monstruos 237](#)

[1 237](#)

[2 240](#)

[3 243](#)

[Capítulo 20: Un año atrás 247](#)

[1 247](#)

[2 251](#)

[3 253](#)

[4 256](#)

[Capítulo 21: Orígenes 259](#)

[1 259](#)

[3 263](#)

[3 266](#)

[Capítulo 22: Ladrona de vida 273](#)

[1 273](#)

[2 277](#)

[3 279](#)

[4 282](#)

[Capítulo 23: Destino 285](#)

[1 285](#)

[2 287](#)

[3 289](#)

[Capítulo 24: Una chica humana 295](#)

[1 295](#)

[2 298](#)

[3 299](#)

[4 301](#)

[Capítulo 25: Princesa de Tonr 307](#)

[1 307](#)

[2 311](#)

[3 314](#)

[4 317](#)

[Capítulo 26: Un dios moribundo 321](#)

[1 321](#)

[2 324](#)

[3 327](#)

[4 330](#)

[Capítulo 27: Corazón de fuego 335](#)

[1 335](#)

[2 337](#)

[3 340](#)

[4 342](#)

[Epílogo 345](#)